

Revista

RELIGIOSA, POLITICA Y LITERARIA.

TOMO SEGUNDO.



PALMA.

IMPRESA DE ESTÉVAN TRIAS.

1844.



REVISTA

RELIGIOSA, POETICA Y LITERARIA.

TOMO SEPTIMO



BARCELONA

LIBRERIA DE ESTERNA Y TARRAS

1844

LA RELIGION Y EL SIGLO. ⁽¹⁾



ARTÍCULO PRIMERO.

Mas de mil ochocientos años ha que estos dos nombres se encuentran frente por frente, combatiendo sin cesar en lucha, ora manifiesta, ora disimulada, y sirviendo alternativamente de bandera á cuantas revoluciones así en hechos como en principios han tenido lugar en el mundo moral. No porque en verdad sean opuestos sus intereses é incompatible su alianza, pues que su existencia y el vínculo que los une van tan ligados como el alma con el cuerpo; pero así como el cuerpo se rebela amenu-do contra su señora, desconociendo insolentemente la superioridad de esta, y pretendiendo no solo emanciparse, sino aun esclavizar, siendo quebradizo barro, á la que es emanacion del Eterno, así tambien los siglos, fugitivo soplo de tiempo, pretenden en su rápida carrera destruir, ó cuando no, modificar á su capricho el augusto monumento fundado por Jesucristo, y desde cuya cima parece que el mismo Dios les está contemplando. Las sociedades tienen asimismo su pecado original como el individuo, y participan de su misma degradacion; y aun cuando no sean ateas ó irreligiosas, sienten fermentar en sus miembros la vieja levadura, y aquellas leyes todo carnales y terrenas que repugnan, segun la espresion de san Pablo, á la ley

(1) Bajo este título escribíamos algunos artículos en un periódico diario; mas siendo poco á propósito aquella forma para asuntos semejantes, nos hemos decidido á completarlos y estenderlos cual conviene á la naturaleza de estas reflexiones.

del espíritu y á la de Cristo. Un desden irracional, una injusta desconfianza parece las anima innatamente contra la religion, repitiendo á todo trance que su reino no es de este mundo; y reconociéndose ellas incapaces de poder nada para la eternidad, se vengan con declarar á su rival incapaz de influir algo en la felicidad temporal y en los negocios de la tierra. Y sin embargo, ¿quien mas propio para sentarse al timon que el que sabe ácia donde se dirige el rumbo? Qué es un siglo sino un paso ácia la eternidad? y qué es la religion sino el camino y la antorcha de esta eternidad misma? Pero por lo mismo que los siglos no tienen ante sí la eternidad de que disponer, se apresuran á mandar, á inscribir en todas partes su nombre, y á consignar sus leyes y caprichos, despreciando á los pasados, indignándose contra los futuros, de quienes esperan igual desprecio, y dejándose llevar por ese espíritu de orgullo, de relajacion y de sarcasmo que aun en el lenguaje ascético se conoce con el nombre de *espíritu de mundo*.

Esta eterna contradiccion de la tierra con el cielo la previó bien Jesucristo al fijar su piedra inmortal, tropiezo de unos y salvacion de otros; y al mismo tiempo que se dignó dar su nombre á la religion que fundaba, no dudó llamar al genio del mal *príncipe del siglo*. En la última noche en que iba á poner con su sangre el sello á su obra, ocupó sus mas preciosos momentos en fortalecer á sus discípulos y herederos de su empresa contra la terrible lucha que se les preparaba. «Ya no hablaré mucho con vosotros, les decia, porque viene el príncipe de este mundo, aunque no hay en mí cosa que le pertenezca.... Si el mundo os aborrece, sabed que primero que á vosotros me aborreció á mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaria como cosa suya; pero como no sois suyos, sino que yo os entresaqué de él, por eso el mundo os aborrece. *No es el siervo mayor que su amo*. Si me han perseguido á mí, tambien os han de perseguir á vosotros, y todo en odio de mi nombre, porque no co-

nocen al que me ha enviado.... El príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.... Vosotros lloraréis y plañiréis mientras el mundo se regocijará; os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo.... En el mundo tendréis grandes tribulaciones, pero tened confianza, yo he vencido al mundo.” Y luego levantando los ojos al cielo, añadía: «Padre mio, no te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. Ellos ya no son del mundo, como ni yo tampoco. ¡Oh Padre justo! el mundo no te ha conocido; yo sí que te conocí, y estos han conocido que tú me enviaste.”

En efecto, el mundo, puestas las manos en el oído, rechazó por mucho tiempo la sabiduría divina, y apedreó á sus anunciadores; y mas de tres siglos desplegaron todo el despotismo de su poder, toda su batería de torturas y suplicios, todo el orgullo de su ciencia y la seducción de sus placeres, contra unos hombres que no tenían en su defensa sino su palabra y sus virtudes; y mientras hubo un rincón de la tierra que no se tiñese de sangre, y un hombre que no presenciara el heroismo de sus escogidos, no abrevió Dios los tiempos de prueba, ni permitió lucir el iris de la paz sino sobre el mundo ya bien purificado. En el lábaro de Constantino fué donde se encontraron por primera vez unidos el poder y la fe, el siglo y la religion; mas no por eso cesó largo tiempo la contradicción y la lucha, pues vencidos los errores quedaban las pasiones, que bien pronto otra vez degeneraron en errores. Todos los siglos han ido pasando con sus mas opuestos caprichos, con sus immoderadas pretensiones é intereses mal comprendidos, con sus instintos carniceros y sediciosos que pueden reducirse á dos palabras, orgullo y corrupcion, irritándose al parecer en su inestabilidad y continua mudanza contra todo lo que es eterno é inmutable. Ora es el espíritu de discordia que suscita á la Iglesia enemigos internos en medio de la persecucion y de la batalla, y hace que se disputen una púrpura teñida con sangre todavía; ora el feroz

empuje de los bárbaros que, desconociendo al Dios que los ha llamado del fondo de los bosques, pretenden envolver en comun ruína al imperio y á la religion, al perseguidor y á la perseguida; ora las violencias y orgullo dogmatizador de los emperadores, que de protectores creen poder erigirse en dueños y pontífices supremos como en tiempo del paganismo, y á fuerza de asistir á los concilios aspiran al derecho de formarlos y presidirlos; ora la erupcion de un culto de sangre y voluptuosidad que en sus rápidos progresos pretende apostárselas con el cristianismo, y subyugar y convertir á unos pueblos tan enervados en su fe como en sus costumbres á fuerza de sutilezas y disputas; ora la ignorancia y corrupcion del mismo clero, la anarquía y ferocidad de los grandes, el libertinage y despotismo de los monarcas; ora el terrible estallido que desgajó de la Iglesia la mitad casi de sus ramas y poderío, la desercion de tantos pueblos, los esfuerzos combinados de la ciencia y del poder para echar por tierra el árbol, creido viejo y carcomido; ora la apostasía de la mitad de soberanos, y las exigencias con que la otra mitad quieren hacer pagar su proteccion y patrocinio, las intrigas de la diplomacia, la suspicacia de los gobiernos, el jansenismo en la Iglesia y en el estado, y luego el ateismo de la ciencia, la apoteosis de la razon y la desolacion entera de un pueblo debajo de las ruínas del templo cuyas columnas él mismo arrancó. La astucia y la violencia, la supersticion y la impiedad, los pueblos y los monarcas, siempre á nombre del siglo y de sus exigencias combatieron alternativamente la religion, sin tomar leccion ni escarmiento de lo estéril de los esfuerzos y de lo fugaz de las obras de los siglos anteriores; diríase que un eterno vaiven los impele como olas hinchadas y furiosas contra la roca de las edades, soplando el viento, ora al norte, ora al mediodia, y creyendo á veces haberla destruido porque la han cubierto con sus aguas, sin advertir que al retirarse estas, la han dejado ver luego fija como ántes é incontrastable.

No diremos que á todos, y á cada uno en particular, dictara siempre estos ataques un pensamiento de persecucion y de rebeldía, y que se dirigieran paladinamente contra el cielo los dardos asestados por los hombres del siglo á una institucion que creian terrestre porque veian en la tierra su base: reconociendo y aun á veces invocando el nombre de Cristo, pretendian muchos, tal vez sin saberlo, reformar su obra, y entónces no la llamaban religion, sino abusos, usurpaciones pontificias, teocracia, supersticion; fingian ó tal vez creian combatir al traves del sagrado muro á sus enemigos que se amparaban de él y á veces lo profanaban. Y en efecto, muchas pasiones humanas, muchas ambiciones políticas avanzaban cubiertas con la sacrosanta bandera, y entónces el templo atacado y defendido por hombres que á un tiempo se disputaban su posesion, presentaba la desolacion y desmoronamiento de un castillo despues de un sitio prolongado. Doloroso era sin duda ver entregado el depósito de la fe á las pasiones de los hombres, y disputársele entre si en vez de adorarlo todos unánimes y respetuosos; pero al ménos la fe permanecia siempre encendida, y á su luz podian retroceder aterrados los perseguidores, ó reconocer su error los extraviados; y si la enseña religiosa venia al suelo junto con algun bando vencido, al momento era levantada por el vencedor, y acatada de nuevo con sinceridad y respeto. Todos los siglos, ilógica ó hipócritamente si se quiere, se llamaron hijos de Dios y de la Iglesia: el pasado se proclamó su destructor y verdugo, el nuestro se ha proclamado su juez.

Una vez consignado que la lucha de lo corporal contra lo espiritual, de lo terreno contra lo divino, de lo temporal contra lo eterno, no es peculiar á nuestro siglo sino general á todos, y que solo ha variado en su mayor ó menor viveza, en las fases que ha corrido, y en las armas que sucesivamente se han empleado, solo resta estudiar las circunstancias particulares y el estado de esta lucha en lo presente, para saber como hemos de

conducirnos en ella, ya que no sea posible terminarla del todo. ¿Qué hará el siglo con la religion? ó por mejor decir ¿qué hará Dios con el siglo? Esta es la inmensa cuestion que abarca el destino de los pueblos y de los individuos, de las almas y de los cuerpos; el gran problema oculto en las nieblas del porvenir, que rasga á veces un dorado rayo de sol de primavera, á veces un relámpago siniestro precursor de tempestad.

Permitásemos ante todo una breve digresion acerca del carácter y naturaleza de este siglo, para comprender luego y apreciar mejor las relaciones que le unen á la religion, y las prevenciones que de ella le separan. Pero dificultades de no leve monta se ofrecen al escritor concienzudo, al tratar de caracterizar con uno ó pocos rasgos cualquier siglo en general, y en particular este que es de suyo tan voluble y multiforme.

Esta palabra *siglo*, en el sentido que hoy abarca, es de invencion harto moderna, es una personificacion debida á la fantasía de nuestros poetas, y al caracter generalizador de nuestros historiadores. Cierto es que cada siglo lleva impresa en su frente una marca particular que le distingue de los demas, ora sea un hecho grande, ora un hombre extraordinario el que se la haya impreso; y que en todos ellos descuellan algunas épocas que reasumen en sí la historia de muchos años, y que son otros tantos mojones en el gran camino de la humanidad: pero en nuestros tiempos se ha querido hacer mas, se ha prestado á cada siglo su fisonomía y su ropage particular, se ha pretendido reconocer su sello de fábrica en cada hecho, en cada obra, en cada monumento; y para dar cierta unidad y trabazon á los sucesos mas diversos é incoherentes, se ha violentado la historia, ó se han imaginado ingeniosas hipótesis y sistemas. Los hombres de este siglo juzgando á los otros por las miras, ideas y circunstancias actuales, les prestan sus propios pensamientos y carácter, y no pueden persuadirse de que carecieran aquellos de la pretension de impregnarlo todo con su espíritu, y dejar sus hue-

llas en todo cuanto les rodeaba, y de que cumplieran pacíficamente y sin estrépito alguno, quizá sin saberlo, con el destino señalado por la Providencia, marchando dócilmente y á la ventura bajo el dedo de Dios, sin volver el rostro á cada paso para interpelar al que los guiaba, y escrutar afanosamente los secretos del porvenir. No negarémos, aunque sea repetirlo, que cada siglo haya tenido un espíritu que le impeliera, pero sí negarémos que este fuera tan uniforme y constante, que su misión fuera tan clara, sus miras tan trascendentales como á cada paso se supone: negarémos en fin que bajo una fórmula, bajo un símbolo puedan contenerse tantos intereses encontrados, tan opuestas marchas, tantos acaecimientos remotos en distancias y tiempos, tantas contrarias influencias de hombres singulares, como abarca la misteriosa cifra de un siglo. Sin duda este método que reduce una era á una alegoría, y una crónica á un cuadro, es muy útil para aprender y retener la historia, pero no para profundizarla, y peligroso además para juzgarla.

Por una notable singularidad este siglo, que tanto se ocupa en definir á los otros siglos, carece él propio de definición: diríase que pretende consolarse, con el conocimiento y estudio de los demas, de la ignorancia en que respecto de sí mismo se encuentra. Y no es ciertamente porque se haya descuidado de hablar de sí mismo ó porque modestamente lo haya evitado, pues que nunca tal vez se llevó tanto al extremo esta manía de reducirlo todo á sí, y de mirarse en todas las cosas como en un espejo: ¿qué hijo hay de este siglo que no haya pretendido hacer el retrato de su padre? Pero todos estos retratos han salido contradictorios, aunque en sí exactos, segun la distancia y el punto de vista desde donde se tomaban; y el siglo girando incessantemente sobre sí mismo, y variando de fase á cada momento, ha tomado á su cargo el desmentirlos, añadiéndose de este modo su continua variacion y multiplicidad á las dificultades que, segun dijimos, ofrece en sí el caracterizar el tipo y tenden-

cia de un siglo cualquiera. Al través de tanta diferencia y aun oposicion en los acontecimientos, no solo sucesivos sino contemporáneos, se pretende hallar el hecho general, el elemento de unidad que forme la esencia de este Proteo, sin advertir que su esencia está en la variedad misma, sin advertir que no es este un siglo, sino muchos que se han encontrado y que viven á un mismo tiempo.

Ciñéndonos por ahora á lo que hace á nuestro propósito, oímos en un mismo dia, y á veces en un mismo libro, calificar á este siglo de impío y de recién convertido, de indiferentista y de creyente, y todo es verdad aplicado á ciertos lugares, á ciertas cuestiones, á ciertas personas, que para abreviar se prefiere abarcar bajo el nombre de *siglo* en vez de clasificarlas y distinguirlas. Y estos distintos elementos no se hallan ocultos y esparcidos como quiera, cual en otros tiempos, dominados y como sofocados por un elemento predominante, sino que luchan y combaten entre sí, triunfantes en un punto y vencidos en otro, sin que ojo humano baste á adivinar el éxito de la lucha. Fluctuando entre las esperanzas y temores el observador, juzga y pronostica comunmente por el último hecho, y siendo los hechos contradictorios lo son tambien los juicios, no digo en diversos hombres, sino aun á veces en un hombre mismo, por previsor y meditado que sea.

Ni podia suceder otra cosa en una situacion tan complicada como se encuentra la Europa en general y cada nacion en particular, dispersas entre sí y descoyuntadas, por efecto de los grandes sacudimientos que las han conmovido, y embarazado su suelo con tantos escombros de lo pasado y con tantas ideas y sistemas que, como torrentes de lava, han ido sucesivamente sobreponiéndose unos á otros. ¿Qué tiene, sino, de comun el siglo de Francia con el de España, el de Inglaterra con el de Rusia, el de Alemania con el de Inglaterra? En esta el protestan-

tismo amenazado en todas partes de muerte, se acerca al catolicismo, en Alemania se acerca al deísmo y á la incredulidad; en Inglaterra es el siglo de emancipacion para los católicos; en Rusia el de la persecucion, y la corona-tiara y el cetro de hierro de Enrique VIII que se caen al parecer de las manos de la reina Victoria, son con ansia recogidos por el emperador Nicolas. El volterianismo y jansenismo caen en Francia desacreditados; pero no por eso dejan de dominar en España por medio de una fraccion, pequeña si se quiere pero osada, y tan íntima y cordialmente enlazados, que es difícil distinguir sus obras y sus influencias. Aquí cunde la impiedad grosera, allí el panteísmo, mas allá el racionalismo, acá la indiferencia; en un punto va ascendiendo la religion, en otro va declinando á su ocaso; acá se duermen unos en el mas brutal materialismo, allá se entregan otros, con toda la ansiedad de un corazon que se siente vacío y de una imaginacion desarreglada, á todas las utopias, á todas las supersticiones, á todos los delirios á que puede lanzarse la razon humana no iluminada por la fe. Y si de las ideas bajamos á los hechos, de las teorías á la observacion, de los gobernantes á los súbditos, de los escritores á las masas, ¿cuánta diversidad no hallaremos, cuántos juicios errados no rectificaremos en unos tiempos, en que mas que nunca se han visto falseadas las instituciones y la voluntad general, en que la civilizacion es mas ficticia que nunca, en que tanto peligro hay de equivocarse con la conviccion la boga de la moda y el espíritu de novedad, y en que las ideas pasan deslizándose, por decirlo así, por la superficie sin penetrar en el corazon de la sociedad? Este modo de juzgar á las sociedades por su exterior, por su parte somera y agitada, por la moda que fugitivamente reina, por la fuerza extraña que las avasalla; por los dichos y actos en fin del primero que se intitule representante suyo, puede inducir á incalculables errores, cuyo resultado ménos funesto será el desconocer los tiempos en que vivimos y los que podemos

aguardar en lo venidero.

Cuando nosotros oimos hablar con tanta seguridad del espíritu del siglo y de sus tendencias, formar su genealogía y trazar su porvenir, no parece sino que una misma alma circula por toda Europa, y que sus descuadernadas sociedades no son sino miembros del inmenso coloso que corre por un camino trazado ácia una direccion determinada; no parece sino que á principios de esta centuria se hallaban en el mismo estado todos los pueblos, para que ahora se hallen en el mismo punto de su camino; no parece sino que su marcha es tan ordenada como la de una máquina, su carretera tan fija como la de un camino de hierro, y que se mueven de un mismo modo los hilos y resortes de la Providencia. *El espíritu del siglo!* invoca cada cual para explicar hechos contradictorios, para defender intereses opuestos; y con esta palabra fatalista nos creemos dispensados de pensar, de juzgar y de obrar, y nos entregamos dormidos á la corriente impetuosa de los sucesos, sin mas guía ni esperanza que el acaso. *El espíritu del siglo..!* ah! si alguno hay que anime en realidad esa masa tan heterogénea, si algo constante y universal puede encontrarse en la volubilidad y complicacion de sus movimientos, es ciertamente el espíritu de *indolencia*, que se formula por escepticismo en el entendimiento y por indiferencia en el corazón.

Hemos soltado la idea, y la esplanaremos, porque parece desde luego una paradoja aplicarla al siglo de las revoluciones y de los descubrimientos, al siglo del vapor, del periodismo y del progreso intelectual indefinido. Pero ¿quién define si este progreso está encerrado dentro de un círculo vicioso, y si con los ojos vendados rueda atado á una noria en su continuo movimiento? Vemos volver y reaparecer, sacudido el polvo, tantas cosas que ya pasaron en política y en literatura, dudar de tantos principios que desde luego se proclamaron como axiomas, que á nuestro juicio si algo ha aprendido este siglo, es lo que aprendió Sócrates despues de largas vigiliass: sé que no sé nada. Respec-

to á los descubrimientos, nos parece que no pretenderá apostárselas con el siglo XV, con el XVI, ni aun con el pasado, y que nada presentará comparable á la brújula, á la pólvora, á la imprenta, á no ser el vapor que data por cierto de fines del último siglo, y que muchos hombres anteriores, y españoles cabalmente, habian ya presentado, si es que no quiere dárseles el título de inventores. Este siglo nada ha hecho apenas sino aplicar los principios ya conocidos, pulir las invenciones de los demas, y revestirlo todo con esa delicadeza y refinamiento, patrimonio de las naciones y épocas indolentes, propias para perfeccionar lo que sociedades mas rudas, pero mas ricas de genio, les dejaron en embrion cuando ménos. Además aun cuando hubieran tenido lugar en nuestra centuria grandes invenciones, esto probaria no mas que existe algun gran genio aislado, ó que la Providencia ha dispuesto una casualidad feliz; pues que los descubrimientos, hijos por la mayor parte de una feliz casualidad ó de un genio aislado, no son producidos por un siglo, sino que obran é influyen sobre él con sus resultados.

Así pues cuanto se nos diga acerca del progreso mecánico y refinamiento material de este siglo, no hace mas que comprobar nuestro aserto, pues que el cuerpo nunca vive tanto sino á espensas del alma, y que estas aparentes mejoras son siempre compañeras de indolencia y decaimiento, y precursoras de ruina. Otro síntoma presenta que á primera vista parece deponer mejor en favor de su actividad y contradecir á nuestra idea: tal es la inquietud febril que lo devora, la agitacion intelectual, la superabundancia de vida, la ansiedad por el porvenir que difícilmente se hallan en tiempos de materialismo y enervamiento. Pero ese malestar é inquietud, ¿qué otra causa reconoce que la paralización de una actividad que superabunda, porque en nada se emplea? Esos vanos delirios y sistemas ¿qué son sino partos de la ociosidad y de una razon perezosa, que prefiere ir errando por entre tinieblas á salir de su sueño en busca de la

luz verdadera? Esa ansiedad del porvenir ¿qué es sino descuido de lo presente? Porque la esperanza es casi siempre el Dios de los perezosos, así como el destino lo es de los ignorantes; esperando en el día de mañana se dispensa uno de obrar en el de hoy. Esa tristeza, por fin, ese vacío, ese fastidio ¿qué otra cosa es sino el que persigue á un jóven prematuramente envejecido por el placer y no por la experiencia, el que viene á llamar á las puertas de los deleites del mundo y sentarse entre los alegres convidados, el que nace de unas fuerzas agotadas, de una marcha torcida, de unos años mal empleados? Quereis en una palabra el retrato de este siglo, ya que tanto gusta él mismo de verse personificado? Nosotros lo personificáramos en un muelle califa recostado en su harem, cansado primero de destruccion, y harto luego de placeres, cuya imaginacion vaga soñolientamente entre un pasado de sangre, un presente de hastío y deleites, y un porvenir de terrores y tinieblas: añadid, si os place, el alfange del enemigo, ó el puñal del conjurado pendiente de un hilo sobre su cabeza: no le sacaréis de su letargo, porque no tiene fuerzas para huir.

Con este ejemplo no se hará tan estraña la mezcla de estos dos caracteres tan opuestos en apariencia, el de imprevision é indolencia con el de espectacion é inquietud, que no negamos sea tambien muy peculiar de esta época, y uno de sus distintivos. En efecto el siglo actual prestando á todas las cosas la importancia que les dan sus esperanzas ó temores, y presintiendo los altos destinos á que es llamado y el inmenso poder que yace sin uso entre sus manos, espera ser testigo de grandes cambios de que no tiene valor para ser instrumento, y reemplaza la actividad con la curiosidad, prefiriendo investigar supersticiosamente por agüeros los arcanos del porvenir, que la historia y ejemplos de lo pasado y las necesidades de lo presente. Acosado de graves achaques y exagerándoselos él mismo con su meditacion inactiva, se pulsa á sí mismo y cuenta sus latidos

como el enfermo de aprension atento siempre á la menor mudanza: crédulo é inquieto como aquel pueblo disperso que en su profunda abyeccion creia en cada profeta ó impostor ver levantarse su Mesías. Así pues en cada nota diplomática que se espida cree ver cambiada la suerte del globo y trastocados los imperios; en cada máquina que se invente cree haberse asegurado el dominio de la naturaleza; en cada sistema que se formule cree ver una transformacion social ó la solucion anhelada de los mas largos y complicados problemas. Al desengaño sucede luego el desaliento, y al desaliento otra vez la indolencia; y de aquí la rápida voga que tienen en esta época todas las novedades, el ruido que hacen en su aparicion primera, y la pronta caída y el profundo olvido en que luego desaparecen. Y aun estas novedades no tienen el mérito de tentativas, pues que no pasan por lo comun de teorías; en cuanto á los hechos brotan por sí solos de la fuerza misma de las cosas, imprevistos antes de llegar, y no comprendidos despues de haber llegado. Digásenos sino, lo que se hace para preparar el porvenir; lo que se obra con un fin determinado y propio para producir los resultados que se intentan; la idea fija y trascendental, la línea indeclinable por la cual se anda ácia un término señalado. Corremos á la ventura impelidos por fuerza desconocida, y no trazamos nuestro propuesto itinerario hasta despues de haberlo recorrido; soltamos la máquina, reservándonos para cuando haya obrado el anunciar qué juego producirá. ¿Quién en este siglo habrá podido ser profeta para el año venidero? quién puede conjeturar ni de muy léjos lo que será de la Europa de aquí á 20 años? Se obra por fin en todo sin plan, sin concierto, sin confianza en las mismas ideas, que como saludables específicos se proclaman: se da á este siglo todo lo que pide en su delirante inquietud, como á un enfermo desauiciado.

Creemos pues que á no confundir la vitalidad con el delirio, el progreso en línea recta con el círculo vicioso de la duda, no

se llamará ya al siglo XIX el de actividad y movimiento, si-
no el del escepticismo, y por consiguiente de la indolencia. Y si
no bastan las reflexiones que hasta aquí llevamos espuestas, no
con la claridad y energía con que dentro de nosotros las senti-
mós, y las sentirán tal vez los que sobre ellas reflexionen, véa-
se de una ojeada la indiferencia en religion, la elasticidad en
moral, el fraccionamiento en la sociedad, la interinidad en las
instituciones, el eclecticismo en filosofía, la molicie y refinamien-
to en las costumbres, la anarquía en literatura, la imitación en
las artes, talento deplorable dado al parecer en débil compen-
sación de la facultad de crear, de ese destello de divinidad, que
solo se da á los siglos de fe, actividad y desprendimiento. *obitu-
sus* Pedimos otra vez que se nos disimule el habernos detenido
tanto en la consideracion de los males de este siglo, ántes de en-
trar á ocuparnos del único remedio que conocemos para ellos.
Todos los demás remedios estan ya desacreditados; los rege-
neradores del siglo han confesado que no habia ya ninguno para
él; pero á nuestro entender resta uno todavía, y la religion. En-
tre tantas cosas como van pasando, solo esta hay fija; entre tan-
tos elementos opuestos y disolventes, solo hay este de unidad;
en ella está la solución de todos los problemas sociales, políti-
cos y literarios. Sin embargo, se ha ido á buscar muy léjos
por caminos estraviados la verdad y la dicha que llamaba á
nuestras puertas; se han formado *cisternas estancadas y co-
rriompidas* para beber, despreciando el agua cristalina que ma-
na de purísima é inagotable fuente. La historia de este siglo
no es sino la de una lucha con la religion, á quien resiste no
con armas enemigas y con oposición activa, sino con toda su
fuerza de inercia é indolencia; mas no por esto sería ménos glo-
rioso el triunfo de la religion, pues ménos difícil es postrar á
un adversario, que resucitar á un *muerto*. *obitu-
sus* lo no habilita el tribunal en el que se juzga como
no habia el obituario el que lo no **JOSÉ MARÍA QUADRADO.**

Estudios

LEGISLATIVOS Y ECONÓMICOS.



ARTÍCULO PRIMERO.

Es una verdad, que por harto palmaria nos creemos dispensados de demostrar, que gracias al nuevo rumbo que de un siglo acá van tomando las ideas, la aristocracia de la cuna ha sido reemplazada por la de la riqueza, y mas todavía que por la aristocracia de la riqueza por la del talento. Cuando, ahora sesenta años, hollado el principio de la autoridad, la razon orgullosa levantó su altar sobre un charco de sangre y montones de polvo y ruinas, no se conocieron en el reino vecino mas diferencias que las hijas del arrojo y del talento, y zumban todavía en nuestros oídos las fogosas peroratas del tribuno Mirabeau que tanto empujaron la revolución francesa, haciéndola correr en cortas horas el largo camino que en muchos siglos no debiera haber andado. Los hombres que acaudillaron la revolución de allende el Pirineo, como los que se han colocado al frente de la española, han salido de los colegios de abogados; y el letrado que ántes consumia las horas en el silencio de su bufete ó en las sosegadas luchas del foro, es llamado ahora á representar un papel muy interesante en la escena social, pues tan pronto sube á la tribuna del congreso para dejar oír elocuentes y concienzudos discursos, como llega á sus manos una vara de alcalde para amparar los intereses de un municipio, ó se sienta en un sillón de alguna diputación de provincia, y tal vez en una poltrona ministerial. Y ved ahí porque ya no basta que el abogado esté meramente enriquecido con los conocimientos le-

gislativos, pues tanto como de estos necesita de los económicos, si es que con gloria para sí, y ventaja para sus comitentes, ha de ocupar el puesto á que irán encumbrándole los acontecimientos; y por mas que el tiempo nutrido de desengaños haya marchitado la fe que el que esto escribe tenia en la economía pública, y desmayado los bríos con que á esta ciencia se consagraba, sin embargo ahora con mayor aplomo de juicio podremos examinar lo que hay en ella de verdadero y tambien lo que de superficial y exajerado, como el pintor, que este nombre con justicia quiere merecer, no debe deslumbrarse ante el fresco de los colores, sino buscar en el lienzo las perfecciones del dibujo.

Cierto que á la ciencia de la riqueza debe preceder la ciencia del derecho; pero de que una vaya delante y la otra siga detras, no debe deducirse que estén divorciadas entre sí, ni que la una sea inútil á la otra, sino que se tienden una mano amiga, y se apoyan mutuamente. Si se quiere, de buen grado concederémos que al hombre dado del todo á la resolucion de los problemas económicos, se le hará duro engolfarse en el fárrago de los negocios judiciales, pero en esto solo vendrá confirmada aquella verdad ideológica tan conocida; *tanto como gana una idea en estension pierde en comprension*. Y para que se vea que brillan rayos de semejanza entre ámbas ciencias, y que hay muchos puntos de contacto entre sí, abordemos una de estas cuestiones que puede llamarse muy bien de relieve, y por su magnitud é importancia merece ser estudiada de un modo particular: tal es la propiedad. Si el labrador en sus faenas se condena á regar la dura tierra con los sudores de su frente, y el jornalero se resigna á respirar por largos años sepultado en una fábrica la pesada atmósfera de vapor, y el comerciante sentado en la popa de un buque se abandona á la inconsciencia de las olas, no creais sea por el regalo que se entrega al trabajo; pues el hombre indolente por naturaleza no ejerci-

ta sus fuerzas físicas por el mero gusto de ejercitarlas, sino por el premio que á este ejercicio suele acompañar. Ahora bien, el premio del trabajo constituye la propiedad, según la filosófica expresión del conde Destutt-Tracy, cuyas ideas por otra parte muy erróneas y sobrado materialistas combatiremos otro día.

Hemos sorprendido pues el origen de la propiedad, y lo hemos encontrado en el trabajo; y si todo cuanto tiende á fomentarlo entra bajo el dominio de la economía, claro es que el origen de la propiedad económico debe ser también. La legislación de todos los pueblos no ha tenido otra mira que amparar la propiedad de las invasiones de cualquier linaje que estas hayan sido, y toda la balumba de leyes que el jurisconsulto en una carrera de 50 años desempolva, no tienen mas objeto que el deslindar el *tuyo y el mio*. El demarcar como deben efectuarse los traspases de la propiedad, y el no derramar mas contribuciones que las necesarias para el sostenimiento del estado; esto es lo que cumple á la legislación civil, y el graduar las utilidades de cada una de las tres industrias para que según fuere la utilidad sea también la carga, esta es ya una cuestión económica. Por no haber comprendido nuestros legisladores como debieran el estrecho lazo que une á estas dos ciencias, dieron muchas veces en errores muy crasos, y lejos de labrar la ventura, labran la desgracia de sus subordinados.

Funesto en primer lugar para las familias y después para los pueblos es el lujo, ora sea de ostentación ora de sensualidad; este cáncer, que ahora mas que nunca va gangrenando las entrañas de la sociedad, ha hundido á muchas familias en la mas abyecta miseria, aumentando como si ya no fuese bastante rica, la cosecha de la pública corrupción. El lujo ha intentado nivelar todas las clases, pero á ese nivel aparente pronto ha sucedido el desnivel real, y la caída ha sido tanto mas estrepitosa cuanto mas encumbrada la altura. Para levantar pues un robusto valladar á esa avenida de males que en todos tien-

pos ha acarreado el lujo, fueron promulgadas las leyes suntuarias que tan diferentemente han sido juzgadas, apellidándolas unos altamente moralizadoras, al paso que otros agriamente las condenaban como atentatorias contra el derecho de propiedad. Cierto que la legislación no debe escurrirse en el seno de la sociedad doméstica para fiscalizar los bolsillos, y así solo á la economía cumplirá graduar los males que vienen á la riqueza pública de los derroches del pródigo y del helado estancamiento del avaro. Sí, la avaricia y la prodigalidad, aunque colocadas en dos estremidades, se dan un funesto abrazo, del mismo modo que pueden tocarse el primero y el último anillo de una cadena; el avaro sentado sobre sus tesoros, y el pródigo empleándolos en objetos de consumo improductivo, son igualmente fatales al acrecentamiento de las riquezas. Sin embargo, no es la economía la que podrá arrancar de cuajo esos dos males; la moral, y mas todavía que la moral la religion, es la única que puede regular los sentimientos del corazón y enfrenar las pasiones cuando se encabritan, y por lo mismo solo ella podrá derretir los hielos en el corazón del avaro, y cerrar un poco la mano del pródigo sustituyendo la hermosa virtud de la frugalidad. Y ya que la ocasion se brinda, no podemos ménos de decir que todas las ciencias, así las físicas como las morales, deben desfilar delante de la ciencia religiosa, como desfilan las hijas delante de su madre, doblando la rodilla é imprimiendo el beso de respeto sobre la mano maternal, pues todas las ciencias son respeto á la religion como diferentes riachuelos que llenan sus canales en un mismo manantial.

Por no haber comprendido nuestros legisladores esta verdad tan sencilla, se empeñaron en alcanzar por la coaccion lo que debieran haber logrado voluntariamente, olvidándose de que por los medios coactivos se aguijonea siempre el estímulo, y léjos de lograrse el efecto que se desea, se da con otro enteramente opuesto. Las verdades legislativas son en esta parte de un orden

tan diferente de las económicas, que la legislación puede revestirse del formidable aparato del poder y mandar, mientras que la economía debe resignarse á servir de consejera; en otros términos la legislación debe *querer que se haga*, y la economía debe *hacer que se quiera*. Sentencia es esta profundamente filosófica, digna por cierto de quien la concebió, de Juan Bautista Say, que con luminosa copia de datos oímos desenvolver cuando ocho años ha acometimos el arduo estudio de la jurisprudencia.

Otra de las materias meramente económicas y que sin embargo ha intentado invadir la jurisprudencia, es todo cuanto mira al aumento de la población. Abrid los códigos romanos, y en seguida saltarán á vuestros ojos las leyes Julia y Papiá Popea; abrid los códigos españoles, y estas mismas leyes aparecerán aunque puede vestidas con otro ropaje. Querían nuestros legisladores estimular los matrimonios, y por esto abrumaban á los casados de privilegios, olvidándose de que no conviene que las sociedades estén saturadas de población; pues el engrandecimiento de los pueblos no se mide por el número de sus habitantes sino por la felicidad de que estos gozan y por la abundancia en que nadan.

El pauperismo, ved ahí la pesadilla que atormenta á los que están arriba, y la grada de que se sirven los que están abajo para escalar el poder; y el pauperismo es tambien una de las mas funestas causas de las revoluciones que en estos últimos tiempos han barrido las sociedades modernas. A fuerza de multiplicarse los hombres, no han sido considerados mas que como puras máquinas; y vergüenza da el decirlo, las fuerzas de un sér que orgulloso puede levantar su frente al cielo han sido calculadas como si fuesen las de un caballo. En un siglo en que tanto se cacarean las luces, y en que en nombre de la filosofía debían suavizarse todos los dolores que aquejan á la humanidad, se han establecido nuevamente castas, y el oro

separará á los hombres los unos de los otros, tanto como los murallones de un castillo en los siglos medios: ¡ esta es la gran ventaja de un aumento excesivo de poblacion! A Malthus le ha parecido tan grave el mal que no ha temido proponer un remedio que el rubor no nos permite siquiera anunciar. Con esto podrá comprenderse cuan poco acertadas iban las leyes que por medios directos trataban de fomentar la poblacion, olvidándose de su fin principal, que es asegurar los medios de subsistir, amparando la propiedad y estimulando la industria nacional. Donde hubiere subsistencias, allí habrá matrimonios, como que tan apremiante es el estímulo de procrear que ha sido necesario que el cristianismo reglamentase los matrimonios por medio de sus cánones, y brindase con la palma de la virginidad á los que huellan valientemente las rosas del placer. Por lo dicho se ve que todo cuanto atañe al aumento de la poblacion pertenece á la economía y á la moral, pero de ninguna manera á la legislacion.

En otra materia se encuentran tambien de un modo especial la legislacion y la economía, y es en las permutas. La sociedad no es mas que una serie de cambios, ha dicho un esclarecido autor; y tan egoista es el siglo en que vivimos, que hasta en la misma beneficencia, en los arranques mismos de caridad ha querido hallarse una permuta. Bien se echa de ver que esto nos llevaria á hablar de la moral utilitaria, y por ahora basta decir que el dia en que la moral no tuviese otra base mas que el principio del interes, en este dia desprendido el mundo de la mano de Dios se hundiera otra vez en el cáos.

Todo cuanto tiende á encajonar las permutas, y á demarcar los modos de efectuarse el traspase de la propiedad, es patrimonio de la legislacion; y sino, ¿qué otra cosa son los contratos, los testamentos, las donaciones, que medios reconocidos por el derecho, en virtud de los cuales lo que es de uno pasa á las manos de otro? Sin embargo cuando la legislacion favorece

á una industria cualquiera en menoscabo de las otras, invade el terreno de la economía, é hiere los derechos que á esta ciencia pertenecen; ella necesita de la libertad, y el favor de las leyes es en esta parte lo mismo que el favoritismo de los príncipes, fatal siempre á los pueblos. Una de las causas que mas poderosamente han contribuido á la miseria en que gime la nacion española, miseria que la ha estrechado hasta el apuro de apenas tener el pan de cada dia, ha sido el favorecer demasiado la importacion del numerario y contrariar su exportacion, ó en otros términos, haber prevalecido la balanza del comercio. A veces nos sonreimos al ver la candidez con que algunas personas nos refieren aquellos dias en que las flotas nos traian desde nuestras Antillas grandes sumas de dinero, y en que era necesario apantalar las aduanas españolas: aquellos dias debian tener sus noches tambien, ¡y harto pronto nos han ellas envuelto! como los escesos de una juventud tempestuosa suelen ser precursores de una anticipada vejez. Era necesario que los estadistas que entónces gobernaban nuestra nacion formasen la idea de que los metales no son mas que una riqueza cualquiera, y por mas que despidan brillo, no valen sino lo que vale el trabajo empleado en su elaboracion. Así que las leyes que favorecian las permutas en que se daban materias, ora fuesen en bruto, ora elaboradas, para recibir en cambio moneda, eran antieconómicas y altamente funestas á la sociedad. Y á propósito de la moneda, no podemos ménos de decir, aunque sea de paso, que la ley no puede fijar de ninguna manera su valor sin esponer á los pueblos á grandes y tristes oscilaciones. Cuando por amenazar á los gobiernos inminente bancarrota, no inspiran confianza, equivocadamente creen salvarse de los apuros en que se ahogan arrojando papel moneda; porque la ley en vano fijará el valor del papel, como que sus mandatos quedarán á cada paso eludidos y el gobierno escarnecido. ¿Qué poder mas horrorosamente fuerte

que el revolucionario de Francia, armado de la hoz de la guillotina que segaba cada dia á millares las gargantas? Sin embargo ese poder tan terrible, que aparecia como un fantasma goteando sangre, no logó que el papel se tomase por el valor nominal, y en esta parte la Convencion y la República quedaron mas de una vez impunemente desairadas.

Funestas tambien eran las leyes que prohibian la venta por menor, y que sellaban con el hierro de la infamia la frente de los revendedores: en los contratos que no manche el fraude debe haber libertad, y todo cuanto tiende á dividir y subdividir una industria, léjos de ser contrariado, demanda alta proteccion. No ménos se oponian al libre desarrollo de la riqueza pública las leyes que cerraban las puertas de una nacion á los extranjeros que venian á ella á ejercer una clase de industria. El temor de que se volviesen á su patria una vez enriquecidos, era hártó infundado. Al marcharse siempre dejaban en pos de sí un equivalente de lo que se llevaban, ora fuesen máquinas, ora capitales fijos, ora conocimientos. Y ademas ¿quereis encadenar á los extranjeros á la nacion en la que vienen á ejercitar sus fuerzas físicas ó intelectuales? dispensadles todo linage de proteccion, y haced de manera que no tengan que echar de ménos la que disfrutaban en su pais natal. El amor de la patria que encadena al montañés á sus rocas y vericuetos hasta el punto de no envidiar la suerte del habitador del llano en medio de sus abundantes cosechas, este amor, repito, tan ardiente y puro en la infancia de la sociedad, se ha vuelto tibio desde que el interes ha ido helando el corazon del hombre. Ahora ya no recordamos con dulce placer el cielo bajo el cual nacimos, y los objetos que hirieron nuestros sentidos y rodearon nuestra cuna; y dia vendrá ¡plegue al cielo que tan nebuloso dia nunca amanezca! en que nos despedirémos de las playas en que vimos la luz primera, y nos arrancarémos de los brazos de nuestros padres y amigos, sin volver atras.

los ojos humedecidos con el llanto: tanto el amor á las riquezas ha ido aflojando las fibras mas delicadas del corazon! Por lo mismo ya no será tanto de temer que los extranjeros que vinieren á ejercer una clase de industria se restituyan á su nacion cuando se hayan enriquecido; porque ese sentimiento moral del amor á la patria, tan difícil de acallar en otros tiempos, se halla casi enteramente borrado.

Hemos examinado algunos de los puntos en que se codean la legislacion y la economía; esta materia de suyo harto abundante puede todavía apurarse mas, y esto prometemos hacer en otro número. Concluimos volviendo á la misma idea con que hemos empezado; y es que la ciencia legislativa no es mas que un vasto tejido en que como hilos entran la moral, la administracion, la economía, la política, la jurisprudencia, la historia, tambien la literatura, porque á veces la adusta Temis se goza en hermosearse con las galas del buen decir.

JOSÉ VIDAL Y PONT.



SOBRE LA SITUACION

CONSIDERACIONES.

Cuando todo al rededor del hombre respira tranquilidad y sosiego, y solo en su corazón se abriga la inquietud, y ninguna impresion ó causa exterior hace penetrar en él la amargura, sino que mas bien se derrama esta ácia afuera, nacida del corazón mismo como de su fuente; en vano es entónces cambiar de situacion, y buscar en los objetos externos el motivo y el remedio del dolor, sino se ciega en nuestro pecho su manantial. Cuando uno tras otro ha logrado el hombre todos los deseos que formaba para ser feliz, cuando ha subido sucesivamente las eminencias desde las cuales creia poder tocar la felicidad con la mano, y no le resta ya mas que subir, y la ve todavía á inmensa distancia sobre su cabeza tan léjos como al principio, sino se resigna á encontrarla en la otra vida, se desespera entónces, y muere con la ilusion la esperanza. Cuando ha cortado el médico, á no dudarlo, la enfermedad del doliente, y vencedor de la agudeza del mal, en vez de recobrar su salud florida, le ve lentamente desfallecer presa de una leve pero tenaz calentura, entónces se confiesa vencido el arte, y desconfia de la vida del enfermo mas que en lo fuerte de la dolencia. Ningun dolor peor de arrostrar, ningun deseo mas árduo de satisfacer, ningun mal mas difícil de sanar, que aquellos que no presentan causa conocida á la cual atribuirse, y cuyo remedio ni puede esperarse de ciertas circunstancias, ni aplazarse para cierta ocasion, porque es tan desconocido como su origen. Deseos siem-

pre insaciabiles, dolores sin objeto, enfermedades internas y ocultas, he aquí el retrato de nuestra situacion. Bramaba la guerra, y emanacion de su aliento pestífero se creian todas las ansias, sufrimientos é injusticias que nos aquejaban. Cesó la guerra, y quedó la menoría; sobrevino una funesta regencia, y cargó con la culpa de todos los males, cuya prolongacion se midió por la existencia de aquel poder, fijando todos sus ojos en el 10 de octubre de 1844 como en el sol de esperanza. Los acontecimientos maduraron ántes de su sazón este día; la regencia cayó, y duraron los males: declaróse la mayoría de la Reina, quedó sofocada y escarmentada la rebelion, están encadenados los tempestuosos elementos de anarquía, nos gobiernan hombres de prestigio é ilustracion superior entre los de su partido; la cuestion dinástica y la cuestion política ámbas, dicen, están resueltas, tenemos ya Reina y Constitucion; y la inaccion continua en los gobernantes, el malestar y el temor en los gobernados, en la nacion la postracion y el abatimiento. Dicen que es la convalescencia; plegue á Dios no sea el anuncio de otra recaída, tal vez una lenta y penosa agonía.

Hemos corrido pues todos los azares de la peregrinacion, hemos llegado al término del viaje, y todavía armamos por única mansion nuestra las tiendas de campaña, como si á la mañana siguiente tuviéramos que continuar la ruta, y á modo de caminantes divertimos el tiempo con proyectos: hemos fijado el punto de nuestra permanencia, clamando *ni mas adelante, ni mas atrás*; los cimientos, se dice, son buenos y seguros, y nada sobre ellos nos atrevemos á edificar; la situacion es *normal*, y las obras son *interinas*. Interino? y porqué? y hasta cuándo? la interinidad ó nada significa, ó es una palabra subversiva del actual órden de cosas. Por *ahora* se construye, por *ahora* se dejan de reconstruir las ruínas, por *ahora* se diferren las cuestiones mas vitales: y si no es ahora ¿cuándo será? esperamos en el porvenir ó en el acaso? somos previsores ó fatalistas? Neces-

ta de nuevas víctimas el encono de los partidos antes de la unión, de nuevos escarmientos el doctrinarismo político, de nuevas oscilaciones la nación para recobrar su centro? Todavía mas ensayos! mas empirismo todavía!

La Europa no ha presenciado en muchos años un espectáculo semejante al que actualmente le ofrecemos. Ha visto revoluciones sangrientas y fuertes reacciones, ha visto pueblos oscilando entre unas y otras, sucumbiendo á la violencia de estas alternativas, ó bien salvados y vueltos á su aplomo por el vigoroso genio de un hombre, ó por la robustez de su misma complexión; ha visto volverse conservadores á los que eran innovadores en un principio, bien á fuerza de desengaños, bien por cambio de posición, y una vez llegados al poder esforzarse en detener el violento impulso que habian imprimido al cuerpo social. Lo que nunca ha visto son conservadores revolucionarios, que sin fe en la revolución, porque ellos mismos la han desacreditado y mofado, y sin interes en ella, porque han sido tambien sus víctimas, y no una vez sola, mantienen vivo su foco que mañana tal vez podrá abrasarlos; que dos veces en el destierro y dos en el poder, olvidando siempre la gratitud y el escarmiento, buscan en la desgracia el apoyo de los hombres de orden, y alhagan en el gobierno á los de la revolución; hombres en fin que se entretienen en pasear la nación al borde del abismo del cual milagrosamente se ha salvado, y en jugar con la fiera que con harto flojos lazos tienen aprisionada momentáneamente, presumiendo domesticarla.

Nuestra situación es eminentemente revolucionaria; no somos nosotros quienes así la caracterizamos, sino los mismos hombres del poder cuando eran oposición, cuando en nombre del orden y de la justicia clamaban vigorosamente contra cada uno de estos actos, que hoy en nombre de la legalidad y de la prescripción se creen obligados á mantener religiosamente. El timbre de conservadores en la actualidad equivale á proclamarse con-

servadores de la revolucion, á sancionar las injusticias ántes combatidas, á sepultar bien profundamente lo que ha sucumbido en vez de resucitarlo. El nombre de conservador es un sarcasmo cuando ya no existe el objeto de la conservacion; entónces para ser consecuentes es preciso reparar y no conservar. Si unos destruyen miéntras otros no reparan, pronto no quedarán que conservar sino ruinas. Porque tratar de fijar la revolucion, detenernos en medio de la pendiente en que actualmente nos hallamos, es un delirio insensato, una ilusion que bien pudieran disipar tantos recientes escarmientos; repugna á la revolucion la cualidad de estacionaria, su condicion es progresiva; por esto sus hijos legítimos, con admirable instinto, y con una terrible consecuencia en sus actos, se han apellidado siempre *progresistas*.

Y sin embargo ó nada representa el partido moderado, ó su mision es reparadora por su naturaleza, y á ella debe exclusivamente el prestigio y los triunfos en algunas ocasiones adquiridos. ¿Cómo se esplican sino las vicisitudes que en estos últimos años ha sufrido, ora elevado al poder casi en hombros del pueblo, representando por un momento un simulacro de nacion; ora disperso como si nunca hubiera existido, no presentando mas que una reunion de cabezas sin cuerpos, ó una escuela de filósofos, oradores y poetas, como allá en Grecia, que se entretenian en disertar miéntras la república se hundia? No para lucir sus talentos, no para plantear sus fastuosas teorías ha sido llamado al poder, ni á ellas, sino á los grandes sentimientos nacionales, ha sabido apelar para encaramarse. Sus promesas de reparar, las esperanzas mas ó ménos justificadas que en él se colocaban, estos han sido sus únicos títulos al aprecio y confianza de la nacion y el secreto de su ascendiente; y cuando ha sido infiel á unas y otras, la nacion le ha retirado su apoyo, y en toda su pequeñez ha quedado entregado á la furia de sus enemigos. Si en 1837, cuando ménos era de esperar, se apode-

ró de las riendas del gobierno cercado de prestigio y confianza, fué su subida una *reaccion* contra los excesos revolucionarios de 1836, una protesta contra los sacrílegos despojos de Mendizabal cuyo remedio se esperaba de los que tan valientemente los habían combatido. Si á principios de 1840 logró en las Cortes una mayoría compacta é ilustrada cual nunca tal vez la obtendrá, fué porque le apoyó cual nunca la gran mayoría nacional habitualmente inerte, gracias á las seductoras promesas de reparacion que no escasearon: pocos meses ántes cuando luchaba solo, las elecciones habian dado por resultado unas Cortes demagógicas, y pocos meses despues inactivo y olvidado de sus compromisos despertó en la proscripcion del sueño en que yacia. Si mas tarde en fin la nacion simpatizó con su desgracia, si le libró en junio pasado de su imbécil opresor, fué porque le oia llorar por el altar y por el trono mas todavía que por su propia suerte, y dirigirse en los resortes que tocaba, no ya á los liberales, sino á los españoles todos. Desengañémonos: el partido moderado no puede representar en el dia sino una porcion de hombres de honradez y arraigo, que se ofrecen á remediar los males á que incautamente tal vez pudieron contribuir, con prudencia sí, pero con firmeza, y con toda la autoridad de su posicion y de sus talentos, y que rectificando sus estudios en el triste libro de la esperiencia, y léjos de toda exajeracion, aspiran á cimentar el sosiego y la prosperidad de España en la conciliacion de sus hijos y en la satisfaccion del voto nacional. Su programa debe ser la reparacion, su ciencia el desengaño, su purificacion el arrepentimiento. Aquel dia en que la nacion no le vea traer en dote sino *palabras y palabras*, y que entre él y el progresista no hay mas diferencia que la de matices constitucionales y cuestiones de parlamento, aquel dia será el de su caída irreparable.

Harto olvidan pues los principales órganos del moderantismo el lenguaje benévolo y conciliador que durante tres años

usaron con sus compañeros de opresion, y los desengaños que ponderaban, y sus peroratas á favor de la religion y de la Iglesia, y sus brillantes recuerdos de la antigua monarquía, al resucitar enconos de partido y odiosas nomenclaturas que habian dejado caer en desuso, puesto que sirvieron tambien un tiempo de grito de guerra para derrocarles. Harto olvidan por otra parte el rencor eterno de sus enemigos, y su opresion de tres años, y la reciente ruptura de la malhadada coalicion, si esperan desarmarlos á fuerza de protestas de constitucionalismo, y atraerlos sino á una reconciliacion fraternal y duradera, al ménos á una moderada y legal oposicion. «Os engañais, dicen á los absolutistas, á los reaccionarios, (y sabido es el vasto círculo que, segun el modo de ver de cada cual, puede quedar comprendido en esta acepcion, incluso los mismos moderados): os engañais, si tomabais á lo serio nuestras invitaciones de reconciliacion, y nuestras abjuraciones hijas de un momentáneo despecho, y las interesadas declamaciones contra los actos de nuestros contrarios; al heredarlos en el poder, nos hemos constituido tambien solidarios de sus actos. Sobre vosotros, lo mismo que sobre los anarquistas, pende la espada de la justicia, si os levantais, ahí está el verdugo; si no os moveis, sois un partido ya difunto; un sepulcro es lo único que podeis reclamar. Dejad de una vez insensatas esperanzas; y sobre todo enmudeced, y no os acerqueis demasiado á nosotros; vuestras imprudentes palabras, vuestro contacto podrian manchar nuestro virginal constitucionalismo á los ojos de los celosos progresistas.» Y luego volviéndose á estos: «Ya veis, dicen, nos suponiais aliados con los absolutistas, y mirad como los insultamos y desengañamos. Ea, avergonzaos de vuestros ridículos celos: ¿podiais creer que olvidásemos hasta tal punto nuestro comun origen y familia? Unámonos todos los que cabemos en el círculo de la constitucion para consolidarla, y luego en su arena podremos ventilar nuestras disputas de familia.» Atendida la historia de ocho años

á esta parte, y las violencias de los progresistas, y el hosco y sañudo lenjuage que usan aun actualmente, generosidad y no poca es la de sus antiguos perseguidos para con ellos; mas para ser generosos con unos, no importaba ser con los otros tan ingratos y desconocidos.

Y bien ¿qué es lo que esperan los conservadores de su conducta? porque no nos fijamos ya en considerar la moralidad, sino la utilidad de ella. ¿Esperan que ateniéndose ya de hoy mas á una estricta legalidad y á un afectado constitucionalismo, se atraerán en torno suyo á los liberales todos, y que el libro de 1837 será un escudo que los haga inviolables, y ante el cual depongan las armas sus enemigos jurados? Esperan que en adelante para conservarse en el poder ya no tendrán que cerrar otra vez con cien llaves el código sagrado, ni salir ya mas del círculo legal para repeler con ventaja á sus adversarios? Esperan que les salgan siempre favorables los dudosos trances de las elecciones? Esperan cada año dirigirse á la nacion y removerla toda, anunciándole una nueva crisis, y pedirle un último esfuerzo para salvar la patria, y verla de cada vez mas perdida! Esperan sin mas que sus discursos poder conjurar la tormenta originada de la terrible conflagracion de pasiones, ambiciones é intrigas electorales, y salir siempre airosos de una prueba en la que apáticos, divididos y tímidos tienen en contra de sí la compacta union, la constancia, la osadía de sus rivales? Y caso que de las urnas salga un voto de reprobacion, ¿están dispuestos á bajar de sus escaños, y á arrostrar una tercera emigracion? Demos empero que así consientan en ser mártires de la legalidad; ó demos aun mas, que por medio de la legalidad y de la estricta observancia de la Constitucion, esperen asegurarse un triunfo continuo, un monopolio perpetuo del gobierno; ¿creen que se conformará con esta legalidad misma el bando opuesto, y que les abandonará el mando, en gracia de la ley fundamental guardada ilesea entre sus manos? Creen que á falta de

las armas legales escrupulizarán los progresistas en usar otras, y á falta de infracciones de Constitucion y de tendencias retrógradas no hallarán otros pretextos que convertir en gritos de guerra? Tan de buena fe, tan desinteresado, tan teórico se supone á aquel partido, que puedan decirle sus antagonistas, «ahí teneis en vigor vuestro adorado código, pero nuestro es el poder, nuestros los destinos en virtud de la ley misma que formasteis;» y que entónces no se levantara para ahogar entre sus manos su propio parto prohibido por sus enemigos? Creen en fin que los cambios políticos no sean tambien entre nosotros una revolucion social, que los Olózagas, Cortinas y Caballeros se resignen jamas á una oposicion decorosa ó á un templado gobierno, si llegasen á vencer, y que la España pudiera pasar de unas á otras manos tan tranquila y pacíficamente como pasa la Francia de las de Guizot á las de Thiers, y la Inglaterra de las de los torys á las de los whigs, no solo sin estremecimiento alguno en la sociedad, sino muchas veces sin mudanza aparente en la política?

Esto quisiéramos que reflexionaran los conservadores, caso de que el móvil de sus contemplaciones con la revolucion no fuera otro que el de cimentar su predominio en la union de los liberales todos, ó llenos de sincera fe en sus principios, no temieran aventurarse á los trances parlamentarios y á las vicisitudes de las mayorías. Pero si á merced del apoyo de las bayonetas, y de la sed que tiene la nacion de reposo, aspiran á prolongar su gobierno sin plan ni sistema fijo, divirtiéndose en oscilar entre el órden y la anarquía, ora halagando sucesivamente á los de una y otra bandera, ora rechazándolos orgullosamente y proclamándose bastante fuertes é inteligentes para bastarse á sí solos; si acumulan contradiccion á contradiccion é inconsecuencia á inconsecuencia; si, hombres parlamentarios como se proclaman, fian su existencia á la fuerza, y buscan en sus estadistas lo robusto del brazo mas que lo elevado de la inteligencia; si, hombres de justicia, consagran cualquier injusticia con el nombre de

hecho consumado; sí, campeones de la religion. quieren encerrarla en los templos segregándola de la sociedad, y formar un clero bien mantenido sí, pero dependiente; sí, hombres de paz y reconciliacion, proclaman un nombre que no es el de españoles, y renuevan á cada paso amenazas y recuerdos ominosos; si en nada piensan por fin sino en salir del dia, y en satisfacer la vanidad ó el egoismo, sin mas pauta ni principio que un interes mal comprendido; entónces su poder sería tan efímero como monstruoso su sistema, y vendrian á ser muy pronto objeto de mofa y desden para esos mismos *partidos extremos* que se jactaban de domeñar, comparables á aquellos espíritus mezquinos pintados por Dante en su *Infierno*, que en la revuelta de Luzbel carecieron de osadía para seguir á este, y de firmeza para volver por Jehová.

Pues ea, se nos preguntará; ¿qué es lo que quereis? No toca á nosotros responder; á vosotros es á quienes dirijimos la misma pregunta. ¿Teneis fe todavía en el gobierno representativo? teneis esperanza de arraigarlo en España? enhorabuena; haced que sea entre nosotros una verdad, no una ficcion escandalosa como hasta el presente; someteos los primeros á todas las condiciones y legales consecuencias de este régimen; haced, si podeis, que vuestras batallas parlamentarias se limiten á batallas de discursos, que las revoluciones solo lo sean de bolsa, que cada oscilacion del poder ya ácia la conservacion, ya ácia la reforma no sea una sacudida terrible que desencaje la contestura de esta triste nacion; extended sobre todos los beneficios de vuestras instituciones, abrid la palestra á todas las opiniones y divisas, dad á todos libertad, hasta para no quererla mientras no apelen á conspiracion ó á violencia, libertad como la que se goza siquiera en el vecino reino, y aun algo mas, porque allí tambien bajo el manto de la secta doctrinaria se encubren harto aménudo la intolerancia y la tiranía. Y ora arregleis vuestras ideas á la actual Constitucion, ora la reformeis segun vuestras

ideas; haced que la ley vaya acorde con los actos, y los actos con los votos y necesidades de la nacion. ¿Ha flaqueado por el contrario vuestra fe con la esperiencia y los desengaños, volveis los ojos con dolor al punto de vuestra partida, renegais de las teorías, aspirais á robustecer el poder, y á encargarle de nuevo exclusivamente la salvacion y la tutela de una nacion, que desgraciada ó afortunadamente no puede ó no quiere reconocer sino un solo representante? Pues bien, caminad á la centralizacion, á la unidad con prudencia pero con desembarazo, restaurad de lo antiguo lo que restaurarse deba, y conservad de lo existente lo que deba conservarse, arrinconad esas inútiles pantallas, arrojad esa máscara que no os encubre bastante para que los unos dejen de trataros de apóstatas, y repugna demasiado á otros para aceptar vuestra amistad y entregaros su confianza. Y sea cual fuere de los dos caminos el que escojais, encaminaos á su término firme y decididamente, concordad los medios con el fin, haced nacional vuestro gobierno; aspirad á algo mas que á esa acquiescencia pasiva, cuando no indiferencia desdeñosa, con que la nacion os tolera mas bien que no os sostiene, ú os consiente por temor de peores males; hacedos intérpretes fieles, y no presuntuosos catequizadores, de esa inmensa mayoría de españoles que apenas ha figurado aun ni en las luchas de los campos ni en las de los parlamentos, y que engrosada de cada dia por los desengaños, solo reclama paz y gobierno: á los partidos atraedlos á una comun avenencia por medio de cesiones mútuas, dispensando olvido hasta á sus nombres, satisfaccion anticipada á sus clamores legítimos, justicia sin excepcion á los individuos; favoreced al fin en todo su desarrollo, con sincero celo y no por cálculo de partido, los dos sentimientos cardinales que constituyen el alma de esta nacion, la religion y la lealtad monárquica. Y si os reís de esa noble tentativa como ilusoria, ilusion por ilusion, mas os valiera sucumbir por ella, que por ese ambiguo y tortuoso sistema, si tal nombre

merece, nulo en el origen de las teorías, estéril é imposible en el de la práctica, amalgama informe de principios y actos contradictorios, con que intentando ahogar á todos os vais á quedar terriblemente aislados, sin apoyo en el mando, sin una lágrima en la caída.

Esto queremos, que vosotros queráis algo y que lo queráis con lealtad y constancia, que os decidáis por una ú otra ruta franca y briosamente, que saqueis á la nación de esa ansiedad horrible, de esas perpetuas vicisitudes y encontrados movimientos que la descuartizan; lo único que no queremos es la duda, la inconsecuencia, la hipocresía. Por lo demás, ¿qué nos importa á nosotros régimen absoluto ó representativo? qué mas nos dan unas formas que otras de gobierno, si se abriga en ellas una alma misma, y si es uno mismo el beneficio, cualesquiera sean los medios de producirlo? Tanto creéis que temamos el verdadero voto del pueblo? que tanta sed tengamos de servidumbre? que tanto repugne el nombre de libertad á quien siente correr sangre generosa por sus venas? Esas cuestiones políticas en las que tanto ruido se mete, y tan frecuentemente se usurpa el nombre del pueblo, son harto secundarias á nuestros ojos como á los de todo hombre de buena fe, harto indiferentes al bienestar real de los pueblos, é ineficaces con respecto á los gobernantes, para que valgan los ríos de lágrimas y de sangre que han costado. Las instituciones se modifican por las costumbres, y no estas por las instituciones; el imperio de las costumbres, he aquí la verdadera soberanía nacional que los gobiernos mas despóticos han acatado: dejad al tiempo, que es un irresistible revolucionario, aunque con suave y graduada lentitud. Los gobiernos son robustos cuando son nacionales, es decir apropiados al carácter y necesidades de los gobernados; y entónces cualquiera sea su naturaleza, inclinamos ante ellos la frente, sin mas exámen ni discusión filosófica, que en este caso nos parecería tan insensata

como aplicar el escalpelo anatómico á un cuerpo sano para saber como disfruta de salud. Por esto acatamos con gratitud y respeto las instituciones de siglos pasados que ya fenecieron; por esto aceptamos en el nuestro la diversidad de gobiernos en que está dividida la Europa, y hacemos justicia á los respectivos beneficios é inconvenientes que producen; por esto veneramos indistintamente á los hombres grandes, ya sean tribunos, ya dictadores, que Dios envia para imprimir un movimiento ó para detenerlo, y tan bella nos parece una voz generosa que truena contra la opresion, como un brazo de hierro que enfrena la anarquía. Dos genios ha producido este siglo, el uno encarnacion del poder, el otro de la libertad, Napoleon y O'Connell; y si á las simpatías de nuestro corazon hubiéramos de consultar, prefiriéramos sin duda el tribuno al dictador, la libertad al poder, O'Connell á Napoleon.

Amigos de la libertad, reclamamos contra el exclusivismo y tiranía de la revolucion no nacida entre nosotros de pasiones populares ó de necesidades de la época, sino impuesta mas bien como un yugo sobre nuestras cervices: amigos de la ley, pedimos que la ley se observe, ó la ley se reforme. ¿Os exigimos el sacrificio de la Constitucion? no; ved si es compatible su observancia con vuestra duracion en el poder, y sino, indagad si el mal está en ella ó en vosotros. Amigos en fin de nuestra España, cuya felicidad es la union de sus hijos, pedimos la abolicion de castas y de todo nombre ó distintivo que no sea el de *españoles*; pedimos que no exista dentro de la nacion una nacion aparte gozando exclusivamente de los derechos constitucionales, y que se ensanchen los límites de la Constitucion hasta donde alcancen los de la patria; os pedimos en fin á vosotros, liberales, por ese gran partido que gratuitamente excluís, parte hasta aquí pacífico é inofensivo, parte que ha espiado bastante con su sangre y con penalidades de todo género una opinion tan lícita como la vuestra; si, pedimos por

los absolutistas, como hubiéramos pedido á estos por vosotros, si os hubieran condenado á una proscripción ó á un ilotismo perpetuo. Sin embargo, esta es la lógica de los partidos; nos acusaréis de intolerantes, cabalmente porque reclamamos tolerancia, de reaccionarios y turbulentos, porque queremos la paz y la conciliación, de enemigos de las instituciones, porque pedimos su afianzamiento y observancia, de ilusos é incorregibles, porque desvanecemos vuestras ilusiones abriéndoos el libro de la experiencia, de contrarios vuestros en fin, porque os señalamos con el dedo la sima en que correis á hundiros, y levantamos con esfuerzo nuestra voz para despertaros del letargo, durante el cual os van á sorprender vuestros verdaderos enemigos. ¿No lo habeis dicho ya mil veces que los partidos extremos se unian, y que los *hombres de la inquisición* atizaban disfrazados la hoguera de la democracia? no habeis tomado siempre la mas justa reclamación por arma de partido, y la reconvencción mas moderada por hija del encono? no habeis de propósito confundido á todo el que se haya permitido dudar de vuestras teorías con los fanáticos é ignorantes? Ah! si os aborreciéramos, á vista de vuestros desaciertos clamaríamos triunfantes: *un desengaño mas!* y empujaríamos ácia adelante el carro de la revolución para que mas pronto se estrellara. Pero no somos pesimistas, y hacemos justicia á las virtudes de muchos que militan bajo vuestra enseña, dignos por cierto de mejores gefes, y que se lamentan como nosotros de esa funesta paralización. Hombres del célebre trienio de 1837 á 1840! vuestra marcha es la de entónces: acordaos del 1.º de setiembre!

JOSÉ MARIA QUADRADO.

CÁNTIGAS

DE SILVIO PÉLLICO.

Rosilde.

Hermosa, y amada, y tierna amante de su esposo y señor era Rosilde, y en sus brazos sonreía á la sonrisa de su madre un bello infante, tal como se apoya en una flor un entreabierto capullo.

Al tornar de la caza el caballero Teodomiro, ¡oh cuán larga le parece la subida á su castillo! no porque le rinda grave cansancio, sino porque vuela su pensamiento á su hijo y á su consorte adorada. Levantaba los ojos á la torre, y en ella aparecía suspirando por su venida la modesta dama con su lindo infante, como si bajara del cielo la Virgen Madre de Dios para consolar á los mortales con una mirada.

Mas de improviso se deja caer el dolor en medio de aquellos felices dias. Era una mañana, y por las márgenes del conocido Lemna (1) iba Teodomiro persiguiendo al jabalí; vibra una saeta, y entre esta y la fiera se interpone impelido por su caballo el jóven Dionisio, y cae exánime en el suelo! Dionisio el hermano de armas, el fiel amigo del matador! Vivo se conserva todavía en los cantares de las lindas doncellas de Pignerol el recuerdo de la hermosura y del valor de Dionisio.

Oh remordimiento! remordimiento! Una vez bañado el caballero en la sangre de su amigo, vé disiparse todas sus alegrías. Sobre el castillo tan feliz un tiempo siéntase y extiende sus negras alas el ángel del mal; y es fama que muchos oyeron de noche las risas del espíritu perverso, el dia en que el hijo de Rosilde feneció consumido de languidez, y resonaron con el plañido materno los desolados salones. No terminaron aquí los horribles amagos de la desdicha. Ah! vé Teodomiro desaparecer el juvenil color de las mejillas de su esposa, y extinguirse lenta-

(1) Torrente junto á Pignerol.

mente en sus rasgados ojos el hermoso brillo con que tan vivamente resplandecían antes; y suspira en secreto, y en tanto que oculta sus temores con risueñas palabras, erízasele los cabellos, presentándose á su imaginación otra tumba, y cerrados en aquella tumba, ay! para siempre cerrados, los adorados ojos de Rosilde.

Aproximábase ella á la muerte; y entónces en el corazón antes incrédulo del caballero brotó la religión con toda su eficacia, y bajando á Pignerol derrama ricos dones en el templo principal, é intenta con solemnes ritos espíar el homicidio involuntariamente cometido, y ofrecer sufragios por el alma querida de Dionisio, por si acaso pena aun, para que aplacado el cielo devuelva á Rosilde vida y contento y el nombre dulcísimo de madre.

Aparécese en sueños el espectro de su amigo, y no con rostro airado sino triste mas bien, como si compasivo deseara ocultar sus penas propias, y mas sintiera las ajenas, sin poder para remediarlas, ó como si llevara en sus manos una amarga copa, y esta copa estuviera muy léjos de ser un remedio, y con todo fuera preciso apurarla... «Ea, espícate, decía Teodomiro, espícate.» Y la fantasma le señalaba con el dedo un lejano camino, en cuyo fondo se levantaba una gran ciudad con escelsas basílicas, y parecía decirle: «Marcha; allí te llama Dios.» Y miéntras lo empuja ácia allí, cúbrese el rostro con una mano, y llora.

Despierta el caballero despavorido, medita el oscuro sueño, y créese por fin inspirado. «Ah! no cabe duda: Roma es aquella gran ciudad; con mi piadosa romería debo librarte á tí, Dionisio, de las llamas, y á mi cara esposa de la muerte.» Dijo, y se obligó al mismo tiempo con voto á efectuarla.

Regocijaos, ó colinas; con sus miradas reanimadas por nueva vida vuelve Rosilde á embelleceros. Festivas guirnaldas perfuman las estancias todas del castillo, resuenan las arpas, vuelve el tiempo de las danzas y de los convites: desterrado ha sido el ángel de la desventura.

Pero fiel á su voto toma Teodomiro el bordon y un escudero consigo, ni consiente que le siga su esposa, porque al lado de ella ya no se le haría árdua penitencia alguna, y el cielo pudiera castigarlo gravemente por su falta de mortificación. «Adios, amada, de cada dia mas amada! consérvame tu vida y tu amor: dentro de dos lunas estaré de vuelta.»

Lloraba Rosilde, y no podia arrancarse de tan dulce abrazo, y no eran todas de Rosilde las lágrimas que inundaban el rostro del caballero. ¡O despedidas, dolorosas sí, pero mezcladas de dulzura, cuando

dos corazones que latían juntos se separan por breve plazo, y se designan la hora feliz de la vuelta! Ay! que otras separaciones mas dolorosas he experimentado, cuando dos corazones son arrancados á viva fuerza por un celoso tirano, y no pueden decirse adios, ni ven brillar esperanza alguna de reunirse otra vez!

Un mes cumplió desde que orando y ceñida de humilde cilicio, en llanto y en ayunos, cual desconsolada viuda, vivia dentro del solitario castillo la amante esposa, no abrigando sino un pensamiento único, cuando desde su ventana cayendo sus miradas sobre la cuesta, ven subir por ella á un anciano parecido al fiel Ugero que acompañó á su amo en la peregrinacion. Y lo es en efecto.. ay triste! y vuelve solo! O latidos de inquietud! ó funestos presentimientos! Apártase de la ventana, vuelve de nuevo á asomarse, quisiera tomar por sueño lo que está viendo, hace la señal de la cruz, y esclama: «No, Jesus mio, no; que no sea verdad, que no lo sea.» Mas llega entónces el anciano, y se echa sollozando á los piés de su señora.

—Ya te entiendo, buen siervo mio; eres nuncio de muerte. Cuéntame donde feneció: séame dado almenos arrastrarme ácia la tierra que cubre sus despojos, y allí espirar.

—Noble dama, el fiel Ugero no volveria á presencia vuestra, si hubiera visto abrirse el sepulcro de su señor.

—Qué has dicho? Vive pues! Ah! ya no soy desventurada.

—Escuchad, señora: no os hagais ilusion. Grave, demasiado grave es la desgracia de mi amo; incierto es su destino. Habíamos llegado apenas á aquel sitio en que las olas del Pó bañan la tierra de los Placentinos, cuando un viagero espoleando fuertemente su caballo en direccion á nosotros: «Huid, grita, huid, ó peregrinos; una tremenda hueste ha invadido el país; el feroz Otlusco con sus errantes Húngaros ocupó las cercanías de Plasencia, (1) y se ha apoderado de un vecino castillo, y en él encierra tantos prisioneros como coge, exigiendo luego por el rescate inmensos tesoros, ó vertiendo sino la sangre de los infelices.» El caballero que así nos hablaba era un prisionero, para cuyo

(1) A principios del siglo X bajaron á Italia muchas hordas de Húngaros, lo que hace conjeturar si pertenece á aquella época la historia de Rosilde. Rechazados primero los invasores por el emperador Berengario, fueron despues llamados por el mismo para hacer frente á Rodolfo rey de la Borgoña de la otra parte del Jura. Berengario se arrepintió; en vez de obedecerle los bárbaros, se derramaron por toda la Lombardia devastando campos y ciudades, y llegando á saquear é incendiar Pavia la capital.

rescate todo lo habían vendido sus tiernos padres, siervos, tierras y el solar de sus abuelos. Habíase consagrado el joven caballero á una hermandad religiosa, (1) y el voto de estos monges guerreros es defender los peregrinos, los oprimidos y los inocentes; pero ni su valor ni todas las fuerzas de la afligida ciudad pueden rechazar al feroz Otlusco, cuyas armas mas terribles son los mismos prisioneros, amenazando degollarlos en el punto en que se atrevan á acometerlo los ciudadanos. Dimos gracias al generoso campeón, y continuamos apresuradamente nuestro camino; pero mientras que solos Teodomiro y yo nos alejábamos del peligro internándonos por una selva, «ausilio! ausilio!» oímos gritar de léjos. El honor nos impedia negar auxilio á quien lo imploraba; desembaina la espada Teodomiro, sígole, y venimos á las manos con los Húngaros que acababan de robar una dama á su esposo. Mas ah! ¿qué podían dos espadas no mas contra tan numerosa hueste? Mirad en mi pecho las heridas no bien cerradas todavía con que los enemigos me dejaron exánime en tierra, mientras vencido y prisionero se llevaban arrastrando á mi señor. Apenas, vuelto en mí, pude sostenerme sobre mis vacilantes rodillas, fui en busca de Otlusco, y solicité participar de la desgracia de mi señor; pero el bárbaro se burló, rechazóme, y mostrándome un tronco humano colgado de una cruz: «Igual suerte, dijo, amenaza á tu señor dentro de breves dias, mientras no reciba tanto oro como vale tan ilustre vida?»

—Y qué vale el oro? esclama Rosilde. Ah! sacrifíquese todo al momento. He heredado bastantes joyas.

—Ojalá bastasen, ó señora! pero tan excesivo es el rescate que pide el bandido, que mucho temo no alcancen á completarlo todas vuestras riquezas. Y el tiempo vuela, y el cruel tiene contados los dias.

Al oír la dama la enorme suma pedida, estinguióse á sus ojos la última centella de esperanza; y tal como el justo de Idumea abrumado por el cúmulo de males, osó levantar su clamor hasta Dios, pidién-

(1) La necesidad de defenderse contra los abusos de toda especie promovió en los siglos medios la institucion de muchas hermandades beneméritas de la sociedad. Los asociados permanecian seglares, y su oficio era el cumplimiento de algun penoso deber, como proteger á los caminantes, asistir á los heridos, enfermos etc. Así iban añadiéndose de nuevo con vínculos parciales los vínculos de la gran fraternidad humana quebrantados por la barbarie. Mas en los siguientes siglos cambióse el fervor en manía, y de todas partes se erigieron hermandades que en vez de prodigar beneficios á la humanidad, la infestaban de supersticiones: tales fueron los *beguinos*, los *hermanos y hermanas del Espíritu santo*, los *flagelantes* etc.

dole cuenta del áspero é inmerecido azóte, así Rosilde en el colmo de su pena olvida que el barro no tiene derecho de disputar con su Hacedor. Pero lo mismo que por aquel, se conmovió el Criador á favor de la infeliz delirante, y perdonó las espresiones que en la desólon se le escapaban.

—¿Y sabes tú, ciego mortal, si Dios guía la suerte de cada uno, si te impele al encuentro de la desventura, para que tu espíritu triunfando en sobrehumanas luchas, se asemeje mas á él? Acaso faltarán al Eterno medios y deseos de que los fuertes obtengan su galardón? Marcha, piadosa Rosilde, á tu destino; ¿qué importan tu paz y tu vida y la de Teodomiro, si place á Dios inmolarlos á la salvación de una ciudad entera?

Vuelve en sí, restitúyete fuerzas el amor, y nada deja por intentar. Telas de oro, magníficos collares, vasos, perlas, todo mueble de valor subido cárgalo sobre acémilas. Las tierras y los castillos no podian venderse con premura, y así los entrega en prenda á la Abadía, y logra en cambio un no pequeño tesoro.

—Ea, no os aventuréis, señora mia! repite en vano el prudente escudero, dejad á mi cargo este mensaje.

—A todo podrá resistir el bárbaro Hunno, esclama la triste, mas no al llanto de una muger.

—Con todo, recordad que la buena fe es desconocida entre los malvados. Y si él arrebatase las riquezas, y os retuviese cautiva!

—Ah! bien prefiero ir cargada de cadenas al lado de mi esposo, que léjos de él gozar de riquezas y de libertad.

Así dice, y manda, y quiere. Y he!a allí ya en camino, montada en su mula con el fiel Ugero y con unos pocos siervos. Ay! así huia yo un tiempo pequeñuelo aun en el regazo de mi madre, perseguido por los franceses, y el viagero se paraba atónito, y preguntaba por qué lado bajaba el enemigo.

O poco previsores caballeros que educáis á las doncellas en pusilánimes ejercicios! Ora sí que se necesitaria esfuerzo! Hallarás Rosilde en medio de las armas, frente á frente con la arrogancia, y blanco de asechanzas, y solo con pensar en ello se le desmaya ocultamente el corazón. Jamas habia salido del palacio de su padre hasta el dia en que de Susa pasó al castillo de su desposado amante, y en él vió apenas rarísima vez el semblante de algun huésped, y conservó siempre todo el pudor, todo el miedo de la infancia. Y aquella débil muger cavalga ahora por las selvas noche y dia, y tiembla á cada susurro de las hojas, y oye los ahullidos de los lobos, y al anocheecer vé de léjos las

hogueras, donde ¿quién sabe? cenando acaso medita un ladrón nuevos homicidios. «Por mí no temblaría, piensa en su interior; pero si me robasen estas riquezas, ¿cómo alcanzar entonces tu libertad, ó Teodomiro?»

Y Teodomiro desde los altos muros donde gime cautivo está pegado á la doble reja de su ventana, y hora tras hora fija inmóvil en el ancho horizonte sus ansiosas miradas.. ¿y de qué ansiosas? qué espera aun? Ah! nada espera: cree difunto al fiel Ugero, nada puede saber Rosilde de su suerte. «Ese vil sustento que de balde me arrojan, al cabo parecerá excesivo dispendio, y levantarán para mí la cruz. Llegue, llegue este día.» Tales son amenudo sus febriles ansias. ¡Terrible lucha, la de desear la muerte como único descanso, y estremecerse pensando en los desesperados lamentos de quien nos ama cuando oiga la nueva de nuestro martirio, y desear casi continuar de nuevo en la horrible vida que vivimos, para que nunca llegue á las estancias de nuestra mansion aquel desolador é irrevocable grito: *ya no vive!* Mira Teodomiro al través de aquellas rejas, y nada espera; más pasan los dias, y no ve persona humana, porque á espaldas de la torre yace el campamento de los Húngaros, y por aquel lado se estiende un vasto llano desierto, entre pantano y arenal, que confina con un bosque, y solo á la izquierda divisanse por entre los olmos los campanarios de la ciudad, y cuando el viento mueve las ramas, descubrense las azoteas... Agita, ó viento, agita aquellas hojas; y sea concedido al preso ver alguna vez sobre las azoteas el paso de algun viviente. Es una vaga y atormentadora necesidad para el solitario la vista de un semejante.. almenos de léjos. Un santo y misterioso amor enlaza á los mortales si la distancia los separa: ah! ¿cómo de cerca pueden aborrecerse y guerrear entre sí?

Hasta á sus enemigos ama casi Teodomiro, si escucha su salvage cancion; que tambien es humana voz el canto húngaro. Y si alguna vez oye en el bosque el lejano golpe de la segur, retiene el aliento, y siente algun placer en aquellos golpes, porque á los ojos de su fantasia se representa el buen campesino que con árdua fatiga gana el pan para su muger amada y para sus dulces hijos. Ay de mí! preciso es que haya descendido un hombre al fondo de la miseria, para mirar como un tesoro tan pobres consuelos! Y si calla la segur en el bosque, y callan los Hunnos, y calla el viento entre los olmos, y en las torres el sonido de la campana grato al hombre meditabundo, ¿quién entonces suaviza, ó cautivo, tu negra melancolía? Oh! entonces aquellos ojos que nadie vió jamas humedecerse en el quebranto, inclinándo-

se al suelo tristemente, derraman en gruesas lágrimas el dolor á lo largo de las mejillas.

—O mi Rosilde! yo soy el autor de tu desventura. Yo creia que celeste inspiracion me habia movido á la piadosa romería, y me seducia el consejo del espíritu que en el llanto humano se divierte!

—A caballo! á caballo! he allí una presa. Así esclama Otlusco, y ya espolea su corcel, y ya le siguen cien lanzas. Oh! cuál quedó el alma de la tímida muger con la furibunda arremetida de un escuadron! espantosos alaridos que ensordecen el aire, y no tanto parecen anunciar un saqueo como una rápida matanza!

Apéase del palafren; el corazon le desmaya, mas invoca á su ángel bueno y confia en su socorro; y pálida y temblorosa, pero resuelta, sale al encuentro de los salteadores, y con la mano les hace señas de que refrenen su ímpetu, y quieran por piedad escucharla. Hay en el aspecto del débil é inerme un secreto que inspira reverencia á los mas feroces; y si le oprimen apesar de todo, es una ley que no procede de la naturaleza, es un atentado que no se lleva á efecto sin repugnancia, y al que solo impele una idea premeditada de codicia ó de orgullo.

Espectáculo conmovedor! un momento mas, y la infeliz podia quedar despachurrada bajo los cascos de los caballos; un momento mas., y el escuadron á la mitad de su carrera permanece inmóvil. Así lo mandó Otlusco.

Salta el caudillo al suelo, acércase á la aterrada dama, y en el semblante del bárbaro, mezclada con la insultante satisfaccion de su prepotencia y con los duros rasgos de crueldad, asoma una dudosa luz que suaviza por un momento su cruel júbilo y sus facciones, y se parece casi á un rayo de cortesanía. ¿Era esta, ó Rosilde, obra acaso de tu belleza? ó tal vez fué grande el alma de aquel héroe, ántes que la degradasen inhumanas acciones, y aquel rayo de cortesanía es un resto ó memoria de otros tiempos?

Pero en almas degeneradas en el crimen, sucede á los impulsos generosos un arrepentimiento de haberlos sentido: la única virtud que conocen es el desprecio de la virtud.

—Señor, soy la esposa de un prisionero cuyo rescate te ofrezco. Si hubiese yo nacido reina, un reino te ofreciera por este rescate; pero cuanto poseo todo lo pongo ahora á tus piés, y suplicante te conjuro para que me devuelvas á mi Teodomiro.

—Muger, reconozco á tu escudero. Te habrá dicho el precio en que evaluo á tu señor, ni quiera el cielo que por ménos de su valor me

prive yo jamás de tan rica y peregrina joya.

—Ea, no manches, señor, tus valerosos timbres mofándote de los desgraciados. Ve ahí un tesoro nada despreciable; acéptalo, y haz que privada de cuanto poseía excepto de mi consorte, sin dolerme de mi miseria, pueda cada día bendecirte.

—Ola! venga conmigo este convoy al castillo.

Tiembla Rosilde, y cavalga de nuevo en su mula, y al lado de Otlusco se adelanta á los demas, y desde léjos mira con ansia y con afan aquellos muros que encierran á su querido. Pero el codicioso bandido ve el amor y la belleza de la dama, y maquina nueva perfidia en su alma astuta.

Llegan al castillo, descúbrense los dones, y Otlusco hace comparecer ante sí al prisionero. ¡O emocion de los dos tiernos esposos al volverse á ver! Oyó Teodomiro lo que habia hecho Rosilde para salvarle, y siente tanto júbilo, asombro y gratitud, que no encuentra palabras. No, esclama el suspicaz Hunno al mirar aquel mútuo contento, no es verdad que sean estas vuestras únicas riquezas, no sintierais tan poco el perderlas. Para tu rescate, ó guerrero, podrán muy bien ser bastantes: mas pido un don cuatro veces mayor por la muger que retengo cautiva.

Lloraron, suplicaron, fueron bárbaramente separados, y el caballero es arrojado del castillo por los Húngaros á viva fuerza.

¿Qué será de la infeliz? y dónde y cómo hallará Teodomiro tesoro tan cuantioso como exige el pérfido? Recuérdale sus deudos el leal escudero. «Ah! mis deudos son poderosos, mas antiguas guerras y enconos los enemistaron conmigo, y léjos de aguardar auxilio de ellos, solo aguardo mofas en mi mala fortuna. Vender mi patrimonio? el negocio es lento, ni me produciria mucho su venta, pues adelantó ya por él una tan enorme suma el que lo aceptó en fianza?

Miéntas revuelve en su corazon mil diversos pensamientos, uno mas furibundo que otro, y todos propicios, sí, para la venganza, pero ineficaces para libertar á su esposa amada, miéntas intenta en vano aguardar emboscado al bandolero para quitarle la vida, miéntas en vano acude á las valientes y religiosas hermandades y á los guerreros placentinos, y ruega, y estimula, y á riesgo de causar general matanza en los cautivos, incita con todo á la batalla, y diez veces con fingidos ataques espera llamar á lo léjos á la bárbara hueste, y apoderarse rápidamente de la fortaleza, y diez veces le burlan la vigilancia y artificio de los Húngaros; piensa en secreto el salteador envestir la ciudad con audacia increíble. Noche nefanda! Una traicion tal vez abrió las puer-

tas á Otlusco; el hierro y el fuego durante cinco dias recorrieron horriblemente todas las calles, todos los templos, las mansiones todas: la resurreccion del pueblo vencido parecia por siempre desesperada.

No ya solamente por codicia (del botin se regocija el bárbaro en sus triunfos, sino por deseo de aparecer, al par que temido y fuerte para los demas, grande tambien á los ojos de la altiva Rosilde. El llanto de la dama habia conmovido, no se sabe como, aquel férreo corazón, tanto que alguna vez se sintió inclinado á enjugar las lágrimas de sus ojos enviándola libre á su marido, y si hubiese llevado á cabo su magnánima idea, no solo á la dama, sino que con ella hubiera restituido todos los tesoros. Con tan noble propósito se encaminaba un dia á la estancia de la cautiva; ay! volvió á ver aquellas angélicas formas, oyó el sonido de aquella voz, y espiraron en sus labios las meditadas palabras: no pudo ya ser generoso. Habló de amor, y sufrió lo que nunca habia sufrido, sufrió desprecios, y estos desprecios eran un puñal para el corazón del soberbio, y amaba sin embargo al que se lo clavaba en el seno.

No era la suerte de Rosilde igual á la de los demás prisioneros: solo le está prohibido salir del castillo, mas se le permite visitar á los otros infelices, aliviar algun tanto sus penas, redimir del suplicio de la cruz al que á él habia sido ya condenado, y restituir algunos sin rescate á sus familias. Con benéfico intento y diversas esperanzas va conservando su existencia, y se finge ménos irritada con su abominado opresor, fija siempre en la idea de buscar una ocasion de escaparse. Pero en los malvados un breve esfuerzo de decoro y generosidad es superior á sus facultades; quisieran aparecer magnánimos, y apenas han empezado á obrar como tales, cuando les precipita de nuevo en su baja esfera su naturaleza, ó el hábito de la degradacion, ó la satisfaccion del mal, ó la delirante embriaguez de los sentidos.

Prudencia, súplicas, dignidad, desdenes de nada valen ya á Rosilde. En medio de la desenfrenada alegría de los banquetes lanza el tirano palabras de amor, pero temerarias y orgullosas. O amor! el fuego de los profanos no merece tu bello nombre.

—Insensata! le dice: ¿porqué obstinarte contra el destino? Y crees que tu primer compañero desde que te ha perdido, permanezca constante en su viudez? Ah! bien se consuela ya de tu ausencia en brazos de otra amante! ¿Ha vuelto acaso á buscarte? Véngate pues: acepta el tálamo de Otlusco. Espléndida mil veces mas que la de Teodomiro es la suerte que te ofrezco: acaudillo invictas legiones, levanto desde sus cimientos un reino ante el cual tendrán que inclinarse los señoríos de Ita-

lia mas soberbios: te rodearán el poder, la pompa, las adoraciones; serás madre de reyes.

Y hablando así, con ademán lascivo se atreve á coger por un brazo á la casta prisionera.

—Ea, señor mio; os irrito al recordar lo pasado y los felices dias que léjos de vos pasé; por esto guardo en silencio el antiguo é inmenso amor en que ardia. Básteos este silencio; y si quereis nutrir tenaces esperanzas de encender un nuevo amor en mi pecho, haced que nunca os vea capaz de tiránicas y descorteses acciones, y dejad al tiempo el cambio de mi corazon.

Así habla con rendimiento pero con dignidad, y se esfuerza en alejar aquella estremidad terrible á que se ha preparado ya con lágrimas y oraciones. Meses y meses esperó vanamente en Teodomiro; Teodomiro no vuelve. Esperó en la suerte de las batallas, pero en vano; la victoria favorece siempre al Hunno. En vano esperó abrirse algun camino para la fuga: ya no queda mas que uno para evitar la infamia, y es la muerte.

La muerte! árduo deber para las almas tímidas! Mas no fueron de naturaleza fuerte las mugeres todas cuyo sublime fin refiere la historia. A algunas de ellas, ó pintor, no debias dar tal vez varoniles facciones, gigantesco talle y espíritu guerrero: blando corazon encerraban, y formadas solo para el amor, se estremecian al relampaguear de una espada, y sin embargo (¡cuánto no redobla esto la admiracion y la alteza de sus virtudes!) á pesar de su dulce índole femenil, destrozaban con trémula mano su pecho ántes que fuese perjuro para con el honor ó con el amor.

Ah! llegado há la hora para Rosilde. Un remedio habia contra la audacia del bárbaro, y este remedio ya es imposible. No advirtió él que su prisionera clavase la vista en las armas colgadas de la pared; mirábalas la valerosa dama, y ya con la celeridad del rayo se habia lanzado á una espada... cuando oye resonar los salones con espantosos alaridos. Fué aquello un momento solo: oye Rosilde que han sido los Hunnos acometidos, brilla en su mente una rápida idea nunca prevista, y vibra en el seno del tirano el acero con que iba á herir el suyo propio.

Cae Otlusco, y la oprime en su caida, y arrancando del pecho aquel acero, lo clava y vuelve á clavar diez veces en el rostro y en el costado de la infeliz, y entre los ahullidos, los golpes, el dolor y las blasfemias espira.

Tal era la espantosa escena que se presentaba á los Húngaros en el castillo, mientras penetraba en su recinto el enemigo. Empuñan las

lanzas, preparáanse á hacer frente; pero la sorpresa y la horrenda muerte de su adalid los aterra hasta tal punto, que se olvidan de su antigüa pujanza, y se abandonan por los campos á vergonzosa fuga. Los valientes emigrados Placentinos se habian reunido en torno del bravo Teodomiro, jurando vencer ó morir, y no desistir de la empresa, por largos y terribles que fuesen los obstáculos, hasta verlos caer todos desvanecidos á sus plantas.

Mas ¿cómo es ahora tan poco árdua la victoria? de dónde procede el terror pánico de los bárbaros? cómo no ha aparecido Otlusco en el combate?

Un Húngaro moribundo lo esplica, y revela la suerte de su señor: «yace degollado por una muger.» Redóblase el júbilo de los vencedores... ¿dónde está la santa, la salvadora de su patria? Abrense las cárceles, únese al clamor de los libertadores el clamor de cincuenta prisioneros libertados.

—Y tú, Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? dónde estás? Rosilde! esposa amada!

Ardia una oscura lámpara en el gran salon; sale de él aterrado el anciano Ugero, encuentra al paso á su señor, y procura estorbarle la entrada. Mas ya ha descubierto Teodomiro entre las mesas y las armas derribadas el espantable cadáver de Otlusco; acércasele con regocijo... oh espectáculo! aquel cadáver cubria otro!.. Rosilde!

Y miéntras el mas infeliz de los mortales prorumpe en destrozados lamentos, por un contraste que hace erizar los cabellos, sus compañeros ignorando todavia su desgracia, daban alaridos de gozo, y lo llamaban con vítores. «A tí, decian, se debe esta fausta victoria! No se den treguas á los fugitivos: guíanos, bravo adalid; reconquistemos la ciudad.»

Poco á poco cesa el alegre y disonante estrépito: oyen la catástrofe; reverentes y mudos se abalanzan al salon funesto; todos olvidan su contento, miran la ilustre muger, y.. ó lástima! aquel caballero tan magestuoso poco antes, se revuelca ahora sollozando en el polvo y en la sangre, y no se cura de que tal vez le tengan en ménos los circunstantes.

—Id, ó felices: fácil os es al presente recobrar vuestros lares. Ella inmoló á Otlusco... mas, ay! vedla á la heroína!

Y desgarrando su pecho, señalaba á Rosilde y aquellas facciones tan queridas y ya desfiguradas; é indignándose contra el fiel Ugero que le contenia, empuñaba, aunque en vano, una espada para atravesarse.

Reconquistaron sus muros los afortunados placentinos : dispensaron los agradecidos huéspedes perennes cuidados al viudo extranjero, y en medio del foro levantaron un monumento á Rosilde para su eterna gloria. Cuando el dolor dentro de pocos años acabó con la vida de aquel guerrero, sus infelices huesos fueron encerrados en el ataúd mismo donde reposaban los huesos de Rosilde.

Ah! en los tiempos de mi infancia se veia aun aquella tumba, y mi padre la visitó; pero cuando llegado yo á la mocedad, viajé como peregrino por la Lombardia, y quise robustecer mi débil virtud, honrando los sagrados huesos de aquellos héroes, no encontré ya mas que una piedra quebrantada, sobre la cual estaba sentado un vil juglar cantando torpes canciones, que aplaudia en derredor abyecta plebe con bulliciosos é insensatos ademanes.

-Y tú, Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-¡Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

-Ay! Rosilde! ¿porqué no vuelas á mis brazos? ¿quién te impide esto?

AL ANGELO CUSTODIO

Plegaria.

Ven para enjugar mi lloro,
 Angel mio, presto ven:
 Deja el cántico sonoro
 De tus hermanos al coro,
 Que tu hermano soy tambien.

De tu atmósfera serena
 Bello espíritu, desciende;
 Y contarte he yo mi pena,
 Que tu pecho, aunque terrena,
 Porque es mia, la comprende.

No fué mi voz, Dios te dijo,
 Al ver yo la luz del dia:
 «Me ha nacido un nuevo hijo;
 Por su escudo, por su guia,
 Por su hermano yo te elijo.»

Y descendiste á la fuente
 Dó recibia el bautismo;
 Y no visto de la gente,
 Tu primer beso allí mismo
 Selló mi cristiana frente.

Ven ceñido de fulgerés;
 O si has miedo que me aterren
 De tu faz los resplandóres,
 Si temes que á tus ardóres
 Mis turbios ojos se cierrén;

Impalpable cuerpo toma,
Toma fantástico trage,
Y á mis pupilas asoma
Con tu celeste ropage,
Con tus alas de palema.

Vea yo en su pluma leve
Del nácar el arrebol,
O del iris cuando llueve,
O del témpano de nieve
Puesto al reflejo del sol.

Baja apacible y risueño
Cual suave rayo de luna,
Ángel mio, hermoso dueño,
Tú que velas en mi sueño,
Tú que guardaste mi cuna.

Baja en plácida vision,
Como al jóven, que á deshora
Al pié de una tumba llora,
Le aparece en ilusion
La imágen de su señora.

Baja entre rayos sutiles,
Entre nubes de perfume,
Con tus formas juveniles
Que eternidad no consume
Con sus perpetuos abriles.

Mas, si ver tus aérias galas
No merezco reverente,
Sienta almenos que resbalas
Por el aire, y de tus alas
Ondule el roce en mi frente.

De su blagdo movimiento
Perciba el suave crugir,
Tan suave como presiento
Que es tu pié en el pavimento
De cristalino zafir.

Regáleme en tu descenso
 El aliento de tu boca,
 Mas fragante que el incienso
 Con que envuelta va al Inmense
 La oracion del que le invoca.

Oh! si estrechar yo pudiese
 Tu mano dentro la mia!
 Si tu brazo me ciñiese,
 Si un ósculo tuyo hiciese
 Arder mi mejilla fria!

Si velados tus destellos
 Deslizaras con cariño
 Tu mano por mis cabellos,
 Cual peina los rizos bellos
 Cuidosa madre á su niño!

Oh! ven ya, cede á mi instancia,
 Abrázame lisonjero,
 Como se enlaza el viajero
 Al amigo de su infancia
 Que halla en país estrangero.

¿Porqué tardas, si mi llanto
 Eleva ácia tí sus voces?
 Las sofoca el himno santo?
 O tú que me aprecias tanto,
 ¿Mi gemido desconoces?

Si uno por uno me dieras
 Tus carbunclos y zafiros,
 Y tu collar me pusieras,
 ¿Será que venir no quieras
 Para acallar mis suspiros?

Yo sé que tu amor me oye:
 Ven pues, alárgame el brazo,
 Estrecha el fraterno lazo,
 Y permítame que apoye
 Mi cabeza en tu regazo.

Y lo verán tus hermanos,
 Y dirán con alborozo:
 «Felices son los humanos!»
 Y aplaudirán con sus manos
 Tus caricias y mi gozo.

Y los que el albor primero
 Vieron que al mundo alumbró,
 Me querrán por compañero
 A mí, sér perecedero
 Que anciano el tiempo engendró.

Y si al pié de los altares
 Mis suspiros y oraciones
 Mezclo yo con sus cantares,
 No tendrán voz mis pesares,
 No tendrán voz mis pasiones.

Al eco de esta armonía,
 Mi alma que tanto la anhela
 Dará saltos de alegría,
 Como allá en la selva umbría
 Salta libre la gacela.

Y el acerbo llanto mio
 Que me arrancaba la angustia,
 Será entónces cual rocío
 Que refresca la flor mustia
 Encorvada al sol de estio.

Y la sierpe que escondida
 Está contra mí en acecho,
 Huirá á su infernal guarida,
 Al ver tu sombra temida
 Entre su álito y mi pecho.

Y nada podrá conmigo
 De su ponzoña el ardor:
 De tus alas al abrigo
 Solo tú serás mi amigo,
 Solo Dios será mi amor.—TOMAS AGUILÓ.

CRÓNICA RELIGIOSA.

Cuando en nuestra última reseña anunciábamos la traslación de los restos venerables del Sr. obispo de Menorca á la catedral de su diócesis, su amigo íntimo el Ilmo. obispo de Iviza, cargado de días y de achaques, enviaba al *Católico* una estensa necrología, escrita si se quiere con sencillez, que á veces raya en desaliño, pero que cautiva poderosamente el corazón. Amigos desde largo tiempo los dos obispos insulares, habían estudiado el copiarse mutuamente sus virtudes, y aunque de diferente temple su carácter personal, blando y suave hasta el extremo el del Sr. Obispo de Iviza, fuerte y enérgico el del finado Obispo de Menorca, habían atravesado largos años, estrechados con los tiernos vínculos de la amistad, y colaborado juntos en la preciosa *Biblioteca Religiosa*; de manera que siempre el nombre del uno brillará junto al del otro. Ya que no nos es posible trasladar á nuestras páginas el largo artículo necrológico, no podemos ménos de copiar el último aparte que nos hizo unir nuestras lágrimas á las que correrían sin duda por las mejillas del que lo escribía, y que nos confirma en la idea de que hasta debajo del pectoral puede abrigarse un corazón que á un tiempo arda por Dios y con el fuego santo de la amistad.

«Duélome yo ahora sobre tí, amado hermano mio, amable mas que el amor de las mugeres; como una madre ama á su hijo único, así tú me amabas y yo te correspondía. ¡Cuántas lágrimas derramaste por ver que yo no compartía tu corona de confesor! ¡Ah! mis muchas culpas é ingraticudes con el Señor no me han hecho digno de tal suerte; pero aun puedes alcanzarme desde el cielo la fortaleza y la virtud. En el entretanto acuérdate en la presencia de Dios de pedir por nuestra amada Iglesia de España, por tu amada diócesis, y en fin por quien, como amigo en vida, te consagró en la muerte este recuerdo, y ofrece á tus venerables hermanos el ejemplo de tus virtudes.»

Puesto que esta vez hemos empezado nuestra crónica por un orden enteramente inverso del que hemos seguido en las otras, no debemos pasar adelante sin consignar aquí el fallecimiento del Exmo. é Ilmo. Sr. Abarca obispo de Leon, acaecido el veinte y uno del pasado junio en el convento de carmelitas del desierto de Lanzo cerca de Turin (Cerdeña). Triste deber el nuestro! tener que llorar todos los meses la muerte de algun prelado español fallecido en estrangeras tierras, sin poder anun-

ciár á nuestros lectores nuevas preconizaciones de obispos; porque es tan amarga la viudez en que gimen las iglesias de la infortunada España, que ni siquiera suaviza su dolor la consoladora esperanza de ver puesto pronto término á su horfandad. Tambien la iglesia de Francia ha sentido la pérdida del Señor Bonnel obispo de Viviers, fallecido el 24 del último junio á los 88 años de su edad.

A ser verdad lo que dice un periódico frances con referencia á una carta de Roma, parece que se han dado las órdenes convenientes para que se proceda á las informaciones eclesiásticas acerca de las virtudes de la princesa Borghiese hija de Lord Schrewsbury. El Padre comun de los fieles desea ver tributado á esta jóven, fallecida en la capital del cristianismo hará unos cuatro años, el culto debido á los bienaventurados. Y á propósito de Roma, era el dia 21 del pasado junio en que la religion nos recuerda la inocencia esmaltada con la penitencia del patron de la juventud Luis Gonzaga, y en la iglesia de Jesus veíase confundido con los estudiantes que iban á comulgar, al Sr. Federico Hurter célebre Aleman, que con tanta filosofía ha escrito la *Historia de Inocencio III y de su siglo*. Y no se desdeñó el aventajado escritor de ir á recibir por primera vez la sagrada hostia mezclado con los jóvenes discípulos de la Compañía, porque ademas de desaparecer á los ojos del Señor la diferencia de edad, el cristianismo ha sabido muy bien hermanar la infancia del corazon con la perspicacia del talento. La conversion de este sabio protestante es un señalado triunfo que el catolicismo acaba de alcanzar sobre las creencias anglicanas. Tiempo habia que Federico Hurter sostenia en su interior una lucha abrumadora, pero por fin el rayo de la gracia brilló esplendente en su espíritu é hirió fuertemente su corazon. El dia 16 de junio todavía era protestante el ilustre escritor, y al levantarse el dia inmediato, bañado su semblante de una apacibilidad nunca vista, mandó á decir á su Santidad que queria abjurar sus errores, lo que hizo el dia 18 en manos del Cardenal Ostini. Esta abjuracion ha llenado de gozo la ancianidad del venerable Gregorio XVI, como que Hurter es uno de los mas aventajados escritores de que se envanece la concienzuda Germania, pues ademas de la obra antedicha tiene escritas la *Historia de la edad media* y una reciente publicacion acerca de las cuestiones religiosas en Suiza.—En Irlanda el Sr. Jorge Barley de Waterford fué recibido el dia 12 de junio en el gremio de la iglesia católica; y en Galway abrazó tambien el catolicismo el Sr. Alejandro Granet, quien tendido en el lecho del dolor, prefirió morir en los brazos del catolicismo que no en el seno de la iglesia presbiteriana en que habia sido educado.

Acabamos de leer un decreto rubricado en Barcelona por la real mano el 16 del actual, en el que se permite á los diocesanos provean los curatos de ascenso y término que no estuviesen servidos por ex-regulares pensionistas, como tambien que se admitan á órdenes, á título de curato ó de cátedra ó de regencia de cátedra con sueldo, á los jóvenes que hubiesen concluido su carrera en algun seminario conciliar ó bien sea clerical, ó en alguna universidad del reino. Un largo preámbulo acompaña este decreto, en el que el Sr. ministro de Gracia y Justicia espone cuanto se ha hecho en favor de la religion desde que Isabel II empuña el gubernalle del Estado: pero nosotros quisiéramos que se hiciera mas todavía, quisiéramos que se reanudaran las relaciones con el jefe del cristianismo, quisiéramos que se dejase libertad á los obispos para admitir á órdenes á los postulantes á quienes acompañen los requisitos necesarios, y quisiéramos finalmente se mandase suspender la venta de los bienes de la Iglesia, objeto de los mas constantes y ardientes votos. A la vista tenemos algunas esposiciones que de diferentes puntos han sido elevadas á S. M. pidiendo la suspension de la venta de los bienes del clero: entre ellas brilla la de Barcelona escrita por el apreciable D. Joaquin Roca y Cornet, cuyo estilo hace vibrar las mas delicadas fibras del corazon, como ha dicho muy bien un compatriota suyo. Mallorca se ha lanzado tambien á peticionaria, y en el momento en que estos renglones escribimos, circula una esposicion en la que se pide la suspension de la venta de los bienes eclesiásticos y la abolicion de la odiada contribucion llamada de culto y clero. Quiera la augusta soberana satisfacer los deseos legítimos de sus súbditos, devolviendo el brillo á la religion y la paz á las atribuladas conciencias! Si los reyes constitucionales gobiernan por la voluntad de los pueblos, ¿porqué han de ensordecer á los ruegos que aquellos les envian?—J. V. y P.

A continuacion insertamos la esposicion citada de nuestros conciudadanos, segun se publicó en el Diario Constitucional, y que no dudamos ver pronto cubierta de un número respetable de firmas, pues sus clamores son los de la opinion general, sin distincion apénas de clases ni partidos.

SEÑORA:

Dias de luto y horfandad han pesado sobre la nacion que la Providencia os ha confiado, que no pueden recordarse sin que los ojos se nublen con el llanto y el dolor oprima como pesada losa el corazon. Cuando vos todavía os meciais en los inocentes juegos de la infancia, y en el blando regazo de vuestra cariñosa madre, no sabiais que todo un pueblo os aclamaba reina; la revolucion agitaba

su antorcha sobre vuestros vastos dominios, y levantaba el hacha para derribar primero el altar, y hacer astillas despues vuestro trono. Pero el pueblo, que ahora treinta y seis años se levantó como un solo soldado para vengar á vuestro augusto padre, trasladado páficamente desde el alcázar de Madrid á las cárceles de Valencey, se alzó otra vez para asegurar la régia diadema, que vacilaba ya en vuestras tiernas sienes. Todos los hombres que profesamos una opinion política de buena fe, apuntamos el hombro al edificio de la religion y de la monarquía cuando iba á desplomarse, y al levantaros sobre el paves para victorearos reina, os victoreamos reina católica. Sin embargo las esperanzas en que entónces nos lisongeábamos, no han quedado, Señora, del todo satisfechas. No basta haber señalado vuestro advenimiento al trono con levantar el destierro á virtuosos prelados y dejarles otra vez regir la grey que el Espíritu Santo les encomendó, no basta haber abierto las cárceles á tantos sacerdotes beneméritos que tendieron sus manos á las cadenas, ántes que vender sus conciencias, ni tampoco dejar en pié los pocos edificios religiosos que la revolucion no ha tenido tiempo de devorar; lo que apremia es asegurar de un modo independiente y decoroso la subsistencia del clero. Harto robustas eran las convicciones religiosas en España para que la revolucion se sintiese con fuerza bastante para atacarlas de frente; por esto se presentó con el cebo de los bienes del clero, y hombres que habian nacido en una oscura medianía se lanzaron sobre ellos, como si fueran un botin cogido en el campo de batalla. Colosales fortunas se han improvisado, que ni representan los sudores de quienes las poseen ni la legítima adquisicion de sus padres. Agriamente se ha declamado contra el estancamiento de los bienes del clero: siquiera de este estancamiento se aprovechaban el huérfano, la viuda, el desvalido, que componen la parte mas numerosa de la triste humanidad.

Cuando nos acercamos á las gradas del trono para pedir á V. M. que mande suspender la venta de los bienes del clero secular, no venimos á pedir, ni pedirlo pudieran los que suscriben, atendida la apacibilidad de su carácter, nuevas reacciones que dejan en pos de sí regueros de sangre: sálvese lo presente, y si posible es, previa la bendicion paternal del gefe del cristianismo, échese un velo sobre lo pasado. Pero ántes es necesario, Señora, suspender la venta de los bienes eclesiásticos, reemplazar la gravosa contribucion llamada de culto y clero por la que se votó en las Córtes del año cuarenta despues de brillantes y empeñadas discusiones, y que gravaba sobre un cuatro por ciento de los frutos de la industria agrícola: esta contribu-

cion la pagaban los contribuyentes mas acomodados de los pueblos, y guardaba proporcion con los frutos que habian percibido; y de creer es que siempre hubiera sido satisfecha con gusto, y el brillo de la religion de nuestros padres no hubiera sufrido eclipse alguno. Al contrario, la que ha reemplazado á la contribucion del cuatro por ciento ha sido recibida en todos los pueblos con amargas quejas, y desde que ella se recauda, se ha ido aumentando el rico tesoro de odios que una parte del pueblo abriga contra el virtuoso clero; las clases proletarias, á las que por manos de la caridad siempre llegaba algun alivio en los tiempos en que se satisfacía la prestacion decimal, se ven cuotadas en cantidades que con mucha dificultad y penuria podrán satisfacer. Antes se tributaba el culto á la diuinidad de un modo digno de una nacion eminentemente católica, y ahora ha estado á punto de cerrarse por falta de recursos la metropolitana de Tarragona; ántes el clero en santa independencia podia del todo consagrarse á las funciones de su sagrado ministerio, y ahora vestido de los harapos de la mendiguez está á sueldo de los ayuntamientos; ántes solo costeaban el mantenimiento de la religion los ricos, y ahora esta carga tambien abrumba á los pobres.

Los que tienen el alto honor de representar á V. M., propietarios los mas de fincas territoriales, quienes si consultasen su propio interes debieran agradecer la abolicion del cuatro por ciento, ruegan encarecidamente á V. M. escuche benévola tantas voces, que en armonioso concierto se levantan para pedirle mande suspender la venta de los bienes del clero, y que le sean devueltos; como tambien la exaccion de una contribucion odiada, que malamente puede reemplazar á la que llevaba impreso sobre sí el sello de la religion y de los siglos. Mallorca, la primera de las Baleares, esa rica perla engastada en la corona que tan dignamente ceñís, no podia callar cuando ya han hablado la industriosa Barcelona y algunos otros pueblos del antiguo principado. El traer con respeto los votos al pié del trono, he aquí el deber de los pueblos: el escucharlos y aplicar una mano cariñosa á las llagas que aquejan el cuerpo social, he aquí el deber de los príncipes; y este deber, Señora, vos lo habeis comprendido altamente. Ahora que os sentais bajo el regio dosel, al lado de vuestra madre tan probada en la dura escuela del infortunio, devolved, Señora, la independencia á la religion católico-romana, por cuyo esplendor tanto se desvelaron los Felipes y Cárlos vuestros augustos progenitores; y sed para nosotros, que hemos tenido la fortuna de ser regidos por vuestro suave cetro, lo que es el iris despues de la tormenta, nuncio de paz y de ventura. = Señora. — A. L. R. P. de V. M. = *(Siguen las firmas)*.

CRÓNICA POLITICA.

JULIO.

Tal es la serie lamentable de cambios y trastornos que hemos sufrido, y tal la vicisitud continua á que estamos al parecer condenados, que embotada la sensibilidad, al paso que aguzada la curiosidad extraordinariamente, no parece sino que asistimos como á un espectáculo á las revoluciones de nuestra patria, y que en política lo mismo que en literatura, en los sucesos contemporáneos lo mismo que en los partos de la imaginacion, buscamos sensaciones violentas que nos conmuevan ó nos entretengan por lo ménos. Una crisis ministerial, una disolucion de Córtes, una guerra estrangera próxima á declararse, tentativas de motin y de insurreccion en distintos puntos, una conspiracion espantosa descubierta en la misma capital, todo esto en un mes hubiera parecido á nuestros padres un desecho torbellino de novedades, y sería aun para nuestros vecinos, sujetos á la influencia de nuestro mismo régimen abundante cosecha de sucesos; y todo esto para nosotros es pálido é inanimado, comparándolo con los meses trascurridos; y recibido el correo, exclamamos encogiéndonos de hombros: *nada que valga la pena*. Sin embargo no hay que fastidiarse; este es el tiempo de la siembra, luego vendrá el de la siega: estamos en los momentos en que se urde y complica la trama...dramática; pronto nos sorprenderá tal vez el rápido desenlace. Y cuenta que lo decimos con dolor amargo de nuestro corazon: ¡felices las naciones cuya historia cabe en una hoja de papel! felices los meses en que podamos pasar sin crónica política!

Las esperanzas que se habian colocado en el ministerio presidido por el vencedor de Torrejon de Ardoz al principio de su instalacion, fueron concentrándose poco á poco en un solo miembro, en el Sr. marques de Viluma, cuya elevada inteligencia y firmeza de carácter eran bien conocidas. Sea por mas independendencia de posicion, sea por mas profundidad de miras, reconoció el noble estadista que las dolencias de España necesitaban un remedio radical, y que era preciso salir de esa *legalidad* hipócrita y mentida, apta solo para prolongar el mal, inhábil para producir el bien. Ignóranse á punto fijo cuales eran las medidas que proponia el Sr. ministro de Estado; pero atendidos los rumores de *reaccion* que pregonaban los periódicos progresistas, el empeño mismo de los de la situacion en vindicarle de esos proyectos reaccionarios como de una *atroz calumnia*, la satisfaccion mal embozada que manifestaron sin em-

bargo por la renuncia del marqués, la paralización de los negocios por espacio de dos meses, el viaje de los cuatro ministros residentes en Madrid, las frecuentes deliberaciones prolongadas hasta las altas horas de la noche, la imposibilidad de conciliación en tan críticas circunstancias, todo esto persuade que la disidencia del marqués de Viluma respecto de sus colegas versaba sobre puntos esenciales, y que su marcha prudente y firme hubiera sido mas conforme á las necesidades de la época y á los votos de la verdadera nación. La cartera de Estado para la cual se designaba primero al general Narvaez trocando por ella la de Guerra, y mas tarde al marqués de Miraflores, está vacante todavía; y este vacío se llenará probablemente, ántes de que se llene el que la pérdida de una ocasión tan oportuna para salvarnos ha producido en nuestras esperanzas.

Regresados apénas á Madrid los cuatro ministros, despues de seis meses y medio de suspensión, se publicó el 10 de julio el decreto de disolución de Córtes, convocando otras nuevas para el 10 de octubre, y anunciando al mismo tiempo la *reforma y mejora de la Constitucion en aquellas partes, que ni están en consonancia con la verdadera indole del gobierno representativo, ni se acomodan á las variadas exigencias de esta clase de gobiernos*. Mucho dudamos empero, así de la intencion de los gobernantes, como del éxito de las elecciones, para que la reforma se efectue bajo un plan bastante vasto y con mano tan firme que corte de raíz el mal, y se logre el objeto de la reforma, es decir, el afianzamiento del órden público: mucho dudamos se la mejore hasta el punto de que cese en adelante la necesidad de infringirla á cada paso.

Segundo viaje á Barcelona emprendieron los ministros de Hacienda y de Gracia y Justicia, para felicitar simplemente en sus dias á la Reina madre, segun los periódicos del gobierno, para dar algun golpe de estado, segun los opositoristas: nosotros no creemos al ministerio tan desocupado para lo primero, ni tan audaz y decidido para lo segundo. El 28 ó 29 debían estar de regreso en Madrid, y para el 12 de agosto se anuncia la salida de SS. MM. de Barcelona.

La ley de imprentas se ha estrenado por fin y por cierto en un periódico absolutista, único que se proclamaba tal, y que ha tenido que cesar por el cúmulo de denuncias que sobre él llovía. No nos entrometeremos nosotros en ventilar la justicia del fallo del jurado que ha condenado al editor á una multa de 35 D reales; solo harémos notar la coincidencia de que, existiendo el *Espectador* y el *Clamor Público*, se haya escogido por primera víctima la *Monarquía*. A bien que por 24 revolucionarios fusilados en Alicante, corrió la sangre de 200 fac-

ciosos en el Maestrazgo. No tildarán los progresistas á los gobernantes de parciales con estos últimos.

Entretanto la revolucion vuelta en sí del espanto que le causó el escarmiento de Alicante, asoma la cabeza en varias ciudades de provincia con demostraciones, poco importantes en sí, pero muy significativas. En Murcia y en Málaga hubo una farsa de motin, en Granada se insultó á la tropa, en Cádiz se intentó seducirla, en Reus se dieron gritos subversivos, en Galicia siguen las conspiraciones y los emisarios; Almería tuvo que declararse en estado de sitio, y lo mismo Zaragoza para que la justicia tuviese su accion espedita sobre los asesinos de Esteller. Dias hacia que en Madrid se iban aprendiendo varios depósitos de armas, y se hallaban presos algunos sargentos del regimiento de san Fernando, y redoblaba sus precauciones la autoridad militar, cuando el 26 de julio se descubrió una conspiracion horrible, cuyo primer estallido debia anunciarse con el incendio de los cuarteles, con el asesinato de los oficiales y gefes á favor de la confusion, y con un saqueo general. Su objeto, segun afirman los periódicos del gobierno, no sabemos con qué grado de certidumbre, era constituir la España en república; sus ramificaciones se estendian por las provincias, especialmente en Zaragoza y en Figueras, donde se ha descubierto en efecto otro club de conspiradores en número de 40, jamancios la mayor parte, cuyo plan era sorprender aquel inespugnable castillo. Los hilos de esta vastísima trama están en manos de las autoridades, y de sus resultas se han verificado muchas prisiones y se aguardan muchas mas, y se esperan importantes revelaciones. Así es como *va despejándose la situacion, y consolidándose el orden público* segun dicen los periódicos del gobierno: y ¿quién sabe si esa mina que nos felicitamos de haber descubierto, tiene alguna ramificacion desconocida que estalle á lo mejor, y si en tanto que medimos, entre espantados y satisfechos, la profundidad del abismo que hemos evitado, otro mas profundo se abrirá bajo nuestras plantas?

La guerra con Marruecos parece inminente: el bárbaro se niega á dar satisfaccion á los ultrajes acumulados contra la nacion española, y no teme llamar en contra suya la Europa entera. Cinco escuadras surcan las aguas vecinas al estrecho de Gibraltar, la inglesa, la francesa, la española, la holandesa y la dinamarquesa: los cónsules de todas las naciones han abandonado á Tánger. En Ceuta se van á reunir numerosas fuerzas españolas por si llega á romperse la guerra. Veamos al fin un dia de gloria para nuestra patria entre tantos de abatimiento, y vueltas contra estrangero y bárbaro enemigo las armas

con que hasta aquí nos hemos tan encarnizadamente degollado!

Como cronistas creemos todavía prematuro hablar de elecciones. Los diarios conservadores de la Corte empiezan ya á quejarse de la *apatía* de los de su partido, y á recordarles las *terribles lecciones de lo pasado*. Y bien ¿de dónde procede esta *apatía*? no saben que en su corta falange doctrinaria, esta *apatía* significa *impotencia*, y que al contrario entendiendo por moderado el gran partido amante del orden y de la justicia que en ocasiones críticas les ha dado la victoria en las votaciones, la *apatía* significa *disgusto*? A bien que si oímos á algunos que moderados se titulan, el gobierno peca todavía de *atrevido*, y sus medidas de *reaccionarias*; y si caen, lo atribuirán á la desercion de muchos *liberales de buena fe* y á justo enojo de los progresistas. Hay gentes que morirán ahogadas por la revolucion, y le pedirán perdon todavía por haberla agraviado!

J. M. Q.

BIBLIOGRAFÍA CATÓLICA

REVISTA CRÍTICA DE TODA SUERTE DE OBRAS. (1)

La prensa ha llegado á constituir no solo el poder principal, sino el alimento, digámoslo así, de nuestro siglo: origen y remedio al par de sus dolencias, participa de esa mezcla de bien y de mal, de verdad y de error, de ciencia y de superficialidad, que caracteriza en todas sus fases la época en que vivimos. ¿Quién en medio de ese caos de publicaciones sabrá separar los elementos mortíferos de los vitales? quién poseerá una erudicion bastante vasta para deslindar lo útil de lo pernicioso, é ilustrar á los hombres de buena voluntad que ya para sí, ya para aquellos que por cualquier título les están encomendados, buscan sanas y provechosas lecturas? Las instituciones políticas que rigen en gran parte de los países europeos donde más en movimiento está la inteligencia, han hecho imposible la censura; además la censura impide, pero no corrige, suprime pero no ilustra; es un cordon sanitario que por mas ó ménos tiempo puede servir de dique al mal, que mas ó ménos fácilmente puede eludirse, pero no un remedio que cure la dolencia una vez internada ya en la sociedad. Ya que no sea posible pues estirpar el veneno, es preciso buscarle contravenenos, es preciso combatir la accion deletérea de los que aspiran á pervertir el corazon ó la inteligencia, con la propagacion asidua de buenos libros; empresa cristiana que ha lle-

(1) Un cuaderno mensual de 32 páginas in octavo por lo ménos: precio de suscripcion anual, 10 francos en Paris, 12 en los demas puntos.

gado á ser en nuestros tiempos una necesidad social, como lo prueba la multitud de asociaciones establecidas en Francia, en Bélgica y en otros puntos con este único objeto. Y entre los buenos libros, ninguno mejor que el que atento á las publicaciones que van naciendo, las examine bajo el aspecto moral y religioso, y las designe al aprecio ó á la animadversión de los fieles, mostrándoles los pastos que deben huir y los que deben buscar. Tal es la *Bibliografía Católica* por el abate Des Billiers, obra que con universal aplauso ha cumplido el tercer año de su publicación, y merecido los mas lisonjeros elogios de los arzobispos de Paris, Cambray y Burdeos y de una multitud de obispos franceses; obra, que desde luego que se nos ha hecho conocer, hemos accedido con el mayor gusto á anunciar y á recomendar como tan análoga á nuestro objeto.

«Separar la cizaña de la buena semilla, combatir en defensa de la moral y de las sanas doctrinas diariamente atacadas, llamar la vigilancia de los creyentes ácia los lazos que bajo lisonjeros títulos y apariencias mentirosas les tienden el error ó la especulación, indicar á los lectores cristianos y especialmente á los padres y maestros las obras buenas y útiles ó almenos inofensivas:” tal es el objeto primordial de esta obra, y su principal elogio es haberlo cumplido.

Mas para ejercer con dignidad y prestigio esta especie de elevada magistratura, ademas de una piedad tan ilustrada como celosa, se necesitan otras condiciones intelectuales; profundo caudal de conocimientos de toda especie, altura de miras, rapidez é imparcialidad en los juicios, buen gusto, elegancia: y estas condiciones las reúne esta obra que satisface bajo el aspecto literario no ménos que bajo el moral y religioso. Artículos hay allí que pueden servir de modelo de crítica elevada cuando lo requiere la producción que se examina; y su conjunto se recomienda por la amenidad que resulta de la alternada reseña de obras de religion y de historia, de filosofía y de amena literatura. Allí se hace justicia á toda esa bambolla de anuncios, prospectos y reclamos periodísticos precursores indispensables de todo libro; allí no obtienen salvo conducto ni el genio por elevado y benemérito que sea, si en algo se permite chocar con la religion ó moralidad, ni la piedad misma si va destituida del criterio y de la prudencia necesaria.

La *Bibliografía Católica* es mas que un libro, es una policía bien organizada aunque pública, por la cual se espide á toda obra su patente de mala, sospechosa, indiferente ó buena; es una censura razonada, y tanto mas eficaz cuanto se dirige á la convicción, respetando la libertad; es el juicio que los egipcios pronunciaban sobre sus difuntos aplicado á los libros naciendo. =Q.

LA RELIGION Y EL SIGLO.



ARTÍCULO SEGUNDO.

El estudio del carácter de este siglo podrá servirnos de mucho para penetrar el estado de sus relaciones con la religion, y los medios de acercarle á ella; así como el conocimiento de la complexion de un individuo indica muchas veces la naturaleza y los remedios de la enfermedad. Siendo pues, como creemos haber manifestado, su carácter la indolencia, y su enfermedad la postracion y el adormecimiento, deben ser apropiados á semejante estado los remedios que se le administren, pues de no conucerlo á fondo pudiera seguirse que estos fueran inútiles, cuando no perjudiciales. No se trata ya de cortar con medicinas fuertes los progresos del mal, no; el mal anda serpeando y estendiéndose por todo el cuerpo, es imposible aplicar el cáustico en un punto que no sea una llaga: lo que ante todo importa es el bálsamo para cerrarla. Cuando el enfermo se halla de tal suerte postrado, es muy peligroso acabar con él en vez de acabar con el mal, y es preciso andar con mucho tiento para cortar el cáncer sin tocar al corazon: entónces conviene robustecer al doliente, vigorizarlo, sacarle del letargo, aunque sea para recaer en el delirio, darle la vida suficiente para que pueda al ménos tragar la saludable bebida y resistir á los efectos de su crisis. ¿De qué sirve que se encuentre este siglo atrincherado, ó por mejor decir, sumido en su indiferencia, mirando con igual desprecio á los creyentes y á los incrédulos que combaten acerca de Dios y del porvenir, como cosa

de poca monta, repitiendo en inconexas frases como bajo la influencia de una pesadilla, ora lo que en uno, ora lo que en otro campo se proclama, y haciendo una sacrílega mezcla de la antigua fe de sus padres con la incredulidad innovadora en medio de la cual le sorprendió aquel letargo? No, lo primero es arrancarle de su indiferencia, provocarle á un serio exámen cuyo resultado nadie puede temer menos que el que está convencido de la divinidad de su causa, demostrarle, ántes de la necesidad de creer ó de no creer, la importancia de esta alternativa, restituirle las fuerzas, aunque luego se aproveche de ellas para combatir, y la palabra aunque sea para negar; pues con un enemigo que así rehuye y desdeña el combate, y que se hace sordo por sistema para no ser así convencido, es un triunfo el obligarle á entrar en liza y á prestar atención. El día en que el siglo acepte la discusión y reconozca la necesidad de creer algo, será el primero de su conversión y de su creencia, y nos atrevemos á pronosticar que este día no está muy léjos. Buscar sinceramente la verdad es lo mismo que encontrarla.

¿Es este todavía el siglo de la impiedad, ó el de una saludable reacción religiosa? Huye petulante de la religion como el hijo escapado de casa de su padre, ó vuelve á sus brazos como el pródigo arrepentido? Ni una cosa ni otra en nuestro concepto; está inmóvil, abatido, hambriento, desengañado, pero no creyente todavía; no ha dicho aun: *iré á mi padre*. La impiedad ha perdido del todo su proselitismo, y solo tardó en desacreditarse y desvanecerse probablemente para siempre, lo que tardó en tomar existencia y forma; sus antiguos partidarios y afiliados la abandonan, cuales para pasar al campamento cada día creciente de la religion, cuales para merodear por su cuenta indiferentes á toda lucha, y para dormir en brazos del escepticismo; algunos enconados patriarcas y veteranos podrán todavía permanecer fieles á las banderas de la deidad ca-

duca, ménos por conviccion que por orgullo ó por estrechez de ideas; pero lo cierto es que no se enganchan ya nuevos reclutas, y que su causa va á perecer de inanicion. Démonos el parabien de esto, pero no mas de lo justo; muchos corazones ha ganado Dios, pero ¿cuántos han pasado del fuego del encono al hielo de la indiferencia, del odio á las cosas santas al desden ácia ellas, de la negacion á una duda mas irracional si cabe todavía? Cuántos en vez de volver á la altura de que habian descendido, se quedaron en diversos puntos á la mitad del camino, cerniéndose, por decirlo así, y fluctuando entre Dios y la materia? Sin embargo se siente por todas partes una inquietud y un vacío que se desconocen en medio del materialismo, y este vacío está en el corazon, está en tantas esperanzas engañadas, en tantos deseos frustrados y sin objeto, en tanta cosecha de males presentes, en tal ruina de grandes sentimientos y de nobles facultades. Se siente el vacío, se siente la existencia del espíritu, de una cosa que no basta á satisfacer la materia y el polvo terreno; pero no se siente aun á Dios, al único que pudiera calmarlo.

Lastimoso es por cierto ver la condicion de la mayor parte de los hombres, cuya vida é inteligencia apénas basta para su existencia material, al paso que la moral queda tristemente desatendida; y mas lastimosa es todavía la sed de bienes y goces, la ambicion impaciente y universal que en este siglo mas que en ningun otro se ha desplegado. «Placeres de orgullo y de sensualidad, dice un elocuente escritor, sed de bienestar material y de vanidad intelectual, goces de actividad y de pereza, de movimiento y de ociosidad, todo parece á todos posible, envidiable y asequible, sin decir por esto que sea una pasion violenta, ni que el hombre esté dispuesto á tomarse mucho trabajo por satisfacer sus deseos: quiere débilmente, pero desea inmensamente. La enormidad de sus deseos le causa un malestar tal, que todo lo que ha ganado es para él como

una góta de agua que se olvida cuando se ha bebido, y que irrita la sed léjos de apagarla. Jamas ha visto el mundo tal conflicto de pretensiones, caprichos y exigencias; jamas ha oido tal ruido de voces que suenan juntas para reclamar, cual si les tocase de derecho, todo lo que les falta ó les agrada.”

Antiguamente cuando los sacerdotes eran tambien los políticos de las naciones, cuando la ley humana y temporal recibia su complemento y esplicacion de la ley divina y eterna, decian que los dichosos debian ser justos, bondadosos y caritativos, y los desgraciados prudentes, moderados en sus deseos, sumisos y resignados. Esplicaban el destino humano, lo que tiene de triste y de sublime, las compensaciones que hay en todos los estados, y los goces que á todos comprenden: curaban las llagas del hombre que el hombre puede curar; para las que no tienen cura en la tierra, enseñaban á pedir á Dios el remedio. Tal era el lenguaje de la religion: tales las palabras que dirigia á los grandes y á los pequeños, á los pobres y á los ricos, en sus catecismos para niños, en sus sermones para hombres, desde lo alto del púlpito, en el fondo del santuario, junto al lecho del moribundo, en una palabra á todos, en todas partes y por todos los medios; porque entónces era la religion única poseedora de la accion popular y de todos los medios de publicidad. Lo que son en el dia la tribuna, la prensa y todos estos complicados vehículos y poderes, que constituyen otras tantas máquinas morales creadas por este mecánico siglo, lo eran ántes las iglesias, los púlpitos, las misiones y las visitas pastorales. La religion hablaba siempre á la multitud, nunca olvidaba al pueblo, y siempre estaba segura de llegar hasta él. Y no por esto se ocupaba ménos de cada hombre en particular segun su clase y estado; para cada cual tenia consejos y consuelos peculiares, y nos ayudaba á llevar la carga que todos llevamos, y aplicaba remedios para los golpes y las heridas que recibíamos siguiendo nuestro camino.

Los doctores y tribunos populares piensan en el día de distinto modo, y hablan al pueblo en otro lenguaje. Viendo la triste condicion del hombre y su insaciable ambicion, le demuestran primero sus miserias y fomentan sus deseos, y despues le dicen que la tierra tiene lo suficiente para contentarlos, que si no vive feliz y á su gusto, no debe achacarlo ni á la naturaleza de las cosas ni á su misma naturaleza, sino á los vicios de la sociedad y á la usurpacion de sus semejantes. Todos deben ser felices en este mundo, todos tienen iguales derechos á la felicidad; el mundo tiene dichas suficientes para todos.

No es cierto, no, que la tierra encierre todo lo necesario para satisfacer la ambicion y labrar la felicidad de todos sus habitantes. No es cierto que los acontecimientos desgraciados y los vicios de las instituciones sean las causas dominantes, las únicas, de la triste y pesada condicion de tantos mortales. Hay un vicio en nuestra naturaleza, y un mal en nuestra condicion, cuya correccion es superior á todo humano esfuerzo: el desorden está dentro de nosotros mismos. Esos padecimientos tan desigualmente repartidos estriban en las leyes providenciales de nuestro destino, que indican á la vez la superioridad y la pequeñez, la grandeza y la miseria. Siendo séres libres, podemos crear y creamos el mal; siendo inmortales, no descubrimos sobre la tierra ni los secretos de nuestra suerte, ni los limites de nuestra ambicion. Arréglense, como mejor parezca, las instituciones, distribúyanse los goces con el arreglo que se quiera; nunca llenarán el abismo la sabiduría ni la riqueza humana. La libertad del hombre es mas fuerte que todos los vínculos y frenos sociales; el alma del hombre es mayor que todos los bienes del mundo: siempre tendrá muchos mas deseos de los que la ciencia social puede arreglar ó satisfacer, y mas padecimientos de los que puede prevenir ó curar.

¡La religion, la religion! tal es el grito de la humanidad en todo tiempo y en todo lugar, salvo algunos dias de terrible

crisis ó de vergonzosa decadencia. La religion puede contener ó satisfacer la ambicion humana; la religion puede apaciguar nuestros dolores físicos y morales, ó sostener nuestras fuerzas cuando los padecemos; la religion sola puede enfrenar el mal uso de nuestra libertad y llenar la inmensidad de nuestra alma, reprimir nuestras pasiones y engrandecerlas, cerrar con una mano el dique para que no desborden en la sociedad, y con la otra abrirles la puerta para lanzarse en lo infinito. Y hé aquí como la religion hablando solo á las almas, sana al mismo tiempo los cuerpos; como únicamente con la revelacion de otra vida suaviza y consagra las calamidades de la presente. Guárdese la política, por mas justa y fuerte que sea, de pretender lograr sin la religion una obra tan grandiosa. Miétras mas vivo y estenso sea el movimiento social, ménos alcanzará la política á dirigir la sociedad trastornada. Se necesita para ello un poder mayor que los poderes de la tierra, y término mas prolongado que la duracion de la vida: se necesita un Dios y la eternidad.

Tal vez parezca exagerado nuestro lenguaje, tal vez se nos acuse del prurito de espiritualizarlo y cristianizarlo todo, confundiendo lo divino con lo humano; y bien, no hemos hablado nosotros; ha hablado M. Guizot cuyo es el anterior pasaje. ¿Qué podíamos decir nosotros de los beneficios sociales de la religion que no estuviera ya mejor y mil veces dicho? pero oír al filósofo humanitario, al gefe de los doctrinarios modernos proclamar la eficacia benéfica de la religion, cuya accion tantas veces ha embarazado en la práctica, y la esterilidad de la política, á cuyas utopias ha consagrado su vida, para la mejora y consuelo de la humanidad, novedad nos ha parecido esta de algun bulto é importancia, y testimonio á todas luces irrecusable. Pregunte ahora la política, pregunte el mundo y el siglo con desden insultante: *¿qué es lo que hace la religion?* como el que preguntara qué es lo que hace Dios en el universo, por-

que en ningun punto descubren los ojos su brazo. Juzgad de lo que hace por lo que es; quizá en ningun tiempo habia ejercido tan importantes y sublimes cargos: es el freno invisible que detiene las olas amontonadas sobre el globo, es el equilibrio indestructible que conserva las naciones á pesar de tantas terribles sacudidas, es el alma de la sociedad que resiste á todos los esfuerzos que hace esta misma para suicidarse, es por fin el suplemento de todas las instituciones humanas que Dios por singular providencia permitió se desmoronaran para que se viera que ella sola puede servir de eje al universo. Y al lamentar los males y la inquietud profunda de los tiempos en que vivimos, no olvidemos lo que hubiera sido, lo que sería aun de la *culta Europa* sin la secreta vida que derrama en ella la religion, y demos gracias á Dios, porque no quiso que pereciéramos. *Misericordiæ Domini quia non sumus consumpti!*

A costa de rudas catástrofes y de numerosos desengaños, cuando no por el instinto mismo de conservacion, han reconocido en efecto los gobiernos la insuficiencia de todas las humanas teorías para satisfacer los deseos y colmar la ventura así de las naciones como de los individuos, y de la impotencia de la autoridad humana para impedir que estos deseos desborden fuera del círculo de la ley. Y no es esto tanto de estrañar en los gobiernos, pues que en la naturaleza de los hombres del poder está el buscar sancion, apoyo, garantías de seguridad; sino que los mismos filósofos, los mismos utopistas, esos hombres que embriagados con su poco de talento y de aura popular, aspiran á ser dioses como Luzbel, y á reconstruir el mundo para darle su nombre, proclaman ya en este siglo la necesidad de la religion; religion, ello sí, algo vaga y confusa, pero no por esto es ménos cierto que debe ser muy indispensable y augusta cosa, aquella cuyo nombre se emplea hasta por las gentes mas hostiles á ella, y entra en todos los sistemas como condicion de existencia. Sin embargo, aceptando con placer estos testimonios para redargüir

con ellos á sus autores, no es posible aceptarlos en la restriccion que se les da, ni en el objeto á que tienden; no deben tomarse por sinceras y puras adoraciones, estos hipócritas homenages, estas confesiones arrancadas en favor de la religion; ni debe creerse arrodillado ante el altar el que solo yace postrado y vencido, y aun se esfuerza en socavar por su base el pedestal sagrado. ¿Y en qué consiste esta lucha, esta contradiccion de actos y discursos, esta alternativa que nos empuja en distintas direcciones, ora ácia la fe y la regeneracion, ora ácia la disolucion y el ateismo? Consiste en que el espíritu de esta generacion es creyente, ó busca ó anhela alménos las creencias; pero su corazon es ateo, su corazon profundamente corrompido reusa toda ley positiva, y cierra su paso á la verdad dejándola allá para el entendimiento; la luz empieza ya á despuntar en los espíritus, pero falta el calor todavia que reanime los corazones. Así es que han caído para no levantarse en mucho tiempo las teorías incrédulas, pero no la pasion de incredulidad; han cesado las impugnaciones, pero no los sarcasmos; las palabras eran ántes ateas, ahora lo son las obras; antes reinaba contra la religion un odio de convicciones por decirlo así, y se aspiraba á destruirla en teoría, ahora reina un odio de pasion á cuyo intento basta paralizar su accion en la práctica. No se escriben ya los discursos que ántes contra la religion, pero sí novelas y poesías para bastardear sus sentimientos. ¡Qué de restricciones, qué de esfuerzos, qué de violentas contorsiones para dominar, para dirigirse segun el capricho de las pasiones, y sin que embarace y contradiga á ninguna de ellas, esta ley que se nos dió por su guia y directora! Qué de miserables intrigas y cavilosasidades para escluirla de toda accion social y política, y convertir en esclava é instrumento la que debia ser alma de los gobiernos! Se dice que es la columna, el cimiento de las sociedades, pero un cimiento sepultado debajo de la tierra que no debe aparecer en la superficie, una columna inmóvil é inerte como las cariátidas que

sostienen un edificio, que llévan todo el peso de él sobre su cabeza, y que mas bien inspiran ideas de sufrimiento y esclavitud, que de poder y autoridad. Los filósofos y los poetas han inventado una religion ecléctica, una autoridad sin preceptos, un culto sin templos ni altares; han hecho del corazon de cada cual un Sinaí en el cual promulga él mismo su ley y su decálogo; en una palabra, han proclamado el deísmo, pero deísmo revestido de tan pomposas y estupendas fórmulas, de tan sentimentales plegarias, de éstasis tan elevados, que no pocos han creído devotas profesiones de fe lo que eran escándalos del error. Los políticos por su parte han usado de la religion como de un puntal, la han recomendado como muy útil para las sociedades, desvirtuando su poder en el individuo; no han temido hacer público alarde de despreciarla, al paso que la abandonan como un juguete ó una ilusion á las almas piadosas que no pueden pasar sin ella, y la imponen al pueblo como un deber, como una ley á que debe sujetarse en beneficio de sus gobernantes. En una palabra, estos han inventado la *religion-freno*, aquellos la *religion-sentimiento*.

A los ojos de cualquiera que tenga alménos asomos de lógica parecerá una consecuencia imprescindible el deducir de la necesidad de una cosa su verdad; pero no lo creen así los profundos pensadores que proclaman la religion para el pueblo, que confiesan su necesidad para la existencia de las sociedades prescindiendo completamente de su verdad, ó mas bien riéndose á escondidas, y tal vez paladinamente, de la docilidad del pueblo y de sus necias esperanzas ó temores. Por de pronto, si ellos creen estúpidamente que es un efecto de sus astutas combinaciones lo que está en la naturaleza misma de las cosas, que es hija de sus cálculos la religion hija de Dios, si creen engañar cuando son los engañados, debieran decírselo en voz baja, debieran esconder la satisfaccion de su triunfo y el alarde de su incredulidad, para que el pueblo no despertara de su engaño, y para

que no se desquiciaran las sociedades y se apoderara de ellas el vértigo, viendo que reposaban sobre el vacío. Este engaño de mantener adormecida en la ignorancia y en la estupidez á la gran parte del género humano, y sujeta á la obediencia y á las privaciones en nombre de una ficción, sería mil veces mas perverso é inhumano que el de los infames traficantes de carne humana en arrancar de su patria á los infelices africanos; pero no tardaría en recibir su castigo cuando el pueblo se esperezara de su letargo, castigo proporcionado á lo dilatado de la opresion y á lo infame del engaño.

Y esto es lo que cada día vemos sucediendo. «¿Qué es lo que ha introducido la irreligion en las chozas y cabañas? pregunta el elocuente autor del *Ensayo sobre la indiferencia*, el malogrado Lamennais. ¿El raciocinio? no, sino el ejemplo contagioso, la vergüenza de parecer crédulo. Esta, junto con la licencia de costumbres, es la verdadera causa de los progresos de la incredulidad. Y cierto que la filosofía es demasiado confiada si ha llegado á prometerse seriamente dividir el género humano en dos clases, de las cuales una creyese para seguridad de la otra sin recibir mas premio que el desprecio, y la otra se riera de lo que aquella respetaba por complacerla. Tomando cada uno por modelo la clase superior á él, continua, tratará de ensalzarse y sobrepujarse a ella no creyendo, y no dejará de repetir con desdeñoso tono que la religion es necesaria al pueblo. Los grandes la dejarán con desprecio á los magistrados, los magistrados á la clase media, esta á los artesanos, los artesanos á los simples menestrales ó jornaleros, y estos á los últimos mendigos ó pordioseros cuyo menosprecio experimentará tambien.»

Si es impracticable y peligrosísima en el terreno de los hechos esta distincion de pueblo y de clase ilustrada en materia de creencias, no es ménos absurda en el órden de las ideas la distincion entre la verdad y la necesidad de la religion; y aun cuando no tuviera esta otro argumento en favor de su verdad

que la necesidad reconocida de su existencia, sería mas que suficiente en nuestro concepto. La mentira es una negacion, la mentira es la nada, la nada no puede ser una condicion de existencia: si la religion fuera mentira, no podria ser condicion de existencia de la sociedad. Mucho nos engañamos, ó no tiene réplica este sencillo y breve argumento. No, no ha colocado Dios sobre el vacío la base de los estados, ni la existencia del orden en un engaño ni en una ilusion: *la verdad nunca puede ser dañosa*, ha dicho Juan Jacobo Rousseau, y por tanto no puede ser la religion una preocupacion ó un engaño cuyo descubrimiento sería la ruina de las sociedades. La mentira nunca puede ser provechosa, decimos ahora nosotros; mas decimos, si creyéramos que es una superchería la religion, por mas que sin ella hubiera de volverse todo caos y anarquía, fuéramos los primeros en levantar la voz, en revelar á los pueblos el engaño, porque entónces la sociedad no sería el estado normal del género humano, sería un engaño tambien, una usurpacion de los pocos y una esclavitud de los muchos, y todo el horror de la anarquía, toda la violencia de encarnizadas y perpetuas luchas, nos parecería preferible á esta baja esplotacion, á este engaño doloroso de tantos millones de mortales.

Sí, ó religion ó ateísmo, escoged: en este punto no cabe indiferencia; sepamos á que atenernos. Sea franca y universal la creencia; en ella no caben restricciones ni especulacion. ¿Es una *necesidad* la religion, decís? fuera rubor, pues, y decid: es una *verdad*. ¿Es un *sentimiento*? decid tambien es una ley, una autoridad

El sentimiento pudiera definirse el instinto del corazon. Cuando el hombre se degradó por su culpa, y se desarrollaron en él los gérmenes del mal ántes encadenados y comprimidos, le dejó Dios una guia interna en su entendimiento y otra en su corazon; la primera para que sirviera de piedra de toque á las sutilezas del error y disipara las tinieblas de la ignorancia, la

otra para que dominara solemne y pura el bramido de las pasiones; la primera se llama razon, la segunda sentimiento. Y como tengan entre sí enlace y relacion tan estrecha las dos facultades de la voluntad y de la inteligencia, que apénas pueden separar su accion é influencia mútua, se ha dicho con justicia que á las grandes verdades corresponden siempre grandes sentimientos. La existencia de un sentimiento prueba por sí sola la verdad que tiene por objeto; así que en estos tiempos de ignorancia verdadera, de duda y de sofismas, en que se ha prostituido la razon á las pasiones todas para reinar con su apoyo, en que no ha habido error que no encontrara su campeón, verdad que no encontrara su verdugo, en que pesa sobre el universo, como una capa de plomo, la niebla tenebrosa de la duda, han preferido muchos defensores de lo eterno y verdadero, como medio mas breve y seguro, evocar en favor de la verdad ultrajada la voz del sentimiento que yace en el fondo del corazon de los hombres de todos los países y de todos los siglos. Mas bien que defenderla con las armas siempre dudosas y ahora profanadas de la razon, y que sujetarla á su tribunal desacreditado, se ha apelado á un juez ante el cual enmudecen todas las hipótesis y teorías; se ha buscado entre el individualismo del error, por su misma naturaleza múltiple y fraccionado, el elemento de unidad que reside en todos los hombres como destello de verdad; se ha hecho que el corazon mismo que con el humo de las pasiones fué el primero en oscurecerla y en crear las tinieblas de la inteligencia, fuera tambien el primero en deshacerlas con la luz del sentimiento.

Mas si este es verdadero como todo instinto, como instinto es tambien incompleto. Los guias internos y naturales que Dios nos concedió como un suplemento á la razon degradada, deben ser completados por la revelacion, que sería enteramente vana si ellos solos bastaran para alumbrarnos y dirigirnos en el camino de la vida. Así pues los sentimientos en su fondo y esen-

cia, son seguros y verdaderos, mas no siempre lo son en las formas que revisten, ni en los actos con que se reproducen: son por sí solos una cosa abstracta y vaga, susceptible de mil encontradas modificaciones, una masa inerte de la cual puede formarse un orden admirable ó un espantoso caos, un espacio inmenso sobre el que se puede edificar pero que no es el edificio mismo, una fuerza desparramada y ciega que para obrar con éxito y acierto debe estar encerrada y comprimida en ciertos tubos, por decirlo así, sujeta á ciertas leyes y dirigida por un artífice inteligente. No hay verdad que sea contraria al sentimiento; pero el sentimiento no es toda la verdad. Véase pues si puede aceptarse como único depositario, único guia y único límite de la religion una cosa tan distinta y varia en sus formas, tan incierta en su direccion, tan elástica en su estension como el sentimiento. Si no reconocemos mas ley ni escuchamos otra voz que la del sentimiento religioso, no hay crimen, no hay error, no hay extravagancia en que no podamos precipitarnos; porque suena tan vaga, que en su seguimiento tanto podemos arribar al término deseado como correr á un abismo. Del sentimiento religioso nacieron tambien tan monstruosas y absurdas idolatrías, de él derivaron tantos obscenos y sanguinarios ritos, de él nació el materialista y desenfrenado culto de Júpiter, el feroz culto de Odin, el salvage culto de los antropófagos, el degradante y sombrío de los Bracmanes, el cruel y voluptuoso de Mahoma, de él en fin tantas leyes, tantos crímenes, tantas supersticiones como manchan los códigos, la historia y los altares de los pueblos. Reconocer todas estas religiones es no reconocer ninguna. La existencia del sentimiento religioso prueba sí la religion, y por lo mismo no puede ser esta tan indiferente y de poca monta, que sea lícito dejarla manchada con todos los errores y extravíos con que la degradaron los que en general la han reconocido: necesita por tanto de direccion, de leyes, de revelacion en una palabra, que nada deje dudoso y

en la cual sea todo positivo. Decir que no necesita la religion de leyes, ni de autoridad que las dicte porque es un sentimiento innato que está en el corazon de todos los hombres, es lo mismo que decir que no se necesitan códigos, ni tribunales, ni administracion de justicia, porque la justicia es tambien un sentimiento innato que está en el corazon de los hombres todos.

Pero esta misma vaguedad é insuficiencia del sentimiento religioso, es lo que en el dia da tanta voga á esta palabra que por todas partes reemplaza á la de fe religiosa. La palabra fe era demasiado positiva é inflexible para un siglo indócil y orgulloso; era preciso inventar una fórmula que se doblara á todas las exigencias, que se acomodara á todas las pasiones, y cuya estension se pudiera ensanchar ó restringir al capricho de cada cual. Así como las verdades todas fueron desfilando en el siglo pasado ante el tribunal de la razon y salieron todas condenadas, así tambien en nombre del sentimiento esperan tal vez deshacerse de todas las que refrenen la licencia ó repugnen al orgullo. Aquel se atrinchera en un deismo completo, y cifra su sentimiento religioso en admirar los astros, en contemplar las maravillas de la naturaleza, y en cantar el nombre de quien quiera que las haya producido, sea Dios, sea acaso; aquel otro profesando un panteismo mas absurdo que la mas absurda idolatría, se postra ante toda criatura por mas que abyecta y limitada, venerándola como parte de Dios, y no concibiendo para el Sér Supremo otra existencia mejor que la de aquí abajo; otro no reconoce mas sentimiento religioso que la moral, es decir, cierta coleccion de principios estóicos y mezquinos que no pueden existir mas sin la religion que los colores sin la luz, que el efecto sin la causa; este proclama á Dios y calla á Jesucristo, ó á lo mas lo reconoce como un filósofo profundo, como un trastornador sublime; aquel habla del Hombre-Dios y del Gólgota, pero no de la Iglesia cimentada en su sangre; aquel otro se

acuerda de cierta iglesia apostólica, invisible, abstracta, pero desprecia *filosóficamente* los ritos, los preceptos, las instituciones de esta misma Iglesia, ó lo mira á lo mas como cosa puramente humana. ¿Para qué recorrer todas las fases con que se presenta el *sentimiento religioso*, todas las restricciones que gradualmente se le ponen, todos los progresos en la negacion que por una pendiente resbaladiza conducen al abismo de la nada? ¡Oh! este nombre de sentimiento religioso tan noble, tan respetable en su origen, muy pronto se verá tan profanado y prostituido como el de la razon, si continúa siendo juguete y pantalla de nuestros filósofos y disertadores.

La religion es sentimiento, pero es mas que sentimiento; es fe, es autoridad, no reside solo en el corazon, sino que debe reinar tambien en el entendimiento; no solo es una planta indígena que nace en nosotros mismos, un fruto espontáneo que rendimos á Dios porque queremos, porque lo produce naturalmente el corazon; es algo de superior á nosotros y bajado directamente del cielo; y si una mano celestial no hubiera podado y enderezado aquella planta, si no hubiera quien vigilara sobre ella y la cuidara asiduamente, ó bien se marchitaria, ó no produjera mas que espinas. La religion es una, positiva, es la misma en todos los hombres, en todas las edades, en todos los países, ó deja de ser religion, deja de ser la verdad completa que solo puede ser una é inmutable. No solo es un fenómeno humano, no solo un accidente de las sociedades, es tambien una institucion divina nacida toda entera y armada y revestida con sus mas mínimos adornos, si es lícito decirlo, de la inteligencia de Dios, como nació Minerva de la cabeza de Júpiter. No basta un Dios, si no le haceis pródigo y conservador y legislador de los hombres; no basta reconocer la grandeza del hombre, si no reconocéis la degradacion de su naturaleza y su reparacion por Jesucristo; no basta confesar á Jesucristo, si no confesais su Iglesia; no basta llamaros hijos de la Iglesia, si no

acatais su gerarquía y preceptos, y doblais la altanera razon á sus prácticas é instituciones todas. Este sistema de eclecticismo entre la razon y la autoridad, es la mayor de las monstruosidades y de las inconsecuencias; y mejor comprenderíamos la incredulidad, que esta transaccion repugnante entre la incredulidad y la religion. Para el que sabe que todo va enlazado en religion como en cualquier serie de verdades, y que suprimir el eslabon al parecer mas insignificante es romper la cadena de oro que une la tierra con el cielo, para el verdadero creyente, tanto crimen es negar á Dios mismo como la mas leve de sus palabras pronunciada por él ó por sus órganos legítimos. Ambos son crímenes de orgullo y sedicion, y la sedicion contra Dios nunca podrá ser venial. Pero, ah! en este siglo lleno de sí mismo, como ha dicho un poeta poco piadoso por cierto, pocos saben doblar mas que una rodilla!

JOSÉ MARIA QUADRADO.

EL NUEVO CLERO.

Quando fastidiados ó traspasados de dolor apartamos la vista de lo que está pasando, buscando un consuelo de los males presentes en las esperanzas de lo futuro, á vista de un porvenir de tinieblas é incertidumbre, en medio de las nubes preñadas de tempestad que se agolpan al horizonte, divisamos un rayo de luz, y esta luz viene de arriba; vemos todavía un elemento de bien y una institucion salvadora, y esta no es ninguna de cuantas deben su establecimiento á la feliz concepcion de un mortal privilegiado, ó de las que nacidas con un pueblo, y robustecidas y encarnadas en él por la sucesion de las edades y por las vicisitudes de una larga historia, suelen no desaparecer sino con él en su sepulcro. No; tal vez la monarquía no volverá de su parasismo, entregada á una larga y penosa decrepitud parecida á la infancia, y juguete de partidos y revoluciones; tal vez habrá acabado de suicidarse la aristocracia olvidada de su origen y de las virtudes de sus mayores; tal vez el ejército enseñado á discutir en vez de obedecer, y constituyéndose legislador, en adelante decidirá en los cuarteles de la suerte del estado, y echará su espada en el platillo de la balanza que mas tesoros le ofrezca; tal vez el pueblo, el sensato pueblo español, gradualmente separado de su Dios y de sus reyes, asombrará al mundo con espectáculos tanto mas sangrientos cuanto mas tardíos, ó caerá en esa indiferencia religiosa y política, que siempre es el síntoma mas fatal de la muerte de las naciones. Todo esto es posible, ¡ay! demasiado posible; en ninguna de

estas instituciones esperamos con omnímoda firmeza, por mas elementos de estabilidad y conservacion que ofrezcan en lo humano; pero sobre todas estas existe otra, representante de una idea divina, y que si bien compuesta de miembros frágiles y mortales, participa en su conjunto de la perpetuidad é incorruptibilidad que corresponde á su origen y mision sobrenatural; hablamos del clero. Si dias han de llegar en los juicios del Señor en que digamos *la antigua monarquía, la antigua España*, confiamos poder decir siempre *el nuevo clero*, porque nuevo será y jóven y lleno de vida, cualquiera sea el nuevo órden de cosas en que entremos. No es que nosotros le auguremos seguramente una era de predominio ó de ventura, dias de paz y de sosiego en que pueda verificar, bajo los auspicios de la religion, la reconstruccion de nuestra sociedad desquiciada; pero vengán dias de lucha ó de persecucion, de indiferencia ó de anarquía, nunca será el clero una cosa indiferente y despreciable, un cadáver moralmente hablando, nunca perderá su esencia, nunca dejará de ejercer su influjo así desde los palacios como desde el fondo de los calabozos. Admirable cualidad de esta institucion, ó por mejor decir de la Iglesia que en ella se encarna! Para las otras instituciones, la humillacion, el abatimiento es la muerte, para esta es la vida y el crisol que la regenera; á aquellas las mata la tempestad, á esta la fortalece y fecundiza; á aquellas como humanas y materiales no les queda mas recurso que el triunfo ó la derrota, á esta se le ofrece en todo evento una brillante alternativa, el lanrel de la victoria ó la palma del martirio: la sangre de los mártires es la púrpura de la religion.

El clero tiene por tanto dos existencias distintas que no siempre marchan acordes, sino que siguen á veces una progression inversa, la existencia material y la moral; la una en la parte que tiene de terreno, la otra en la que tiene de divino; la una en el órden civil se mide por el número y consideracion

social de sus miembros, y por las riquezas y dignidades que ocupan; la otra en el orden espiritual se gradua por su perfeccion y ciencia, por la admiracion y respeto que se concilian y por el ascendiente que ejercen sobre las almas; la una es el brillo incierto de la diadema humana que el mundo caprichoso le da y le retira; la otra es la auréola de virtudes que lo corona, ó el rayo de la sabiduría que baja desde arriba á iluminarlo. Los gobiernos de la tierra se jactan de tener en sus manos la primera; pero al intentar menguarla, no hacen muchas veces sino acrecentar y fomentar la segunda; y la que emplean como hoz destructora para cortar el árbol de raíz, se convierte tal vez segun los designios del Altísimo en saludable podadera, que despojándole del pomposo follage para matar al insecto roedor que en él se abrigaba, lo vivifica y rejuvenece con nueva robustez y lozanía. La vida material, que es la única de que gozan las instituciones humanas, no es para el clero sino muy accidental y secundaria; su vida principal es espiritual como su instituto, y contra esta nada pueden la opresion y la violencia; la única muerte posible para él, si Dios no hubiera prometido la indefectibilidad á su Iglesia, y por consiguiente al clero que es su ministro necesario, seria el descrédito y la degradacion; inmortal contra la saña de sus enemigos, solo él pudiera matarse á sí mismo abdicando su esencia, ó corrompiendo la pureza de su origen y destino. Dios hizo que fuera imposible este suicidio; mas para lavar á aquel de las manchas con que el cieno de la tierra puede salpicarle, para desvanecer el engreimiento de harto dilatada prosperidad, y restaurar en el combate las fuerzas enervadas por el descanso de la paz; ha dispuesto de trecho en trecho épocas sangrientas pero gloriosas, de prueba y de persecucion, para recordar á sus sacerdotes que son ministros de un Dios crucificado, y que sus primeros templos fueron las catacumbas.

De una época de estas cabalmente nos ha tocado ser testi-

gos; pero antes de esponer los consoladores resultados que de ella esperamos, y los nuevos deberes que impone al clero naciente, no será fuera de sazón desvanecer los temores que acerca de su estincion total puedan abrigarse. Porque alguno preguntará: «¿Dónde está ese *nuevo clero* objeto de tantas esperanzas? En vez de vuestros dorados ensueños y proféticos anuncios de gloria, no vemos sino un clero viejo que se estingue sin que otro se presente á reemplazarle; pastores que mueren sin tener á quien legar su cayado, que vá recogiendo y amortizando, por decirlo así, el poder civil cual si fuera su legítimo heredero; los ministros del santuario por fin encerrados y sitiados en el templo, á cuyas puertas vela con la espada de la ley un gobierno mas ó ménos suspicaz, impidiendo ó dificultando la entrada á la juventud generosa que no dudaría hacerse partícipe de la suerte de aquellos, y aguardando á que la muerte vaya diezmando lentamente á los de dentro para poder allanarlo sin estrépito ni resistencia. Y entónces, segun sean los gobernantes que las vicisitudes políticas nos deparen, ó bien se cerrará el templo, ó se llamará á un clero intruso que alimente en las aras del Señor un profano fuego, que conaagre el cisma y el escándalo, y que sea el último y mas cruel ultraje á la religion.»

Para rechazar como exagerado ese cuadro desolador, no nos fundamos precisamente en las esperanzas que pueda haber despertado la marcha en algo reparadora del actual gobierno, y la senda que ha ensanchado en parte para los aspirantes al sacerdocio; sabemos cuán varios son los trances de la lucha política, cuán movedizos y sobre arena son por ahora los cimientos de todo gobierno, y estamos preparados á cualquier contingencia; nuestra esperanza reposa en un orden superior, en las miras de la Providencia y en la fuerza misma de las cosas. Sí, confiamos en esta Providencia que tan visible se ha manifestado en la conservacion del clero actual, permitiendo tan raras defec-

eiones en sus filas, y que tal vez ha dispuesto esta suspension temporal, para que á favor de la confusion de los tiempos no entraran en su Iglesia indignos candidatos, emisarios ó instrumentos de sus enemigos, y para dar lugar á estos de descubrir sus intenciones y la trascendencia de ciertos principios, haciendo imposible de este modo la seducccion de los incautos. Pero no hay que dudarlo; esta juventud que clama por entrar, y cuyas instancias consuenan con la voz incesante de los ancianos pastores, que solo piden vida al Señor y libertad al gobierno para dejar formada una generacion nueva á quien encomendar sus ovejas ántes de cerrar los ojos, se abrirá paso tarde ó temprano, como ha empezado á abrírselo ya; Dios no les comunicó tanto brio y perseverancia para que fuese sin resultado, y el que encendió en su alma tan nobles deseos sabrá prepararles tambien el camino de realizarlos. Al fin sin clero no es posible la religion, y sin religion no es posible la sociedad, esclaman á una voz los gobiernos todos, como que la religion es un elemento para ellos indispensable, escepto en épocas de crisis por fortuna bien cortas, pues conducen rápidamente á la muerte ó á la regeneracion. Y si todavía estuvieran reservadas tan sangrientas fases á nuestra revolucion; si alguno de nuestros políticos incurriera en la insensatez de suicidarse, creyendo que el estado puede pasar sin religion, ó la religion sin Iglesia y clero, y la Iglesia sin unidad y el clero sin independencia; si en vez de cobardes contemplaciones y prevenciones mezquinas, como creemos, hubiera quien abrigara contra la Iglesia pensamientos decididos de esterminio; aun en esta hipótesis, repetimos, tampoco temeríamos por ella, ni perdiéramos la esperanza de ver todavía en nuestros dias un nuevo clero. El odio lo mismo que el error, como principios de muerte son estériles y fugitivos, y en vano se prometen dar perpetuidad á sus obras é irrevocabilidad á sus sentencias. Tambien en Francia irrevocablemente y para siempre se abolieron el culto y

la monarquía; y de aquellos estoicos legisladores los que no contribuyeron á reponer á Dios en su altar y á un soberano en el trono, habrán podido ver desde su retiro, por poco que hayan vivido, la Francia cubierta otra vez de templos, y obedido sucesivamente á tres dinastías de monarcas.

Si fundadas y seguras son pues nuestras esperanzas acerca de la perpetuacion del clero, no lo son ménos por lo que toca á su conservacion moral y hasta al mejoramiento que en lo sucesivo debe experimentar; pues poco de otro modo nos importaria su material existencia, y entre su degeneracion ó estincion total no sabemos que mal escogeríamos. Pequeña muestra de lo que será en lo futuro nos suministra en su generalidad esta porcion de clero que respectivamente al otro puede llamarse nuevo, compuesto de jóvenes que, ó bien por los estrechos resquicios que deja abiertos la ley, y á fuerza de intrepidez y santa industria, han logrado penetrar en el santuario, ó aunque consagrados ántes de la suspension de conferir órdenes sagradas, recibieron su educacion sacerdotal en medio de la tempestad que ya rugía, bajo la dura esuela de la revolucion. Reuniendo todo el entusiasmo y ardor propio de su edad á la prudencia del hombre maduro, y el fervor y la caridad del sacerdote á la ilustración del sabio, la lucha les ha servido de aprendizaje, y de esperiencia la calamidad; y si la necesidad del combate ha arraigado mas y mas la ortodoxía de sus creencias y la unidad de sus esfuerzos, y mejor tal vez que á sus antecesores les ha ilustrado acerca del peligro de opiniones ó sistemas que podian parecer ántes inofensivos, el conocimiento de la sociedad, y mas que todo el espíritu del Evangelio depurado en ellos con la persecucion, ha despertado en sus corazones la tolerancia ácia todo lo que es meramente humano. Penetrados del espíritu del siglo para darse á comprender, pero manteniéndose superiores á él para juzgarle y corregir sus extravíos, tal vez no le predicán tanto con la fuerza y uncion de sus pa-

labras como con la regularidad de sus costumbres; y el mundo ignora que aquellos conocimientos y elocuencia que supone adquiridos en largas vigiliass, se aprenden y beben amenudo al pié de los altares. Sí, la España y el clero cuentan muchos jóvenes de estos, y en ellos tal vez encuentra mas de un sacerdote anciano mucho que admirar y que imitar. Ocultos por las ciudades de provincia, en el fondo del templo ó en el rincon de su estudio, su mérito es conocido solo de sus amigos, y al que esto escribe le ha tocado la suerte de conocer á muchos de ellos; pero estamos seguros que todos los que esto lean recordarán y nombrarán en su interior á uno á quien no solo su patria, sino los estraños aclaman filósofo religioso, y en cuyas obras vemos el tipo de las ideas y conducta de este nuevo clero que se anuncia para lo futuro.

Ni puede ser de otro modo, atendidas las circunstancias en que entraron á ejercer su ministerio, y la sincera y ardiente vocacion que debia animarles. ¿Qué iban á buscar sino en el combatido santuario, revistiendo el trage, si ántes de honor y dignidad, hoy ya de vilipendio y miseria? acaso bienestar, riquezas, consideracion? acaso les encerraba allí por codicia ó por cariño mal entendido un padre deseoso de aprovechar en su favor las rentas de un beneficio? ó les llevaba á vejetar allí dentro la indolencia y el egoismo para adormecerse en una vida cómoda y monótona? acaso si eran pobres y de nacimiento oscuro, era la ambicion ó la necesidad la que los lanzaba por la única puerta que se les abria para llegar á los honores y dignidades? Todas estas razones, que no negamos podian valer alguna vez en siglos pasados, como que el hombre es harto material y especulador para no abusar de lo mas sagrado, pero exageradas malignamente por los enemigos de la Iglesia, intentando esplicar con ellas la superabundancia sacerdotal, todas han caducado ya, merced á sus celosos reformadores que al ménos en esto han hecho al clero un bien, y bien mayor del que

creen. Ya no cabe codicia ni opulencia, porque el clero se halla á sueldo; ya no es tiempo de comodidad y bienestar, porque hoy lucha en la palestra y mañana gime en el destierro; ya no es tiempo de indolencia, porque el enemigo está á las puertas, ni de ignorancia porque los avergonzaria la ilustracion del siglo: ya no es tiempo de dignidades estériles é impotentes que no han hecho, digámoslo así, sino designar al que las ocupa á la vigilancia del gobierno; ya no es el camino de satisfacer la ambicion el púlpito, ó la silla episcopal, ó el confesonario mismo de los reyes: mejor y mas espedito medio es levantar una tribuna enmedio de una plebe cualquiera, ó seducir una compañía de soldados. Solo un sentimiento que no tiene esplicacion sino en Dios, y una recompensa que no se adquiere sino en los cielos, pueden haberles llamado á su santo ministerio, ofreciéndose en holocausto á la oscuridad y á la pobreza, y arrostrando los riesgos de la persecucion, y lo que es mas penoso para un corazon noble, el desden y el vilipendio. Los que con tal brio y resolucion se alistaron, imposible es que no perseveren; y si algun dia llegaran á olvidarse de su vocacion primera y de la mision encomendada, el mundo hostil enmedio del cual viven, se la recordaria fizcalizándoles terriblemente, y los murmullos de sus enemigos les volverian en sí de su momentáneo letargo.

Esta situacion que, sea cual fuere el fin de nuestros trastornos, no terminará tan pronto para la Iglesia que no alcance á la generacion que se levanta, nos asegura y garantiza la perfeccion y escogimiento de los que logren por fin llegar al sacerdocio y arrimar sus hombros á la bóveda santa para sostenerla. Un interés temporal, una vocacion mediana, un carácter débil ó inconstante cejan ante la multitud de obstáculos, ante la dilacion é incertidumbre que será preciso superar; muchos despues de haber aguardado largo tiempo, se retiran: no importa; quedarán pocos, pero á toda prueba como los soldados

de Gedeon. Grande á la verdad y difícil es la obra que les aguarda, y solo Dios puede darles fuerza y tino para llevarla á cabo: ser tan firmes sin aparecer duros, tan tolerantes sin aparecer débiles, tan independientes sin mostrarse altivos ó ambiciosos, tan pobres sin parecer envilecidos, tan celosos pero tan prudentes, dedicados á cicatrizar tantas pasiones sin ape-
 gárseles nunca su contagio y sin sacrificar nunca la justicia y la verdad al mismo deseo de parecer conciliadores, empresa es esta en que naufraga la prudencia humana entregada á sí sola. Si en estos últimos años hemos asistido alguna vez á la tierna ceremonia de la ordenacion que casi totalmente ha desaparecido, figurábasenos, sin poderlo remediar que los ornamentos sagrados de los ordenandos eran la túnica que se revestia á los mártires la víspera de su suplicio, pues mártires les consideramos dos veces, por los padecimientos que tal vez les aguardan, y por el resultado de ellos, que esperamos será como el de los sacrificios, la reconciliacion de la humanidad con Dios. Este siglo que se jacta de filantrópico, que tiene miedo á la sangre y que ha adelantado mucho en el arte de espiritualizar los suplicios, martiriza las almas ya que no los cuerpos; no degollará acaso por las calles á los sacerdotes, aunque no está tan lejana la época en que lo vieron nuestras ciudades; pero usará torturas tanto mas crueles cuanto mas prolongadas y dirigidas al espíritu. Mas es tanta la gloria que brilla al extremo de esta espinosa senda, que nunca tal vez habia presentado mas incentivos á las nobles ansias de todo entendimiento serio y de todo corazon esforzado. Colgar como un voto del sagrado muro los dones que Dios mismo nos concedió, refundir su gloria en la de Dios y sentirse instrumentos animados de la Providencia; reposar en un terreno sólido é inmóvil cuando todo vacila, ser depositario de toda verdad y del único elemento de unidad y conciliacion en medio de las tinieblas y de la lucha general, todo esto tienta demasiado á cualquier alma generosa, y las ha-

brá en nuestra juventud, no lo dudamos. No desfallecer, sacerdotes jóvenes ó aspirantes al sacerdocio: amargo es el presente, pero el porvenir es vuestro.

Al estasiarnos de este modo en las esperanzas que nos prometemos de la futura generacion sacerdotal, no es de ningun modo nuestro ánimo rebajar el mérito de la presente, ni indicar que necesite esta de una especie de trasformacion y nueva vida que la regenere. No; cada época tiene sus necesidades, y Dios envia hombres adaptados á ellas, y mas tratándose de una institucion objeto principal de su solicitud. Gloriosos y señalados ejemplos de firmeza, no pocos de saber, é innumerables de paciencia y sufrimiento legará este clero al que le suceda, pero algo quedará que hacer al último todavía, y bella aunque espinosa mies se le presentará que segar en su difícil carrera; pues si para resistir á la tormenta basta la intrepidez, para reparar sus daños se necesita habilidad y constancia estremada. Ni tendrá que avergonzarse del actual el futuro clero, ni que envidiarle tampoco los azares y trabajos que tanta gloria le han proporcionado, y de los cuales participará todavía. Y el que florece al presente, ni tiene que temer con exceso por sus sucesores, puesto que Dios es su apoyo; ni mostrarse celoso del lustre que adquieran, aun cuando hubiera de eclipsar el suyo, porque este lustre en Dios le es tambien comun y solidario.

Así pues cuando hablamos de *nuevo clero*, no es que el naciente deba marchar á nuestro juicio por distinta senda que el actual, ni romper la cadena que le enlaza con tan ilustre ascendencia, ni alterar en su mas mínima parte el tesoro de doctrina de que es depositario; entónces dejaría de ser lo que es, pues la novedad en este sentido equivale á apostasia. Pero sea cual fuere el éxito de la crisis que atravesamos, no podemos negar que en las ideas y en la sociedad se ha hecho una gran revolucion, y que necesita adaptarse, en lo que fuere lícito, á estos.

cambios buenos ó malos, á estas nuevas circunstancias y necesidades todo el que no quiera abdicar su influjo social é inutilizar su mision, especialmente el clero que tan elevada y necesaria la tiene. Distancia inmensa va de ser acatado y protegido como parte privilegiada de la nacion é institucion sobrehumana, á verse meramente y á duras penas tolerado; de hallarse unido con el poder temporal en fraternales vínculos, á ser continuo objeto de suspicacia; de tener asegurada su independencia y su decoro por cuantiosos bienes y por el prestigio de sus honores y pompa exterior, á estar á sueldo de los intendentes como meros empleados; á ver por fin venerada su autoridad é implorados sus consuelos por una generacion de fieles dócil á su voz como bajada del cielo, á encontrarse desdeñado y como extranjero en medio de una sociedad indiferente, hostilizado por no pocos enemigos, obligado á gastar en defender y probar su mision el tiempo que emplearia en ejercerla. Gran diferencia, repito, media entre ambas posiciones, y esta diferencia produce una diversidad de deberes y de conducta, que no siempre alcanza á trazar la mas consumada prudencia y la penetracion mas esquisita, si no se han aprendido con la educacion; ó si á ellos no nos han amoldado los repetidos golpes del sufrimiento en el yunque de la esperiencia.

Hay para el clero deberes eternos nacidos con él mismo, y cuyo olvido ó transgresion sería su muerte, y estos son los que tienen relacion con lo que es esencialmente invariable, Dios y la religion; otros hay que se modifican y cambian con los siglos acomodándose á su marcha y á sus necesidades, y estos se refieren á la sociedad cuyas formas incesantemente varian; haciendo variar tambien la situacion civil y material del clero. La confusion de estas dos clases de deberes ha inducido á muchos en opuestos extremos, queriendo unos trastornar á cada paso desde sus cimientos esta institucion respetable, y plegarla á los caprichos de los hombres y á la inestabilidad de sus cosas;

no viendo en ella sino lo que tiene de humano; y alarmándose otros de cualquier concesion como de una apostasía, condenando al clero á una completa indiferencia por todo lo que le rodea, y á una inmovilidad de formas que al cabo le imposibilitaria de poder entenderse con la sociedad. Mas á pesar de los ataques de los unos la roca permanece siempre incontrastable sobre sus cimientos, y desmintiendo los temores de los otros va dando vueltas junto con el mundo enmedio de la cual está plantada, sin que por esto deje de ser la misma.

Solo á esta última clase de deberes podemos aludir cuando hablamos de los del nuevo clero: los otros no pueden ser nuevos, porque pertenecen á la esencia misma de la institucion. La situacion política y hasta social del clero ha cambiado en gran manera, y forzoso le será adaptarse en lo posible á ella, para que con esta flexibilidad en su modo de ser, tanto mayor cuanto mas inmutable es su esencia, demuestre que para existir no necesita de ningun accidente humano ni de terreno apoyo, de los que mas indispensables parecian.

En primer lugar parece que ha pasado ya para el clero la época en que representaba un poder social intermedio entre el monarca y el pueblo, y era un poderoso elemento de aristocracia, y que despojado de toda la consideracion que bajo este concepto podia haberle, solo obtendrá la meramente espiritual que como á ministro de la religion le toca en el corazon de los fieles. Aun mas, viviendo enmedio de pueblos escépticos, bajo la atmósfera glacial del indiferentismo que sabe Dios donde y cuando detendrá sus estragos, la consideracion que obtenga acaso la deberá solo á sus virtudes y servicios personales; y si la religion le recomendaba ántes y le garantizaba en cierto modo, y cubria con su esplendor inmortal las manchas terrenas de que podían adolecer sus ministros, ahora al contrario toca á estos hacerla recomendable, honrar á un Dios desconocido y darle á conocer por la caridad y por los portentos morales, ya que

no físicos, obrados en su nombre, y difundir por do quiera un rayo de verdad y de amor que haga levantar los ojos de los pueblos á la fuente universal de donde emana. Arduo y glorioso es el empeño, y por él se gradua la perfeccion á que ha de aspirar el clero y el legítimo prestigio que no debe reusar en ningun sentido sobre las almas; cuanto ménos es su ascendiente político tanto mayor importa que sea el moral; y la dictadura, que ántes ejerció tan provechosamente para los pueblos en su gobierno temporal, debe conquistarla sobre los entendimientos para restaurar en ellos la fe, y en las naciones el reposo. Empeño es este que hace temblar á veces, pero que comunica las mas un brio extraordinario, y que por tanto en todos sus actos y palabras debería tener presente todo eclesiástico; un mal sacerdote en otros tiempos se perdía solo á sí mismo, ahora en cuanto está de su parte perdería á la religion, y las manchas que echara sobre sí recaerían á los ojos del mundo sobre la faz inmaculada de aquella.

Otro sosten del clero, que á vuelta de grandes bienes produjo inconvenientes palpados ahora mas que nunca, era la proteccion de los gobiernos, que amenudo de entre las filas de aquel escogian sus consejeros, y que cercaban las gradas de su trono con los que miraban como representantes de los principios en cuyo nombre reinaban: A veces era fingida é interesada, á veces sincera y respetuosa la deferencia; pero siempre bajo las condecoraciones con que honraba el trono á los dignatarios del clero, y especialmente en los últimos siglos, ocultábanse cadenas que se dejaban sentir en los momentos de obrar, y que si bien no sujetaban á almas magnánimas y celosas, aprisionaban al comun de ellas y las reducian al silencio sobre algunas medidas funestas para la Iglesia, ó las inducian á cobardes transacciones. Los gobiernos de esta época, mirando al clero como enemigo mas bien que aliado, con sus obras han tomado á su cargo librar al clero de esta dependencia que de sus antecesores tenia, al paso

que se la exigen mayor con sus principios y con la indigencia á que le reducen poniéndole á sueldo suyo; pero en este caso mas temibles quizá eran antes y serian ahora los halagos que hoy las amenazas: la Iglesia no es plaza que se tome por hambre, y sin peligro de equivocarnos podriamos tal vez asegurar que á pesar de todas las violencias, de todos los artificios y de cualquiera privacion, será el clero menos esclavo y dependiente que nunca. En unos reinos es cierto, le vemos tolerado y tratado al par del pastor calvinista y del rabino judío, sin mas consideracion ni privilegio; en otros espuesto al encono de un déspota; en otros á las cavilosas é invasiones de un ministro, en otros por fin al embate de las revoluciones y á los odios del furor incrédulo: triste es este espectáculo sin duda; pero cuando leemos la historia de ciertas épocas no muy remotas en que se sembró tal vez lo que ahora cosechamos, épocas de contemporizacion criminal acaso y de silencio incomprendible, épocas en que mas de un prelado, convertido en ciego instrumento ó en servil adulator del poder, se acordaba mas de la magestad humana que de la divina, y en que á un cardinal reconvenido por cierta culpable cooperacion pudieron escapársele las palabras, *que por su rey se arrojaria de un balcon, porque le debia su dignidad y sus haberes todos*; á estas épocas repetimos de degradacion y servidumbre que por fortuna, ó mejor dicho por providencia divina, nunca fueron generales, preferimos con mucho esta de miseria y persecucion en que el clero se ve do quiera hostilizado, empobrecido, calumniado, pero con la independendencia de la desgracia, sin mas protector que Dios en el cielo, y sin mas gefe que el Pontífice en la tierra.

De esta situacion política se desprende la necesidad de independendencia en el clero para sostener sus propias atribuciones, y de aislamiento en cierto modo de cuanto puede afectar las ajenas; y tan honda es la impresion que al que esto escribe le

causa la idea de las ventajas de esta separacion, que así como no quisiera ningun ministro de esos *ilustrados* canonistas del siglo pasado, que metieron su hoz en el campo de la Iglesia, ni alguno de los monarcas que embriagados con su gloria y poderío, por mas que piadosos en su vida particular, creyeron patrimonio suyo la viña del Señor; tampoco á las veces quisiera por ahora, atendidas las circunstancias de la época y las acusaciones de ambicion y prepotencia que están en voga contra el clero, que se abrigara bajo la estola del sacerdote alguno de aquellos profundos talentos políticos, de aquellas almas enérgicas y activas que se elevan por su misma esencia á la cumbre del poder, y que truecan la faz de una nacion ó la suerte de los imperios. No es este el tiempo de los Richelieu, de los Alberoni, ni hasta de los Jimenez de Cisneros; no es el tiempo de sacerdotes diplomáticos ó guerreros, sino el de confesores sufridos y constantes, de apóstoles armados con el rayo de la palabra, de pastores benéficos escudados por el brillo de sus virtudes.

Pocos serán pues los deberes públicos del clero, pues pocas por lo regular serán en adelante sus relaciones políticas, lo que le libra á un tiempo de las pasiones que pudieran pegarsele, y de los cargos y acusaciones que suelen dirigirle sus enemigos: sus deberes con la sociedad pueden considerarse como individuales, porque por medios individuales se obtiene el ascendiente social. Bajo este concepto estos deberes son eternos y de todos tiempos como morales, con las modificaciones que sugiere una prudencia acomodada en lo posible á las circunstancias, un celo segun Dios, y un conocimiento exacto de los tiempos y de sus necesidades materiales. Mas para este siglo orgulloso no basta ya una virtud paramente ascética ó contemplativa, debe ir acompañada ademas de todo el prestigio de la ciencia; y esta ciencia permaneciendo tersa y pura, sin degenerar de la fuente de donde emana y de donde han bebido tantas genera-

ciones, conviene que tome en lo posible el sabor de la actual para que no la rechace; porque la verdad es como el maná, que se acomodaba á todo paladar sin alterar por esto su esencia. El siglo está enfermo, hemos dicho, y es preciso acomodarse á sus mismos caprichos en todo lo que no dañen á su salud, sino mas bien sean un medio de dársela. El estado de guerra en que se ha encontrado la religión ha aguzado, por decirlo así, las armas de sus defensores, que ántes no se empleaban sino en justas y en simulacros, como por via de entretenimiento: esta comparación marca á nuestro entender la diversa marcha que debe seguir la ciencia teológica en los siglos de fe y en los siglos de discusión. Por lo demas los estudios y educación del nuevo clero, y el papel que debe representar en el órden intelectual constituyen una materia harto vasta é importante para que consintamos en tocarla aquí de paso: en este punto como en muchos otros puede servir de modelo el de la vecina Francia.

No es este un cuadro ideal que nos hemos formado del nuevo clero, pintando lo que será por lo que debiera ser; tenemos una fe profunda en la fuerza misma de las cosas ó sea en la Providencia, y en la influencia regeneradora de la tempestad. Ilustrado y virtuoso era como el que mas á fines del siglo pasado era el clero frances, el clero amamantado, digamoslo así, por Bossuet y Fenelon, heredero del nombre é ideas de tantos hombres grandes, y sobre el cual reflejaban aun de lleno las glorias del siglo de Luis XIV: sin embargo, pasó sobre sus cabezas la revolucion con su hoz de hierro, algunos mas débiles ó ciegos flaquearon y doblaron la rodilla para hurtar el golpe; pero ¿quién duda que para la mayoría fué aquella una tormenta vivificadora, y que la sangre sacerdotal que corria de los cadalsos fué un baño de regeneracion para los que sobrevivieron, y semilla de vida para sus sucesores? Véamosle ahora al actual clero frances conquistando lentamente, ora con el esplendor de la fe, ora con el bálsamo de la caridad á una sociedad tan indi-

ferente como egoísta; triunfando de los hijos escépticos con la dulzura, como sus antecesores triunfaron de los padres ateos con la firmeza; ganando con sus virtudes y ciencia tanto como debiera ántes á la fe de los pueblos. Mas adherido que nunca al centro de unidad se gloria ante todo con el nombre de romano; y dos fatales plagas que le corroían en sus dias de mas robustez y lozanía, que corrompian sus mas bellos frutos, y que todos los esfuerzos de la autoridad y de la ciencia no habian logrado desarraigar, (hablamos del galicanismo y del jansenismo) han muerto por sí mismas de consumcion en el dia de la prueba. Pobre y asalariado del Estado, pero santamente independiente en el ejercicio de su ministerio; tolerado solo y á veces molestado por el gobierno, pero sostenido con el amor de muchos y con el respeto de todos; sabiendo refundir en la luz inmortal del Evangelio las luces deslumbradoras de que tanto se envanece este siglo, ha logrado conquistar para la religion consideracion y prestigio entre sus mas prevenidos contrarios, en cambio del que esta le daba en los tiempos de fe á los ojos de los pueblos.

Esto ha hecho con el clero frances la prueba de la persecucion, y esto hará, si no nos engañamos, con el español, ya que para él ha llegado este plazo, si bien mas tardío, no ménos severo quizá que el que ha pasado sucesivamente por todas las iglesias de Europa. Desde los tiempos de Recaredo descansaba nuestro clero pacífico y venerado en brazos de la fe y á la sombra del trono, bajo la doble salvaguardia de la religion y de la autoridad; la invasion de los sarracenos, constituyendo el principio religioso en principio nacional durante la guerra de siete siglos, no hizo sino acrecentar su influencia; la reforma protestante que tantas convulsiones produjo en los vecinos pueblos, ó cuando ménos profundo estremecimiento en las ideas, estrellándose en España contra el catolicismo de sus habitantes y el celo de sus monarcas, arraigó mas bien el poder del clero por la

necesidad de la defensa y por el contraste con lo que en otras partes sucedia: nunca combatido y predominante á veces, creeriase le hubiesen enervado la paz y la prosperidad; pero el espectáculo que de algunos años acá presenciarnos ha probado lo contrario. Sus enemigos mas encarnizados, á quienes debe tanto en cierto modo como á sus mas generosos protectores, le han proporcionado un triunfo que vale por un tranquilo reinado de muchos siglos, y creyendo asistir á sus funerales han hecho solo que renazca como fénix de sus cenizas. Dia vendrá en que al aspecto de la tal vez corta pero escogida falange de ministros que rodeen el empobrecido santuario, y que desde allí se lancen á derramar sus consuelos en medio de la sociedad que tendrá mas necesidad de ellos que nunca, bendigamos la tempestad en medio de la cual fueron concebidos para la Iglesia. Mas á los autores de esta tempestad no les será contado el bien de esta regeneracion que sin quererlo han obrado; serán como el fuego que sirve para acrisolar el oro, y que luego es reducido á carbones.

JOSÉ MARIA QUADRADO.

SAN AGUSTIN.

Miéntas el cristianismo tenga altares y adoradores, se levantará siempre uno consagrado al ilustre obispo de Hipona, y los fieles hincarán respetuosamente delante de él su rodilla, pues que el nombre de Agustino va de tal manera enlazado con las glorias de la iglesia africana, que es de todo punto imposible recordar estas sin traer aquel á nuestra memoria. Por esto hemos pensado dedicar algunas páginas al recuerdo de tan esclarecido doctor, satisfaciendo á la vez una necesidad de nuestro entendimiento y un voto de nuestro corazon: y como para recordarnos un deber por otra parte muy grato, la casualidad ha dispuesto que casi coincidiese el dia de la publicacion de este número con aquel en que la Religion nos recuerda las virtudes y el alto saber del santo hijo de Mónica. Los que han malbaratado los dias mas preciosos de su vida con liviandades é ilícitos placeres aliéntense, pues la juventud de Agustino estuvo manchada con torpezas; y los que sedientos de saber han apagado esta sed en *cisternas estancadas y corrompidas* aliéntense tambien, pues la pluma del grande Agustino, que tantos dias de gloria ha dado á la religion cristiana, estuvo tambien un tiempo vendida desgraciadamente al error. Innumerables escritos han fluido de ella como de abundante vena, los que orgullo nuestro fuera decir que hemos hojeado ántes de escribir este artículo; pues mas años de los nuestros son necesarios para haber leído y meditado sus *Tratados sobre la Escritura, y el Comentario sobre los salmos, y su inmortal Ciudad de Dios*, y tantas y tan recomendables obras

como dejó escritas: así solo hablaremos de dos preciosos opúsculos, las *Confesiones* y los *Soliloquios*, que deseáramos ver en las manos, no digo de cualquiera eclesiástico, y de toda persona dada á las cosas de piedad, sino en las de esta generacion aquejada á un tiempo por el ansia de verdad y por el vértigo de las pasiones. Presentarle á san Agustin como una alma ardiente acosada de esa sed de felicidad que en ninguna fuente pudo satisfacer ménos en la que brota pura del pié de la cruz, y como un filósofo que estuvo fluctuando entre contrarios errores hasta reposar en las verdades cristianas, esta es la tarea que nos hemos impuesto, dejando á los teólogos la de dar á conocer el rico tesoro de bellezas que se encierra en sus obras dogmáticas.

Al promediar el siglo IV nació en Tagaste Agustin de Patriocio y de Mónica, y apenas salido de la infancia emprendió en su patria los estudios, que despues fué continuando en Madauro, hasta que últimamente los completó en Cartago. Pero tanto como en esta ciudad se ilustraba su entendimiento, corrompiase su corazon, y no tirando la rienda á las pasiones que de cada día lo tiranizaban mas y mas, se precipitó hasta dar criminalmente el sér á Adeodato, en cuya frente osciló la llama del genio que tanto brillaba en la de su padre. Voluptuosas corrieron las mocedades de nuestro santo, porque dotado de un corazon apasionado, creyó que las criaturas podian llenar el hondo vacío que sentia dentro de sí, y no *distinguiendo entre la serenidad del verdadero amor y la obscuridad del carnal deleite* tomó las tinieblas por la luz, y la voraz hoguera que consume cuanto toca por el fuego que levanta una llama pura y ardiente. Cuando mas entrado en años, recordando sus juveniles extravíos, gimiendo y postrado á los piés de un Crucifijo decia: « Vos estabais muy enojado contra mí, y yo no lo sabía: habíame hecho sordo con el sonido de la cadena que traía de mi carne flaca, en pena de la soberbia de mi alma, é íbame alejando de vos cada dia mas, y vos me dejábades, y yo perdido, desatinado y preso de

mis blanduras sensuales, andaba inquieto, desatinado, é hirviendo con las llamas de mi concupiscencia me derramaba, y vos callábades. ¡O qué tarde venisteis, gozo mio!”

No solo el corazón de Agustino era el que estaba pervertido; los humos habían subido á la cabeza y desvanecido su entendimiento: la secta de los maniqueos tuvo en él un prosélito, y bien pronto hizo de él un apóstol. Dotado de las prendas de buen hablista enseñó retórica en Cartago, Roma y Milan, y coronado de los laureles de la gloria se arrastraba por el cielo de la corrupcion. Su virtuosa madre le miraba, y las lágrimas abrian dos surcos de fuego en sus mejillas: un hijo que estraviado del sendero de la verdad iba resbalando por la rápida pendiente del error, era un espectáculo harto aflictivo para que no desgarrase el corazón maternal de Mónica. Llevaba la atribulada muger su dolor al pié de los altares, y fatigaba el cielo con sus gemidos; rogaba á Ambrosio la acompañase con sus oraciones, y no cesó un punto de llorar hasta oír de los labios del grande obispo de Milan: *muger, anda, que no puede perderse un hijo que tantas lágrimas ha costado á su madre.* La fama de Ambrosio habia llegado hasta los oídos de Agustin, y desconociendo este la mano de Dios que le empujaba, se dejó primero prender por los encantos de la palabra del ilustre obispo, despues la verdad se abrió paso hasta en su entendimiento. Veamos cómo nos lo refiere en *sus confesiones.* «Y como yo abriese el corazón para recibir la suavidad y elegancia de las palabras, á vuelta de ellas entraba tambien la verdad, aunque poco á poco; porque en cuanto á lo primero, ya me comenzaba á parecer que se podia defender lo que él decia, y que la fe católica con la cara descubierta podia salir al encuentro de sus enemigos; especialmente habiendo oido una y mas veces desatar algunas dificultades y declarar los lugares oscuros de las divinas letras, los cuales queriéndolos yo interpretar á la letra, espiritualmente moria.” Com-

prendió que la obscuridad de las Escrituras podía quedar disipada por la luz de la interpretación, y rechazó la idea que habia alimentado de que la *ley y los profetas* no podian ser esplicados á satisfaccion de sus contradictores.

Las enfermedades del alma lo mismo que las del cuerpo nos sorprenden de un golpe, y van retirándose poco á poco; y como el que ayer rebosaba en salud, hoy postrado lucha con fatigosa enfermedad, así el alma que sinceramente creía ha pasado de un salto de la fe á la negacion, ha invocado el ateismo. No creais que vuelva con la misma rapidez de la negacion á la fe; ántes debe arrastrar larga convalecencia. Primero niega, despues responde á cuanto se le dice con el rudo desden de la indiferencia, de la indiferencia pasa á la duda, y feliz el alma que de la duda vuelve á reposar en los tiernos brazos de la fe. Testigo de ello Agustin: abandonó la secta de los maniqueos, pero no por esto abrazó las creencias católicas; ántes tuvieron que menudear las conversaciones con Ambrosio. Los golpes de la gracia no eran bastantes para despertar aquel corazon empedernido, fué necesario una recia aldabada. Era mucho que se rodease de sus amigos para hablar de las vaciedades de este mundo; era mucho que levaniase la losa de un sepulcro para descubrir al traves de la corrupcion un rayo de inmortalidad; era mucho que se convenciera de que el principio de vida que abriga nuestro cuerpo no puede ser pasto de la podre; pero todo esto no era bastante todavía para que se convirtiera.

Las cartas de san Pablo, ese libro admirable que suaviza las llagas todas del corazon, fué el instrumento de que Dios se valió para obrar una santa revolucion en Agustin. Se estaba un dia paseando entre meditabundo y pesaroso por las calles de un jardin, y oyó una voz que le decia *toma y lee*, y tomó las cartas de san Pablo, y leyó, y las cataratas que obscurecian sus ojos cayeron á vista de las páginas de aquel á quien habian convertido estas palabras misteriosas, y un rayo bajado de lo

alto bañó su frente como ántes la de Saulo. Sí, aquel dia la religion lo saludara siempre con gozo, pues en él se enriqueció con otro florón mas la diadema que ciñe la esposa del Cordero.

Desde el jardín acompañado de Alipio, voló Agustino al lado de Mónica, que alborozada vió esta vez á su hijo que habia dado dos veces á luz: la primera para el mundo, y la otra para la religion: y bendijo la santa madre el nombre del Señor, porque le habia concedido mucho mas de lo que le solia pedir con sus gemidos llorosos y lastimeros, y por haber trocado en cumplido gozo el amargo llanto que por su hijo habia vertido. San Ambrosio cumpliendo el grato deber de la religion y de la amistad derramó el agua de salud sobre la cabeza de nuestro catecúmeno, quien abandonando en seguida el profesorado de retórica que con tanta gloria habia desempeñado, puso desde entónces toda su atencion en modelar sus costumbres sobre la moral del Evangelio. De vuelta á Tagaste se detuvieron algunos dias madre é hijo en las inmediaciones de Ostia preparándose á la navegacion, y aquí fué donde mantuvieron aquella plática tan sabrosa sobre las delicias del cielo, que nunca hemos podido leer sin enternecernos. Asomados al antepecho de una ventana, recreada su vista por un ameno jardín que se extendia delante de ellos, en dulce esparcimiento conversaban del gozo que inunda á los escogidos en la casa del Señor, y esta conversacion tan tierna nos la ha trasladado san Agustin con las siguientes palabras. «Estábamos con la boca de nuestro corazon abierta, mirando esas corrientes de vuestra fuente, fuente de vida, para que bebiendo siquiera una gota de ella conforme á nuestra capacidad, en alguna manera pudiésemos barruntar cosa tan grande. Llegó nuestra plática á esta conclusion, que cualquiera deleite, por grande que sea, de nuestros sentidos carnales cotejada con la alegría de aquella vida, no solamente no es digno de ser comparado con ella, pero ni aun de ser mentado: y de aquí encendidos con mayor afecto subimos como por esca-

lones, por todas las cosas corporales hasta llegar al cielo, de donde el sol y la luna y las estrellas envían su claridad sobre la tierra. Y aun subimos mas adelante pensando interiormente de vos, y hablando de vos y maravillándonos de vuestras obras.”

Las ansias maternales de Mónica estaban ya satisfechas, su hijo querido habia abjurado los errores de los maniqueos y héchese católico, á nada mas habia aspirado, y desde entónces podía sonreír á la muerte. Despues de algunos dias de dulce enfermedad, en que Agustin junto á la cabecera de su madre le prodigó los consuelos del cariño filial, y aceptado el encargo de recordarse de ella en el altar, se durmió risueña en el ósculo del Señor. Él nos lo ha dejado escrito: cabe al ataud de su difunta madre lloraba Agustino como un niño. Adeodato hería el aire con sus gemidos, y miéntras su padre le instaba para que se reportase en su dolor, él á torrentes derramaba las lágrimas. Por un momento las reprimia en sus entumecidos ojos, pero no cabiendo dentro de ellos les daba rienda para que corriesen otra vez. Mucho lloró Agustin á la que por él mucho habia llorado. La resignacion cristiana alcanzó trocar en apacible melancolía la amarga tristeza, y despidiéndose de las playas de Italia, de las que tan tristes al par que dulces recuerdos debia conservar toda su vida, se restituyó al África.

Valerio obispo de Hipona le recibió con los brazos abiertos, y le elevó á la dignidad de sacerdote: por la luminosa esplicacion que dió del símbolo de la fe en un concilio, mereció Agustin ser elegido coadjutor de Valerio en aquella silla. No es de nuestro propósito individualizar las virtudes episcopales en que tanto brilló nuestro santo, ni el celo con que dejaba el báculo para empuñar la pluma cuando las necesidades de la religion lo requerian; así bajarémos á vindicarle de las acusaciones que contra él injustamente han llovido.

Los hombres que por su vasto talento ó raras virtudes se han hecho lugar entre los demas hombres, nunca han bajado al

sepulcro sin ántes arrostrar duras al par que gloriosas persecuciones, y san Agustín que del ancho camino del libertinaje pasó al estrecho sendero de la virtud, y abandonó la gloria del mundo para abrazarse con la gloria de la cruz, no debía quedar esceptuado de esta ley al parecer providencial. Mientras los teólogos católicos le saludan como al oráculo de la Iglesia, los heterodoxos le motejan de ignorante en las sagradas escrituras, y pasando del entendimiento al corazón le suponen hombre vanidoso y que intentaba erijir sus opiniones particulares en artículos de fe. Sin embargo la humildad era una de las virtudes que mas brillaba en el santo obispo de Hipona, y esa desconfianza y timidez que acompaña á los hombres grandes no le abandonó tampoco en el curso de su carrera literaria. En una de sus cartas decia: «aunque por la misericordia del Señor creo haber adelantado alguna cosa, no alimento sin embargo el orgullo de pensar que á mi edad esté á cubierto de todo peligro de error.» El que sostenia la inmortalidad de nuestra alma por la fuerza del sentimiento que de este dogma tenemos, el que probaba valientemente que la cubierta de nuestro cuerpo abriga un principio de vida que no consiste en el juego de nuestros órganos ni en alguna parte corpórea por adelgazada que la queramos suponer, fué tachado de materialista. Hasta sus *confesiones*, cuya lectura nos ha inspirado este artículo, no pudieron escapar de la mordaz censura; pero son tan cobardes las acusaciones, que ni siquiera entraremos en deshacerlas. Como que frentes tan elevadas como la de Agustín deban ser siempre heridas por el rayo de la persecucion, del mismo modo que la tempestad troncha la robusta encina, y respeta al débil arbusto que crecía á su sombra.

Las herejías de estos últimos siglos no ha sido mas que una continuacion de las herejías que en los siglos anteriores affligieron á la iglesia de Jesucristo; pueden haberse embozado con distinto ropage, pero debajo de este siempre se ha encubierto

la misma fealdad. Abrid la historia eclesiástica, y veréis como el arrianismo enjendró al maniqueísmo, y los nestorianos, donatistas, pelaquianos y eutiquianos no fueron mas que enjambres de hombres indisciplinados, que á vuelta de conquistar una página en la historia, aunque negra, no temieron enarbolar el pendon de la anarquía, y como sierpes desgarrar el seno que les habia calentado. Siempre los enemigos de la Iglesia han plantado sus baterías contra las columnas mas firmes de la verdad, y no respetando la santidad de los sepulcros, no han temido remover las frias cenizas de los hombres eminentes que en tiempos pasados pulverizaron los errores de sus abuelos. El protestantismo, que ha cargado con las culpas de todas las herejías anteriores, debia desfogar su rencor contra san Agustin, que habia sido su azote, y al cabo de 11 siglos el nombre del digno sucesor de Valerio fué lanzado á la maledicencia para que se cebase en él como en pasto mas sabroso. ¡Felices sin embargo aquellos hombres á quienes Dios ha creído dignos de semejantes imputaciones! Agustin fué el martillo de los herejes de su siglo, y por ello mereció ser censurado por los herejes de todos los siglos. ¡Qué mucho pues destrozen las reputaciones de los que viven los que aun en la tumba muerden los huesos de sus enemigos!

Quando Hipona estaba sitiada por los vándalos, su ilustre obispo, que no debia presenciar el saqueo de su iglesia, exhalaba el último suspiro lleno de letras y coronado de virtudes. Si nuestro protagonista no hubiera sido mas que un sabio profundo, sus escritos serian buscados con avidéz y leidos con admiracion, y su retrato estaria colgado en algun museo; pero sobre sabio era santo, por esto sus restos venerables han sido trasladados otra vez con pompa religiosa al suelo tostado de África; y para la Religion será siempre grata la memoria del gran prelado que ahora 14 siglos manejó con destreza la pluma, empuñó con valor el báculo y ciñó con dignidad la mitra.

JOSÉ VIDAL Y PONT.

Melodias Hebráicas

TRADUCCION DE LORD BIRON.

Para dar una idea de los caracteres distintivos que, á manera de hierro candente, marcan la poesía de lord Byron, no es por cierto eleccion muy acertada la de estas pequeñas composiciones en que no descuellan los dotes peculiares que han grangeado á su autor tanta nombradía. La inferioridad de estas con respecto á sus demas obras está generalmente reconocida, á pesar de que la maestría en el lenguaje, la precision en los conceptos, y el talento desplegado en la versificacion, honrarian bastante á cualquiera de mas que mediano ingenio. Cualidades son estas que, siendo muy de bulto en el original, es imposible resalten en la traduccion, por mas que nos háyamos esforzado en hacerla tan parecida, tan exacta, tan literal, como nos lo permitian las leyes del metro, las ataduras de la rima y la índole del castellano. Sin embargo ya que traducir algo de Byron queríamos, hemos preferido esos juguetes escapados á su fecunda pluma, únicamente para complacer á un amigo, por ser de todas sus obras las que están mas en armonía con el tono severo y religioso de nuestra Revista. En ellos no asoman las grandiosas y sombrías concepciones que en sus poemas serios transportan el alma á una region ideal á veces tan peligrosa como sublime; ni el mofador sarcasmo que en sus poemas burlescos abrasa, como torrente de lava, cuanto encuentra en los frecuentes giros de su irregular y caprichoso camino. Estas melodías no son mas que sencillas pero espresivas miniaturas de algun cuadro del antiguo testamento; breves pero enérgicos razonamientos análogos á la situacion de alguno de sus personajes; sentidas exclamaciones que el autor pone en boca de un indio, ora sea que en la hora de la agonía de su nacionalidad llore la destruccion de su templo y la proscripcion de su culto; ora que fatigado de su interminable destierro, invoque todavía á Jehova en su obstinada esperanza de verlo aparecer de nuevo. Algunas obras no son mas que vagas aspiraciones de resignada melancolía, efímeras meditaciones del alma, que por la ternura ó religiosidad

del sentimiento se asemejan á unos destellos de fugitiva y apacible luz hendiendo la negra atmósfera que pesaba sobre el corazón del poeta. En todas deseáramos tal vez un sabor bíblico mas pronunciado; pero no es nuestro ánimo hacer de ellas ni la crítica ni el elogio; reservando esa tarea á nuestros lectores si les place juzgarlas por sí mismos.

La hija de Septé.

Pues Dios y la patria demandan, ó padre!
 La muerte de tu hija, pues voto fatal
 Compró tu victoria, tu acero taladre
 El pecho que ofrezco desnudo al puñal.
 Al fin ya concluyo la voz del quebranto;
 No mas las colinas mi rostro han de ver.
 Si viene de mano que quiero yo tanto,
 No puede en el golpe dolores haber.
 Y de eso está cierto; mi sangre es tan pura,
 Cual, ántes que fluya, tu abrazo será,
 Cual la última idea de amor y ternura
 Que en tierra de penas consuelo me da.
 Por mas que me lloren de Sion las doncellas,
 No rindan al héroe, no doblen al juez:
 Gané tus batallas, y libres por ellas
 Mi padre y mi patria ya son á la vez.
 Vertida la sangre que dísteme un dia,
 Callado el acento que holgabas de oír,
 Mi dulce memoria, ó padre te engria;
 No olvides que pude sonriendo morir.

Saúl.

Tú, á cuyo sortilegio
 No hay muerto que resista,
 Haz que el profeta egregio
 Parezca ante mi vista.
 —Samuel, alza tu frente
 Que el féretro sujeta..
 O rey, ve aquí presente
 La sombra del profeta.

La tierra bostezó; de pié el difunto
 Allí se vido al punto
 En medio de una nube aparecido;
 Y al dejar del sudario los despojos,
 Cambió la tenue luz de colorido.
 En sus vidriosos ojos
 La muerte reposaba,
 Descarnadas las manos enseñaba,
 Y por sus venas sangre no corria;
 Sus piés brillaban rígidos y tiesos
 Con la triste blancura de los huesos;
 Y de aquel cuerpo, masa hueca y fria,
 De aquel cuerpo que entrañas no tenia,
 De aquellos labios sin vital aliento,
 Salió con vacío acento
 Parecido al mugir del ronco viento
 Que en honda cavidad el monte encierra,
 Vió Saúl el fantasma, y cayó en tierra,
 Como de un golpe cae y se desprende.
 La encina secular que el rayo hiende.

¿Porqué perturbais mi sueño?

¿Quién es que evoca los muertos?

Eres tú, ó rey, mira yertos

Esos miembros sin calor.

Sin sangre están, son los míos...

Y los tuyos hoy tan bellos
 Mañana serán cual ellos,
 Mañana darán horror.

Así os veréis tú y tu hijo
 Mañana en mi compañía:
 Adios... mas cuenta que un día
 Promete solo este adios.
 Porque ántes que el nuevo espire
 Seréis presa de la muerte,
 Y luego á mi polvo inerte
 Mezclaráse el de los dos.

Traspasado con las flechas
 De los arcos filisteos,
 Tu ejército sin trofeos
 En el campo yacerá:
 Y la espada que te ciñes,
 Allí con furor insano
 Tú mismo, tu propia mano
 Al corazon la guiará.

Canto de Saúl en su última batalla.

Mis guerreros, mis bravos caudillos,
 Que marchais de mis huellas en pos,
 Si me hieren el dardo ó la espada
 Conduciendo la hueste de Dios,
 No cuideis mi cadáver, dejadlo,
 Aunque sea un cadáver real,
 De los hijos de Gad en los pechos
 Sepultad vuestro acero mortal.

Y tú, page, que llevas el arco,
 Y las flechas y el terso broquel,
 Si de Saúl los soldados huyesen
 De la hueste enemiga en tropel,

Al momento bañado en mi sangre
 A tus plantas tendido he de estar;
 Sea mia la suerte con que ellos
 No se atreven cobardes á dar.

A los otros adios; mas oh! nunca
 De esta lid nos separe el furor,
 Heredero infeliz de mi reino,
 Dulce objeto de todo mi amor.

Que es brillante la regia diadema,
 Que es inmenso el poder que nos da;
 O la muerte que á entrámbos aguarde
 Tambien digna de reyes será.

La destruccion de Senaquerib.

Bajó el Asirio al llano,
 Como el lobo al redil que es su tesoro;
 Su ejército pagano
 Resplandecia en púrpura y en oro.

Brillaban sus espadas,
 Como estrellas que agita la marea,
 Cuando olas azuladas
 Rizan de noche el mar de Galilea.

Cual de floresta umbría
 Las hojas que al estivo sol verdean,
 Viéronse al fin del dia
 Las tropas que banderas mil ondean.

Cual de floresta umbría
 Las hojas al soplar de otoño el viento,
 Vióse al tornar el dia
 Marchito y esparcido el campamento.

El ángel de la muerte
 Dió al estrago sus alas por abrigo;

Con soplo no muy fuerte
Tocó al pasar la faz del enemigo.

Y de éstos que dormían
Heláronse los muertos hojos luego,
Sus pechos que latían
Para siempre quedaron en sosiego.

Los potros infelices
Allí estaban tendidos; el vacío
De sus anchas narices
No llenaba el aire que da brio.

La espuma de su aliento
Cayó blanca en el césped, y tan fria,
Cual es la que el cimiento
De las breñas marítimas rocía.

Allí yacian yertos
Pálidos y torcidos los ginetes,
De rocío cubiertos,
Cual de herrumbre su malla y sus almetes.

Las tiendas silenciosas,
Solitarias estaban las banderas,
Las armas no lustrosas,
Y sin soplo las trompas vocingleras.

Y chillan en su duelo
De Asur las viudas, é ídolos muy ricos
Se estienden por el suelo
En el templo de Bal hechos añicos.

Que no de humana espada
De los gentiles el poder fué herido;
De Dios á la murada,
Como la nieve al sol, se ha derretido.

La vision de Baltasar.

Entre lucido cortejo
 En su trono el Rey estaba
 En la sala del festejo,
 Que el vivísimo reflejo
 De mil lámparas bañaba.

Y mil copas de oro fino,
 Para el judío sagradas,
 Copas del culto divino,
 Contenian profanadas
 De los ídolos el vino.

En aquella hora serena,
 Y en la estancia de la cena
 Unos dedos parecieron,
 Y en la pared escribieron,
 Como se escribe en la arena.

Unos dedos cual de humano,
 Solitaria, ignota mano
 Que á lo largo se movia,
 Y como faja estendia
 Un renglon que era un arcano.

Lo ve el Rey, y se estremece,
 Y el contento luego veda;
 Su mejilla palidece,
 Tiembla su voz, y parece
 Que sin sangre el rostro queda.

« Los mas sabios de la tierra
 Vengan á presencia mia,
 Y descifren lo que encierra
 Esta frase que me aterra,
 Y turba nuestra alegría. »

Los profetas de Caldea
 Ciencia tienen, mas no tanta;
 No hay alguno allí que lea
 Ni los rasgos, ni la idea,
 Que aun obscura les espanta.

Los viejos de la nacion
 Doctos intérpretes fueron,
 Mas ya ahora no lo son;
 Ellos vieron el renglon...
 Nada mas allí supieron.

Un cautivo y extranjero
 Y mozo de poca edad
 Oyó del monarca el fuero,
 Y viendo el fatal letrero
 Bien comprendió su verdad.

Luz inmensa esclarecía
 La morada soberana:
 Vió el jóven la profecía,
 Leyóla al finar el dia...
 Y cumpliósse á la mañana.

«De Baltasar fabricado
 Está el albergue postrero:
 Fenecido ha su reinado;
 En balanza está pesado,
 Y cual polvo es de ligero.

Su veste de oro cubierta
 El vil sudario será,
 Su dose! la piedra yerta,
 Porque el Medo está á su puerta,
 Y en su trono el Persa está.»

A Jerusalen destruida por Tito.

Desde la última loma
 Que descubrir tu templo me dejaba,
 Cautiva ya de Roma,
 O mi querida Sion, te contemplaba.

Tu último sol muriera,
 Y el fuego que tus ruínas consumía
 Luz daba á la postrera
 Mirada que á tus muros dirigía.

Tu templo yo buscaba,
 Buscaba el techo mio con los ojos,
 Y entónces olvidaba
 del duro cautiverio los enojos.

De muerte llamaradas
 Tan solo en el santuario vi que ardian,
 Y las manos que atadas
 La venganza imposible nos hacian.

¡Qué veces esta cumbre,
 Á do iba á contemplar pais tan bello,
 Del sol la ardiente lumbre
 Ha reflejado en su último destello!

Cuántas en ella estuve,
 Mirando recogerse tras de un monte,
 Como tras densa nube,
 Los rayos que alumbraron tu horizonte!

Tambien la tarde aquella
 Á esa loma subí, mas no atendía
 Á la luz triste y bella
 Que entre sombra el crepúsculo perdía.

Si en vez de un sol sereno,

Brillado hubiese el rayo con fiereza,
Y reventado el trueno
Del crudo vencedor en la cabeza!

Mas nunca profanado
Por los dioses del ciego gentilismo
Será el lugar sagrado
Donde Jehova reinaba por sí mismo.

Y bien que ande esparcido,
Y agobien á tu pueblo los insultos,
Siempre, ó padre querido,
Tan solo para ti serán tus cultos.

La gacela salvage.

Aun salta de Judá por las colinas
La gacela salvage sin recelo,
Y bebe en las corrientes cristalinas
Que riegan el sagrado y fértil suelo;
Aun brillan con orgullo no domados
Sus aéreos piés, sus ojos inflamados.

Piés tan ligeros y ojos mas brillantes
Viste, ó Judá, en tus plácidos confines,
Destinado á mas lindas habitantes
El perdido placer de tus jardines:
Aun se columpia el cedro en tus florestas...
Mas ¿dónde están tus hijas mas apuestas?
Las palmas que dan sombra á tus llanuras
Mas que la raza nuestra son felices;
Allí sus solitarias formas puras
Ostentan y entrelazan sus raices;
Del sitio do han nacido no las mueven,
Vivir en otro suelo nunca deben.
Mas nosotros errando á la ventura
En agena region morir debemos;

De nuestros padres en la tumba obscura
Jamás nuestras cenizas depondremos,
Cayó el templo; y la mofa burladora
El trono de Salen ocupa ahora.

Grillas del Jordan.

Grillas del Jordan errantes vagan
Del árabe rapaz los dromedarios:
De Sion en las alturas se propagan,
Y á falso Dios imploran sus sectarios.

Del Sinaí escabroso en la montaña
Su frente inclina el que á Baal adora,
Y allí... allí mismo, ó Dios! tu justa saña
Dormir al ronco trueno deja ahora?

Allí donde tu dedo omnipotente
De piedra las dos tablas esculpía,
Allí donde tu sombra refulgente
A tu escogida grey mostraste un día!

Allí brilló tu gloria revestida
En ardiente cendal de rojo fuego,
Y tú á quien ningún sér que tenga vida
Puede ver sin que espire desde luego!

Oh! por fin aparezca tu mirada
Del encendido rayo en los horrores;
Arranca de su mano quebrantada
La lanza de los crueles opresores.

¿Hasta cuándo hollarán por triste ejemplo
Los tiranos tu suelo agora inculto?
Hasta cuándo, ó mi Dios, tu sacro templo
Quedará sin los ritos de tu culto?

Sol de los que no duermen.

Estrella melancólica,
 O sol de los que velan,
 Cuyos destellos trémulos
 Lejana luz rielan:
 Tú las tinieblas lóbregas
 Me muestras y no alejas,
 Ay! cuánto me asemejas
 Al gozo que ya fué!

Así pasadas épocas
 Endeble luz ostentan,
 Sus impotentes ráfagas
 Si brillan no alientan,
 Y la tristeza estática
 Que vela en su agonía
 Bien clara mas ya fria
 Su luz distante ve.

TOMAS AGUILÓ.

CRONICA RELIGIOSA.

Desde que acometimos nuestras tareas periodísticas hemos alimentado siempre la idea de hablar á nuestros lectores de la cuestion ruidosa que se ágita en el arzobispado de Toledo, del nombramiento del señor Golfanguer para el vicariato capitular de aquella diócesis; pero íbamos aplazando el dia para poder hablar con mayor conocimiento de causa, hasta que se nos hace forzoso romper hoy el silencio, puesto que de ella se ocupa ya toda la prensa religiosa. A la muerte del cardenal Inguanzo fué elegido de real orden vicario general sede vacante el señor Vallejo, obispo dimisionario de Mallorca, presentado para aquel arzobispado. Cánones conciliares y decisiones pontificias prohíben á los obispos electos encargarse del gobierno de su diócesis, bajo cualquiera nombre fuere, sin la impetracion y remision de las bulas apostólicas; y no obstante esta prohibicion el señor Vallejo se encaramó á la silla arzobispal de Toledo, no sin poner en alguna zozobra las conciencias de los fieles de aquella diócesis, que desde un principio empezaron ya á dudar de la legitimidad de su eleccion. Algunos prelados españoles y entre ellos el de Pamplona y el de Iviza abordaron de frente la cuestion de nombramientos de vicarios capitulares en obispos electos, probando hasta la evidencia que estos intrusamente se inmiscuen en el gobierno de las iglesias para las que han sido presentados, mientras está pendiente de Roma su confirmacion. A las obras de los obispos contestó el señor Vallejo con un folleto que no hemos tenido ocasion de ver, pero por lo que hemos oido decir á un personaje de cuenta, y que puede ser juez en la materia, eran flacas por demas las razones que oponia S. E., y al trasluz de sus palabras bien conocíase cuán resbaladizo era el terreno en que se habia colocado. Por fallecimiento del señor Vallejo fué nombrado vicario capitular el señor Golfanguer, que habia sido secretario de su predecesor, y las ansiedades de las conciencias no quedaron por esto calmadas. Para aquietarlas algun tanto, el nuevo gobernador eclesiastico pidió á S. S. un breve para uso de oratorio privado, y á lo que parece este breve le ha sido denegado. Esta denegacion ha puesto en mayor zozobra todavía á los

ya avizorados fieles de aquella diócesis, y primero los curas, despues los ecónomos independientes, en seguida los eclesiásticos, y últimamente los simples fieles vecinos de Madrid, han elevado comedidas exposiciones al cabildo toledano para que reasuma la jurisdiccion espiritual, mientras se acude á los piés del Padre comun de los fieles, al único que puede desatar dificultades de tanta monta y devolver la paz á las atribuladas conciencias. Pero el señor Golfanguer, á quien su dignidad y decoro dictaban resignar un poder por tantas partes combatido, parece no quiere soltarle; de manera que la cruz pastoral que abrumba hasta los mas robustos hombros, parece carga lijera y apetecible á aquel mal aconsejado eclesiástico. En el seno del cabildo se ha introducido alguna escision, pues hay capitulares que están resueltos á retirar á todo trance la jurisdiccion al señor Golfanguer; nosotros estaremos al alcance de este asunto para poder comunicar las noticias á nuestros lectores.

En Madrid donde actualmente reside leyó el Ilmo. obispo de Canarias, en el número del *Heraldo* correspondiente al dia 24 del pasado julio, el informe que sobre instruccion primaria presentó Mr. Thiers á las cámaras francesas: en este informe se permitia el célebre diputado algunas espresiones poco decorosas á la iglesia española, y para ensalzar la libertad nada envidiable de que goza la iglesia galicana, se deprime á nuestra iglesia diciendo que ha *caído en una dependencia servil*. Pero nuestro prelado no ha querido dejar sin contestar aseveracion tan gratuita, y en una carta dirigida á Mr. Thiers con fecha del 25 del último mes le da á conocer el Ilmo. Sr. Romo, que la iglesia de los Leandros, Isidoros, Fulgencios é Ildefonsos nunca ha gemido en el servilismo. Y lo que mas de notar es, que en dicha carta prueba cuán poca es la autoridad de que debe gozar en materia de regalías Bossuet, cuyo vasto talento respeta profundamente el obispo español, pues por una de aquellas debilidades que á veces afean los caracteres mas nobles y las mas elevadas inteligencias, el obispo de Meaux dobló la rodilla delante de las potestades de la tierra con alguna mengua de su independencia episcopal. La iglesia galicana, si se quiere, estaba algo emancipada de la noble tutela que sobre todas las iglesias del mundo ejerce la iglesia romana, pero en cambio arrastraba las pesadas cadenas de que los gobiernos la iban cargando. En una palabra, la iglesia galicana estaba mas independiente del Papa, pero mas sujeta al Rey. Ahora, si ella se envanece de sus ponderadas libertades, nosotros léjos de envidiárselas la compadecemos porque las goza. Sí, nuestro orgullo está en hacer pedazos las cadenas de que los ministerios quieren.

cargar á nuestra iglesia; mientras gozamos los dulces lazos que nos estrechan con la SEDE EMINENTEMENTE APOSTÓLICA, á la que están vinculadas las promesas de Jesucristo. Nosotros desde esta roca del Mediterráneo enviamos un voto de gracias al Sr. obispo de Canarias por la valentía con que ha empuñado su pluma en esta ocasion, y nos lisonjamos de que el digno autor de la *Independencia constante de la iglesia hispana*, de la que en poco tiempo se han tirado dos ediciones y que ha sido trasladada á estraños idiomas, haya enriquecido con una hoja mas de laurel la corona que tan justamente orla sus sienes.

Por real decreto rubricado en Barcelona en 26 del pasado julio se mandó suspender la venta de los bienes del clero secular y de las comunidades religiosas de monjas, *hasta que el gobierno, de acuerdo con las Cortes, determinen lo que convenga*. Ahora sean estas últimas palabras, ahora que se ha espedido cuando ya quedan muy pocos bienes por vender; lo cierto es, que este decreto, que un año atras hubiera hecho palpitar nuestro pecho de placer, le leímos ahora sin tanto entusiasmo. Sin embargo sea bien venido, como que es una protesta muda contra los desmanes de una desbocada revolucion. En lo sucesivo quisiéramos que el gobierno sacudiera esa nimia timidez que le enaгена las voluntades de todos, así las de los progresistas, que apenas le ven parado en la carrera, cuando horripilados gritan *reaccion!* como las de los monárquico-religiosos, que quisieran mas radiante el altar para que su brillo reflejara sobre la corona.

La basílica de san Pablo de Roma, que en la funesta noche del 15 de julio de 1825 fué pasto de las llamas, vuelve á levantarse de sus cenizas, merced á los generosos sacrificios y desvelos del venerable GREGORIO XVI, quien hace cuatro años bendijo y consagró al divino culto una nave transversal en la que resplandecen magníficos dorados y ricos mármoles. En la mañana del dia 30 del último junio SU SANTIDAD fué á la basílica dedicada al ilustre apóstol de las naciones para visitar el sepulcro que sus manos sacaron de los escombros, y volvieron á la veneracion del mundo católico. Despues de haber celebrado el SANTO PADRE misa rezada asistido de dos obispos y del cardenal Mattey, oró largo rato, corriendo de vez en cuando las lágrimas á lo largo de sus venerables mejillas. En seguida se dignó visitar SU SANTIDAD el interior del convento en medio de los religiosos benedictinos, que se contemplaban felices en depositar á sus piés el homenaje de su vivo reconocimiento y de su profunda veneracion. El Papa por su parte, con esa afabilidad y afectuosa benevolencia que da nuevo valor á la mas insignificante de sus palabras, se complacia en alabar la solicitud y

el celo inteligente del presidente y de los individuos de la comisión que entiende en la reconstrucción de la basílica. ¡Quiera el cielo que el Padre común de los fieles pueda ir por muchos años á orar con un pueblo que entrañablemente le ama en ese mismo sepulcro, en esa misma basílica que debe á su munificencia sus nuevos esplendores! Y apropósito de Roma, no podemos ménos de decir que el día 25 del último julio SU SANTIDAD se trasladó desde su habitación del Quirinal á la sala consistorial, en la que se celebró consistorio público, para dar el capelo y la púrpura cardenalicia al nuevo cardenal Carráffa de Traetto.

Nuestros lectores recordarán que en la última reseña les dimos la fausta noticia de la ruidosa conversión del célebre Hurter, pastor protestante que fué en *Schaffhouse*, verificada en la capital del cristianismo el día 18 del último junio. Ahora bien, tan pronto como se extendió en dicha población el rumor de que regresaba allí el recién convertido, al punto se reunieron grupos de gente y se dirigieron á su casa, desfogando su rencor en desesperados ahullidos, y fulminando terribles amenazas. Pero así que supieron que Hurter se había retirado á la abadía de Reynan, se derramaron los grupos por la ciudad voceando: «*abajo los jesuitas, viva la libertad!*» La fuerza pública tuvo que ahogar aquel asqueroso motin, pero sin dejar de quedar borrado el nombre del esclarecido escritor de la lista de los ciudadanos, ó lo que es lo mismo vivir condenado al interdicto del agua y del fuego, como en la legislación romana. Pero estos cobardes insultos se traducen en gloriosos vítores, cuando se padece por una causa tan santa como es la católica, y Dios que debe mirar con cariño el alma de aquel sabio alemán, habrá querido que cuando todavía anda adornado con la blanca vestidura de los neófitos, ya blandee en su mano la palma de los confesores. Véase con esto cuál es la mentida tolerancia de los protestantes, ellos que todos los días nos arrojan calumniosamente al rostro la intolerancia católica; ellos que entronizaron sus creencias con el fuego y la espada; y ellos que apesar suyo conocen el cáncer de muerte que va royendo las entrañas de su mutilada religión. Sin embargo el doctor Hurter, con motivo de los desórdenes que han puesto por dos veces en peligro á su familia, acaba de publicar un manifiesto del cual tomamos las siguientes notables palabras, que no dudamos leerán con gusto nuestros lectores, y en las que resplandecen el candor y la ingenuidad del nuevo convertido.

«Si alguno desea saber los motivos que me han hecho entrar en la iglesia católica, estoy pronto con el Apóstol á manifestarlos y á dar

razon de mi fe. Hubiera sido de mi parte una empresa temeraria resistir á las disposiciones divinas, y á la luz con que de cuatro años á esta parte ha ilustrado Dios á mi alma. Acostumbrado ademas á pronunciar-me en toda clase de cuestiones, y en todas circunstancias con una franqueza esenta de todo respeto humano, aun cuando de ahí pudieran seguirseme perjuicios: ¿debiera haber temido manifestar á los ojos del mundo las altas convicciones que al fin habian madurado en mi alma, ó aparecer á la vista de los demas otro de lo que en realidad soy?: ¿debiera haber sepultado dentro de mí mismo lo que solo tiene precio con una confesion pública, única digna de un cristiano? No es la sabiduría humana sino la divina la que ha dicho: «el que me confesare delante de los hombres le confesare yo delante de mi Padre.» Empero si de estas cosas quisiera hablar humanamente, paréceme podia reclamar como otro cualquiera el uso de esa libertad que se declara ser el bien supremo é inalterable de la humanidad, especialmente en un negocio en que el hombre solo es responsable á Dios de sus acciones, y en el que no hay autoridad alguna humana que pueda entrometerse en él.”

Los periódicos irlandeses lloran la pérdida del Ilmo. Sr. Troy, venerable primado católico de aquella isla, quien despues de su laboriosa vida ha dejado por herencia la enorme suma de diez penigues, ó sea cuatro reales, habiéndose tenido que abrir una suscripcion para recoger los fondos necesarios con que celebrar sus funerales. ¿Qué contraste entre esta pobreza y los inmensos tesoros que los obispos protestantes á su fallecimiento dejan en herencia á sus esposas é hijas! Por poco tambien los españoles perdemos al virtuoso cardenal Cienfuegos arzobispo de Sevilla, quien acometido en la mañana del 30 del último julio de un ataque apoplético, apenas volvió en sí del parasismo cuando pidió y recibió los santos sacramentos. Todas las iglesias del arzobispado han resonado con los gemidos de los fieles que imploraban de la divina misericordia salud para su caritativo pastor; y Dios que no ensordece á los ruegos del justo ha decretado al parecer dilatar los cansados dias de su Eminencia, pues acaba de sentir una gran mejoría en su quebrantada salud. Deseáramos que algo aliviado de sus achaques, pudiese restituirse á su diócesis, para que ántes de cerrar los ojos á la luz alcanzara ver otra vez á la grey que el Espíritu santo le encomendó, y que él con tanta solicitud ha apacentado en los prados del Señor.

Numerosas son las conversiones que en este último mes han venido á consolar la iglesia de Jesucristo. Un rico propietario del *Heresfords-hire*, el señor Legh, acaba de convertirse al catolicismo; lo cual efec-

tuado, puso sus hijos en el colegio católico de Oscott, donde se los dispondrá para que sigan el ejemplo de su padre. —El Sr. Cristiano Snell, personaje distinguido del canton de Vaud y antiguo secretario en el ministerio de la guerra en 1805, bajo el gobierno de la república helvética una é indivisible, banquero en Roma, donde ha ejercido el cargo de cónsul general de Suiza, ha abjurado el protestantismo en manos del cardenal Orioli en el convento de san Nicolas de Courtray (Bélgica). —Ha recibido el bautismo una señorita inglesa educada en el anglicanismo y que ha abjurado sus errores, haciendo la profesion de fe católica. —Por cartas de Roma el general Conelly, ministro protestante que fué en América, y que por abrazar la fe no reparó en hacer los mayores sacrificios, acaba de dar una nueva y edificante prueba de su abnegación. Se ha consagrado al estado eclesiástico y recibido ya las órdenes menores, mientras su muger va á ocultar en el silencio y olvido de un claustro los encantos de su juventud y las gracias de su hermosura, y ha entrado ya en clase de postulanta en el convento de las señoras religiosas del sagrado Corazon. —Tambien otra señorita inglesa de unos 25 años acaba de entrar en el seno de la iglesia católica, no temiendo arrostrar la indignacion de su padre, quien viéndola cambiar de creencias la ha desheredado y entregado al mas cruel abandono; pero Dios que sabe avaluar esos sacrificios no dudamos cobijará con el ala de su providencia á esa huérfana, que ha abandonado á sus padres para arrojarse en los brazos del padre comun que está sentado en los cielos. De otras muchas conversiones pudiéramos hablar, pero las omitimos en obsequio de la brevedad.

Nuestros lectores habrán reparado que terminamos siempre nuestra reseña con esas milagrosas conversiones que de dia en dia van engrosando las filas del catolicismo; porque el ánimo apesadumbrado al recordar los males que afligen á la esposa de Jesucristo, se goza en recordar tambien sus triunfos; del mismo modo que el viajero despues de haber caminado largas horas por hondos y sombríos valles, alcanza la altura de una colina, en donde sobre descansar de sus pasadas fatigas, se goza en la amenidad de risueño paisaje.

J. V. y P.

CRONICA POLITICA.

AGOSTO.

Temblando asentamos el pié en un terreno que no es el nuestro, pues para hablar con acierto de política no basta la precision en el juicio, ni la sinceridad en el deseo; se necesita ademas saber tomar el pulso á los acontecimientos así como van desfilando, y en esta ciencia, que en parte constituye la que se ha dado en llamar *ciencia de mundo*, ha salido muy poco aprovechado el que esto escribe. Pero ya que de política debemos hablar, dirémos con lisura la verdad, y como esta es á veces amarga, suelen tambien amenudo cruzarse los tiros sobre la cabeza de quien la defiende.

Desde la muerte del último monarca los acontecimientos se han ido empujando con harta rapidez: al absolutismo ilustrado de Cea-Bermudez sucedió el Estatuto de Martinez de la Rosa, ilusion risueña del poeta granadino. Muerto el Estatuto de muerte violenta en la Granja, le reemplazó la Constitucion gaditana, pero solo para que viviera un año la resucitaron sus padres, y pronto tuvo que resignarse á bajar otra vez y sin funerales al sepulcro para dejar espacioso campo á la Constitucion del año 37; y á estas horas ya están convocadas nuevas Cortes para revisarla y enmendarla. Y ved ahí porque acaba de abrirse por décima vez la arena electoral, que al parecer será abandonada en muchas provincias del partido del gobierno, y en algunas solamente disputada por el partido monárquico-religioso. Que este partido no es despreciable así por lo numeroso, como por lo influyente de sus miembros, y que en su seno encierra elevadas inteligencias y esclarecidas virtudes, creemos que es una verdad de tanto bulto, que hasta de probarla nos relevarán nuestros mismos adversarios. Sin embargo ese partido que acaba de desplegar una nueva bandera, cuyo lema es al parecer hermanar los adelantos del siglo con el respeto á las venerandas tradiciones de nuestros padres, dos veces se lanzó á la lucha, y cuando hubiera podido enorgullecerse con los honores del triunfo, otros cogieron el fruto de la victoria; arrojó el peso de sus sufragios en el platillo de la balanza, y el partido moderado subió al poder y pudo contar en las Cortes con una numerosa mayoría. Aburrido de tantos desengaños

como ha tenido que arrostrar, se ha decidido al fin á trabajar por su propia cuenta y á enviar los suyos al congreso, pero en los candidatos busca á hombres que, por la templanza de sus ideas y la elevacion de sus miras, sepan sobreponerse á los mezquinos intereses de partido, y ventilar con calma en el corazon y aplomo en el juicio las graves cuestiones que están hoy pendientes de los cuerpos colegisladores. Hay una Constitución que reformar, una reina que casar, y una Iglesia que reparar; y los hombres del gran partido monárquico-religioso deben poner una mano cuando se trata de levantar á la Iglesia de la abyeccion en que gime; han de dejar oír su voz así que se trate de proponer el príncipe que debe enlazar su mano con la de nuestra Reina y asociar sus glorias á las glorias españolas; y como la reforma de la Constitución puede hacerse en tantos y tan diferentes sentidos, conviene tambien que intervenga en una ley que debe cerrar para siempre la puerta á las revoluciones. Sin embargo, y quede la verdad en su lugar, en algunas candidaturas monárquico-constitucionales vemos brillar hombres de gran valía, como por ejemplo en la de Logroño, donde va continuado el nombre respetable de don Santiago Tejada. Nuestros lectores recordarán que cuando en las Cortes del año 40 se discutia la ley del cuatro por ciento, se levantó una voz robusta en el seno del congreso que abogaba para que continuase la prestacion decimal; esta voz partia de los labios del señor Tejada, y desde entónces ni siquiera una vez ha vibrado este nombre en nuestro oído, sin sentirnos poseídos de un sentimiento de respeto ácia tan ilustre diputado. Tambien hemos leído con gusto la candidatura que cuentan votar los electores de Lérida, y que á no dudarlo alcanzará triunfo. Hemos juzgado de las buenas cualidades de los candidatos así por la virulencia con que se desata contra ellos el corresponsal del *Heraldo* por aquella provincia, nada al parecer satisfecho de la candidatura acordada, como por brillar en la terna de los senadores y en primer lugar el respetable D. Joaquin Rey, que para gloria de nuestros tribunales fué rejente de esta audiencia territorial por los años de 54 y 55. Y esto nos induce á creer que en el campo conservador, por mas que los periódicos ministeriales traten de encubrirlo con cien velos, está ya introducida la division. Entre los hombres del bando moderado hay algunos que amaestrados en la escuela de una ruda esperiencia conocen las necesidades de la época y tratan de satisfacerlas; conocen que el trono está vacilando, y que es necesario aplicarle un puntal para que á la primera oleada revolucionaria no venga al suelo; conocen que todavía en nuestra nacion el sentimiento religioso tiene echadas hondas y estensas raíces, y que es jus-

to tributar á este sentimiento un culto sincero y nada hipócrita, y estos hombres que tantos servicios han prestado á su partido son ahora echados de su seno porque llevan escrita en su frente la palabra reaccion. Y tanto todavía estremece esta palabra á ciertos hombres, que ha obligado á los electores del partido monárquico-constitucional de Salamanca á buscar á sus candidatos entre los compradores de bienes nacionales, de modo que no pueden representar aquella provincia diputados en quienes solamente se hermanasen los dotes del saber y las prendas de la honradez, deben ser además compradores de bienes eclesiásticos. Cuando vemos tanta miseria á veces la indignacion levanta nuestro pecho, á veces el sonris de una desdeñosa compasion asoma á nuestros labios.

Desde largo tiempo la Francia y la Inglaterra, estas dos grandes naciones que mantienen el equilibrio europeo, se hallan en mal encubierta enemistad. Las grandes naciones lo mismo que los hombres de elevada inteligencia acechan la ocasion de supeditarse mutuamente, y la cuestion de Taiti, que de improviso ha tomado una gran importancia, ha venido á encender de nuevo los odios y rivalidades entre ámbos pueblos, y á suscitar al gobierno frances gravísimos embarazos. Acudiada Taiti por los misioneros ingleses, que en todas partes no saben sino tejer conspiraciones, se vió la soberana de aquella isla obligada á pedir la intervencion de la Francia, y cansada pronto del vasallaje en que la tenia esta nacion, volvió la reina Pomaré á echarse en los brazos de su antigua rival la Inglaterra. Pero los franceses en un momento de mal humor destronaron á la reina Pomaré, y ahora últimamente acaban de espulsar y encarcelar al cónsul ingles, lo que ha herido en la parte mas viva el quisquilloso amor propio del gabinete de san James. Enérgicas interpelaciones han resonado en las cámaras inglesas, y no ménos vivas han sido las que desde la tribuna de la cámara de los Pares han sido dirigidas á Mr. Guizot, y á las que se ha negado dar contestacion alguna. No dudamos que estas diferencias entre ámbos pueblos se arreglarán diplomáticamente, y que sin necesidad de apelar al trance de las armas, el honor de los ingleses quedará en su puesto sin vergonzosa humillacion de parte de la Francia.

No solo en el mediodía sino tambien en el norte de Europa están en peligro las vidas de los reyes en esos tiempos malhadados que hemos alcanzado. Por poco en la mañana del día 26 de julio último dos balas disparadas por un cobarde rejicida destrozan el pecho del rey de Prusia; afortunadamente la una pasó raspándole el pecho, y la otra fué á sumer-

girse en el imperial del coche silvando á los oídos de la reina que estaba asomada á la portezuela. Con una gran presencia de ánimo dió el rey la orden al cochero de partir para Silesia, viage que iban á emprender, no sin recojer ántes en la plaza de palacio entusiastas vivas de sus vasallos, que haciendo gala del sentimiento monárquico quisieron desquitar á SS. MM. del trastorno que acababan de sentir. El miserable rejeida está ya entregado á los tribunales, y de esperar es que la cuchilla de la ley caerá inexorable sobre su criminal cabeza.

Cuando vemos esos conatos de rejeicidio que bullen en tantas cabezas volcanizadas; cuando recordamos que muchos de los príncipes de la rama actualmente reinante en Francia han salvado milagrosamente sus vidas, mas felices que el desgraciado duque de Berry muerto de un pistoletazo, un sentimiento de orgullo se apodera de nosotros, pues apesar de tantos escándalos como han manchado la revolucion española, no se ha dado nunca el de atentar contra la vida de nuestras augustas princesas. Nuestros ojos oscurecidos por el dolor han visto las calles de algunas ciudades salpicadas con la sangre de beneméritas autoridades, que desnudaron su pecho al puñal ántes que transijir con su deber; pero hasta en esos mismos dias en que la revolucion rujía con mayor furor, se afectó respetar á la persona augusta que tenia en sus manos las riendas del estado. Esto hace que á veces abramos nuestro corazon á la risueña esperanza, pero es tan débil esta y tan graves los temores, que pronto volvemos á caer en nuestro natural abatimiento. Nosotros quisiéramos participar de la candidez de algunas personas muy bien intencionadas que creen que el horizonte está ya despejado y sereno. Ora sea realidad, ora funesta ilusion para el que esto escribe, la atmósfera está todavía cargada de capuces, y bien pudiera que olvidándonos de conjurar la nube que amenaza envolvernos, fuéramos á descansar en brazos de un sueño tranquilo, y despertáramos azorados al estallido de horrorosa tempestad.

J. V. y P.



LA RELIGION Y EL SIGLO.

ARTÍCULO TERCERO.

Hablamos en nuestro artículo anterior de la posición en que se encuentra la religión frente á frente con el siglo, y de la especie de obstáculos y combates que en esta época tiene que arrostrar, nacidos del carácter peculiar de la época presente; y señalamos como el primero y principal la indolencia que en el orden de las ideas se traduce por escepticismo. Otros males notamos que afectan mas particularmente las inteligencias, y es el aislamiento en que se quiere mantener á la sociedad respecto de la religión, el uso, ó mas bien, abuso que de ésta se hace como freno político olvidando su cualidad divina, la frecuencia con que se la sujeta á la razón ó al sentimiento, juez mas instable todavía, y tantos otros aspectos equivocados bajo los cuales la contemplan los publicistas, filósofos y literatos de nuestros tiempos, y que hacen que sea infecunda esta llama de la fe que por medios humanos y para fines puramente humanos intentan reanimar. Este fatal eclecticismo que consiste en tomar cada cual de la religión, como de un grande arsenal, lo que quiere ó le conviene, y en formar un código nuevo de las hojas arrancadas á capricho de la ley divina, es tan funesto como el escepticismo, y mas inconsecuente que la incredulidad, en la cual por último término debe venir á parar, y mas orgulloso que ella tal vez, puesto que si la incredulidad niega á Dios y la revelación, eclecticismo hace comparecer á esta delante de su tribunal, y no admite un Dios sino para colocar mas alto

que él el trono de la razón. Del eclecticismo es hijo legítimo el racionalismo, esa grande herejía del siglo XIX, que absorbe en sí los restos de todas las demás herejías, monstruo cuyas abiertas fauces amenazan tragar las creencias todas, y envolvernos con el denso humo que despiden en la noche del ateísmo. De negacion en negacion va bajando una grada cada día, y volviéndose contra el protestantismo que le dió el sér le mata con sus propias armas, y pasa por encima de él gritando *mas allá*: divorciase de la autoridad humana, que en cierto modo habia suplido por la fe dando una apariencia de vida á las sociedades disidentes, y la trata con triste lógica de intrusa y usurpada. Tal es el espectáculo providencial que está presenciando la patria de Lutero, donde con alarmante progreso en la prensa, en las cátedras, en el púlpito mismo un error va destronando á otro, siempre mas avanzado, siempre completando la *reforma* hasta llegar á un total aniquilamiento. Y no solo las sectas protestantes, sino hasta el judaismo tan compacto en su fe, tan creyente y hasta obstinado en sus tradiciones, apesar de su espíritu de inmovilidad que al parecer le coloca fuera de la circulacion de las ideas del siglo, y que mas bien que culto viviente le asemeja á una momia embalsamada ó á una efigie sepulcral, siente en su seno el cáncer del racionalismo, del cual se presentan diariamente síntomas notables, no siendo el menor de ellos un discurso recientemente pronunciado en la sinagoga de Lyon, digno del deísta mas exajerado. No parece sino que el dedo de Dios ha tocado á un tiempo todas las religiones erróneas, para que se desarrolle en ellas el gérmen de muerte que tenían encerrado en sus cuerpos. Fe y razón, verdad completa y error completo, luz y tinieblas sin crepúsculo intermedio, catolicismo é incredulidad, en una palabra, ved ahí los dos principios opuestos y absolutos que en adelante se dividirán entre sí el dominio del universo.

Esta es una de las ventajas que á vuelta de incalculables

daños ha producido la conjuración universal y la guerra á muerte intentada contra el catolicismo; simplificar asombrosamente la cuestión, y verificar la separación definitiva entre la verdad y el error, purificando la una y mostrando el otro en toda su deformidad. Solo la fe y la autoridad pueden fortalecer al entendimiento vacilante en medio de las rudas acometidas del racionalismo, y prestar solidez y consistencia á estas creencias que sin remedio se disuelven bajo el influjo de su acción deletérea; porque la autoridad es el alma de las religiones, y luego que se retira de ellas se las ve disolverse y gangrenarse lo mismo que un cadáver. Ya hemos experimentado, y sobradamente, lo que la razón del hombre turbada por las pasiones ó estraviada por la imaginación podía hacer por sí sola; ya hemos visto que no hay verdad alguna, por augusta, por universal que sea, que esté fuera del alcance de sus tiros, y que en la pendiente resvaladiza de la duda y de la negación no hay asidero para detener al ménos el empuje y no precipitarse en el fondo del abismo. La razón creyó un día poder sentarse en el solio de la fe, y continuar desde allí dirigiendo las sociedades y mandando las conciencias, no aspiró mas que á reformar el código divino, mas que á podar el árbol de la vida, mas que á quitar al edificio algunos adornos ó partes que le parecían inútiles ó postizas; pero ya ha podido ver que el código que quiso reformar yace rasgado enteramente y conculcado en el polvo; que el edificio cuyos cimientos creyó dejar intactos se desploma; que el árbol se agosta porque el hacha con que creyó cortar solo las ramas hirió la raíz también; y si procede de buena fe, estos escarmientos deben enseñarla á bajar otra vez y á postrarse humilde al pié del trono que usurpó. En vista de tan repetidos ejemplos ya no es posible apénas la ceguedad del entendimiento ni el orgullo de la razón; lo único posible es la depravación del ateísmo. Los que aun conservan intacto en el fondo de su corazón algun sentimiento religioso, los que aun

se horrorizan de una sociedad sin religion como de un cuerpo sin alma y de una naturaleza sin sol, no podrán menos de robustecer las filas de la autoridad y del catolicismo, y de desengañarse de una razon que no es mas que incredulidad, de una libertad religiosa que no es mas que anarquía.

Tambien los apologistas de la religion en este siglo han húsado generalmente del *racionalismo* como para contrarestar los efectos del racionalismo de los incrédulos, y no se han desdeñado de comparecer ante el tribunal, aunque intruso, de la razon, para defender las creencias ante él citadas. Esta conducta y este método de defensa, laudable y útil en sí mismo, es hijo en parte de las necesidades de la época, pues la recusacion de aquel tribunal podia pasar por cobardía é impotencia de defenderse ante los que creían que la religion solo puede vejetar en lo que llamaban las *tinieblas* de la fe, y que debia disiparse como fantasma nocturna puesta á la *luz* del raciocinio. Bastante se ha experimentado ya en nuestro concepto la solidez de los principios religiosos, para resistir á las débiles máquinas bélicas que haya podido inventar el hombre; la demostracion ha confirmado lo que habia establecido la autoridad: pero no pasemos mas adelante, no sea que nos aficionemos demasiado á las armas que hemos arrebatado á nuestros contrarios solo para rebatirlos con ellas. Veinos en efecto en algunas apologías que se hace demasiado abuso de la razon, que teorías vagas y aéreas han reemplazado á las bases indestructibles de la fe, que algunos desdeñando los métodos antiguos ponen todo su empeño, y dijéramos *vanidad*, en hallar nuevos caminos, empeño que no desaprobáramos si fueran seguros todos los caminos, y si condujeran indudablemente al término propuesto. La luz de la razon es harto pálida y vacilante para arriesgarse á caminar largo tiempo á su dudoso resplandor, y mas cuando brilla para nosotros la fe con su luminosa antorcha; y en estos tiempos de orgullo y disputa tal vez obraria mas efecto que los

mas ingeniosos argumentos y que los mas nuevos puntos de vista el espectáculo de una razon ilustrada postrada humildemente á las plantas de la fe. No hay duda que la razon es el primer vehiculo, por decirlo así, de nuestros conocimientos, y que no podemos creer sin que ella nos persuada ántes de los motivos de credibilidad; es una nodriza que nos educa para la fe, y que nos depone en brazos de esta madre verdadera, desde luego que nuestro sér se ha desarrollado ya lo bastante para conocerla: por esto para dejarnos en el seno de la fe debe escoger el camino mas recto y mas llano, y no presumir de robusta y entendida, ni estraviarnos por ásperos rodeos solo para hacer alarde de su vigor y destreza, pues sus brazos son débiles, sus piés vacilantes, su luz escasa, y á cada paso que da corre peligro de deslizarse y de arrastrarnos en su caída.

Si la fe, una fe explícita y absoluta es la gran necesidad de esta generacion, y la palabra creadora que puede organizar este caos intelectual; la fe es tambien el anhelo de los incrédulos mismos que proclaman felices á los creyentes; la fe es la única solucion que les impone y convence, la única arma que los subyuga, la única roca incontrastable para salvarlos de una vez de las fluctuaciones eternas de su razon. Pero si la fe es un don de Dios y solo de su mano puede descender, ¿cuánto no dejó que merecer al hombre así en aceptarla con buena voluntad, como en propagarla entre los demas á fuerza de prudencia y celo, sirviendo de instrumento á la Providencia? Si el remedio es uno y sencillo, ¿cuántos medios no se presentan, y qué de obstáculos no ocurren para propinarlo? Si una é inalterable es la esencia, ¿cuánta flexibilidad no cabe en las formas? A cuántos deberes se someten, cuántas cualidades necesitan reunir los que se ocupan en cuestiones morales, religiosas ó sociales, que todas vienen á refundirse en una, en conciliar la religion con el siglo? y sobre todo cuánta no debe ser su solicitud en descartar de la discusion todo interés meramente humano, en des-

pojarse de cualquier prevencion, y cerrar la entrada á todas las pasiones, por legítimas que sean sus apariencias y disfraces?

En los que de propósito ó incidentalmente se ocupan de religion, (¿y quién es el hombre que no se ocupa de ella en pro ó en contra en sus escritos, en sus conversaciones ó en su pensamiento?) notamos dos bandos opuestos, dos opiniones que parten de un mismo punto en direccion contraria, de las cuales una dice *atras*, mientras la otra clama *adelante*, y que caracterizaremos con el nombre de partido de los viejos y partido de los jóvenes, no tanto porque estén de tal modo clasificadas en ellos las edades que no ofrezcan escepciones numerosas, sino porque el alma de la una es la timidez y desconfianza, al paso que lo es de la otra la temeridad y confianza excesiva. Nacidos la mayor parte de los primeros en un tiempo en que reinaba, al ménos esteriormente, la unidad religiosa, y en que reposaban á la sombra de la fe las verdades todas; en que era creyente todo católico, y católico todo ciudadano; educados en cuestiones ménos prácticas que teóricas, á las cuales permitia entregarse con preferencia la tranquilidad de los tiempos, testigos presenciales ó contemporáneos del furioso vértigo de impiedad que causó tan terribles estragos, envolviendo en su torbellino á una nacion entera y estremeciendo todas las demas; observadores de la marcha de los acontecimientos sobrevenidos desde entónces, cuya funesta genealogía tejen desde aquella gran mudanza, y en los cuales ven un fin tan siniestro como impuro en su origen; ¿qué mucho que no comprendan un estado de cosas que ni han formado ni aceptado, que desconfien de un movimiento cuyo primer arranque se les presentó tan ominoso, que avezados á estudiar no lo estén tanto á combatir, y que atrincherados en la bondad de lo pasado anatematicen todo lo presente? En España, con especialidad, en donde era mas fuerte la unidad religiosa y mas robusta la fe, donde las innovaciones han sido siempre repelidas con mayor energía, donde la

lucha de ideas se ha convertido en lucha de intereses y de fuerzas, lo bastante para irritar, pero no para quebrantar los ánimos é inclinarnos á la paz y conciliación, es harto disculpable que desconfien muchos de cuanto lleva el sello de este siglo, que toda innovación les parezca un sacrilegio, toda transacción una apostasía, y es preciso convenir en que pocas veces ha habido desconfianza mejor fundada. Por el contrario, los jóvenes, es decir, el partido que con este nombre hemos caracterizado, deslumbrados con las luces, no diremos si reales ó fosfóricas, que al nacer hirieron sus ojos, enamorados de lo presente en cuya formación suponen haber tenido parte, y empujados hácia el porvenir por el deseo de crear y por una esperanza indefinida, aspiran á regularizar el movimiento en vez de detenerlo, á amoldar todas las cosas hasta las mas inflexibles ó delicadas al que llaman espíritu del siglo, y á conciliar hasta un punto á veces insostenible la herencia y recuerdos de lo pasado con las esperanzas y sueños del porvenir.

Estos dos partidos que en todas partes se encuentran, porque por do quiera ha penetrado la gran revolución, se hacen mas notables en el terreno de la religión; donde las cuestiones son mil veces mas trascendentales, donde se llama fe lo que en otros puntos convicción, y heregía lo que es error en otras materias. De un lado una estéril admiración de lo pasado y una ciega aversión á lo presente, del otro deseos exagerados de conciliación, y esfuerzos peligrosos para amoldar lo que es eterno á lo mudable con peligro de desnaturalizarlo; de un lado un total desprecio del siglo y de las circunstancias, como si la religión no hubiera sido dada para los hombres, y no debiera vivir contemporáneamente con la sociedad, del otro una servil docilidad á sus menores exigencias, como si no fuera la religión mas que una obra de circunstancias traída de remolque en la marcha de los siglos, y sin objeto alguno eterno y superior á toda cosa humana. Difícil es el definir el justo medio entre es-

tos dos extremos y el resolver á satisfaccion de todos este problema; pero en mi concepto Dios nos dió su solucion y nos presentó su tipo en nuestra misma existencia mortal. Todos nos componemos de cuerpo y alma; el alma permanece siempre la misma, el cuerpo es el que crece y se modifica; la que rige es eterna, el regido es mudable; pero aquella no rige siempre del mismo modo, sino que modifica tambien su direccion segun la diferencia de las edades; y sin embargo á los ojos de nuestros semejantes variamos, porque varía lo que se ve, y lo que no se ve es lo solo invariable. Así sucede con la religion respecto del siglo, y aun respecto de sí misma en la parte que tiene de exterior y en que está en relacion con la sociedad: sin abdicar su superioridad y su direccion puede asimismo acomodarse, y en lo lícito se acomoda en efecto á las circunstancias de cada época; continúa animando á la humanidad en todas sus fases y edades, hasta que, llegado el fin de los dias, se remonte otra vez á los cielos, de donde descendió, en medio de sus numerosos hijos que envió delante para poblar el empíreo.

Si se miraran las cosas bajo este aspecto, pocas dificultades ofreceria el conciliar los dos opuestos sistemas, y el explicar las variaciones que puede sufrir en sus formas el elemento religioso, no obstante la inmovilidad y perpetuidad de su esencia. ¿Quién se atreveria á decir que no era uno mismo el cristianismo bajo los emperadores enemigos y bajo los sucesores de Constantino, durante los siglos medios y desde la reforma protestante acá? y ¿quién duda que sus deberes, su conducta y hasta la faz que presentaba eran muy distintas en tiempo de persecucion y en tiempo de patrocinio, en tiempo de dictadura y pacífico predominio y en tiempo de discusion y de lucha? Y ¿es tal vez ménos distinta esta época de la pasada, de lo que eran aquellas entre sí? es ménos notable la mudanza que ha sobrevenido? es ménos universal el movimiento de la humanidad que caracteriza el tránsito de un estado á otro? Y este que se llama es-

píritu del siglo, tomándolo en general sin aspirar á calificarlo, ¿no se infiltra en todas partes hasta en los mismos que mas intentan repelerlo? Remontándonos mas arriba de los sucesos y pasiones del dia ¿no sentimos en nuestro corazon algo que lo hace latir de distinto modo, que no son pasiones ni partidos, sino la accion inevitable de este cambio que nos obliga á ocuparnos de él sea para adoptarlo, sea para combatirlo? Colocad un hombre, por instruido que fuera, en el siglo pasado, ¿hubiera acaso comprendido el lenguaje de los Ravignan y Lacordaire? hubiera comprendido gran parte de los sucesos que consignamos diariamente en nuestra crónica religiosa? Y en efecto, no podian comprenderlo, á ménos de ser profetas tambien de la revolucion de hechos que ha producido esta revolucion de ideas; mas que no lo comprendan los que viven en medio de ella, esto sí que no lo comprendemos. Nadie deja de confesar que han variado las relaciones en que se halla la religion respecto de los gobiernos y de las sociedades, y muchos son los que lo deploran; y de esta nueva situacion ¿no se desprenden acaso tambien nuevos deberes y nueva conducta? Si el catolicismo, en vez de predominante que era, no es ya sino tolerado, si en vez de proteccion que tenia, se le ha dado, ó por mejor decir, prometido la libertad, ¿porqué no usar de esta arma que á nadie sienta mas que á él, pues que nadie posee mas elementos de expansion y de fuerza intrínseca, y que puede darle mas de lo que ha perdido? ¡Ah! no ha sido permaneciendo con los brazos cruzados, con estériles gemidos ó en profundo entorpecimiento, y maldiciendo del siglo en que vivimos al mundo, como ha reconquistado O'Connell para sus queridos irlandeses los derechos que como á hombres y á católicos les pertenecian, ni ha sido este el modo como los católicos franceses despues de tantas tormentas se han colocado en una posicion, si no la que debia ser, respetable por lo ménos, condenando á la befa y al desprecio la impiedad en el órden de las ideas, y la opresion y el monopolio irreligioso en

el orden de los hechos á la execracion y casi á la imposibilidad.

Por el contrario diríamos á los que, por un deseo de prematura conciliacion en vez de elevar el siglo hasta la religion, ponen la religion á su alcance rebajándola y viciándola, á los que para purificar á aquel mancillan á esta: ¿qué es lo que esperais lograr con vuestras cobardes condescendencias? creéis que nadie pueda reconocer elemento alguno divino en lo que vais modelando así á vuestro alvedrío? El derecho que teneis vosotros para *simplificar* así nuestro símbolo y descartar de él tantos artículos, ¿no lo tendrán otros para descartar los que habeis dejado? A fuerza de quererlo reconciliar con la politica, con la imaginacion, con la filosofia y qué sé yo.... ¿no llegaréis á hacerlo tratar como teoría política, como sueño de imaginacion, como sistema filosófico? El dogma es poca cosa, decís, ¿y porqué no ha de serlo tambien la moral? acaso ha promovido ménos disputas, y han andado mas acordes los hombres acerca de ella? Si habeis de remover todas las piedras que han servido de tropiezo y de escándalo á una porcion de los hombres, no os detendréis hasta la misma piedra fundamental; porque ¿qué verdad hay que no haya sido negada? y entónces, cuando no quede verdad ni religion alguna en pié, entónces podréis proclamar la unidad religiosa, la unidad de la nada.

No dirémos que á tal extremo lleven todos su conciliacion, pero sí aseguramos, que esta es la última consecuencia á que lleva esta desnaturalizacion del cristianismo, es decir, á matar el alma, si el alma pudiera morir; así como el sistema de la inmovilidad y el de la inaccion de parte de los hombres religiosos mata el cuerpo, es decir, la sociedad, divorciándola de la religion.

Siendo pues tan complicada la situacion de este siglo con respecto á la religion, y tan delicados sus efectos, y tan numerosas las fases que á un mismo tiempo ó en rápido giro presenta; nunca se han necesitado en los defensores de las ideas

religiosas y en los ministros de su culto mas conocimientos para abarcar tantas complicaciones, y mas perspicacia y habilidad para encadenar á este proteo que bajo las mas repugnantes ó mas sutiles formas pretende escaparse de los suaves vínculos de la fe. Nunca como en este siglo habia llegado la hora de ser *fuertes como leones y astutos como serpientes*, ni habia sido mas necesaria y difícil la alianza de la firmeza y de la blandura, del valor y de la mansedumbre, de la constancia y de la contemporizacion. En tiempos de paz profunda ó de guerra declarada los deberes son sencillos y fácil el modo de conducirse; las mismas persecuciones son ménos terribles que el estado de crisis en que nos hallamos, porque en ellas solo se trata de resistir y de morir: para conservar la paz bastan las virtudes, y para sostener la guerra basta el valor; mas la prudencia, la habilidad son para los tiempos de negociaciones, cuando todavía es necesario precaverse como de un enemigo de aquel á quien se desea convertir en amigo, apresurar la paz sin debilidad ni humillacion, arrostrar la contingencia de una ruptura sin baladronada, ceder sin flaqueza, resistir sin violencia. Podrá suceder el acometer como á enemigo al que importa sanar como á enfermo, y aun un mismo enfermo puede necesitar de tónicos que fortalezcan su postracion, y de calmantes que apacigüen su irritabilidad. Por tanto al hombre religioso, y sobre todo al sacerdote, no le basta velar y aun encanecer sobre los libros retirado en su gabinete; necesita ademas de otra ciencia que los libros no enseñan, que no entró en su plan de estudios, y sin la cual todas las demas no serán sino una vana y pesada armadura que sirve mas de estorbo que de defensa; y esta ciencia es el conocimiento del siglo y de la sociedad en cuyo seno vive.

Por esto no basta estudiar las ideas y las obras de otros siglos por mas que sean sólidas y llenas de doctrinas, es preciso saber el estado de las ideas actuales, como quien dice, por

el último correo; sorprenderlas en su última fase ó transformación, saber aplicar las antiguas á su propósito y tiempo, tomar algo del siglo, en lo lícito se entiende, para que el siglo á su vez tome algo de nosotros. Si no conocemos su mal, ¿cómo le curaremos? cómo podremos convertirle, si no entendemos su lenguaje ni él comprende el nuestro? Cuántos no le creen todavía en medio de los delirios fanáticos de impiedad que acosaron á la generacion pasada? cuántos tambien no se echan en sus brazos imprudentemente suponiéndole creyente y reparador sin restriccion? cuántos no pierden su tiempo y sus argumentos en convencerle de cosas que él confiesa y proclama á voz en grito? y cuántos no dejan pasar desapercibidas, ó tal vez inocentemente favorecen varias prevenciones y errores que conserva? Y si este discernimiento es tan importante para cualquier hombre pensador y religioso, ¿qué será para el sacerdote llamado en la presente época mas que en ninguna á una alta mision y á una influencia poderosa sobre los ánimos, en quien están fijos los ojos de todos, y en cuya mano están, humanamente hablando, los destinos de la religion, á la cual se juzgará por sus actos é ideas particulares? Para este siglo generalizador y tan amigo de personalizar el sacerdote es la religion.

Asombra en verdad, abruma la consideracion y da vértigo al alma el reflexionar los numerosos escolios que por do quiera se tocan, y precipitan en otros tantos excesos, y lo difícil que es trazar una línea de conducta en medio de todos ellos. Si no usais sino pruebas de autoridad y no mostrais mas libro que el catecismo, ofendeis la razon presuntuosa de un siglo disputador, que necesita de aire y espacio para removerse y forcejear y llama á esto movimiento y vida; si al contrario combatís á la razon con sus armas mismas, le dais orgullo y fuerza, viéndose capaz de descubrir por sí la verdad que mas tarde negará cuando le convenga. Alumbradle con la luz intensísima de la fe pura, y caerá atónito y ciego, ó llamará obscuridad al mismo esce-

so de luz; alumbradle con sus propias luces, y se envanecerá con ellas deteniéndose en su estática contemplacion, ó tal vez blasonará de haber creado lo que no ha sino descubierto. Tomad sus formas y revestid las verdades de su traje de moda para que las acepte; bañad de miel el borde del vaso para que tome la amarga y provechosa bebida; pero muchas veces chupará la miel, y os devolverá lleno el vaso. El rigor y la inflexibilidad le exaspera; la blandura y contemporizacion le hace mas procaz y exigente. Si habláis á su entendimiento, desdeñará las teorías y clamará por beneficios tangibles, pondrá la mano á su corazon en enseñándoos su profunda herida; y si pretendéis cerrársela con el bálsamo de la caridad, dirá que su mal principal reside en el entendimiento y que de allí refluye en el corazon, que nada prueban los sacrificios y los favores donde no hay convicciones, y que no basta sanar los cuerpos sino las almas. Si poneis las cosas sagradas fuera del alcance de sus artes, de su literatura, de su civilizacion, de sus leyes, se vuelve la sociedad indiferente ó atea; si al contrario las poneis en medio de su circulacion y quereis infiltrárselas en cierto modo, las profana á cada paso. ¿Quién dictará una regla uniforme de conducta en casos tan complicados? quién inspirará ese espíritu de rectitud y prudencia que evite á un tiempo todos los extremos? No hay mas que el espíritu de Dios, pero este no se comunica sino á los hombres de buena voluntad, y á los ánimos libres de toda prevencion ó pasion humana, por santa que parezca en su origen.

Muchos hay, y de ellos hablamos ya mas arriba, que creen haber cortado toda la dificultad elevando una protesta general contra el siglo y cuanto de él emana, y fijos con éstasis los ojos en lo pasado dejan pasar los males presentes sin el menor esfuerzo para remediarlos, y permanecen indiferentes á cuanto no sea la realizacion del tipo que en su idea se forjaron, ó la renovacion completa de lo que solo existe en su memoria. Esta inercia vo-

luntaria á que se condenan, ese completo divorcio con todo lo existente, es siempre perjudicial á los mismos intereses que se sostienen, y puede llegar á ser criminal, pues criminal es el orgullo con que se acusa á Dios indirectamente por la permission de un nuevo estado de cosas. Dios no nos pide parecer acerca del órden ó sistema que preferiríamos, no nos ha preguntado en qué siglo queríamos nacer, sino que colocándonos en el que mas le plugo nos mandó obrar en él, aprovecharnos de todo lo existente para el logro de lo que mejor creyéramos, y sobre todo no paralizar jamas nuestros esfuerzos, ni desesperar de la humanidad. Admírese en hora buena la organizacion de lo pasado, ensálcense tal ó cual principio, tal ó cual sistema; pero nunca con una admiracion estéril se preparará su restauracion, sino que es preciso apoderarse para ello de la direccion del siglo, lo cual no se conseguirá sino conociendo muy á fondo su carácter y tendencias, y conquistando su espíritu sin lisonjearle ni espantarle. Nada es en nuestro concepto tan ocioso como discutir si el siglo IV, ó el XII, ó el XVI eran mejores que el XIX, pues que en este nacimos, y en este hemos de vivir y obrar con los elementos que él mismo nos depara: llorar á aquellos y ponderarlos es como si el hombre cubierto ya de canas llorara los floridos años de su juventud; en cualquier edad puede haber encantos, porque en todas pueden ejercerse virtudes: las olas y los tiempos no pueden volver atras en su curso; y en la humanidad ahí como en el individuo debe dominar la resignacion, ya se sienta robusta y fuerte y ataviada con los encantos de la primavera, ya cansada y vacilante bajo el peso de los males y de los años; ora la guie el dedo de Dios por florida y umbrosa senda, ora por árida llanura ó por escarpada pendiente.

Pero tampoco el excesivo deseo de conciliacion debe inducir á enervar y desnaturalizar las doctrinas del cristianismo para hacer mas fácil y pronta su reconciliacion con el siglo. Muchas tentativas análogas y concebidas tal vez con sana intencion

han zozobrado en tal escollo. De tales naufragios hemos visto salir esas apelaciones á la religion natural y á una vaga religiosidad, y las falsas máximas de que el dogma es en esencia de poca importancia, mereciéndola solo la moral, que es necesario unir todo lo que tienen de comun las diferentes creencias, é inventar fórmulas y oraciones que á todos convengan. De aquí esa inclinacion á metamorfosear los grandes hechos y principios del cristianismo en símbolos que interpreta la filosofía, y los extraños esfuerzos para conciliar el espíritu revolucionario con el espíritu religioso, y esos ensayos para regenerar ó echar alménos en olvido todo el pasado de la iglesia católica, sus tradiciones, sus costumbres, la obra sucesiva de los siglos y de los acontecimientos, para sustituir bajo el nombre de *primitivo* un catolicismo de nueva invencion. ¡Invenciones falsas, tentativas impotentes, que demuestran muy poco conocimiento de la naturaleza humana y de la religion! El catolicismo debe permanecer siempre el mismo, sin abdicar su origen, su historia, su doctrina y su ley, sin prestarse sus defensores á cometer ninguna cobardía ni á proteger la hipocresía, porque entónces le harian perder su dignidad que es en el dia su principal fuerza. «Si yo no estuviese convencido, dice Mr. Guizot, de que la antigua religion y la sociedad moderna podian armonizarse tomando por base la verdad y el honor, no aconsejaria semejante alianza. Dios no permite que sea la mentira posible para alcanzar tan grande resultado.»

JOSÉ MARIA QUADRADO.

EL CATOLICISMO EN SIRIA.

Pocas cuestiones se han suscitado tan prolongadas é interesantes en medio de la marcha rápida y carácter indiferente de este siglo como la cuestion de Oriente, siempre aplazada y siempre acometida con mayor empeño por las cinco altas potencias, á quienes ha hecho volver la cabeza de aquel lado el estertor y agonía de otra que fué tambien alta potencia, y amenazó un tiempo subyugarlas á todas. Diríase que es una cuestion de testamentos, en la que el heredero, si bien halagado por la codicia de la herencia, teme la envidia de sus cólegas y los peligrosos litigios que le ha de costar mantenerla. La presa está allí en el suelo, sin mas defensa que los mutuos celos de sus destructores, y el temor de los demas que cada uno siente y que le obliga á mantenerse á respetuosa distancia. Desde que el cañon de Bonaparte despertó en aquellas históricas soledades mil recuerdos dormidos en su fondo, desde que el hombre del siglo fué á inaugurar sus misteriosos destinos en las regiones que vieron pasar á Alejandro, Pompeyo y Tamerlan triunfantes, y tambien á Bayacétes en su jaula, el Oriente ha absorbido la atencion de la política; y no porque se hayan obrado en él desde entónces grandes cambios, sino porque desaparecido el terrible despotismo que le prestaba algo de fuerza y de cohesion, se ha mostrado en toda su inercia é incitativa riqueza á los ojos de la ávida Europa; y la ereccion del reino de los Helenos, y el bajalato independiente de Mehemet-Alí, ha hecho pensar si habria lugar para un trono europeo, si no en las costas mismas del

Bósforo, al ménos á orillas del Jordan. Luego ha intervenido la imaginacion, y los poetas por cierto no se han ocupado del Oriente ménos que los diplomáticos; han puesto en verso tratados para arreglar el porvenir de su predilecto país, y á cada escaramuza de los Scheiks de la montaña, de los soldados de Ibrahim y de los albaneses de la Puerta, han evocado las sombras de los hijos de David y de Seleuco, de los héroes de Omar y de Godofredo de Bouillon, soñando para lo venidero destinos no ménos gloriosos, y buscando con ansia entre aquellos insolentes bajaes y feroces emires el ungido y predestinado para la regeneracion definitiva. El Oriente es un libro indescifrable en que todos nuestros pensadores se han esforzado en leer sus sistemas; y si aquel país, cuna de la mayor parte de apóstoles así verdaderos como falsos, entregado en todos tiempos á sutiles abstracciones y á disputas de religion, no presenta un panteon de todos los delirios de nuestro siglo y un teatro á todas sus utopias, no es ciertamente por falta de tentativas.

Nosotros que no estamos iniciados en los misterios de la diplomacia y ménos en los del porvenir, que no escribimos un artículo de política ni un poema, al fijar los ojos en la Siria, donde llaman la universal atencion los movimientos que en estos últimos años se observan, nos ceñiremos á considerar su estado en lo concerniente á la religion, cuyos recuerdos en aquel país mas que en ninguno sofocan otros cualesquiera, y tal vez nos abandonaremos tambien á algunas lisonjeras esperanzas en este punto, ó sueños si se quiere, ya que es aquel el país de los sueños y del opio y de los palacios encantados.

Por un error rutinario y una omision nada disculpable, al nombre de religion en Siria y Palestina no asociamos comunmente otra idea que la conservacion del Sto. Sepulcro y de los demas recuerdos que nos dejó el Salvador en su paso sobre la tierra, y que los cristianos honraron con preciosos monumentos, ni consideramos aquellos lugares poblados por otros fieles

que los que piadosamente abandonaron su patria para velar sobre ellos, y pasar su vida al traves de mil penalidades y exacciones allí donde Jesucristo acabó la suya. Olvidamos que hay allí una poblacion indigena católica, que así resistió á las seducciones del cisma, como á las violencias del islamismo; que 12 siglos ha conserva en la aspereza de sus montañas su religion y su nacionalidad, y obligó, por decirlo así, á entrar en pactos con ella al mahometismo vencedor del Asia, cuyas creencias en una palabra son fuertes como su carácter, sencillas como sus costumbres, arraigadas como todo lo noble y verdadero que sufre persecucion y contrariedad. Los maronitas, que así se llama aquella nacion, deben su origen mismo a una persecucion y al furor de los monotelitas, y su nombre á Maron, piadoso cenobita, al rededor de cuyos conventos edificados por sus discipulos en los montes fueron agregándose varios fieles en aquellos tiempos calamitosos. Gobernados por sus scheiks, á quienes respetan y aman en extremo, tienen toda la independendencia y patriotismo de los griegos unido al espíritu de paz y de dulzura de los pueblos patriarcales, sin que por esto participen del fatalismo y apatía característica de la raza oriental. Gracias á su carácter emprendedor y á su industria infatigable han cubierto con una capa de tierra las pendientes del Líbano mas cercanas á las eternas nieves, donde crecen bosques de castaños, de morales, de pinos, de higueras y de olivares; donde la viña dora sus frutos deliciosos, y se siega en abundancia el trigo y el maíz. Su territorio se estiende desde las gargantas y cordilleras mas vecinas de Beyruth hasta Trípoli de Siria: su poblacion asciende á 400,000 almas, mas de una tercera parte de la que se cuenta en toda la provincia. El catolicismo de los maronitas es puro y ardiente, y á pesar de que sus officios se cantan en lengua siríaca, su rito en todo lo demas es el latino. Sus obispos tienen bajo su jurisdicción directa los pueblos mas importantes, y nombran al patriarca de la iglesia maronita confirma-

do luego por el legado pontificio que en el Líbano reside.

Mas de 200 conventos habitados por 25,000 monges ocupan las cordilleras de la montaña. Aquellos hombres humildes y harto desconocidos oran como los habitantes de la Tebaida, desbrozan y cultivan laboriosamente, como los benedictinos de los siglos medios, algunos rincones de la tierra erial y desierta, y en alivio y socorro del viajero y del peregrino, renuevan en el ardoroso Líbano los mismos prodigios de caridad y desprendimiento que despliegan sobre los helados alpes los religiosos del monte san Bernardo.

Ahora bien: esta vasta é interesante poblacion católica, que unida á otros 50,000 católicos de ritos diferentes, siríaco, griego y armenio, diseminados por las ciudades, forma cerca de la mitad de los habitantes de la Siria, yace abandonada por las potencias católicas á todos los horrores de la guerra, á las violencias de los bajaes, y lo que es peor todavía, á los ardides y seducciones de emisarios cismáticos y protestantes; y se la está inmolando continuamente á combinaciones diplomáticas y á intrigas de gabinete, entregándola en manos de su señor irritado el dia despues de haberla animado con un mentido apoyo y con esperanzas imprudentes. Mas de 42 años ha se juega con ella como pieza de ajedrez, ya para el engrandecimiento de Ibrahim y de Mehemet-Alí, ya para la consolidacion del imperio otomano, ó mas bien ora para provecho de la Inglaterra, ora de la Rusia, ora de la Francia. Las intrigas inglesas han logrado separar de los maronitas á los drusos, tribu guerrera procedente, segun apariencia, de la Arabia, la que á pesar de su religion idólatra, que es un misterio todavía, habia permanecido constantemente aliada con los maronitas desde el tiempo de las cruzadas, y recibido de ellos posteriormente un príncipe cristiano bisabuelo del emir Beschir. Los ingleses, siguiendo admirablemente el consejo de *dividir para dominar*, han persuadido á los drusos, que la alianza con los maronitas era servidumbre,

que era humillante su sumision á un emir extranjero y cristiano, y que bajo la proteccion inmediata de la Sublime Puerta debian reclamar la independendencia y el derecho de elegir un príncipe de su sangre, abriéndoles así la puerta á todas las discordias intestinas y rivalidades de tribu, que un tiempo fueron tan infaustas á los mismos drusos. No ha parado aquí la influencia política de Inglaterra combinada con el espíritu de cisma, sino que valiéndose del célebre edicto de Gulkhané, en que el actual sultan concedió proteccion á toda creencia y á toda propiedad, ó mas bien, valiéndose de su preponderancia y de sus escuadras, obtuvo la facultad de instalar en Jerusalem un obispo anglicano, y concedió á este un millon para comprar en derredor de la ciudad santa tierras y propiedades, que gracias á la baratura de su precio se acumularán considerablemente bajo su dominio, y le harán dueño en breve de todo el terreno baldío de la Siria meridional. De la propiedad se pasará á la colonizacion inglesa; de la colonizacion á un comercio general con las ciudades y puertos de la Siria; ¿y quién puede prever dónde parará esta influencia siempre creciente de la Inglaterra, que aun cuando no fuera sino para neutralizar á la de Francia, protectora nata del catolicismo en aquellas regiones, se ocupará indefectiblemente en la ruina de este, haciéndose aliada natural de coftos, drusos, musulmanes, cismáticos, en una palabra, de cuantos elementos existan mas anticatólicos y heterogéneos?

Del otro lado del Bósforo sopla otra influencia no ménos funesta y mortífera para el catolicismo, y estiende sus ávidos ojos el coloso moscovita, llevando en su séquito el despótico cisma con la corona imperial en la cabeza, y la persecucion armada de sanguinarios decretos y de suplicios estrenados hasta aquí con tanta astucia y constancia en la misma Rusia y en Polonia. Quizá bajo las lanzas de los cosacos espiraria el catolicismo de los maronitas que respetaron las cimitarras de los turcos. Poseionados los Zares de Constantinopla y coronados

en santa Sofía, se creerian herederos de los derechos de los emperadores griegos, y pretenderian para su patriarca una supremacia conforme á la vasta estension de sus dominios: despertarian las antiguas disenciones de la iglesia oriental con la de Occidente, haciendo servir á sus ambiciosos proyectos este fanatismo religioso, y renovarían con mas poder y energía las violencias y escándalos del Bajo Imperio en dictar creencias y establecer dogmas. ¿Y quién sabe, si dueños con su inmensa escuadra del Mediterráneo, y mandando en la Grecia como en feudo, tentaria su codicia la Italia antigua, provincia del imperio griego, y reclamarían el exarcado de Rávena, y echarían por tierra el reino temporal del Santo Padre fundado por Carlo Magno? Remotos son estos temores, lo confieso, pero solo la vigilancia y prevencion de las demas potencias pueden en lo humano impedir que mas ó ménos tarde se realicen.

Un piadoso y ardiente entusiasmo, que nuestro siglo razonador ha querido convertir en profundo pensamiento político, ó en treta militar, atrajo durante dos siglos á la Europa toda en derredor del santo Sepulcro, y regó de escogida y nobilísima sangre aquellos lugares que habia consagrado la de un Dios. La historia de las cruzadas es una de aquellas en que brilla mas la intervencion de la Providencia, y en que mas hondos se descubren al mismo tiempo sus arcanos inescrutables: la voz de un ermitaño concitó las naciones sin gefes apénas ni caudillo para lanzarse á una lejana y aventurada conquista, y todo el poder de los soberanos y el valor de ejércitos ordenados fué inútil mas tarde para salvarla de su ruína ó recobrarla: milagrosos fueron casi los principios del reino de Jerusalem, y milagrosa su caída: nadie hubiera predicho ni su glorioso y rápido establecimiento, ni su vergonzosa y no ménos rápida destruccion. Desde que Saladino plantó de nuevo la media luna sobre la ciudad Santa, se equiparon armadas para reconquistarla, y las armadas se hundieron; se formaron alianzas poderosas,

y se disiparon las alianzas; se presentaron á combatir debajo sus muros monarcas valientes y piadosos, y ora se quedaban gimiendo en largo cautiverio, ora volvían á embarcarse desalentados. Y si esto sucedía en medio del Asia dividida y desorganizada en los últimos tiempos del califato moribundo, mucho mas debieron crecer las dificultades cuando le reemplazó el imperio otomano jóven, robusto y unido, constituyéndose en agresor, y amenazando á su vez al catolicismo. Sin embargo, cuando ya terminaron las cruzadas no dejaron aquellos lugares de atraer si no ya los ejércitos, las miradas al ménos y los votos de todo el mundo católico: en su nombre se espedian bulas é indulgencias; su nombre resonaba en las oraciones diarias de los fieles; su nombre conservaban los monarcas entre sus títulos y derechos como una obligacion de reivindicar á la primera ocasion aquella herencia: en todos los vastos sistemas de los políticos y conquistadores, en todos los hermosos sueños de las almas entusiastas se veía en último término el santo Sepulcro rescatado, y la bandera de la cruz ondeando sobre Jerusalem.

Esta preciosa joya, que brillaba en el turbante del Gran Señor, que envidiaban los monarcas europeos hasta tal punto, que para arrancársela no hubieran dudado aventurar sus ejércitos y sus personas, esta joya se le cae ahora desgajada de su diadema, y no se presenta quien la recoja.

Sí, desgajada; porque, no hay que dudarlo, la Siria no puede pertenecer largo tiempo á la Puerta, aun cuando esta prolongue su difícil existencia; la Siria es una de las provincias de elementos mas heterogéneos y de poblaciones mas hostiles á los turcos; la Siria ha sido el teatro de la lucha entre el bajá de Egipto y el sultan de Constantinopla, y por lo mismo debe darse á un tercero que sirva de dique y muro entre los dos contendientes, quienes por su parte lo verán sin disgusto á trueque de no verla pasar á manos de su rival; la Siria por fin en el fondo del Mediterráneo, rica en puertos y fértil en cam-

piñas, es la que presenta mas alicientes al comercio y á la colonizacion europea. Tan cierto es que para preparar su emancipacion solo se trata de dar á la Siria, á ejemplo de las provincias griegas de Romelia, un hospodar ó señor feudatario, sea turco, druso, maronita ó europeo, el cual fácil ó inevitablemente pasará á príncipe hereditario é independiente. No reclameis la Tierra Santa como caballeros cristianos, y la reclamarán los negociantes ingleses; no busqueis un príncipe católico para añudar la rota dinastia de los Godofredos y Balduinos, y la Inglaterra se buscará uno en su almacén de Coburgo, ó hallará un nuevo Mehemet, pero más adicto á sus intereses, que parta amigablemente el poder con su obispo anglicano. Cuando ardía la guerra, hará unos 40 años, entre Mahmoud y Mehemet Alí, era admirable la ocasion para restituir la Siria al protectorado cristiano, y un príncipe luterano, el rey de Prusia, olvidado el desprecio que afecta el protestantismo por las reliquias, osó reclamar casi de oficio la restitucion de la Palestina á la cristiandad. ¿Qué hacian entónces los reyes de Chipre y Jerusalem? ¿Qué han hecho los gobiernos que encabezan sus decretos con título tan glorioso como vano? En cuanto al nuestro es preciso confesar que los tiempos eran malos para caballerescas empresas ó para notas diplomáticas, y que bastante generoso se ha mostrado en sus apuros, cuando podia echar mano de los fondos de la *obra pia* como de tantos otros, en contentarse con los *sobrantes* de aquel *ramo*.

A pesar de todo, parece acercarse el dia en que florezcan en Palestina las primicias del dominio cristiano, y en que esta segunda y pacífica cruzada dé principio á la civilizacion del Oriente, así como este apresuró y produjo en la primera la civilizacion del Occidente invasor. En este siglo que tantos tronos ha visto nacer de nuevo, muchos de ellos de pasadas edades, el reino de Jerusalem va á ser probablemente una realidad despues de un intervalo de seis siglos y medio. No se nos diga

que faltan elementos para un reino, que no hay allí pueblo para un soberano; maronitas, armenios, griegos, europeos, cuantos restos de catolicismo perdonó en el Oriente el cisma ó la persecucion, todos correrian á colocarse bajo su sombra para formar una nacion católica compacta de las fracciones que ahora dispersas amenazan desaparecer cada día entre las tinieblas de la ignorancia ó el huracán de las revoluciones. Levantad sino una bandera, y veréis cuánta muchedumbre se agrupa en torno de ella; pronúnciese una voz, y oiréis cuántas voces le hacen eco. ¿Quién hubiera sospechado en el último siglo la existencia de un pueblo en el corazon mismo de la Turquía europea? Y sin embargo, se pronunció el nombre de Grecia, y hubo griegos; mas tarde se pensó en un reino de Bélgica, y hubo belgas. Por bien fundidas que aparezcan las naciones por la opresion, al acercarles el elemento de independiencia, se dividen y descomponen, como por una operacion química, para formarse por separado. En tiempo de Godofredo, en un siglo en que era desconocida la emigracion y colonizacion, de una ciudad conquistada se hizo un reino al siguiente día, de un ejército se hizo un pueblo, y se arraigó y creció en medio de una poblacion hostil y pujante; ¿qué no pudiera esperarse por medios pacíficos, ahora que la religion, la política y el comercio marcharian acordes para la formacion de un estado? Para unos allí están el santo Sepulcro, ejemplos piadosos, recuerdos sublimes; para otros hay puertos importantísimos, mercaderías preciosas, posiciones favorables para dominar todos los movimientos de Oriente: para unos hay pueblos que conservar en su fe, y pueblos que convertir; para otros hay campos que explotar, colonias que establecer y tierras que adquirir: desde allí se abren nuevos canales para la industria, y nuevos caminos para las misiones; y en los pueblos del Asia mas apartados se podrán con igual rapidez importar los géneros de Europa, é introducir las luces del Evangelio. En una palabra, todo

podrá serlo Jerusalem á la vez, emporio de comercio, centinela del Oriente, núcleo y centro de las iglesias orientales. Llamados por piedad, curiosidad ó especulación, acudirán allí en tropel los viajeros de Europa, y si con ellos se sostiene Roma y aun la misma Italia, ¿podría hallarse desierta la ciudad de las peregrinaciones?

No es esto un sueño originado del deseo, ni un hermoso parto de nuestra fantasía; á pesar de nuestras convicciones no hubiéramos osado penetrar en el porvenir, ni aventurar estas conjeturas, si no las halláramos casi generalmente confirmadas en los periódicos extranjeros. Algo mas se adelantan estos todavía; proponen los medios de organizacion en la Siria; cifran en la restaurada órden de Malta y en el gran número de encomiendas, que ha alcanzado del Sultan en aquellos países, sus principales esperanzas; proponen conceder al gran maestre de aquella ilustre órden una soberanía en la ciudad donde tuvo su cuna; hacen de las comarcas de Palestina las mismas halagüeñas descripciones que hicieron ántes los exploradores de Moises, y animan á las asociaciones católicas á adquirir allí propiedades, tanto directas como por enfitéusis, segun les autoriza el edicto de Gulkhané. Los católicos vuelven los ojos á la Francia y al Austria como únicas capaces de neutralizar las influencias heterodoxas de Rusia y de Inglaterra; y aun la Baviera, la Cerdeña y otras potencias secundarias muestran en este asunto un interes desacostumbrado.

Nosotros no podemos seguir sin profunda ansiedad esas prolongadas negociaciones de la Puerta con las potencias europeas, de que vienen diariamente llenos los periódicos, y no leemos el epígrafe *Siria* sin que nos palpite el corazón, por mas que se nos acuse de ilusos ó entusiastas. Son tan nuevos y grandes los destinos que tras de esa cuestion se presentan, que para interesarse en ella no importa la fe; basta tener imaginacion. Sin duda que la suerte de Palestina vale tanto por lo

ménos como la de la Grecia , y que merecé esta fija ansiedad, ese prolongado canto , ora de victoria , ora de dolor que acompañó á la heróica lucha de los Helenos. ¿ Dónde están los que evocaban á Milcíades y á Epaminóndas? los que se estasiaban al ver combatir en los campos mismos de Maraton y de Platea á los modernos mainotas de Tesalia , y pedian el derecho de poder al ménos llorar en libertad sobre las ruínas de Esparta y de Corinto? Pues qué, ¿no inspira el Jordan tanto como el Eurótas? Nada dicen David y los Macabeos, Tiro y Jerusalem, Tolemaida y Antioquía? Libres están ya los sepulcros de Leónidas y de Platon; tiempo es de que llegue su turno al de Jesucristo. No se crean sin embargo que es tan de color de rosa nuestra imaginacion, que en esta restauracion tan deseable nos pinte una nueva y gloriosa cruzada, ó que nos oculte todos los intereses humanos y pasiones de mala liga que intervengan en la empresa; no serémos nosotros por cierto quienes llamemos segundo Godofredo al comandante de la escuadra que estacionada en aquellas aguas apoye la cesion de la Siria, ó comparemos el triunfo del astuto diplomático que arranque al Sultan esta provincia, á las victorias de Ascalon y Antioquía. Cuando los fieles tengan libre acceso al sepulcro de su Salvador, y resnenen en torno de él sin restriccion ni dependencia cánticos de todos los pueblos y de todos los idiomas; cuando Jerusalem sea la ciudad sacerdotal y en cierto modo primada del Oriente, y reciba de la religion una nueva vida mas gloriosa que la antigua, ¿qué importa saber el nombre del que abrió sus puertas al catolicismo, ó la llave con que las abrió? Conocemos la condicion de nuestros tiempos, y la aceptamos tal como es sin murmurar ahora ni deplorarla. Cuando la religion era el elemento predominante, ella abria nuevas sendas á las especulaciones del comercio y á las ambiciones de la politica; pero en este siglo diplomático y negociante, justo es que la politica y el comercio abran alguna vez el camino de la religion. J. M. Q.

Estudios

LEGISLATIVOS Y ECONÓMICOS.



ARTÍCULO SEGUNDO.

Estudiar la legislación de un pueblo es estudiar las relaciones que estrechan á los hombres entre sí, las que unen á los hombres con los objetos bien sean físicos, bien morales, y finalmente aprender los trámites que es necesario seguir si queremos llegar al descubrimiento de la verdad, para que una vez sorprendida, pueda el juez dar un fallo en el que brille el sello esplendente de la justicia. Y esta es la razón porque con un lenguaje mas llano y mas acomodado al uso de las escuelas se dice que son tres los objetos de todo derecho: personas, cosas y juicios. Así los institutistas simplificando el estudio del derecho le apropiaron á la capacidad de los que le acometian, hicieron prevalecer tres grandes ideas, de las que despues han surgido las clasificaciones y subdivisiones correspondientes, las cuales, segun la filosofia con que sean formadas, pueden arrojar luz ó tinieblas sobre la ciencia; pues unas veces fatigan inútilmente la memoria, otras ilustran el entendimiento, convirtiendo en senda amena y sembrada de flores la que ántes lo era escarpada y erizada de espinas. Esto es lo que hacen las clasificaciones en las ciencias; cuando la obscuridad de la materia las demanda, clasificar es ilustrar; pero clasificar será obscurecer cuando solo sirven para que se pueda hacer gala de una vana erudición á veces indigesta, que demuestra en quien la ha amontonado.

do tanta riqueza en memoria, como pobreza en juicio. Por esto en las obras últimamente publicadas van algo escaseando las divisiones, ó mejor dicho, hay las que debe haber, formadas sobre las reglas que prescribe la rigurosa dialéctica.

La razon humana se sentia como pesarosa de no poder levantar mas alto su vuelo, y en estos últimos tiempos ha desplegado sus alas con mayor atrevimiento; pero si peligros y no livianos habia en arrastrar la pesada cadena de una servil dependencia, no los hay menores en quebrantar de una vez todas las reglas de la escuela: del mismo modo que el niño que se atreve á correr sin andadores por el enlosado de un salon, pronto resbala y cae contra el suelo, trocando en disgusto el alborozo con que su madre le aguardaba con los brazos abiertos, para regalarle con mimos y caricias en galardón de su arrojito infantil. Sí, las ciencias han dado un paso muy largo, desde que la filosofía ha derramado sobre ellas raudales de luz y ha aflojado las trabas que ántes las encadenaba; ahora ya no es de temer el escolasticismo, temamos mejor haberlas aflojado en demasía. La péndola ha trazado ya media oscilacion; está otra vez en su ascenso, ¡felices nosotros si tanto en el órden moral, como en el intelectual, las vibraciones fueran armónicas!

Sin embargo por mas que nietos ingratos forcejemos para romper la cadena tradicional que nos une con nuestros padres, será siempre una verdad, que para comprender la legislacion actual habrémos ántes de estudiarla en la legislacion romana, y no valga decir que la legislacion bizantina es ya una antigualla, aun cuando lo fuera debiéramos guardarla como una dádiva muy rica, que los hombres pensadores de todos los siglos mirarán siempre con el mas profundo respeto.

Ahora sea como historia, ahora como cuerpo de derecho, la legislacion romana será siempre estudiada con el mas vivo interés, y entre ella y la economía pública descubrimos tambien rayos de semejanza. Si como abogados consideramos á los hombres

por los derechos de que gozan atendida su edad, sexo y rango social; como economistas los contemplamos por el lado de la riqueza, y los clasificamos en productores é improductores; concediendo los honores de estos últimos á cuantos mediata ó inmediatamente dan nuevo valor ó utilidad á la materia con sus conocimientos, trabajo ó capitales; mientras estampamos la nota de improductores sobre la frente de aquellos que vegetan en innoble ociosidad. Si nosotros tuviéramos que clasificar á los hombres económicamente, colocaríamos en la clase productiva á cuantos contribuyen á la felicidad de los demas; y como esta es un producto en que como factores entran la virtud, el talento y los medios de subsistir, productiva por lo mismo deberá ser aquella clase que encierra en su seno á los que contribuyen á moralizar, ilustrar y enriquecer á los pueblos.

El desterrar los crímenes de la sociedad y levantar en medio de ella un trono á la virtud, ved ahí la salvadora mision que cargó sobre sí el cristianismo: y como el clero personifica hasta cierto punto esta religion divina, claro es que deberá ocupar un lugar y muy elevado entre las clases productivas. Sin embargo, y nos pesa el decirlo, no era esta la mente de un economista español, cuya obra está en las manos de muchos, aunque gracias al espíritu de crítica que todo lo invade, empiezan ya á sujetarse á la piedra de toque de una discusion razonada, las fascinadoras teorías que hasta aquí habian sido creídas como si fueran artículos de fe. Abrid la economía política de Flores Estrada, y en cualquiera parte donde se le ofrece hablar del clero se desata en invectivas contra clase tan respetable. Bien se ve que en su corazon estarian desde largo tiempo atesorados enconados odios, y que para desfogarlos les abrió este respiradero; pero si en ello sintió alivio su corazon, perdió mucho el entendimiento, porque el escritor que en lugar de razones escribe insultos está ya juzgado; y los dardos que dispara, mas que á sus enemigos, hieren su propia frente.

Si el médico sentado á la cabecera de un enfermo estudiando el curso de la enfermedad y recetándole los remedios que le dicta el arte es productor, pues alcanza restaurar la salud al infeliz obrero que se levanta del lecho para volverse á sepultar en una fábrica, ¿porqué no debe serlo el clero que tiene por misión no curar los cuerpos sino las almas? Nos place ver reinar el orden en el interior de las familias; nos gozamos en que las masas populares corran encajonadas dentro de su cauce; en que los ricos derramen una mirada de compasion, no la arrojen de altivez y desprecio sobre los que tuvieron la desgracia de nacer en la miseria; y en que últimamente el gefe del estado sea aclamado padre, no mirado como tirano de sus vasallos; y por esto respetamos profundamente al clero, porque le consideramos como el productor de estos inmensos bienes, pues que ellos se deben al cristianismo, y los vehículos por donde esta religion se comunica son los sacerdotes del Señor. Pero bien conocemos que á esto se nos puede contestar que para moralizar á los pueblos basta un clero reducido y asalariado por el gobierno, es decir, una iglesia nacional. Pero tal es la fuerza de una lógica severa, que hasta en las cosas malas prevalece, así que cuando las creencias religiosas tienen cerradas las puertas de los palacios y son echadas con desden de los salones de los grandes, á su vez tambien son arrojadas de las tiendas, no hallando siquiera *lugar en que reclinarse*. Es Dios que en su justicia deja sentir á los que con petulante orgullo decian *la religion para el pueblo*, el fruto de sus deletéreas doctrinas; quien siembra impiedad no tarda en cosechar anarquía y disolución social. Ved ahí el porqué los legisladores abrumaron bajo una balumba de privilegios á la clase mas influyente de la sociedad, al clero. No creais haber sorprendido el origen de estos privilegios en las conciencias harto escrupulosas y asustadizas de los príncipes, pues los hubo que á pesar de no pararse ante los escrúpulos de una conciencia sobresaltada, rindieron un culto á

las creencias religiosas, porque creyeron que apuntalando las bóvedas del santuario, apuntalaban el trono; y que derramando á torrentes los beneficios sobre la Iglesia, los derramaban á su vez sobre las sociedades de que habian sido nombrados guardadores. Bien vemos que esto nos traeria á hablar, sin acaso percibirnos de ello, de la amortizacion eclesiástica, cuyos perjuicios hemos podido ya conocer que se nos habian abultado mucho mas de lo justo. Recordamos que ahora algunos años leímos el informe que sobre la ley agraria dió el ilustre Jovellanos. A vuelta de algunas verdades se encuentran tambien algunos errores, y los dorados ensueños en que se mecia el sabio reformista han quedado ahora desvanecidos á la vista de una espantosa realidad. Puede que las leyes sobre amortizacion necesitaran de alguna mejora, y esta, aunque pausadamente, iba introduciéndose desde el reinado de Carlos III; pero para desgracia de nuestra nacion lo que empezó la helada reforma pronto lo concluyó la abrasadora revolucion. No creais que solo en España hayan sido tan estériles las doctrinas revolucionarias, y tan amargos al paladar sus frutos; ¿quereis saber las ventajas que palpó el pueblo ingles de la desamortizacion de los bienes eclesiásticos? Tomaos pues el trabajo de leer al protestante *Cobbet*, y en aquellas páginas, en las que se echa de ver una precision matemática, aprenderéis que los lores engullieron, sí, los bienes de la Iglesia, pero en cambio quedaron mas hambrientos que ántes los pobres ingleses. Una diferencia bastante notable sin embargo hubo, y es que ántes la indigencia hallaba un abrigo en los conventos, y despues fué despedida con insultante orgullo de los palacios de los grandes.

Lo mismo que en Inglaterra hubiera sucedido en el reino vecino, cuando en el último tercio del siglo pasado fueron arrebatados á la Religion sus bienes y cerrados sus templos y degollados sus sacerdotes, si del polvo mismo de la revolucion no se hubiera levantado un soldado que fué á segar laureles en ca-

si todos los pueblos de Europa, para que los destellos de la gloria que radiaban de su ancha frente, reflejaran sobre la nación que le aclamaba libertador. Pero á pesar del desarrollo industrial que tanto se observa en Francia, y que desde la revolución están algo mejor compartidas las propiedades territoriales, no tememos asegurar que las clases proletarias saldrian gananciosas en ser socorridas por la Iglesia, que aguijoneada por la caridad vuela al alivio del indigente, arrojando dificultades de cualquiera linage que sean, y no por una administracion civil que calcula friamente sobre los hombres, como el matemático con las cantidades.

Hemos llegado pues á un caso en que están en desacuerdo la legislacion y la economía, y es en las amortizaciones: esta las mira como muy contraria al desarrollo de la riqueza pública, y aquella las permite en cuanto no solamente no contrarian el engrandecimiento de las naciones, sino que sobre contribuir á la santa independencia del clero, sirven para mantener los asilos que por do quiera ha levantado el cristianismo, y donde la humanidad desvalida ha encontrado siempre el paño á sus lágrimas. Bien vemos que á esto se nos podrá replicar, que la legislacion flexible y dócil á los consejos de la economía ha desamortizado finalmente los bienes eclesiásticos, y hécholos entrar en clase de bienes nacionales en el acervo comun. Pero quisiéramos que nuestros lectores, puesta la mano sobre el corazon, nos contestaran, en qué momentos han sido arrebatados á la Iglesia sus bienes y á voz de pregonero puestos en venta en los mercados. Los religiosos fueron espulsados de los conventos casi en los mismos momentos en que una turba de asesinos regaba con la sangre de los sacerdotes del Señor las losas de los claustros, y las leyes dictadas bajo tan sangrientas inspiraciones no pueden ser en los gobiernos representativos la espresion de los votos de un pueblo, ni en los monarquicos la espresion de la voluntad del rey, á no ser que este monarca se haya propuesto entronizar la

peor de las tiranías, la tiranía revolucionaria.

Con mayor calma y por los cuerpos colegisladores fué decretada la desamortización de los bienes del clero secular, primero en las córtes del año 36, y otra vez decretada y ejecutoriada por las del año 41. Pero ¿qué imparcialidad podíamos pedir á unos hombres que casi todos, quien mas quien ménos, alimentaban prevenciones contra el clero, y habian sido amantados á los pechos de la revolucion, y arrojaban el guante al anciano venerable á quien toda la cristiandad saluda con el nombre de Padre, y á quien ellos los menguados llamaban *el monje del Tiber*? Qué nos podíamos prometer de unos diputados que habian saludado con alborozo las ideas del rancio filosofismo del siglo pasado, y que este siglo algo mas pensador ha tenido buen cuidado de arrumbar? Ellos obedecieron á los instintos de su corazon y á las inspiraciones de su entendimiento; y no eran por cierto los sentimientos religiosos los que alentaban en su pecho, y su entendimiento empotrado no habia siquiera adelantando un paso desde el año 12, es decir, eran el trasunto de los revolucionarios franceses. Pero llevadas al terreno de la práctica las descabelladas doctrinas filosóficas, se ha visto cuánta era la falsedad que encerraban, lo mismo que los metales de mala ley que deslumbran la vista, pero que no pueden resistir á la accion lenta del fuego. Ahora que hablamos de la amortización eclesiástica, ó sea del derecho de que ha de gozar la Iglesia de poseer bienes, si ha de ser considerada como cuerpo permitido, parece se brinda la ocasion de hablar de la amortización civil, cuestion en la que á la vez entienden la economía y la política. Pero nos reservamos abordar esta materia para cuando hablemos de las *aristocracias*, que por mas que porfien algunos utopistas las habrá siempre, pues así como en la naturaleza hay empinados montes y hondos valles, árboles que levantan su elevada copa á las nubes y humildes vejetaciones que pasan casi desapercibidas, y entre los

mismos hombres los hay chicos y de elevada talla; tambien en la sociedad unos brillarán por el esplendor de ilustre cuna, otros con el fosfórico brillo de las riquezas; y felices los que no lucen con brillo prestado, sino con el que despiden de sí la virtud acompañada del talento.

Ya que vamos buscando los puntos de contacto en que está la economía con la legislación, y puesto hemos tocado algunas materias que se rozan tambien con la religion, no podemos ménos de hablar, aunque sea como quien dice de paso, del celibato del clero, materia económica y religiosa á un tiempo.

En el primer artículo publicamos que, bajo el mismo epígrafe ya hablamos de la poblacion, creímos demostrar que esta no se aumenta en razon de los matrimonios, sino en la de las subsistencias, y que mientras estas siguen una progresion aritmética, la poblacion va aumentando en una geométrica. En vista de esta verdad tan luminosa, los economistas, hasta los mas prevenidos contra el clero, han demostrado que el celibato de este no perjudica en nada el aumento de poblacion; pues que esta nunca disminuye por falta de matrimonios, sino por escasez de medios. El celibato pues del clero no es perjudicial á la sociedad económicamente hablando; ¿y cuán ventajoso no es bajo el aspecto religioso? Prescindiendo de que Jesucristo ya le recomendó á sus discípulos de un modo bastante explícito, y de que las cartas de san Pablo están sembradas de textos que favorecen la continencia de los ministros del altar, hay razones tan obvias que militan en su favor, que no podemos ménos de apuntarlas. Nada mas bello que el sacerdote que desde sus primeros años, cuando todavía sus ojos brillan con el fuego de la adolescencia, se dirige al pié de los altares á deponer las flores de su juventud para sacrificar *ese cuerpo de pecado y vestirse de Jesucristo*, el respeto de los pueblos como un muro de bronce le rodea, y hasta los mismos reyes se pos-

tran á sus piés y le abren de par en par las puertas de su corazón, para que aprenda que bajo la regia púrpura se encubren las debilidades de un hombre. El sacerdote que con lágrimas de gozo en los ojos derrama el agua de salud sobre la cabeza del recién nacido, que se rodea de la infancia para que balbuceando todavía aprenda las verdades cristianas encerradas en la estrechez de un catecismo, que nos acompaña con ansiosas miradas, cuando en el hervor de la juventud corremos desbocados por la rápida pendiente, que se sienta á nuestra cabecera para hacernos oír palabras de esperanza inmortal, al tiempo que deudos y amigos dejan desierto nuestro fúnebre lecho, y que aplica á nuestros labios cubiertos con la palidez de la muerte la cruz que despues plantará sobre nuestro sepulcro; el sacerdote, repetimos, pierde á nuestros ojos todo su prestigio, y la ilusión se deshoja, y la auréola que ciñe su frente se marchita, y el sentimiento de respeto se apaga así que le contemplamos llevando del brazo á una muger y que sale de las sombras augustas del santuario para entrar en la alcoba nupcial.

El matrimonio y el cumplimiento de los deberes sacerdotales andan pues reñidos; verdad es esta de tanto bulto, que la Iglesia, en todos tiempos y en todos los concilios desde el Niceno hasta el Tridentino, ha inculcado con voz tan robusta, que no han alcanzado ahogarla ni la gritería de los descontentos, ni la corrupcion de las costumbres. Con gusto hablaríamos ahora de un opúsculo que sobre el celibato del clero publicó el Dr. Balmes, con el que inauguró la carrera literaria que con tanta gloria recorre, amontonando sobre su cabeza haces de palmas y laureles. Pero ya que no podemos hacerlo sin desviarnos mas de nuestro propósito, recomendamos su lectura á nuestros suscriptores, esperando nos quedarán agradecidos al ver el desembarazo con que aborda esta cuestion el ilustre escritor catalan, que para gloria de la provincia que le dió el sér, y de la

nacion que con orgullo le cuenta entre sus hijos, en una edad muy temprana todavía, ha conquistado un nombre casi europeo.

Este al parecer es tambien el lugar de hablar de los diezmos, otra de las materias económico-religiosas, que tanto ruido ha metido en estos últimos tiempos en que la Iglesia ha sido despojada de cuanto poseía por el título venerando de propiedad y por la sancion de los siglos. Mucho se ha declamado contra la contribucion decimal, pero llevada la luz de la crítica á la ciencia económica, se ha visto cuán infundadas eran aquellas declamaciones é injustas las quejas. Se creía ántes que solo pagaban renta, económicamente hablando, las tierras de primera y segunda calidad, y que las inferiores solo producian lo bastante para cubrir los intereses del capital y los jornales del trabajador; pero ya ahora empieza á ponerse en tela de juicio esta teoría que ántes se creía incontestable, y bien puede que no tarde mucho el dia en que ilustrados economistas demuestren con abundante copia de razones lo infundado é inconsistente de aquel sistema. Además se consideraba que el arrendatario pagaba el diezmo, y que si llegaba á abolirse, la clase agricultora percibiría utilidades mas crecidas, y quedarian mas dignamente premiados los sudores con que riega los sulcos que tras el arado va abriendo en la dura tierra. Pero ha venido el tiempo con sus provechosos desengaños, y ha descorrido el velo á la verdad mostrándola en toda su desnudez: ha sido abolido el diezmo, pero no los arrendatarios, y sí los arrendadores han esplotado todo el provecho. ¡Cosa notable! la revolucion que apareció blandiendo en una mano el hacha destructora, y mostrando en la otra el pesado nivel, ha mejorado todavía mas la suerte de los propietarios que miraba con sañudo semblante, mientras los pueblos se ven cuotados con una nueva contribucion que á duras penas y con muchos agovios podrán satisfacer. Asi siempre sucede, cuando el atolondramiento y no la cordura preside los acuerdos de los legisladores, los

tribunos podrán abusar de las dotes de la elocuencia para levantar pueblos ántes pacíficos y muy bien hallados en su condición; pero á los tribunos no les ha sido dicho: formaréis leyes sabias, y seréis los guardadores y pilares de la sociedad.

Reasumiendo, cuanto llevamos dicho se reduce á demostrar que si ha de haber clases productivas é improductivas, debe estar calificado en la primera el clero, que moralizando á los pueblos así con su palabra como con su ejemplo, hace sonar á los oídos de los príncipes las verdades cristianas que atan las manos del poder para que no tiranice á los súbditos; y presenta á los ojos de estos las ventajas del orden social, haciéndoles conocer que no con una revolucion, que trabucara el orden de las fortunas individuales, se curará el mal-estar que los aqueja, pues el vacío del corazón es de suyo harto hondo para que un puñado de oro alcance á llenarle. Pero que ese clero, para que pueda ejercer su noble y cuanto salvadora misión y hacer sentir á la sociedad su benéfico influjo, debe ser un clero independiente, no puesto á sueldo del gobierno; rico, no hambriento y andrajoso; radiante con el esplendor de las virtudes y del talento; y esas ricas dotes solo las encontramos en el clero católico, al único á quien ha sido encomendado el gobierno de la Iglesia, y dicho: *todo cuanto atareis sobre la tierra será atado en el cielo; y todo lo que desatareis desatado*. Finalmente hemos demostrado que algunos economistas habian encontrado tantos y tan graves perjuicios en la contribucion decimal, porque partian del supuesto, que no tardará mucho en demostrarse falso, que solo las tierras de primera y segunda calidad producian renta, segun el significado que esta palabra encierra en la economía política, y que no los arrendatarios ó colonos, sino los arrendadores ó propietarios son los que satisfacian la cuota decimal. Además el diezmo se introducía en hospitales donde el enfermo encuentra su quebrantada salud, y en tantos otros asilos que han brotado bajo

los pasos de la religión cristiana, y en donde la humanidad desvalida, desde el tierno niño abandonado por un padre desnaturalizado, hasta el anciano cubierto de llagas, encuentra un abrigo y una mano bienhechora que acalla los vajidos de aquel y suaviza las dolencias de este. Lo que nos duele profundamente en este momento es ver cómo ha sido combatida en nombre de la libertad la religión cristiana que rompió las cadenas, y bajó al fondo de los calabozos para consolar á los que en ellos gemían, y cómo ha sido tachada de patrocinadora del *oscurantismo*, la que abrió las puertas de sus catedrales y monasterios para que las letras se guarecieran á la sombra de sus muros, cuando la invasión de los bárbaros. Alimentamos empero la esperanza de que tras de esta generacion, que pasa y que tan ingratamente ha herido la mano que de tantos beneficios la habia colmado, se levantará otra generacion jóven que hará gala de inclinar su cabeza y doblar su rodilla ante la hija del cielo que bajó del seno de la luz para que los *hombres fueran salvos*.

JOSÉ VIDAL Y PONT.

APUNTES

sobre el poema PALMA CONQUISTADA.

En el número 34 de la primera serie del *Almacen de frutos literarios* se insertó la descripción de una batalla, retazo de ese poema, por cuyo medio, ¡ilusiones de muchacho! creíamos enlazar nuestro nombre al del invicto Jaime de Aragón, como Homero al de Aquiles, ó si se quiere, como Juan Rufo al de D. Juan de Austria. En una breve nota espusimos algunas razones para captarnos la indulgencia del lector, y estas mismas esperamos que nos valgan ahora que damos á luz otro fragmento del mencionado poema. Atendida la edad, la clase de estudios, la carencia de guía, y el estado respectivo de la literatura en Mallorca, y aun en España, nuestros esfuerzos no podian dar mas que un tejido de visibles imitaciones de los épicos de la antigüedad y del renacimiento, en las formas y en el plan, ya que no en los arranques de inspiracion y de genio; por tanto mas disculpable era el arrojio con que acometimos tamaña empresa, que reprehensibles los defectos en que á cada paso no dejábamos de incurrir. No obstante, entre la máquina de alardes y refriegas, torneos y encantamientos que bullian en nuestra cabeza, concebimos un episodio de diversa índole, que por ser análogo á la de esta Revista, nos atrevemos á desenterrarlo de nuestros borradores. Colocar frente á frente el amor y el sentimiento religioso no era ya entónces una idea nueva en literatura, si bien el pensamiento de duplicar esta situacion para producir resultados opuestos no dejaba de tener ciertos visos de originalidad. A este fin creamos los personajes de Gonzalo y Zelinda, presentando en el primero la pasion vencida por el cristianismo, para presentarla mas adelante vencedora de las creencias musulmanas, tan pronto como Zelinda llegaba á prendarse del monarca de Aragón.

La primera parte de esta lucha, terrible y dramática si se atiende á la colocacion respectiva de sus actores y la soledad de la escena mas bien que á su desempeño literario, da materia al siguiente episodio, para cuya mas clara inteligencia debe presuponerse, que aproximada á la costa occidental de Mallorca la armada del Conquistador, un moro llamado Alí, segun refiere la crónica, se echó á nado para anunciar al jóven

monarca la prediccion de su triunfo. Nosotros añadimos que este moro le da cuenta ademas de como en el vecino islote vive oculto Dragut predecesor del Xequé reinante, que Jaime con algunos de sus magnates determina visitar al anciano, y que este les relata la historia de su destronamiento. He aquí otro personage ficticio y sucesos tambien inventados, que no sirven ciertamente para poner en claro la historia, bastante obscura, de la dominacion arábica en nuestras islas. Pero lo que se hará mas duro al lector que haya visto la Dragonera, es haber de suponer que una roca tan miserable é infecunda fuese el teatro de los acontecimientos que referimos. Nosotros no la conocíamos mas que por el mapa, así nos la figuramos de tal estension, forma y terreno que pudiese prestar asilo y alimento á unos proscritos, y al mismo tiempo fuese olvidada, por estéril é inaccesible, del gobierno y moradores de Mallorca: la situamos en nuestra imaginacion á una distancia que solo pudiese atravesarla á nado un robusto caballo ó un nadador muy esperto, y acordándonos de la Cayeta de Virgilio, nos complacíamos en decir que

la isleta fué llamada

A causa del real huésped Dragutera,

O corrompido el nombre Dragonera.

¿Porqué han de ser tan descontentadizos nuestros lectores, que no puedan concebirla así por algunos momentos siquiera?

Debemos prevenirles tambien que el suicidio de Gonzalo no es mas que aparente. Este desenlace fuera absurdo tratándose de hacer triunfar la moral del cristianismo. Atentar á su vida pertenecia á Zelinda, que era la Dido de nuestro poema; Gonzalo solamente la arriesga por no rendirse á una pasion que, siendo de suyo tan poderosa como lisonjera, centuplicaba sus fuerzas y sus atractivos por la concentracion del pensamiento, la soledad del sitio, la hermosura del objeto, la intimidad de su trato y lo inevitable de su presencia. Gonzalo, como de san Martiniano refiere la leyenda, se arroja al mar, pero es para aparecer de nuevo á desempeñar el papel que en el vasto plan de nuestro poema le estaba confiado. T. A.

GONZALO,

episodio inédito.

A breve rato que la erial montaña
 En pos del buen Dragut los nuestros pisan,
 De los tres solitarios la cabaña
 Oculta entre maleza allí divisán:
 Llegados á su umbral con ansia estraña
 En círculo se sientan, y precisan
 Al destronado rey que les acabe
 De su infortunio cruel la historia grave.

Dragut así prosigue: Al verme espulso
 De mi regia mansión de la Almudaina,
 Al ver que en mi favor con noble impulso
 Solo un hierro saliera de su vaina,
 Del corazón la sangre falta al pulso,
 Mis justas iras el pesar amaina,
 Y perdidos mis bríos con el trono
 Al sueño mis sentidos abandono.

A la mente asustada y delirante
 Una imagen entónces aparece,
 Era Moraima! sí, mas su semblante
 El agraciado suyo no parece:
 Manaba de su herida penetrante
 Sangre que sus vestidos enrojece,
 Y turbada y llorosa y macilenta
 Con aquella vision mi angustia aumenta.

Mírola, y nuevas ansias acumulo
 Por estrecharla en mis amantes brazos;
 Alzarlos quiero, pugno, me atribulo,
 Y el sueño me detiene con sus lazos:
 Tres fatigados gritos articulo,
 Sin que rompa mi voz los embarazos
 Con que el sueño fatal mis labios sella,
 Al juzgarme otra vez junto á mi bella.

Al fin mis fuerzas débiles renuevo,
 Y con truncado acento lastimero
 Los gemidos del alma al labio llevo,
 Y, ó esposa!.. Moraima!.. Alah!.. profiero.
 Mas ella: huye, infeliz, si amor te debo
 No te detengas mas, huye ligero,
 Salva á nuestra hija, sálvala, responde;
 Y rápida en la atmósfera se esconde.

Huyera apénas la querida sombra,
 Cuando el pesado sueño tambien huye,
 De noche y en un yermo todo asombra,
 Todo al fúnebre espanto contribuye;
 Mas, padre oigo á Zelinda que me nombra
 Con halbuciente labio, y tal influye
 En mí su dulce voz, su amable llanto,
 Que agitado y fogoso me levanto.

Con el paterno amor real denuedo
 Aquella tierna voz de niña agrupa,
 Recuerdo lo que fuí, y el triste miedo
 Mi acongojado pecho desocupa.
 El llanto de muger á mi alma vedo,
 Monto á caballo, monta Alí en la grupa,
 Mi lanza empuño, la rodela embrazo,
 Y á Zelinda acomodo en mi regazo.

Dirijo al occidente mi carrera,
 Y de una hora no larga en el transcurso,
 Del vasto ponto sesga la ribera
 Cual valladar se opone al raudo curso:
 Ni un minuto la mente delibera,
 Que al ver una hija espuesta y sin recurso,
 O salvarla ó morir á Dios prometo,
 Y los hijares del caballo aprieto.

Lánzome al mar, y el animal fogoso
 Rema con ámbas piernas y forceja,
 Y un luengo rastro en el cristal undoso
 De movediza espuma tras él deja.
 Mas como el sumo Alah del que es piadoso
 Nunca desoye la sentida queja,
 A ruegos del profeta grande, nota
 El triste grupo que en las aguas flota.

Y esta roca olvidada me depara,
 Islote sin campiñas y sin puerto,
 Al que ha negado aun natura avara
 Las flores que embellecen el desierto;
 Por mas que breve estrecho lo separa,
 Preví que estar podria aquí á cubierto
 Del rebelde furor, y en tal momento
 Dobló mis esperanzass nuevo aliento.

Del suyo ya empezaba á verse falto
 Mi bridon que en la costa al fin tropieza,
 Rápido entónces de sus lomos salto
 Y bendigo la tierra y su aspereza:
 Mas al tender los ojos por lo alto,
 Al verme entre peñascos y maleza,
 Y que léjos de humana compañía
 El eco solo huésped respondia,
 La muda soledad, los riscos huecos
 Turban del alma el instantáneo gozo,
 Y volviendo á bañar mis ojos secos,
 Mi suerte maldecí con gran sollozo.
 Murmura el aire en los ocultos ecos,
 Y en breve un agraciado y alto mozo
 En trage pastoril se me presenta
 Y el indócil pavor del pecho ausenta.

Bien pronto recordé sus formas bellas
 Al trasluz del crepúsculo naciente,
 Pues ya solo asomaban las estrellas
 En el azul turquí del occidente;
 Era un cristiano, á quien precoces huellas
 De triste adversidad en su ancha frente
 Despiadada estampó la suerte dura,
 Sin horrar de su frente la hermosura.

Era un doncel de ilustre nacimiento
 Que pasara sus años juveniles
 De su patria encerrado en un convento
 Para aprender las letras mas sutiles:
 Rico así de esperanzas y talento,
 No llegaba á contar diez y ocho abriles,
 Cuando su hado enemigo le condena
 A arrastrar en mis haños la cadena.

Yo le vi pobre y misero cautivo, Y
 Y admiré su constancia inalterable,
 En la dura mazmorra, en el cultivo
 La paz del corazon gozaba estable:
 Movido de un afecto compasivo,
 Al verle tan gallardo, tan amable,
 En la luna anterior á mi desgracia
 Yo mismo del rescate le hice gracia.

¿Y quién me hubiera dicho á mí, monarca
 De una isla tan poblada y rica y bella,
 La mejor que en su seno el mar abarca,
 Como el azul del cielo viva estrella,
 Que pronto no tendria en su comarca
 Un pié de tierra do estampar mi huella,
 Y que sería aquel esclavo horro
 El solo que vendria á mi socorro?

Y así fué: al verle al pié de los ribazos
 Reconozco á Gonzalo, á mi cautivo,
 Y al sentir en mi cuello sus abrazos
 Recibe el alma suave lenitivo.
 A mi tierna Zelinda toma en brazos,
 Y á esta cabaña guia en donde vivo,
 Sin pensar ya que en mas suntuoso espacio
 Se eleva de mis padres el palacio.

Despues que un vaso de espumante leche
 Me presenta el mancebo cuidadoso,
 Despues de hacer que al ánimo aproveche
 De los cansados miembros el reposo;
 Para que hasta el recuerdo aquí deseche
 De mi infortunio cruel y doloroso,
 El buen Gonzalo diestro en aljamía
 El pesar de mi pecho así desvia.

Señor, diciendo, si gemís acaso
 Cual desastre mas duro que la muerte
 Ese imprevisto y súbito fracaso
 Que tanta hiel en vuestro pecho vierte;
 No de gloriosa fama el don escaso,
 Ni el título inmortal de varon fuerte
 Podrán substituir con altos bienes
 La corona que falta á vuestras sienas.

Sensible es el mortal, su pecho tierno
 Quebranta el golpe del azar funesto;
 Pero el dolor que brota de lo interno
 De su vida amargar no debe el resto.
 La divina Equidad no cria eterno
 Al bien sabroso ni al afan molesto,
 Y es heróico en desastres y fortuna
 Mostrar el rostro sin mudanza alguna.

¿Qué sinsabor existe duradero?

El ronco vendaval que raudo alea
 Lanzó en torno de vos mugido fiero,
 Y ya el zéfiro blando nos orea.

¿Qué á vos, si un pueblo ingrato y novelero
 En motin sedicioso clamorea,

Si en este asilo su rabioso empeño
 No turbará la paz de vuestro sueño?

Ah! buen Dragut! en perfumado lecho
 El sueño halagador no se concilia,
 Ni bajo el ostentoso y rico techo
 La paz del corazon se domicilia:
 La pajiza cabaña, el libre pecho,
 La amable grey, la cándida familia
 Bienes son con que premia el cielo augusto
 La oprimida virtud del hombre justo.

¿Visteis vacío el interior palacio
 De la infame caterva aduladora?

Pensáis que el alma como el cuerpo lacio
 En ellos sus delicias atesora?

Nunca osó la verdad pisar su espacio,
 Ni infantil inocencia en ellos mora;
 Franqueza y amistad y amor los huyen,
 Y las negras pasiones los circuyen.

¿No visteis la carnívora venganza

Que el sangriento puñal feroz blandea,
 La ambicion que al delito se abalanza
 Y deberes sagrados acocea,

El parcial interes que la balanza
 De la justicia á su querer ladea,

Y la envidia ruín de enfermos ojos
 Que del ageno bien padece enojos?

Aquí no las veréis: la caza y pesca
 Deleites os darán que el mundo insano
 No os dió jamas: el aire aquí refresca,
 No contamina á par del cortesano.
 Mirad esas cabrillas que la fresca
 Yerba golosas rúmian; y el tirano,
 De vuestro reino usurpador injusto,
 Disfrutará jamas tan dulce gusto?

Aquí nuestra amistad hará felices
 De la ocupada vida los deberes;
 Del alba sonrosada los matices,
 Del sol los vespertinos rosicleres,
 De las mullidas ondas los deslices,
 De sabrosos coloquios los placeres
 Os harán bendecir el rudo influjo
 Que á mis desiertas breñas os condujo.

Con tal razonamiento el buen Gonzalo
 Mi espíritu prepara á la mudanza,
 Que el tiempo con difícil intervalo
 En tan graves angustias solo alcanza.
 Las armas cuelgo aquí de enhiesto palo,
 Mi pavonado arnes, mi yelmo y lanza,
 Y del todo olvidando el triste jemplo
 Monarca de esos riscos me contemplo

¡Cuántas y cuántas veces por la falda
 De esos duros breñales recogia
 Alguna que otra flor rogiza ó gualda
 Y con verde liston las reunia!
 Ornábame despues con tal guirnalda,
 Y al mirarme en la orilla prorumpia:
 Oh! corona real, ¿quién te desea,
 Si tanto la de flores hermosea?

Y cuando por azar recuerdo avieso
 Me induce á revolver mi antigua historia,
 Gonzalo de Zelinda el embeleso
 Me presenta y aleja tal memoria.
 En su sonrisa entónces, en un beso
 Cifro todo mi amor, mi dicha y gloria,
 Y es el verla crecer de cada dia
 La ocupacion mas grata al alma mia.

De ese modo en tres lustros no contrasta
 Mi quieto corazón fatal sorpresa
 Surtiendo el español de cuanto basta
 De unos pobres proscritos á la mesa.
 Con incansable afán un huerto engasta
 En medio de estas rocas, alta empresa
 Que cada año me rinde por tributo
 El solaz de sus flores y su fruto.

Y si algo falta con bizarro pecho
 Montado en mi caballo al mar se entrega,
 Y cruzando del piélago el estrecho
 Al opuesto confín de noche llega.
 De víveres cargado y satisfecho
 Regresa aquí al volver la noche ciega;
 Así es, Señor, que debo al buen Gonzalo
 Mi consuelo, mi vida y mi regalo.

También de este mancebo y de Zelinda
 La noble educación á cargo toma,
 Y primero la España les deslinda
 Y enseña junto su nativo idioma:
 Refiéreles después que por Florinda
 El reino de los godos se desploma,
 Y como de su ruina y mengua tanta
 Otra vez poco á poco se levanta.

Cuenta como Pelayo en las Asturias
 Limpia la espada, el casco desabolla,
 De osada rebelión siembra las furias,
 Y su germen do quiera desarrolla:
 Como venga de España las injurias
 Y la antes victoriosa Luna arrolla:
 Como levanta en undulante quiebro
 Grito de guerra desde el Miño al Ebro.

La historia de Favila y de Früela
 Que reforzar permiten al alarbe
 Del religioso Alfonso cuando asuela
 Sea este, sea aquel morisco adarve;
 En tanto que García se rebela
 Y primer rey le aclaman de Sobrarbe,
 Y las lides que cerca de Logroño
 Una gana Ramiro, y otra Ordoño.

Más no los memorables hechos calla
 Del gran Tarik y su falange mora,
 Que en los béticos campos avasalla
 La nación mas robusta y vencedora,
 Y de tanto adalid que en la batalla
 Seis veces se encarniza y acalora,
 Hasta imponer el yugo de su saña
 Al cuello renitente de la España.

Del jóven Abdalasis la proeza
 Refiere y engrandece juntamente,
 Cuando al ver de Egilona la belleza
 Un freno impone á su pasión ardiente.
 De Abderrahman segundo la braveza,
 De Mahomad el ánimo valiente,
 Y las grandes victorias que lograba
 El gefe que Almanzor se apellidaba.

Al injusto silencio no abandona
 La gloria, la fortuna y los vaivenes
 De aquellos que ciñeron la corona
 Que un tiempo fuera adorno de mis sienes:
 Del vencedor de Fez Giaffar, menciona
 La justa expedición, mil parabienes
 Dando al caudillo ilustre que derroca
 Al que en trono usurpado se coloca.

Del grande Mugehid el poderío
 Cuando sus naves á esa orilla amarra,
 Y de Denia y Mallorca el señorío
 Enlaza con su fuerte cimitarra.
 De su raza inmortal les cuenta el brio,
 Y su infortunio cruel también les narra,
 Al manchar de la Luna la divisa
 Los guerreros de Génova y de Pisa.

De sangre fué esta mancha que lavada
 Con sangre y no con oro ser debía.
 Que siempre mi ascendencia con la espada
 Su imperio conservaba ó le estendía:
 De la fortuna empero abandonada
 Fué mi gloriosa raza en triste día,
 Y su postrer suspiro aquí despide
 El generoso nombre Almoravide.

Referidos en pláticas discretas
 Los hechos que á la historia pertenecen,
 Les explica el poder de los planetas
 Que en la suerte del hombre prevalecen,
 Las virtudes estrañas y secretas
 Que á las menudas yerbas ennoblecen,
 O algunas propiedades admirables
 De las piedras y plantas mas notables.

O ya de estío en noche clareciente
 Sentados todos junto á la ribera
 Del sesgo mar que lame blandamente
 Con olas de zafir la roca austera,
 En tanto que la luna refulgente
 Pausada rueda por la azul esfera
 Gonzalo al son de dócil instrumento
 La melodía ajusta de su acento.

Los grandes hechos canta de Bernardo
 Que allá de Roncesvalles en las breñas
 Se lanza cual furioso leopardo
 Para rasgar de Francia las enseñas.
 El notable valor del Cid gallardo,
 Y duelos y batallas y reseñas,
 Ya de Sancha el amor y accion bizarra,
 Ya la justa venganza de Mudarra.

Así mis dulces hijos mas se instruyen,
 Que entrámbos dignos son de tal dictado,
 Y la paz y el cariño constituyen
 La envidiable ventura de mi estado;
 Mas los años felices raudos huyen,
 Y en la tumba fatal de lo pasado
 Tal vez sumergen á la par con ellos
 De la dicha los últimos destellos.

Como es hermosa ¡ay Dios! la flor temprana
 Que en nudas ramas el almendro enseña,
 O la viola silvestre que lozana
 Despunta en las rendijas de una peña,
 Pronto así la beldad mas soberana,
 La gracia mas amable y halagüeña
 Despliega sus encantos deliciosos
 En medio de estos riscos escabrosos.

Ya veis, señor, que os hablo de Zelinda,
 Bien que á mí encarecerla no me toca,
 El verla empero tan graciosa y linda
 Recuerdos de Moraima siempre evoca.
 Igual es la mirada que me brinda,
 Igual es la sonrisa de su boca:
 Y tan solo varían mis delicias
 En ser de hija ó de esposa las caricias.

Pero miéntras sus gracias infantiles
 Con su nueva beldad Zelinda encubre,
 Y en sus nobles facciones y gentiles
 Ser hija de cien reyes se descubre;
 Gonzalo de sus formas varoniles
 El gallardo ademan por grados cubre
 De un misterioso velo de tristeza
 Que á turbar mi apacible calma empieza.

Pronto el vivo carmin de las mejillas
 En su hermoso semblante desaparece,
 Como pierde el matiz de sus orillas
 La nube que el crepúsculo enrojece:
 Pronto de su dolencia las semillas
 Crecen ocultas en su pecho, y crece
 La zozobra con ellas en el mio
 Al notar su silencio y su desvío.

No pulsa mas el instrumento grato,
 Ni su voz suelta al canto melodioso:
 En tanta soledad con cruel conato,
 Soledad mas profunda busca ansioso;
 En valde nos cercena el dulce trato,
 Tampoco encuentra á solas el reposo:
 Su acerba, su letal melancolía
 Como sombra del alma le seguía.

Sus miembros de guerrero tornan flojos
 Como á quien la vejez siente contigua,
 El fuego centellante de sus ojos
 Con el continuo llanto se amortigua,
 Y si la causa cruel de los enojos
 Que el taciturno aspecto me atestigua
 Preguntarie tal vez osado quiero,
 El llora y calla y húyeme ligero.

Para hacer tanto daño el pensamiento
 Que fuese muy activo era preciso,
 Sin duda era voraz el fuego lento
 Que ardia oculto sí, mas no remiso.
 ¿Qué veces departiendo aquí, su acento
 Interrumpe Gonzalo de improviso,
 Y el semblante se cubre con sus palmas
 Y de dolor inunda nuestras almas?

Nunca podré olvidar aquella tarde
 En que sentados todos en la playa
 Zelinda de su voz hacía alarde
 Con el gracioso canto que allí ensaya;
 Y ved que de Gonzalo el rostro arde,
 Y luego palidece y se desmaya,
 Que él se levanta y corre á la espesura
 Y el eco un ¡ay! repite con tristura.

Con temblorosa planta en pos de él corro
 Por esas breñas ásperas resuelto
 Á morir ó prestarle mi socorro,
 Si puedo de su angustia verle absuelto:
 Con mi cansado pié sus huellas borro,
 Y luego al infeliz descubro vuelto
 El rostro y manos y ojos hacia el cielo
 Que negaba á sus males el consuelo.

Movido entónces yo de un arrebató
 De compasiva lástima y despecho,
 ¡Gonzalo mio! esclamo, y sin recato
 Su humedecido rostro al mio estrecho:
 ¿Qué sientes, mi Gonzalo? porqué ingrato
 Me ocultas las espinas de tu pecho?
 Qué! deberán mis canas y ternura
 El motivo ignorar de tu amargura?

Con quien mas justamente que conmigo
 Esplayarás tus ansias? qué te embarga?
 No soy tu padre yo? no soy tu amigo?
 Y en quién mejor la pena se descarga?
 Dime tu angustia, lloraré contigo
 Si no basto á templar tu vida amarga;
 Tú hiciste que mi pena aquí concluya,
 Y ¿porqué no haré yo cesar la tuya?

Por el supremo Atah que el orbe rige,
 Por esa misma angustia que yo ignoro,
 Por el grave pesar que mi alma aflige,
 Por este que me inunda amargo lloro,
 Por mi cara Zelinda; y esto dije
 Con emoci3n y acento mas sonoro;
 Gonzalo se estremece, yo lo advierto,
 Y haciendo reflexion prosigo incierto:

¿Qué nueva desventura? qué misterio
 De insondable dolor tu pecho enluta?
 No lloraste en el duro cautiverio,
 Ni al verte siempre solo en esa gruta;
 Y agora que por dulce refrigerio
 Sus primicias el gozo nos tributa
 Lloras tú? Ay Dios! mortal será la causa
 Que te fuerza á plañir sin breve pausa?

Dije, y Gonzalo rápido me toma
 Entrámbas manos, las aprieta y besa,
 Mientras Zelinda por la sierra asoma,
 Y él se agita de nuevo y embelesa:
 Clava su vista en mí, y con mudo idioma
 La férvida pasion de su alma espresa,
 Conózcola, y veloz le llamo hijo,
 Y háblole así con tierno regocijo:

¿Tan ingrato, Gonzalo, me has creído?
 Tan duro el corazon que aquí palpita?
 Qué has visto en mí porque haya merecido
 Desconfianza tan cruel, tan inaudita?
 Con violencia mortal te has reprimido,
 Y esa violencia atroz tu llaga irrita,
 ¿Y cupo en tu temor juzgarme opuesto
 Al designio mas plácido y honesto?

Yo que el continuo júbilo te debo,
 Y el poderme reir de infausta suerte,
 La interna dulcedumbre que aquí pruebo,
 Y el haber escapado de la muerte:
 Yo que al nacer gustaba del sol nuevo,
 Nuevo y santo placer no mas con verte,
 Yo, cruel! ¿pudiera yo negarte ahora
 La graciosa beldad que te enamora?

Y ¿dó fueran las justas gratitudes?
 Si es Zelinda la sola recompensa
 Con que premiar me es dado tus virtudes,
 ¿Arder te dejaría en llama intensa?
 Oh! calma tus acerbos inquietudes;
 Monarca ya no soy: mas, dicha inmensa
 Me ha reservado aun el poderío
 De derramar el bien entorno mio.

Ven pues, no mas tardar, Zelinda es tuya:
 Crezca á tu lado cual pomposa yedra
 Que al olmo sin que el tiempo la destruya
 Con amorosa red se enlaza y medra.
 Bendiga el alto cielo y suave influya
 En tan querida union: mas ¿qué te arredra?
 Dudas en tanto que de amor falleces?
 Ea, acéptala, sí, tú la mereces.

Vivid felices en consorcio bello,
 Copia gentil de cándidos esposos:
 Dad á mis dichas el ansiado sello
 Dando mi sangre á nietos generosos:
 Nunca dobleguen su infantino cuello
 Del hado injusto golpes azarosos:
 Y renazca en sus pechos y se anide
 La esperanza del nombre Almoravide.

Digo, y del español la diestra asiendo,
 La diestra que calmara tal congoja,
 Junto á Zelinda, que mi empeño viendo
 Mas bella torna al par que se sonroja.
 El buen Gonzalo entónces atendiendo
 A su temido obstáculo, se arroja
 Tembloroso á mis piés que en llanto riega,
 Y su doliente voz así despliega:

Detente, amado padre, y ántes dime,
 ¿Consentirá Zelinda en ser cristiana?
 Esta es la cruel zozobra que me oprime,
 De esta duda fatal mi angustia mana.
 ¡Oh! mi amor que el silencio no comprime,
 Mi amor que un pensamiento no profana
 Tan solo puede con cristiano rito
 Preservar su inocencia del delito.

Mas ella le responde: tú cristiano
 Naciste, y á tu Dios tus preces cantas,
 Para mí que soy hija de este anciano
 Las preces del Coran tambien son santas.
 ¿Dehiera yo romper con pecho insano
 El yugo que tú mismo no quebrantas?
 ¡Oh! no esperes jamas que yo deseche
 La doctrina mamada con la leche.

¿Y abandonar pudiera yo la mia?
 Con terrible emoción Gonzalo esclama,
 ¿Y quién exige tanto? ella porfia;
 Y él un raudal de lágrimas derrama.
 Entónces yo les digo: ¿y no podria
 Cada uno profesar el culto que ama?..
 No, nunca, grita el jóven; y corriendo
 Por denso matorral se interna huyendo.

Lentos y amargos días de quebranto
 Fueron, señor, los que pasaron luego:
 Terrible es ver como Gonzalo en tanto
 Ya se estasia ó vaga sin sosiego;
 Terrible es ver como su acerbo llanto
 De su infausta pasión no estingue el fuego;
 Terrible verle así cuando pudiera
 Fácil consuelo hallar su pena fiera.

Una noche que el claro firmamento
 Bañaba de esplendor la suave luna,
 Reflejando en el líquido elemento
 Como en terso cristal de ancha laguna:
 Sus alas recogido habia el viento,
 Como un ave que duerme, y solo alguna
 Derramada porción de nubecillas
 De la esfera bordaba las orillas.

Estaba con Zelinda en mi cabaña
 Cuando Alí se presenta á nuestro lado,
 Y con triste ansiedad, con pena estraña
 Nos refiere que al jóven ha encontrado
 En su oratorio al pié de la montaña
 Abrazando una cruz arrodillado,
 Y que allí por domar pasión tan brava
 Sus carnes duramente maceraba.

Allá entónces los tres de un mismo aviso
 Volamos con terror y con sorpresa;
 Consolar á Gonzalo era preciso,
 Y al vernos su oracion al punto cesa.
 Entónces se levanta y de improviso
 La mano de Zelinda estrecha y besa;
 La besa con delirio tan vehemente
 Como ántes á su cruz besaba ardiente.

¡Zelinda! esclama al fin, ángel hermoso,
 Que en la tierra á mi lado siempre moras,
 ¿Porqué hacerme no quieres venturoso?

—Tuya seré, Gonzalo; ¿porqué lloras?

—¿Y adoras al mismo Dios que adoro?

—Mi único Dios ha sido el Dios que adoras.

—¿Y del Cristo á las leyes te sujetas?

—Mahoma y Cristo entrámbos son profetas.

—Oh! mi sangre mi vida yo te diera,
 Mas no la sangre que ha vertido el Cristo:
 Y soltando la mano lisonjera

Se escapa con impulso no previsto.

Luego en aquel peñon que en la ribera

Despunta formidable asciende listo;

Sus amargos sollozos interrumpe,

Y con sentida voz así prorrumpe:

Oh! dulces rocas, mi mansion querida,

Oh! grata siempre, soledad obscura,

Feliz retiro, do graciosa anida

La bella causa de mi pena dura:

En ti lograba mi contenta vida

La paz del alma, la ilusion mas pura;

Trocada ahora la fortuna avara

Los lazos rompe con que á ti me atara.

Oh! selva inculta, de malezas llena,

De verdes hojas, de fragancia suave,

Do yo lloraba mi angustiosa pena,

Do yo cantaba con acento grave;

Entorno crezca tu verdura amena,

Entorno cante melodiosa el ave,

La mar te cerque con su arena lisa,

La mar te halague con templada brisa.

Adios, anciano, compañero y guía
 En esta humilde soledad amada :
 Adios, Zelinda... ¡oh Zelinda mia!
 O dulce vírgen por mí mal hallada !
 Dulce y alegre cuando á Dios placia,
 Cuando en mi pecho tu fatal mirada
 No alzó la llama del amor insano
 Que ora me quema, y, ay! me quema en vano.
 Por don postrero mi cabaña admite,
 Do yo gozaba regalado sueño :
 Jamas en ella tu reposo agite
 Mi triste imágen con doliente ceño.
 Adios, Zelinda... á mi amor permite
 Que ese tu nombre, que aprendí risueño,
 Por vez postrera mi pasion halague
 Antes que el ola tanto fuego apague.
 Así esclama, y sus brazos estendiendo
 Con frenético impulso al mar se lanza :
 Mi corazon sacude el sordo estruendo,
 Y muere con su muerte mi esperanza.
 En vano sobre el mar los ojos tiendo,
 Mi lagrimosa vista nada alcanza,
 Pues la luna ocultaba nube oscura,
 Y el mar cubria un velo de negrura.
 Ya desde aquel momento la alegría
 Dejó mi frente, y con afan prolijo
 Yo vivo de esperar el caro dia
 Que la madre del tierno Alí predijo ;
 Y pues torna otra vez la dicha mia,
 Y lleno el corazon de regocijo
 Disfruto de este sol los rayos vivos,
 Cuenta, ó Rey, de tu empresa los motivos.

TOMAS AGUILÓ.

CRÓNICA RELIGIOSA.

Por donde empezamos nuestra última reseña vamos á dar principio á la de este mes. Recordamos haber dicho entonces que las conciencias de los fieles del arzobispado de Toledo andaban algo inquietas y perturbadas desde que la prensa religiosa habia empezado á dudar de la legitimidad del Sr. Golfanguer, quien gobierna aquella iglesia en concepto de vicario capitular; y la zozobra ha ido aumentando por momentos, y á las esposiciones de que ya hablamos han seguido otras, recomendables así por las razones en que abundan, como por la correccion y pureza de lenguaje con que están redactadas; entre ellas figura la que han suscrito algunos abogados jóvenes que piden al cabildo toledano retire sus poderes al que en su nombre gobierna la diócesis, mientras se oye la voz, aunque cascada por los años siempre robusta, del Padre comun de los fieles, que en casos tan arduos debe ser siempre escuchada con el mas profundo respeto. El Exmo. Cabildo conoció que no eran por despreciadas las razones de los esponentes, y pidió al gobierno de S. M. el correspondiente permiso para consultar con Roma negocio de tanta monta, que nada ménos involucra que la validez ó nulidad de los sacramentos, ó lo que es lo mismo, el poder fructificar en las almas la sangre del Señor, de que aquellos reciben toda su fuerza. Parece que al Sr. Golfanguer le escuece la actitud imponente que ha tomado toda la diócesis, y nos es penoso el decirlo, el pueril despecho que le ha causado la justa alarma de sus diocesanos le acaba ahora de desfogar contra el *Católico*, diario religioso que se publica en la Corte, cuyas columnas estaban siempre abiertas á las esposiciones de los fieles, y por cuyo medio pronto venian á ser patrimonio del público. ¡Cosa notable! el eclesiástico que apesar del despego, y cautelosa reserva con que le miran sus ovejas, quiere continuar gobernando la iglesia de los Ildefonsos, Eugenios, y Julianes, ahora so pretesto de hacer respetar los cánones de la Iglesia ha pedido el apoyo del brazo secular, pasando un oficio al Sr. gefe político, para que haga entender al editor de aquel periódico que no continúe publicando ningun artículo que verse sobre *dogmas de nuestra santa religion, escritura y moral cristiana, sin pre-*

via aprobacion del diocesano. Cuatro años cuenta de vida aquella publicacion católica, habiendo merecido los mas encarecidos encomios del episcopado español; por no haberse ni una vez siquiera desviado de la ortodoxia de la fe, y por haber peleado con santo denuedo las batallas del Señor. Pero ¿qué lograria el Sr. Golfanguer, aun cuando alcanzase ahogar la voz del diario religioso? Tras esta publicacion vendria el *Pensamiento de la Nacion*, produccion digna de la pluma del elocuente Balmes, y tras el *Pensamiento*, la *Revista Católica* de Barcelona, y al lado de estas recomendables publicaciones su humilde hermana la *Fe* pidiendo al gobierno deje en libertad al cabildo para que pueda acudir á la SEDE APOSTÓLICA, con el objeto de calmar las vivas ansias en que arden los fieles de la vasta diócesis toledana. Esta libertad la esperamos del Sr. Mayans, y mucho fuera el prestigio que rodeara el nombre del ilustre consejero de la corona, si bajo su ministerio pudiera respirar algo mas libre la primada de las Españas, y renacer en ella la calma y la tranquilidad tanto tiempo ha perdidas.

Nuestros lectores recordarán que en el cuarto número de nuestra Revista les dimos la desconsoladora noticia de que dos obispos húngaros del rito griego unido habian apostatado pasandose á la manchada y rasgada bandera del protestantismo: ahora bien el R. Malinofsky presbítero griego unido de *Galitzia* ha desmentido en la *Gaceta de Postas*, periódico católico de Augsburgo la noticia circulada interesadamente por los periódicos protestantes de Alemania. El Sr. Malinofsky da á los católicos la consoladora seguridad de que así en *Hungría* como en *Galitzia* sus obispos y su respectivo clero están y estarán siempre fielmente adheridos á la fe católica, á la cual debe acompañar esencialmente la sumision al Sucesor de san Pedro, y concluye su carta con estas palabras del papa Inocencio XIV: *No todos son latinos, pero todos son católicos.*

Varias veces hemos dicho á nuestros suscriptores que la Inglaterra protestante no tardaria en echarse á los piés de S. S. para confesar sus pasados extravíos y errores, quedando eslabonadas de nuevo las rotas relaciones de amistad y buena correspondencia con el centro de la unidad católica; y para robustecernos mas en esta consoladora esperanza acabamos de aprender, que á su tránsito por Lóndres con direccion á Portugal, el nuncio de su Santidad en este último reino, el Ilmo. Sr. Dipietro arzobispo de Beyrut, tuvo una entrevista particular con lord Aberdeen ministro de negocios estranjeras de la reina Victoria. Este ministro de acuerdo en esta parte con sir Roberto Peel aseguró al legado del Santo Padre que á la vuelta de algunos años el

gabinete de san James tendria un representante en Roma. ¡Quiera el cielo que bajo el suave pontificado del venerable GREGORIO XVI vuelva á formar parte de la gran comunión católica la iglesia de Inglaterra, esta iglesia que tantos santos parió para el cielo y tantos escritores ilustres para el catolicismo, y que fué fundada por los sudores y paternales desvelos del santo pontífice GREGORIO EL GRANDE! A propósito de Inglaterra no podemos callar la fausta noticia de la libertad de O'Connell, el gran agitador, decretada por la cámara de los Lores. Con resignación cristiana habia sobrellevado su infortunio el inmortal libertador de Irlanda; en su encerramiento partia el tiempo con Dios y sus amigos que en tropas iban á visitarle para hacer gloriosa su desgracia, y ahora decretada su libertad ha rayado casi en frenesí el entusiasmo con que los irlandeses han festejado á su padre; nombre cariñoso con que le saludan. En la catedral de Dublin se celebró en acción de gracias una función religiosa en la que pontificó el doctor Murray arzobispo católico, habiendo á ella asistido O'Connell con sus compañeros mártires en asientos de honor que adrede habian sido preparados. Apesar de que tengamos que privar á nuestros suscriptores de otras noticias religiosas de bastante interes, vamos á trasladarles las palabras, notables por su misma sencillez, que dirigió al inmenso pueblo agolpado al pié de los balcones de su morada el dia en que despues de su prision volvió á pisar los umbrales de su vivienda.

« Amigos míos: En verdad que me complace el ver lo satisfechos que estais de mi libertad, de mi vuelta á mis hogares, á mi casa; otros envian á la cárcel á los criminales y dejan en su casa á los hombres honrados; aquí todo lo contrario, mas de un miserable ha permanecido tranquilo en su casa, ¡mientras que á mí me conducian á una prision! Pero he sido mas fuerte que mis enemigos, y gracias á Dios estoy en mi casa. Escusadme, si hoy no tengo toda la facilidad de elocución que conviene; la emoción me lo impide, y ademas ya hace tres meses que estais acostumbrados á no escucharme. Ante todo demos gracias al Todopoderoso que se ha dignado apiadarse del pueblo de Irlanda. Os prometo, amigos míos, hijos míos, que lograremos la revocación de la union.» Y entusiastas vivas y estrepitosos bravos ahogaron las últimas palabras del elocuente O'Connell.

El 15 del último mes en Roma se discutió por primera vez la duda de si eran ó no heróicas las virtudes del venerable padre Leopoldo de la *Gaiolo* diócesis de Perugia: quien desde una edad muy temprana abrazó la regla de san Francisco vistiendo el tosco sayal de los menores reformados. Por espacio de 45 años se dedicó á

las santas misiones procurando modelar su conducta sobre la del beato Leonardo de Porto Mauricio, no temiendo arrostrar en beneficio de las almas sudores y cansancios de todo género, aunque por la misericordia del Señor los copiosos frutos que reportó correspondieron dignamente á sus fatigas. Fué á acabar sus días en paz en un convento de su órden situado en el monte Luco cerca de Spoleto, donde agobiado con 83 años y cargado de virtudes murió con frente serena y risueño semblante en el mes de abril de 1815.—Esta primera discusion se hizo segun costumbre en el palacio del cardenal ponente de la causa el señor Teretti, donde se reunieron los prelados y los consultores de la sagrada congregacion de Ritos.

Apesar del desvío con que han sido mirados en este siglo los institutos religiosos echándose ingratamente al olvido sus antiguos servicios en favor de la causa de la civilizacion europea, sin embargo ha quedado en pié uno para protestar contra las injurias con que han sido calumniados; hablamos del instituto de las monjas de la Caridad, que el cielo ha enviado para forzar á este siglo á creer todavía en la virtud. Cuando la revolucion ha arrebatado á los P. P. de la Compañía esa juventud querida cuyos entendimientos estaban encargados de ilustrar, y en cuyos corazones depositaban la preciosa semilla que andando el tiempo iba felizmente desarrollándose; ha respetado el instituto fundado por san Vicente de Paul, compuesto de señoras, que aunque nacidas en las alturas sociales, saben despreciar los halagos de un risueño porvenir, para ceñirse el velo de las vírgenes, y sepultarse por largos años bajo los sombríos techos de un hospital, resignándose á curar con blanda y cariñosa mano asquerosas llagas, y no recibiendo á veces por premio mas que baldones é injurias. Con vivas ansias han sido pedidas al Sr. director de las hijas de la Caridad algunas hermanas por el gobierno de Méjico, para que vayan á fundar en aquella ciudad una casa noviciado. Convenidos y arreglados el Sr. director y el encargado por el gobierno mejicano para llevar á cabo esta empresa, salieron de Madrid con direccion á Cádiz el día 28 del último agosto diez hijas de Paul acompañadas de dos sacerdotes: hay una que lleva un apellido muy ventajosamente conocido en esta ciudad, la hermana Latiegui, (sor Magdalena). Desde Cádiz debian embarcarse el día 15 de los corrientes en la fragata española *Iris*, y estas mugeres flacas sin mas valedor que el cielo se esponen á dura y azarosa navegacion para ir allende los mares á curar hombres, á quienes llaman hermanos, que están postrados en el lecho del dolor. Antes de su salida de la Corte las despidió con una tierna y patética plática el

Exmo. é Ilmo. Sr. obispo de Canarias, quien no pudo continuar el discurso, porque las lágrimas que derramaba le embargaban á cada momento la voz.

Lágrimas de ternura tambien humedecian nuestros párpados al escribir las anteriores líneas, pero pronto lo han sido de dolor al leer que la *iglesia española acaba de sentir una nueva pérdida con la muerte del señor obispo de Tudela fallecido á fines del pasado julio en un pueblo de Navarra*. Nacido su Ilustrísima en Torrecilla de Cameros obispado de Calahorra, en 11 de setiembre de 1770, fué reconocido en Roma en 29 de marzo de 1819 y consagrado en 4 de junio del mismo año. Despues de haber empuñado por mas de 25 años el báculo pastoral, rindió con la paz del justo su alma al Criador. Séale la tierra lijera.—J. V. y P.

CRONICA POLITICA.

SETIEMBRE.

Entonando himnos de triunfo y echando inmodestos fieros vienen los periódicos del gobierno, porque los hombres *apostólicos, inquisitoriales, reaccionarios, y del ángel exterminador* han sido batidos donde quiera se han presentado, apesar de los euras que no contentos con alarmar á los sencillos electores con importunas prédicas, los acaudillaban á las urnas con bastones, y de que el gobierno no queriendo que las elecciones fuesen esta vez una farsa, ha dejado toda libertad á los electores para que depositasen en la urna el voto que les dictare su conciencia, y no estrañas sugestiones. A ser algo mas cáustica nuestra pluma agradeceríamos esas sandeces de que están henchidas las columnas de la prensa ministerial; pero para nosotros son motivo de mayor afliccion, porque vemos que el horizonte político se nubla por momentos, y las desmayadas esperanzas que abrigábamos van desvaneciéndose como de un soplo, al mismo tiempo que se justifican los temores que por el futuro de nuestro infortunado país nos atormentan. Lástima mejor que indignacion da ver el lenguaje que usan el *Heraldo* y la *Posdata*, esos periódicos altamente conservadores, que cuando la gobernacion progresista, aparentaban defender con brioso denuedo y de buena fe la santa causa de la religion y de la monarquía,

pero para ellos aquel clero que dos años atrás llamaban virtuoso y benemérito, ahora es un clero *ingrato y avariento*, y aquellos venerables obispos, víctimas ilustres de la mas inmunda de las revoluciones, no hacen mas que atizar las teas de la discordia, y convertir en daño del gobierno el báculo que ese mismo gobierno ha puesto en sus manos. Ahora ya se habla de retirar las concesiones hechas á la Iglesia, y se trata de entrar en otro camino; y si el que se seguia lo era de reparacion y justicia, el que debe emprenderse lo ha de ser de persecucion, ó cuando mas de glacial indiferencia. ¿Pero cuando recordarán el *Heraldo* la *Posdata* y el *Globo* que ese lenguaje desentonado y poco comedido que se permiten es mas funesto aun á la causa que afectan defender, que si tronara de nuevo el cañon de la guerra civil en los campos, ó ahullara furiosa y desencadenada la revolucion en las plazas y en las calles? ¿cuándo comprenderán que en ese siglo lo que vale, es el bálsamo que suaviza las llagas, y no el hierro que las encona?

Despues de 10 años en que unos hombres han sucedido á otros hombres en el poder, el bajel del Estado sin brújula y sin gobernalle continúa fluctuando á la merced de las olas, sin que nadie haya sido capaz de sacarle á playa de salvacion. Innumerables coyunturas se han presentado en las que hubieran podido curarse los males que aquejan á la desgraciada patria, y todas ellas se han perdido en las manos de nuestros estadistas: los programas han sido deslumbradores y risueñas las esperanzas; pero aquellos se han desvirtuado, y estas marchitado delante una espantosa realidad. Vista la impotencia del partido parlamentario para gobernar, los hombres de la antigua y de la nueva monarquía, entre los que se cuentan muchos hombres de valer del partido moderado, se han coligado para que el trono, al mismo tiempo que sirva de robusto valladar contra las oleadas revolucionarias, sea un poder tutelar y bienhechor para los pueblos que cobija con su sombra. En esta nueva bandera se han afiliado muchos jóvenes que, con nobleza de sentimientos en el corazón y elevacion de miras en el entendimiento, han medido de una ojeada el fondo del abismo á donde nos precipitarémos si continuamos por esa fatal pendiente en que desde muchos años estamos empeñados, ahora con paso mas veloz, ahora con paso mas reportado. Bien conoce esta juventud ilustrada que una reaccion, tal como nos la pintan nuestros adversarios, es de todo punto imposible, y que la civilizacion del siglo la rechaza; lo que si es posible, ay! harto posible es la revolucion, que atada con débiles lazos nos mira con ojos de llama y nos enseña su lengua de sangre.

Pero se nos podrá replicar ¿cómo es que ese partido que á vuestro decir cuenta tantas simpatías en el país, solo ha saltado á la arena electoral para morder el polvo de la derrota?" Ya que se nos provoca dirémos: es que ha faltado la libertad en las elecciones donde quiera que el partido monárquico-religioso se ha lanzado á la lucha, es que no se han dejado imprimir ni circular candidaturas que podieran ser hostiles al gobierno. Si pruebas de ello se nos piden les enviaremos á Burgos, Palencia, Guadalajara y Estella, donde por el alcalde han sido desterrados desde los mismos distritos los electores que se presentaron á votar una candidatura que llevaba escritas por lema las civilizadoras palabras de *Religion y Monarquia*. De esperar es que el gobierno consultando su propio decoro y dignidad hará entender á sus subalternos el disgusto con que ha sabido esos desmanes, pues un triunfo alcanzado por esos medios no puede enorgullecer mucho á quien le reporta.

Por real decreto fechado en 21 del pasado agosto ha sido nombrado ministro de estado Dn. Francisco Martinez de la Rosa, quien estaba representando á nuestro gobierno cerca el rey de los franceses. Una de las glorias con que se envanece nuestra nacion es á no dudarlo el Sr. Martinez de la Rosa, y así esperamos de nuestros lectores nos permitirán que le consideremos por algunos instantes bajo el triple aspecto de literato, hombre público, y hombre político. Varias son las ediciones lujosas que se han tirado de las obras del ilustre poeta de Granada: tal es el aprecio con que siempre han sido leídas, y la avidez con que se las procuran muchos literatos, que se han hecho un deber de formar su gusto sobre el severo y acrisolado del aventajado autor de la *Poética*. En sus composiciones líricas ha demostrado cuán rica y galana era su imaginacion, cuán puro y castizo su lenguaje y correcto su estilo, por lo mismo son justísimos los laureles que sombreau su frente; y si á veces la envidia ha procurado arrebatarle una sola hoja, pronto la justicia y la imparcialidad se la han devuelto. Si como literato es muy recomendable el Sr. Martinez, es intachable como hombre público. Dias de difamacion han corrido para él, tambien ha tenido que arrostrar insultos, apodos y hasta puñales, pero en la tarde del mismo dia en que á la salida del congreso habia tenido que sustraerse en el coche de un amigo á los asesinos que le acosaban, se paseaba por el prado, pudiéndose leer en la serenidad de su frente y en la sonrisa que naturalmente anima su rostro, cuán pausados é iguales eran los latidos de su corazon. Prueba de que al Sr. Martinez no se le podia tachar de lo que con razon ó sin ella se imputaba á su colega el Sr. Conde de Toreno; y así la pureza y honradez con

que ha manejado los fondos de la nacion han tenido que confesarla hasta sus mas enconados enemigos. Pero si el Sr. Martinez como literato y hombre público ha merecido nuestros mas cumplidos y justos elogios, sentimos no poder tributárselos como hombre político; pues la notabilidad literaria se achica bajo este aspecto hasta ser una medianía insignificante. Martinez es uno de aquellos hombres que tan pronto como suben al poder deben gastarse necesariamente, porque no están impuestos en esta ciencia que se llama *ciencia de mundo*, pues creen caudorosamente que cuando la revolucion está á las puertas, para contenerla hasta que haya desde dentro una voz que diga *detente*: no, el hombre no puede decir á la revolucion como Dios á las olas del mar, *respetá estos aledaños, de aqui no pasarás*.

Y ved ahí la razon de que apesar de las escelentes intenciones del Sr. Martinez de la Rosa, su gobernacion ha sido funestísima para el país, y mucho nos tememos de que la posteridad no le achaque á él todos los males que en este último período han llovido sobre la infortunada España. Desgraciadamente ¡tenemos memoria, y recordamos las sangrientas catástrofes que presencié consternada la Corte en los aciagos dias del mes de julio el año 34, y el motin manchado con la sangre de un ilustre general en la casa de correos del mes de enero del año 35, y otros escándalos que presenciámos en el tiempo en que fué ministro el Sr. Martinez; y no es que abriguemos la menor sospecha de que aquel gabinete tuviese en ello parte alguna: estamos profundamente penetrados de que puede lavarse las manos y decir, *soy inocente de la sangre de estos hombres*; pero fué débil, y la debilidad en dias turbios es síntoma de muerte. Sea como fuere, apesar del aventajadísimo concepto que nos merecen sus virtudes, nunca le hubiéramos creído bastante humilde para encargarse de una cartera que acaba de renunciar noblemente el ilustre marques de Viluma, y para jugar el papel de segundo en un consejo de ministros presidido por el caudillo de Ardoz, que de ser afortunado en los campos de batalla no ha de deducirse que sea hombre de aventajadas dotes políticas.

J. V. y P.

LA RELIGION Y EL SIGLO.

ARTÍCULO CUARTO.

Cuestión gravísima y agitada por ámbas partes con vigor y empeño, y aun con exajeracion; cuestion de trascendencia inmensa sobre la cual no se permite la duda en una situacion fija ni en un gobierno organizado; cuestion resuelta contradictoriamente muchas veces por unos mismos hombres segun las pasiones ó intereses del momento, es la de si la religion debe mezclarse en la política y dirigir en cierto modo su curso, ó si ámbas deben marchar completamente emancipadas é independientes por distinto camino. Todos los hombres sensatos y racionadores aceptan la coexistencia de estas dos instituciones, de estos dos órdenes ó mundos diferentes; todos convienen, y es casi inútil y hasta fastidioso repetirlo en estos tiempos, que sin religion no hay orden ni sociedad, y que es imposible una nacion de ateos. Gracias á Dios y á su providencia, que por un corto momento abandonó á los hombres á la perversidad y degradacion de su naturaleza, y les retiró la luz que insultaban, es ya un axioma lo que hace poco era una cuestion, ¿qué digo? una chochez de los siglos de barbarie, indigna de permanecer en un tiempo en que se habia verificado la bella invencion de vivir sin alma y de morir sin Dios. Y nótese de paso que los hombres religiosos nunca han negado la política, la existencia de derecho de un gobierno terrestre, ántes bien lo han apoyado y fortalecido siempre por el admirable instinto de la unidad, carácter distintivo de toda verdad

y de todo orden; al paso que la política ha besado de la religion, la ha escarnecido, la ha crucificado, se ha lisongea-
do de poder dirigir la sociedad sin su auxilio; y al re-
conocer á fuerza de escarmientos su propia impotencia, la
llama sí, pero la desnuda, la deja vivir solo lo bastante para
que le sirva de apoyo y de medianera, y se gloria luego de
haberla creado como una de sus instituciones. No llamaremos
á esto escándalo, sino locura, porque bien mirado todo, ¿quién
gana mas en la alianza la política ó la religion? cuál puede pa-
sarse mas una sin otra? El alma sin cuerpo siempre es un es-
píritu; el cuerpo sin alma es un cadáver, hoy escuálido é in-
móvil, mañana corrompido. Han existido teocracias, *ateocracia*
no hemos visto ninguna. Si se admite la existencia de un Dios
conservador de los mundos que ha criado, ¿qué imposibilidad
hay en que sea legislador civil y soberano inmediato de un
pueblo? No podrá dirigir visiblemente una nacion en su parte
temporal por sí ó por sus delegados quien rige el universo? Y
el hombre se atreveria á reemplazar á Dios en la parte espi-
ritual? Si existe pues el orden político es una sujecion, es
una triste necesidad, un triste efecto de la degradacion
del hombre, así como el peso de la materia, el cautive-
rio de los sentidos, la debilidad de nuestros cuerpos, nos li-
gan á un sinfin de necesidades materiales. Colocad al hombre
en el estado de inocencia, y carecerán de sentido las leyes y los
jueces, lo tuyo y lo mio, el mandar y obedecer. La religion
nació con el hombre el dia de su creacion; la política, el go-
bierno humano nació el dia de su caida.

Si quizá nos hemos elevado mas de lo conveniente á los
principios de las cosas y á las regiones metafísicas, como sue-
le decirse, ha sido para que recordando el origen y naturale-
za de la religion y de la política, menguara un poco el orgullo
y desden con que mira esta á su hermana primogénita: por lo
demas admitimos y admiten todos los que piensan la existen-

cia de entrámbas, y la necesidad de robustecerlas y afirmarlas una por medio de otra, aunque apénas hay uno que conven- ga en las relaciones que deben unir las, y en el modo como de- ben obrar é influir mutuamente. Opinan algunos que esta in- fluencia debe ser muy inmediata, y tan estrechos los vínculos que unan á entrámbas, como lo son los del alma con el cuerpo, como lo estan los intereses espirituales que una representa con los intereses materiales representados por la otra. Los hay por el contrario que juzgan que la demasiada union debe ser forzo- samente dañosa á la independendencia de una de ellas y á la tran- quilidad de las dos, que no es posible acercarlas sin que reci- procamente se absorban, que el único medio de mantenerlas acordes es separarlas, dejando á cada cual su accion libre y su dominio marcado. Y es de notar que estas dos opiniones tan distintas están apoyadas en razones, unas plausibles, sofisticas otras, unas religiosas, y otras impías, que son profesadas por hombres bien diferentes y con muy diferente objeto y sentido, y que en uno y otro bando se hallan incrédulos y creyentes, pretendiendo estos favorecer la religion con los mismos princi- pios con que otros intentan perjudicarla.

Así pues de los que quieren separar y aislar la politica de la religion, los hay que así piensan por odio ó indiferencia há- cia esta última; quieren que la ley sea atea, es decir, que re- niegue de su padre, de su único y verdadero origen que es Dios, y esperan que la religion abandonada á sí misma perece- rá, porque no comprenden otro apoyo que el de la fuerza, ni otro poder que el de las bayonetas. ¡ Insensatos ! parecidos en esto á los miembros de un cuerpo que quisieran privar de ali- mentos al alma, y que no conseguirian sino suicidarse, al pa- so que el alma se desprenderia de ellos siempre libre y siem- pre inmortal. Pero muchos hombres religiosos que saben que el estado subsiste por la religion, y no la religion por el esta- do, sostienen sin embargo, aunque con objeto muy distinto,

esta misma independencia y aislamiento. Conociendo de donde le viene á la religion el apoyo y la vida , y seguros con las inmortales promesas que afirman su indestructibilidad , se curan muy poco de procurarle el apoyo de acá bajo: saben por larga experiencia lo que significa la proteccion de los gobiernos, y cansados de ver las invasiones del poder temporal y su constante tendencia á explotar y á torcer á sus fines las cosas mas santas , desean un culto ménos rico y espléndido tal vez , pero mas independiente ; y á trueque de libertad cedieran de buena gana los onerosos *privilegios* y el protectorado con que se emboza el predominio y fiscalizacion mas absoluta. Observan ademas cuán fácilmente las pasiones terrenas se insinuan hasta el pié del santuario aun sin abrirles las puertas, y calculan los males que se siguen de la confusion de los dos poderes ó de su relacion inmediata, impeliéndose ora á la religion á andar por las plazas en pos de una bandera humana , ora á la política á sentarse osada en el fondo de los templos. Recuerdan que la religion ha existido siempre, y existe aun en el dia , bajo todas las formas de gobierno , y que ningun sistema político puede gloriarse de ser su esclusivo apoyo y protector , ni lavarse enteramente de los agravios y perjuicios que le ha irrogado ; que los estados perecen, que la opinion y los intereses políticos varian de fase á cada momento, que los pueblos se disuelven para volverse á formar , y que la religion eterna é inmutable no le conviene aceptar alianza ni union con nada de mudable y perecedero , para que no sea ni aun aparentemente arrastrada en su ruína y participe de su mortalidad.

Tales nos parecen en compendio las razones por cierto elocuentes y brillantes con que muchos , especialmente en este siglo en que mas que nunca se ha palpado lo caduco de las cosas políticas y lo indestructible de la religion, abogan por la completa emancipacion de esta ; y en nombre de la libertad y tolerancia misma que tanto se proclama , piden una garantía

contra las invasiones de la política y la opresion de los gobiernos. Otros empero quisieran continuar aquel estrecho enlace, aquella especie de fusion que entre una y otra reinaba, y esto con fines tambien muy distintos. Los hay que quisieran hacer entrar la religion dentro de la política para dominarla así mas á su sabor y tenerla á pupilage, sea porque la crean incapaz de existir por sí sola y se tengan *modestamente* á sí propios por sostenedores suyos, sea porque no estén en ánimo de darle lo que le pertenece y le es debido. Pero ademas de esos hombres, restos de otro siglo, hay otros que desearian insinuar la religion en la política, no como sierva, sino como alma de esta última, para que la vivifique y la dirija, y desearian renovar aquella concordia envidiable y fraternidad antigua que mediaba entre el estado y la Iglesia, cuando ámbos de acuerdo, ámbos independientes concurrían á una misma obra y á un mismo fin. Creen que la religion no debe retirarse de los negocios humanos por la misma razon que el alma no debe abandonar el cuerpo; y que abdicar completamente la direccion y supremacía que sobre ellos le compete, sería abdicar el cargo que Dios mismo le confió, sería cobardía, cuando no una especie de suicidio. La religion, dicen, es la madre de las sociedades, y por mas que las hijas desconozcan y agravien á su madre, no debe esta cesar en su maternal solicitud, así como Dios llueve sus beneficios sobre los mismos que le niegan.

Si es difícil hacerse cargo de las varias y encontradas opiniones que reinan acerca de las relaciones que deben unir á la política con la religion, mas difícil es todavía el pronunciar cuál sea de entre ellas la mas acertada, y dar una solucion que satisfaga á todos los intereses, necesidades y circunstancias actuales diversas tambien y aun encontradas entre sí. Porque si la religion tiene necesidad de independenciam y por consiguiente de aislamiento con la política, la política necesita tambien de direccion, es decir, del apoyo religioso; y si hay casos

en que debe aquella mantenerse dentro del santuario, lejos del estrépito de las pasiones humanas, neutral á todos los partidos para ser respetada de todos ellos, los hay tambien en que debe salir de su solemne reposo, y presentarse en medio de la lucha para acallarlos y conciliarlos con todo su influjo, ó para repeler al profano que se atreva á poner los piés dentro del sagrado recinto. Seguir pues en todo evento y sin distincion alguna uno de los dos sistemas exclusivos, ni fuera conveniente, ni justo; y á veces el aislamiento é independendencia pudiera degenerar en culpable indiferencia ó abandono; á veces la demasiada intervencion é influjo pudiera calificarse de ambicion ó de espíritu de dominio, que mas tarde viniera á degenerar en servidumbre. Pero nos atreverémos á decir que, atendida la índole del siglo y la fuerza de las circunstancias y el giro de la opinion, conviene mas á la religion por lo general separarse de todo punto del movimiento político, que seguirlo y esforzarse en dominarlo, sin peligro de las restricciones que mas abajo pondrémos á nuestra asercion acerca de los casos que pueden darse, no de intervencion, sino de propia defensa.

No pretendemos por cierto quitar á la religion el influjo que debe ejercer sobre la sociedad, influjo por cierto muy diferente del político; ántes bien creemos que en ninguna época mas que en esta le conviene penetrar y filtrarse, por decirlo así, en el cuerpo de la social, atender á todas sus necesidades, y hacer brillar sus beneficios al lado de la insensibilidad del filosofismo ó de la impotencia de los principios puramente humanos. Quanto mas falta á la religion el elemento coercitivo, es decir, el apoyo de las leyes y de los gobiernos, tanto mas necesita del elemento espontáneo, del apoyo de los corazones, y del afecto de las masas; y si un tiempo reprimian los gobiernos los malos instintos de los pueblos, llegó ya el dia de que los pueblos triunfen del ateismo legal ó de la indiferencia de los gobiernos, y los arrastren y lleven en pos de sí á pesar

suyo en su saludable retroceso hácia las ideas religiosas. ¿No es en efecto un espectáculo hermoso ver por casi toda la Europa estas masas ó este vulgo que forma la mas crecida parte de las naciones, en quien la religion se miraba como un freno impuesto por la suspicacia ó política de los gobiernos, verle, repito, mas que nunca religioso. no ya por los gobiernos, sino á pesar de ellos en cierto modo? El movimiento que ántes se verificaba de arriba abajo, se verifica al presente de abajo arriba; los pequeños y los que lloran han comprendido el reino de Dios, porque él solo puede engrandecerles, él solo puede enjugar sus lágrimas; y es seguro que tarde ó temprano empujarán á los gobiernos en su marcha hácia los templos que en su nombre se cerraron ó demolieron, y que esta vez al ménos tendrá su efecto esa soberanía irrisoria con que se condecora al pueblo en premio del bienestar real y verdadera dicha que le arrancaron.

Pero he aquí la diferencia que medía entre los intereses políticos y los sociales, que los unos son parciales y transitorios, los otros perpetuos y generales, y á estos por lo mismo puede y debe aliarse la religion. Contémplese empero el caos que reina en los políticos, la efervescencia que arde en las pasiones, y dígasenos si podrá bajar á este caos la religion para alumbrarlo con su luz, ó dominar estas pasiones para calmarlas, y si no es de temer mas bien que salga herida de en medio del combate. Si los diversos principios siguieran una marcha análoga en toda la Europa, si la verdad fuera patrimonio esclusivo de algun partido, y si su triunfo fuera indefectiblemente unido al de la religion, comprendiéramos que esta se afiliara á una bandera, ó mas bien que la bendijera ántes de partir al combate y la ciñera con su auréola sagrada. Pero ¿cómo pudiera decidirse activamente si en unas partes florece en el seno de la monarquía, en otras al abrigo de la democracia, aquí en nombre de los antiguos principios, allí en nombre de las

nuevas ideas? Sois católicos, y os interesais por la suerte de las clases mas pobres y numerosas de la sociedad; ¿proclamaréis á voz en grito y sin distincion de casos esta voz de libertad, que en tantos países ha roto tan sagrados vínculos y librado al hombre de todo deber, esta voz de igualdad que ha igualado los templos con el suelo? Sois católicos, y profesais las doctrinas de orden, de unidad, de absolutismo, si se quiere; ¿os alegraréis cuando lleguen á vosotros los gemidos de los infelices polacos oprimidos por el autócrata en nombre de la unidad y centralizacion, los lamentos y miseria de los irlandeses democráticos monopolizados por los torrys ingleses? Visteis con dolor como una derrota de vuestros principios la Grecia emancipada del despotismo otomano, emancipada la Bélgica de la intolerancia protestante? A tales inconsecuencias, á monstruosidades tales nos espondríamos, si quisiéramos enlazar la religion con algun sistema político, y á ellas se esponen con demasiada frecuencia por desgracia aquellos á quienes pueden mas las pasiones terrestres que los sentimientos religiosos.

Estas diferencias políticas tanto mas acaloradas cuanto me-
mos comprendidas en sus teorías, si bien representadas por intereses harto tangibles y por cálculos sobrado positivos en la mayor parte de los que las profesan, son invencion á lo mas del siglo pasado, y consecuencias inmediatas de los gobiernos representativos; pues ántes no reinaban mas diferencias que las de nacion á nacion, y si bien entre las clases existian radicalmente rivalidades y pretensiones opuestas, pasando poder de unas á otras, este cambio se obraba pacífica é insensiblemente, ó bien se resolvía en luchas sangrientas pero cortas, en las que poca parte tenian las teorías. El poder era pues uno, una la nacion, y uniforme la marcha que seguia: no ofrecia entónces dificultad alguna el que la religion se confundiera, por decirlo así, con el poder terreno, cuyo foco solo era uno, y que desde aquel centro comun derramaria con igualdad sus rayos so-

bre todas las clases, y templara con su benéfico influjo la acción harto dura y material de cuanto es puramente humano. El poder se ha fraccionado ahora; las pretensiones se han dividido y puesto en completo desacuerdo; pero la religion debe permanecer en su centro, único elemento de unidad, y por lo mismo de salvacion que nos queda. Si en vuestra lucha quereis aprovecharos de su influjo contra vuestros enemigos, acercaos al lugar donde está fija, que ella os amparará con su sombra; pero no la movais de su puesto para hacerla servir de bandera y llevarla á donde querais, haciéndola, si venceis, cómplice de los excesos de los vencedores; si perdeis, partícipe del abatimiento y oprobio de los vencidos, y siempre objeto de odio para muchos, de quienes es tambien madre universal.

Tal vez echaréis ménos los dias felices en que *la corona y la mitra se prestaban su brillo mutuamente*, y en que unidos los dos poderes como hermanos sin rivalidad y sin sospechas de que pudiera nunca haberla, dejaban ménos marcados y casi confundidos los límites de su jurisdiccion. Razon es echarlos ménos, y nadie mas que nosotros desearia ver establecida aquella suave dictadura, aquel derecho de paternidad que ejerció la religion sobre los pueblos despues de la ruína del imperio romano, y que creó las naciones modernas; pero esta dictadura ¿toca acaso á la religion el pedirla? El mundo se la dió, el mundo debe volvérsela. Por saludable, por benéfica que fuera esta tutela, pasaria por interesada, por usurpada tal vez, si la religion se anticipara á reclamarla. Dia vendrá, y acaso no está léjos, en que los pueblos la invoquen otra vez, en que los pueblos se la pidan de rodillas, porque el mundo está corrompido y degenerado como el del imperio romano, porque en el órden de las ideas ha habido una devastacion y ruína semejante á la que con la invasion de los bárbaros del Norte hubo en el órden de los hechos: entretanto conviene á la religion esperar y estar pronta para acudir al socorro. Ella fundió los

pueblos en uno haciendo olvidar los nombres de vencedores y vencidos, ella fundió mas tarde las clases borrando las distinciones de siervos y señores, y entregó las naciones compactas y poderosas en manos de los monarcas, que luego desvanecidos con su poder quisieron subyugar á la misma que se lo habia dado. Tres siglos de concesiones por una parte, y de invasiones por otra, no bastaron para romper los estrechos vínculos que las unian, y aun en nuestro siglo han resonado juntos los nombres de altar y trono como símbolo de alianza. La misma confianza que habia depositado en el estado la religion, abandonándole á veces sus prerogativas, ha servido de arma luego para despojarla de ellas. No, repetimos, no conviene dejar al arbitrio de las vicisitudes terrestres y de eventuales circunstancias los límites que separan lo espiritual de lo civil, el cielo de la tierra. Los pueblos diz se han emancipado y que no necesitan ya de la tutela de la religion, sino de un gobierno fuerte y compacto; sea muy en hora buena: pero sepárense los bienes del tutor de los del pupilo, ya que tan buena cuenta dió aquel de su administracion. Muestre la religion á los que la culpan de usurpadora del poder terreno en cuán poco lo tiene, á no ser por el bien con que pudiera emplearlo en favor de los pueblos mismos, y á los que se jactan de ser su apoyo cuán poco los necesita para su sostenimiento, y que su apoyo viene de mas arriba.

La amigable alianza que largo tiempo medió entre los dos poderes temporal y espiritual, y la especie de tutela que ejercia mutuamente uno sobre otro, prestando el primero al segundo fuerza y decoro visible, y este á aquel sancion y apoyo moral, confundió de tal modo sus límites respectivos, que á las veces no es muy fácil distinguir dónde acaba el derecho de cada uno, y empieza la invasion. Por esto no es de extrañar que nuestros ojos acostumbrados á verlos marchar, especialmente aquí en España, siempre juntos y enlazados, se asom-

bren y se escandalicen en el momento del fatal divorcio y separacion, necesidad inevitable de los tiempos que corremos: no es de estrañar que falte la serenidad de ánimo conveniente para sacar el mejor partido de esta separacion, dando á cada cual lo suyo, y para que la religion, devolviendo al poder humano las pocas joyas y adorno exterior que de este recibió el dia de su enlace, pueda reclamar lo que nadie podrá quitarle, lo que trajo de la casa de su padre, lo que trajo de los cielos. No dirémos ciertamente que no sea lamentable esta ruptura, y mas lamentable las circunstancias que la ocasionan: van tan unidos los intereses del cuerpo con los del alma, y el sosiego y bienestar de entrámbos; pero tampoco es justo afligirse mas allá de cierto punto. Hombres de poca fe han clamado que la Iglesia perecia, porque el poder le retiraba su brazo; que el templo se desmoronaba, porque se le despojaba de sus adornos y colgaduras; que la religion habia desaparecido, porque retirada en el santuario no la veían ya en medio del mundo ejerciendo en las cosas civiles su influjo saludable. Dejad, dejad que se la despoje del manto de púrpura y de las insignias de autoridad que recibió un dia; malo es, pero al fin no es parte suya integrante, no es mas que un vestido, y para vestido le bastan los propios resplandores emanados de su cuerpo. No es por ella en todo caso por quien hay que temer; es por el órden civil, es por los gobiernos, porque no comprendemos este órden sin moralidad, ni moralidad sin religion. ¿Dónde irá á buscar su sancion la autoridad? su base y su apoyo la ley? No comprenderiamos mas respuesta á estas preguntas que la disolucion y la muerte, si no observáramos que la religion conforme es echada de los códigos va entrando en los corazones, y que su existencia de hecho durará aun cuando termino la de derecho.

Sea de esto lo que fuere, conviene mucho la precisa demarcacion y deslindamiento entre lo que es de la creencia eterna

de la religion, ó de la constitucion misma de la Iglesia, y lo que son meras prerogativas accidentales y de origen humano. Conviene que la religion abdique, por decirlo así, sus cargos exteriores (1) para cuidar mejor de sí misma, que abandonando el mundo y las sociedades terrenas, que conservó mientras estuvieron bajo su cuidado, concentre en cierto modo sus fuerzas, y se encastille en su primitivo y sagrado recinto, para poder así repeler con mas brio y dignidad á cualquier profano que se atreva á perseguirla dentro de su mismo imperio, y á invadir su jurisdiccion.

Sí, cuando abogamos por la separacion de la Iglesia y del estado, de la religion y de la política, es solo para salvar la independenciam de la primera, que ya no era mirada cual un dia como madre, sino como sierva de los gobiernos; es para terminar las fatales disensiones que tan larga fecha cuentan, y que tomarian en la actualidad un carácter mas que nunca alarmante; es por fin para que sea mas posible y mas vigorosa la resistencia que debe oponer la religion siempre que se atente á su libertad ó á su vida que es lo mismo. Para entónces, osaremos decir, debe guardar toda su energía; y esta mezcla de mansedumbre y desprendimiento en todo lo que no es puramente del cielo, y de inflexibilidad y teson en lo que le viene de arriba y afecta su existencia misma, pudiera presentar un espectáculo brillante y un contraste magnífico, á cuya grandeza no se atrevieran á cerrar los ojos sus mas encarnizados enemigos. La religion lo presentó ya una vez en los tres primeros siglos de la Iglesia, cuando los cristianos fieles á un tiempo á su Dios y á su soberano, y que tal vez habian derramado su sangre en defensa del emperador, vertian el resto de ella en

(1) No se crea por esto que aprobamos el violento despojo de las mencionadas prerogativas, ni que semejantes á los jansenistas nos lamentemos de la brillantez del culto ni de los honores que justamente se han dispensado á la religion.

defensa de su fe contra el emperador mismo, no resistiendo con la fuerza material, sino con las almas y con la convicción, abandonando los cuerpos á quien sobre ellos mandaba, pero reservando el alma para el único que puede ser su dueño. Afortunadamente no es en el día necesario, ni tal vez conveniente, un martirio estrictamente entendido; sobran otros medios de defensa que nos prestan las circunstancias particulares del tiempo; y aun cuando fuera posible un encarnizamiento igual de parte de los gobiernos al que emplearon los Césares romanos contra la fe de Cristo, no tuvieran, no, que abrirse otra vez las inmensas páginas del martirologio, porque aquel gobierno sería en breve la primer víctima de su impiedad. La religion se ha infiltrado ya de tal modo en las sociedades actuales, que no es posible hierla sin herirse uno mismo, y la roca indestructible en que está asentada vuelve á enviar con doble fuerza, como allá en Covadonga, los dardos que contra ella se asestan. La Iglesia decia en otro tiempo á los hijos que iban entrando en su seno: *Creed y morid*; ¿qué otro medio de resistencia habia en medio de un gobierno despótico y todo material? Pero ahora se trata de vivir y darle vida, no solo de conservar, sino de propagar. Dios no nos manda desesperar de las sociedades actuales, ni ha pronunciado su ruína como la del imperio romano: y si bien hemos dicho que conviene á la religion abandonar la esfera política, es con la intencion de guardarse para mejores tiempos, es salir de su recinto para dominar mejor los hechos de afuera, y aprovechar el momento en que ó llamada de nuevo, ó elevada en brazos de sus hijos fieles, pueda de nuevo plantar su sagrada bandera como signo de redencion.

Y aquí conviene distinguir dos ideas cuya confusion produce graves inconvenientes y da motivo á errores y calumnias: la de religion, y la de los hombres religiosos; la del elemento é institucion misma, y la de todos los miembros que encierra en

su seno y vivifica. La religion, ó la Iglesia que no es mas que su organizacion, como mero espíritu y abstraccion, si es lícito espresar así nuestra idea, no tiene mas que armas espirituales para defenderse, y gime y resiste invisiblemente: pero cada cual de sus hijos tiene una existencia concreta en que se personifica esta resistencia y este gemido; y sus hijos, al mismo tiempo que católicos, son tambien ciudadanos y miembros del estado, y tienen derecho de introducir en él y hacer triunfar sus principios, sus convicciones religiosas, mil veces mas fuertes y enérgicas por cierto que todas las que pueden producir los sistemas políticos. Tienen derecho á esta *soberanía individual* que se cree invencion moderna, y no es mas que una declaracion ridícula y pedantesca en sus formas, falseada y alarmante en sus aplicaciones, del influjo que ha ejercido siempre la mayor ó la mas ilustrada parte de la nacion, y que como alma encarnada en una ú otra forma de gobiérno ha hecho marchar á los pueblos, á no ser en épocas pasageras de crisis. Pues bien, en nombre de esta opinion pública, de esta *soberanía ó libertad*, ó como se llame, proclámese la rehabilitacion de las doctrinas religiosas, no de un modo vago, teórico y tal vez hipócrita, sino práctico, realizable y sincero. En nombre de la libertad, en uso de vuestra soberanía, pensad en la conservacion de vuestros templos, en la defensa de la unidad de la Iglesia, en la educacion de vuestros hijos, en la garantía y mantenimiento de todos vuestros derechos y propiedades: callar en tan solemnes circunstancias, cuando se citan á juicio tan sagrados objetos, es dar el voto á sus destructores, es poner su firma al pié de las órdenes de irreligiosidad y ruína que han estado á la órden del dia. ¿Qué extraño pues que una pandilla débil en número y fuerza, poco escrupulosa en sus medios, descabellada é incierta en sus fines, haya logrado llamarse nacion española? Si los hombres religiosos que componen el nervio de ella, si los que pagan sus contribuciones y

callan, se hubieran puesto á dirigir el movimiento que les aterraba, y á apoderarse de las riendas, ó al ménos á contrariar con una resistencia pasiva pero firme las medidas revolucionarias, ¡cuántos males se hubiera ahorrado España! Porque no eran sus representantes, no, los que yermaron los conventos, los que arrasaron las iglesias, los que abolieron los diezmos, los que grosera y cínicamente insultaban al anciano Padre de los fieles. ¿Y por qué pues callaron aquellos? ¡Ah! porque muchos enlazaban la religion con la política demasiado, porque no sentían que sus enemigos se desacreditaran aun á costa de los mayores males de la Iglesia, porque rehusaban con desacordado desden hacer uso de las armas que les prestaban sus contrarios mismos, porque forjándose un plan mitad político, mitad religioso, exclamaban «todo, ó nada», como si no fuera todo para un cristiano una Iglesia independiente, una religion firme y robustecida. Pero el que esto escribe, por lo mismo que desea la separacion de aquellos dos elementos, cree que nunca es tarde, nunca fuera de tiempo para salir á la defensa de la religion, que la religion como institucion debe quedar fuera de la política; pero que los hombres religiosos tengan en política el partido que quieran, vencedores ó vencidos, nunca están dispensados de prestar su apoyo á la que todo lo domina, y se cierne pura é intacta sobre cualquier trastorno, como la paloma sobre las aguas del diluvio.

JOSÉ MARIA QUADRADO.

QUEVEDO

COMO ESCRITOR POLÍTICO.



No solamente uno de los poetas españoles de primer orden, sino tambien un prosista de los mas aventajados del siglo XVII, es el incomparable, original y fecundísimo ingenio cuyas obras jocosas andan en manos de todos, y cuyos tratados serios apenas fueran conocidos, si no los preservase de completo olvido el renombre europeo de su autor. Desgracia es esta de Quevedo, y no injusticia de sus lectores. Los que buscan en los libros solaz y entretenimiento no pueden ménos de pasar sabrosísimos ratos con el caudal inagotable de chistes, equívocos y malicias del Juvenal moderno, mientras los pocos que apetecen lecturas sólidas é instructivas se ven como precisados á cerrar el tomo cansados de tropezar con los defectos de índole, método y estilo en que tanto abunda el discípulo de Séneca y de Zenon. En el primer género es un modelo que desespera por inimitable, en el otro un dechado imperfecto que sin grande cautela no se debe imitar. Por esto á unos les retoza la risa en el cuerpo al ver la maestría con que zahiere y descubre el ridículo en todas las clases de la sociedad, y á los otros se les arruga el ceño á pesar de la vehemencia con que declama contra los vicios que corroen las sociedades. La gracia de sus donaires basta para desarmar la crítica del comun de los lectores, al paso que sus discursos filosóficos no siempre van vestidos de un arnes para ellos impenetrable; así es que se conoce en Quevedo mas bien al decidior alegre y mordaz, que no al pensador austero y profundo.

Un crítico y no de mediano discernimiento ha dicho que solo en sus obras satírico-morales se encuentra al verdadero Quevedo, puesto que las producciones ascéticas y doctrinales de su edad madura no son mas que una especie de sacrificio para espíar las travesuras y liviandades con que su fácil pluma salpicó los escritos de su juventud. Mas, como en el juicio de estos desahogos juveniles, tildando espresiones que otros celebrarían por muy felices, se muestra tan severo en principios literarios como lo era Quevedo en principios filosóficos, nada tiene de extraño que trate tambien con demasiado rigor aquellos de sus escritos que revelan intencion mas profunda. Unos y otros, aunque al parecer tan opuestos, no dejan de ser frutos legítimos de una misma pluma. En todos ellos creemos la misma espontaneidad, sino el mismo acierto. La naturaleza dotó á nuestro autor de un espíritu tan elevado como festivo, y su talento á nuestro juicio fué casi tan maravilloso como su ingenio. Si se tantea la capacidad intelectual de un escritor por el mérito respectivo de sus escritos, temeraria y aun insostenible parecerá nuestra asercion; mas, si tomando en cuenta las circunstancias que perjudican al valor intrínseco de las obras serias de Quevedo, apartamos la vista de los muchos lunares que las afean, y en vez de apreciarlas en su conjunto, fijamos la atencion en la multitud de rasgos sublimies de que están sembradas para deducir de ellos la fuerza de inteligencia que los ha producido, no dudamos que nuestra humilde opinion fuera robustecida con otras de mas nota y valía. La perfeccion de un parto literario depende así del genio como del buen gusto de quien lo ha dado á luz. La naturaleza y el arte no siempre requieren la igualdad para enlazarse en legítimo consorcio: así es que en el orbe literario se ven tantos hijos raquíticos ó mestizos. El genio se debe todo al hombre, y el gusto en gran parte al siglo. Este es un aumento de riqueza intelectual, cuyo logro está sujeto á extrañas influencias; y en épocas en que se halle corrompido ó em-

piece á corromperse, con mas frecuencia el mal gusto arrastra al genio que no el genio salva al buen gusto. El de Quevedo ciertamente no era muy acendrado. Sus obras filosóficas son unos joyeles en que trozos de vidrio y de ordinaria pedrería están revueltos con diamantes de subidos quilates. Desgracia fué pues de su talento no haber florecido en época mas favorable. Medio siglo ántes su brillo fuera mas puro: dos siglos despues sería ahora el primero de nuestros escritores.

Lástima es que los que actualmente se dedican al cultivo de las letras apenas empiezan á resplandecer en la esfera literaria, cuando son arrancados ó se trasladan ellos mismos á la arena política para lucir en órbita mas elevada si se quiere, empero tambien ménos serena y apacible. Si los estudios literarios no estuviesen casi exclusivamente confiados á jóvenes de mas audacia que talento, metidos á periodistas, como si fuesen comisionados de los fabricantes de papel para procurar el consumo de este género, ó bien por el prurito de enseñar al público sus primeras declaraciones amorosas ó sus cómicos arrebatos de celos; en vez de las descarnadas biografías de Quevedo que se han reproducido en esta época de progreso intelectual, tendríamos ya alguna disertacion profunda y razonada, en la que por el completo análisis de sus obras desmenuzadas párrafo á párrafo, por la curiosa investigacion de alguno que otro hecho ó idea particular, por la correlacion con los sucesos políticos ó literarios de su época, se verian claramente los rasgos característicos del espíritu de Quevedo, se daría á conocer (permítasenos esta espresion) el diverso peso específico de su talento, y se comprendiera la marcha y enlace de unas ideas que dan tan diferente aspecto á su doble fisonomía. No hay duda que si hubiese nacido allende los Pirineos, ese precioso trabajo, lo poseerian ya los franceses, y con él se habrían enriquecido algunas páginas de sus escelentes y filosóficas revistas.

Tarea sería esta de mas fatiga que lucimiento, mas no por

esto arredraria á un verdadero amante de las glorias de la literatura y nacion españolas. Muchos son los requisitos necesarios para llevarla á cabo debidamente: porque ademas de poseer el critico ó historiador de Quevedo suficientes conocimientos acerca de las materias que trató, y de la época en que vivia, menester fuera tambien que estuviese empapado de una erudicion casi inmensa, como estarlo solian los grandes escritores del siglo de oro de nuestra literatura. Solo así es posible discernir lo que en sus obras era parte de lo que acopiaba su memoria, ó producto de lo que elaboraba su inteligencia. Ahora los que estudian, por decirlo así, rumian y digieren las ideas ajenas hasta confundirlas é infiltrarlas en las suyas propias: y el escritor concienzudo da pensamientos suyos, ó que ha hecho suyos por medio de la meditacion y del estudio comparativo de diferentes sistemas. Entónces solo se transferian las ideas de un libro á una cabeza, para pasar despues intactas y sin modificacion alguna desde la cabeza á otro libro en que las frecuentes citas absolvian al transcriptor de la nota de plagiaro. Componer un tratado era descargarse de una multitud de dichos y sentencias que, como en estantes nemotécnicos, conservaba la memoria, y el talento y mérito del autor se conoce por las ideas propias que con aquellas mas ó ménos diestramente revolvia. Que esto fuese una moda perjudicial no hay para que decirlo; pero que el sesudo Quevedo, con toda la perspicacia de su ingenio y la fuerza creadora de su talento se sujetase á ella, y aun sirviese para autorizarla, tampoco hay que estrañar. ¿Qué escritor no participa de la atmósfera en que respira? Quién tan desprendido, que se atreva á luchar solo contra la corriente, so pena tal vez de no ser leído? Quién tan previsor, que vea la gloria póstuma en contradiccion con el aura popular que le rodea? Lope de Vega, Jáuregui, Quevedo pagaron su fatal tributo al culteranismo de que se habian donosamente builado: Gil y Zárate al mas deshecho romanticismo, Hartzembusch á los

melodramas: Zorrilla, Breton y Rubí no se han corrido de ver sus nombres estampados en un periódico en que las Musas se vestían de fregonas, y se hacia objeto de risa á la pobre literatura española.

Requerir las condiciones indicadas para estender el juicio crítico de las obras serias de Quevedo, es lo mismo que confesarnos inhábiles para dar feliz cima á tamaña empresa. Acreditado pintor ha de ser el que forme su retrato de cuerpo entero; nosotros ni en miniatura podríamos hacerlo. Las sencillas reflexiones que hemos emitido se dirigen únicamente á cualquiera de nuestros verdaderos literatos para estimularle á que rinda un jasto homenaje á tan ilustre escritor: son mas bien que un exordio una ingenua amonestacion, una idea arrojada al público para que se apodere de ella quien se halle con fuerzas suficientes para desempeñarla. Cervantes ha tenido dignos comentadores y críticos eminentes que hicieron objeto de sus estudios é investigaciones unas obras que vivirán siempre, y vivirán por sí mismas; las serias de Quevedo perecerán con el tiempo á falta de ediciones ó mas bien de lectores: por lo mismo sería de desear las sobreviviese un opúsculo filosófico, atinado é imparcial, en que reasumido su espíritu, indicadas las fuentes de sus bellezas, y demostradas las causas de sus defectos, pudiese aprender la posteridad cuáles eran los diversos géneros de elocuencia, cuáles las formas y estilo con que engalanaba sus pensamientos, cuáles los títulos en que fundaba su gloria el varon insigne que fué á un tiempo historiador y político, teólogo y escriturario, imitador de Séneca y de Tácito, traductor de Epitecto y de san Francisco de Sales. Como se han perdido tantos de sus escritos, y leer los que nos han quedado se hará de cada dia mas difícil y empalagoso, ni en las áridas biografías, ni en las amargas censuras, ni en los vagos y pomposos elogios podrá uno formarse idea cabal y acertada de lo que como filósofo Quevedo valia.

Mas porque no se diga que encabezamos en valle nuestro pobre artículo con tan respetable nombre, dedicaremos algunas observaciones á los tratados que nos lo presentan como el de un escritor político, en el sentido que tenia entónces esta palabra. Prescindiendo de las muchas alusiones y sentencias, de las punzantes ironías y embozadas reflexiones que no fuera difícil recoger del variado cúmulo de sus versos, vamos á fijarnos un instante en su *Política de Dios y Gobierno de Cristo*, obra mas ingeniosa que profunda, mas laudable por la intencion que por el desempeño, de miras mas elevadas que practicables, y tal vez la de Quevedo que mas pronto da al traste con la paciencia del lector. En ella campean sus vastos conocimientos de las escrituras y santos padres, á la par que el pernicioso influjo de discutir sutilmente sobre el testo que apoya sus máximas, y el prurito de buscar en otros testos nuevas analogías ó contrastes para dar mas campo á sus prolijas argumentaciones. Esto no solamente hace incómoda y pesada su lectura, sino que con harta frecuencia apenas deja despuntar la idea política entre las escolásticas divagaciones y verdades de distinto género que la envuelven y ahogan. Pero en cambio la severidad de sus máximas políticas se aviene de tal manera con la pureza de la moral evangélica, que á ser posible encontrar amenudo con un príncipe tal como lo desea Quevedo, no dudáramos en decir con uno de sus aprobantes: *Dichoso el rey que obrare con tales medios: felicísimo el reino que se viere gobernado con tales advertimientos.*

Engañaríase y mucho quien pensase ver en el libro de Quevedo una obra que tenga visos de semejanza con las mas célebres de los publicistas modernos. La ciencia política ha cambiado de intencion y de aspecto. Entónces estaba reducida á un conjunto de advertencias mas ó menos saludables para ilustrar, dirigir y mejorar el entendimiento de los príncipes, fuente inaccesible de la que debía emanar el bien de los súbditos.

tos y la prosperidad de sus estados; el escritor político no era mas que un hombre mas ó ménos instruído, á quien su celo ó su presuncion metia á consejero privado y á predicador de su Magestad, ó cuando mas de sus validos: á los pueblos no se les dirigia la palabra, ni siquiera para exhortarles á la obediencia, porque bien se sabía entónces que solo obedeciendo pueden estar tranquilos, y solo estando tranquilos pueden ser felices. Mas ahora la ciencia ha salvado aquellos límites, y para preservar de ruína al edificio social ha querido examinar primero las bases sobre que estaba construído. Ha considerado las relaciones que unian á gobernantes y gobernados, y sembrando recelos entre unos y otros, ha tenido que arbitrar garantías legales para substituir á la del mutuo afecto que aturdidamente destruía: por esto medrosa y desconfiada fija hasta cierto punto los grados de estrechez á que deben llegar aquellos vínculos, y va preguntando por su legitimidad no solo á los tiempos fabulosos, sino hasta á los imaginarios. La felicidad de los pueblos es ahora como antiguamente su objeto primordial, pero haciéndola estribar, mas bien que en la acertada direccion del monarca, en la trabazon y enlace de un sistema, se lisongea de ponerla fuera del alcance de las malas pasiones de los hombres. Antes se creía que dado el conveniente impulso al regulador, la máquina andaria perfectamente; ahora cada cual juzga necesario desmontarla pieza por pieza, multiplicar resortes, y aun reconstruirla de nuevo para que funcione á su gusto. Depende esto de que los políticos antiguos daban mas importancia á las personas que á las instituciones, y los modernos atribuyen á la sola bondad de estas últimas una eficacia exagerada. Ni andaban del todo descaminados los primeros, ni es remedio siempre infalible el de los segundos. Rodead sino á un pueblo de una triple barrera de escelentes instituciones, y decid si podeis afirmar con juramento que nunca escalarán las sillas del poder supremo la petulancia, la ambicion y el egoismo: mas, que

depare la Providencia un príncipe á todas luces eminente, y á fe que poco sentirá el verdadero pueblo la falta de sus mas queridas instituciones. Hemos observado, y sea dicho de paso, que siempre que alguno se pone á declamar contra el absolutismo, no deja de ponderar las aviesas inclinaciones del hombre, suponiendo á la humanidad mas estragada de lo que está; y cuando trata de enumerar las ventajas del sistema representativo, cree con ingenua candidez en el buen sentido, en la razon, en el desprendimiento de la mayoría de los hombres, favoreciendo cuanto puede el retrato de la humanidad: cambia de pincel, pero ni una ni otra vez acierta con el verdadero colorido.

No es extraño pues que el juicioso Quevedo aunque de talento superior siguiese en su libro de política las huellas de sus contemporáneos. ¿Y por qué recurrir á nuevas teorías? Recientes eran los recuerdos que dejara la monarquía española, gloriosa y brillante bajo el pendon de Carlos I, respetada y poderosa bajo el cetro de Felipe II, y si era triste comparar esos recuerdos con el espectáculo que presentaba esta monarquía misma agobiada, enfermiza y medio desangrada, tambien era obvia la comparacion de aquellos dos monarcas con el que entónces abandonaba las riendas del gobierno á un valido para adormecerse en brazos de las Musas y de los placeres. ¿Á qué buscar un secreto origen á los males que chorreaban sobre la nacion, cuando saltaba á la vista una causa tan influyente y poderosa? España en su apogeo y en su decadencia habia tenido el mismo régimen, pero no tenia el mismo rey. ¿A qué transformar los principios constitutivos de una sociedad, cuando para salvarla hubiera bastado transformar un hombre solo? Despertar pues á Felipe IV en medio de sus agradables ensueños, hacer del heredero un rival, del nieto degenerado un digno émulo de sus abuelos, transfundir en su pecho la actividad y energía, la infatigable laboriosidad, el talento, el carácter, el

espíritu de sus antecesores, tales eran las miras elevadas de Quevedo, la intencion de su libro, el fruto que esperaba de de sus vagas, generales y embozadas lecciones.

Mucho, le decia, *teneis que copiar en Cárlos V si os fatigaren guerras estrangeras, y ambicion de victorias os llevare por el mundo con gloriosos distraimientos. Mucha imitacion os ofrece Felipe II si quisiéredes que valga por ejército en unas partes vuestro miedo, y en otras vuestra providencia.* Mas no satisfecho aun con estos modelos, que como humanos dejan traslucir algunos defectos al traves de sus brillantes cualidades, en vez de compendiar sus vidas y examinar sus acciones pesándolas en balanza imparcial y comen-tándolas para enseñanza de los príncipes venideros; su imagina-cion se remontó á mas alta esfera, á fin de hallar un modelo todo divino, y con admirable estudio y sutileza de ingenio descubrió notables documentos y reglas de sana política en el testo mismo de los evangelistas, *cuya verdad es inefable, el volúmen descansado, y Cristo el ejemplar.* Sabía que en su tiempo la voz de la religion ejercia tan fuerte como saludable imperio en el entendimiento y corazon de los españoles, decia *que tiene tal privilegio el razonar de la persona de Cristo, que pone en libertad la mas aherrojada lengua,* y por esto juzgó que era lo mas apropósito dar á su language la dignidad del sacerdocio, y revestirse, por decirlo así, del hábito de pre-dicador, para que las verdades políticas penetrasen en los oídos del indolente monarca como deduccion legítima de las verda-des del evangelio. Presentóle á Cristo como rey y espejo de reyes: y para cada máxima que entendia en el bienestar de los pueblos sobre la tierra, buscaba una paridad y analogía en las máximas bajadas del cielo.

Quevedo no hubiera comprendido un rey que reina y no gobierna sino á la manera de los dos últimos Felipes, y nada le parecia mas dañoso para la república que un rey que

reinase y no gobernase. Por esto le quería que gobernase solo, siempre y en todas partes, le reprehendia hasta el recreo de la caza, le escatimaba hasta el descanso del sueño. *Reinar es velar*, decia. *El rey ha de velar para que duerman todos, y ha de ser centinela del sueño de los que obedecen. Rey que duerme gobierna entre sueños, y cuando mejor le va sueña que gobierna.* Este sueño metafórico era lo que atormentaba el alma de Quevedo: así es que sin valerse de metáforas ni rodeos, tronaba con voz clara y distinta á los oídos del soñoliento monarca. *Rey que llama criado al que le violenta y no le aconseja, al que le gobierna y no le sirve, al que toma y no pide, no pasa la magestad del nombre: es un esclavo, á quien para mayor afrenta permite Dios las insignias reales. Este tal señor hace justicia de sí propio, y depónese á vista del mundo de la dignidad que alcanzó de Dios para su condenacion: y cuando se resigna á sí en otras manos, confiesa su insuficiencia. Porque cuando en un rey reina un criado, la lengua de la verdad no le llama rey, sino reino de su ministro. Y en otra parte: Mas provechoso es al príncipe el que le da cuidado, que el que se lo quita; porque siendo cuidado el reino, le quita el reino quien le quita el cuidado. Y no solamente exige la accion continua é incesante del poder supremo, sino que carga sobre los hombros del monarca toda la responsabilidad moral que pudiera pesar sobre los de sus representantes. Justamente se deben á los reyes las alabanzas de los buenos ministros, pues justamente padecen las quejas que ocasionan los que son malos. Por esto deben considerar cuando eligen gobernadores, que en diferentes personas se eligen á sí mismos.... Rey que disimula delitos en sus ministros hácese partícipe de ellos, y la culpa ajena la hace propia: tiénente por cómplice en lo que sobrelleva.... Señor, el juez delincuente merece todos los castigos de los que lo son y el príncipe que le permite consiente veneno en la fuente*

donde beben todos. Peor es permitir mal médico que las enfermedades. Estrechando pues de esta manera al monarca, encareciendo lo indeclinable de sus deberes, protestando contra el menor de sus descuidos, razon tenia en decir: Las coronas todas de los reyes parecen de oro, y son de abrojos. Los que parecen reyes y no lo son, corónense del oro que es apariencia: el que no parece rey y lo es, corónese de las espinas que forman su corona, no del engaño precioso que mienten los metales.

Tanto valor daba Quevedo á la institucion del trono, tanta confianza tenia en el prestigio que rodea á la persona que lo ocupa, que así como le recomendaba altamente que ni por un momento entregase á un valido las riendas que Dios habia puesto en sus manos, le exhortaba tambien que no sujetase servilmente su razon á la razon del mayor número de sus consejeros. Quería un príncipe mas sabio que todos ellos. Quevedo no tendria mucha fe en el sistema de las mayorías, puesto que dejó escrito: *Aquel monarca que de las consultas elige por bueno lo que votaron los mas, es esclavo de la multitud, debiendo serlo de la razon. Si el príncipe no sabe por muchos, muchos son los que le engañan. Pues quien juzga por lo que oye y no por lo que entiende, es oreja, y no juez. Y no es que los tuviese por infalibles; pero creía atajar así abusos mas funestos. De ninguna manera conviene que el rey yerre; pero si ha de errar, ménos escándalo hace que yerre por su parecer que por el de otro. Nada ha de recelar tanto un rey como ocasionar desprecio en los suyos, y este solo por un camino lo ocasionan los reyes, que es dejándose gobernar. Y así como estaba persuadido de que su voto podia valer el de un consejo, así estaba seguro de que su espada valia por las de una hueste numerosa. Rey que pelea y trabaja delante de los suyos obligalos á ser valientes: el que los ve pelear los multiplica, y de uno hace dos. Quien les manda pelear y no los*

ve, ese los disculpa de lo que dejaren de hacer: fia toda su honra á la fortuna, no se puede quejar sino de sí solo. Diferentes ejércitos son los que pagan los príncipes, que los que acompañan. Los unos traen grandes gastos, los otros grandes victorias. Á los unos sustenta el enemigo, á los otros el rey perezoso, entretenido con el ocio de la vanidad acomodada. Una cosa es en los soldados obedecer órdenes, otra seguir el ejemplo. Los unos tienen por paga el sueldo, los otros la gloria.

Considerado el ahinco de Quevedo en hacer de la persona del rey el único y verdadero resorte de la monarquía, alguna de esas cabezas ardientes que á todo monarca absoluto aplicarían el epíteto *demovoros* (comedor de pueblos), como el enojado Aquiles al pastor de reyes Agamenon, pensara tal vez que la *Política de Dios* es un libro que no solamente enseña el despotismo, sino que trata de santificarlo. Mas no es así. Déspota, es el rey que quiere un pueblo hecho para sí; Quevedo queria un rey hecho para su pueblo. Atendia á la causa final, y no escudriñaba la causa eficiente. La ciencia moderna á quien no arredran peligros cuando trata de llevar adelante sus investigaciones, tomando la frase en acepcion mas ó ménos lata, desea los reyes hechos por el pueblo y para el pueblo. Los antiguos disentan en el *por*, y andan acordes en el *para*. Quevedo infundiendo á los reyes una sublime idea de su dignidad, animándoles con el ejemplo del Rey eterno, esforzándose en dotarles de un infatigable desvelo, de una voluntad inalienable, de un temperamento de alma superior al de los demas hombres, pretendia realizar la fábula con hacer de ellos unos verdaderos Atlantes de sus monarquías. Queria sí, que en las aras del pueblo la víctima coronada se sacrificase ella misma; pero no decia á los vasallos que debian ser el ídolo ó el sacrificador. Introducia su voz en los palacios para acallar con su severo grito el lisonjero murmullo de los aduladores; mas no la desperdiciaba

en las plazas públicas para recoger los aplausos de la multitud. No era un tribuno que hablase en nombre del pueblo reclamando sus derechos, era una especie de profeta que hablando en nombre del cielo intimaba á los monarcas el cumplimiento de sus obligaciones. De esta suerte sin temor de humillarles, ni de mermar su prestigio, ni de empañar el lustre de la diadema, se atrevía á recordarles su origen y á intimidarles con proféticas amenazas. Con enérgicas pinceladas, tomadas de las santas escrituras, bosqueja el cuadro de su nacimiento igual al de los demás humanos, y dirigiéndose á los hombres mortales que por el gran Dios de los ejércitos tienen la tutela de las gentes desde el solio de la magestad, pontífice, emperador, reyes, príncipes, esclama: á vuestro cuidado, no á vuestro alvedrío encomendó las gentes Dios nuestro señor; y en los estados, reinos y monarquías os dió trabajo y afan honroso, no vanidad ni descanso. El que os encomendó los pueblos os ha de tomar estrecha cuenta de ellos. Si os haceis dueños, con resabios de lobos, si os puso por padres y os introducís en señores, lo que pudo ser oficio y mérito haceis culpa, y vuestra dignidad es vuestro crimen. Con las almas de Cristo os levantaiis, á su sangre, á su ejemplo y á su doctrina haceis desprecio: procesaros han por amotinados contra Dios, y seréis castigados por rebeldes. Adelantarse ha el castigo á vuestro fin, y la indignacion de Dios fabricará en vuestro castigo escarmiento á los por venir. Y con nombre de tiranía irá vuestra memoria disfamando por las edades vuestros huesos, y en las historias serviréis de ejemplo escandaloso.

Prolijo sería descender á examinar una por una las ideas de administracion sentadas en este libro; basta decir que si bien no son todas una consecuencia directa, clara, precisa y terminante del pasage evangélico que esposita Quevedo, son sin embargo máximas de una política empapada del espíritu de caridad, que es el alma del cristianismo, y un conjunto de vo-

ces armónicas y robustas en favor del pueblo desvalido y menesteroso. No dirémos que no se deslize tal cual idea exagerada ó propia de aquella época; Quevedo propendia siempre á la hipérbole; aunque filósofo profundo no era un ser excepcional, y debia participar como todos de la influencia de su siglo. Para ser un grande hombre no se necesita ser un fenómeno. El talento es respectivo como la talla. Pero la idea capital que domina en toda la obra, la idea en que tiene siempre clavados los ojos el autor, la idea á que todos sus discursos sin engarce entre sí van á parar como á un centro comun, y que por tan repetida llegara á ser fastidiosa si no fuese tan importante, es preservar á las monarquías de los funestos daños que acarrea el favoritismo, insistiendo en la necesidad de que los monarcas no fien la direccion de los negocios á una cabeza agena, escitándoles á sostener las riendas del gobierno á pesar de su flaqueza, precaviéndoles contra las seducciones del ocio y los sofismas de la lisonja, inspirándoles tanto recelo del valido que arrebatá los cuidados de la corona, como de un ejército enemigo que intentase arrebatá la corona misma. Esta es la tésis que se ha propuesto defender, el blanco de sus tiros, el tema comun de sus apóstrofes y declamaciones. Para esto interesa el amor propio de los príncipes, les envuelve en la sutil red de sus argumentos, les alienta ó humilla con paralelos ingeniosos, y no titubea en arrojar á su cara todas las gotas de llanto que por culpa del ministro los súbditos derramen. No es extraño pues que los parciales y allegados del Conde-Duque juzgasen esta obra una diatriba embozada contra el valido, y una vehemente exhortacion al rey para que le despojase de su confianza. Quevedo no atacaba la persona sino el sistema: su libro era una leccion permanente, no un folleto de circunstancias; no era fruto de la animosidad, sino del celo del bien comun; y con todo le grangeó disgustos, como se deja ver por el tono amargo del prólogo con que en la segunda edicion se

dirige á sus envidiosos detractores. Bien conocia nuestro autor, pues él mismo lo insinúa, que las advertencias á los príncipes deben ser tan compendiosas, claras y terminantes, que puedan gravarse en el entendimiento con la misma facilidad y rapidez que pasan por los ojos, supuesto que ellos no tienen sobrado tiempo para largas lecturas, ni ménos para meditar sobre ellas; empero la moda literaria le indujo á fajarlas de un aparato de erudicion; el espíritu religioso y la agudeza de su ingenio á presentarlas como deducciones directas y particulares de una doctrina proclamada para todo el linage humano; y la falta de libertad á no desenvolverlas lo bastante, dejándolas apuntadas de un modo enigmático, vago y general. Y aun así no creía Quevedo su trabajo perdido, ni desconfiaba de sacar algun provecho para el estado, pues volviéndose á los que juzgaban indigna su burlona pluma de tan altas materias, al paso que manifestaba su modestia, justificaba la intencion de su obra y de su estilo, y valiéndose de dos ingeniosas comparaciones decia: *Si os inquieta que sobrescriba mi nombre estudios severos, y no quereis acordaros sino de los distraimientos de mi edad, considerad que pequeña luz encendida en pajas suele guiar á buen camino, y que al confuso ladrar deben muchos el acierto de su peregrinacion.*

Algo mas conocida en la república de las letras, y mas apreciada por su valor literario es la obra que intituló *Vida de Marco Bruto*. De ella andan esparcidos algunos fragmentos en varias colecciones de trozos selectos de autores españoles, y por ella es reconocido Quevedo por uno de nuestros mas escelentes hablistas. Bajo este aspecto su gloria es inequívoca: si no es el escritor que ha dotado la frase castellana de mas fluidez y galanía; es el que la ha dado mas soltura, laconismo y espresion. Puede que otros sean mas correctos; ninguno mas nervioso. Lo que es la narracion histórica de la vida del famoso republicano se reduce á una mera traduccion de la

que escribió Plutarco: hacíala mas interesante con oportunas adiciones, pero la obra de Quevedo está en los discursos que intercala en el testo, y en las oraciones que á varios de sus personajes atribuye. En estos retazos declamatorios se descubre la fecunda vena de su ingenio, el caudal de su filosofía y la fuerza de su vigorosa elocuencia. Tomando por modelo á Tácito reproduce su enérgica concision, y hace que nuestro idioma no eche ménos las ventajas del latino. Como estaba convencido de su habilidad y maestría en el manejo de la lengua, y conocia á fondo todos los recursos de que podia disponer, quiso ensayar un nuevo estilo, en que la estrechez del período solo diese cabida á una reflexion ó sentencia. Mondaba el árbol de las hojas que hermocean, para que se viesen no mas los frutos que alimentan. Cercenaba las palabras para que resaltasen las ideas; pero á estas ideas despojadas de adornos accesorios, las presentaba con toda la desnudez y vigor de unos atletas. Sin embargo este ensayo le fué perjudicial, y mucho mas á sus imitadores. Formáronse un estilo amanerado para mostrarse breves en razones y en sentido profundos; un estilo árido y ceñudo ménos atractivo que la redondez y magestad del habla castellana. Siendo estos períodos secos y desatados como otros tantos moldes á propósito para vaciar con concepto sutil ó pedantesco; y por otra parte no teniendo Quevedo muy tirantes que digamos las riendas del buen gusto, nada tiene de extraño que en sus discursos se deslizen reflexiones pueriles, argumentos no probados ó probados cuando mas por una antítesis, un sonsonete en la cadencia ó el doble sentido de una palabra. Falto de hilacion y orden progresivo en las ideas, y pagado á veces de pensamientos mas brillantes que sólidos, Quevedo en un mismo discurso arroja á granel sentencias profundas y triviales, ingeniosas y sublimes, pareciéndose á un labrador que en el mismo surco y con el mismo puñado arrojase granos de precioso trigo, de ordinaria cebada, y de avena insustancial.

Examinada ligeramente esta obra de Quevedo en cuanto á su mérito literario, no nos detendremos en entresacar algunas de las máximas políticas, observaciones morales, enérgicas pinturas y elocuentes pasages de que abunda. Materia habria para un vasto artículo. Pero á cualquier lector, por de corrida que lea ese tratado, no podrá ménos de sorprenderle su introduccion. *Mugeres dieron á Roma los reyes y los quitaron. Diólos Silvia virgen deshonestá, quitólos Lucrecia muger casada y casta. Diólos un delito, quitólos una virtud.* ¿Cómo es que un hombre tan afecto á la monarquía como le hemos considerado, se permite un arranque que no desdijera en la arenga del mas fogoso tribuno? Es verdad que el argumento es mas especioso que sólido, pues muy bien pudiera haber sucedido viceversa, sin que esto corroborase las ventajas de ningun sistema político; pero la novedad de la observacion hiere de tal modo la fantasía, que parece atreverse á seducir el juicio y hacerle considerar como vicioso lo que supone resultado de un vicio: ademas clara y terminante es la sentencia que se encuentra luego; *que un rey malo merece la deshonna para el mérito de seis buenos, y que seis reyes buenos no recompensan la tiranía de uno que es malo.* Mas notable se hará este pasage si recordamos la analogía que tiene con el comienzo de la segunda parte del libro que ántes examinamos. *La descendencia y origen de los reyes en el pueblo de Dios ni fué noble, ni legitima, pues tuvo por principio el cansarse de la magestad eterna, y de su igualdad y justicia. Así lo dijo Dios á Samuel: Non enim te abjecerunt, sed me; ne regnem super eos. Pocos son y ménos valen las coronas, los cetros y los imperios, para calificar en este oficio tan ruin linage como el que tuvo. Para castigarlos les concedió lo que pidieron.*

No cabe duda que al ver encabezado un escrito con estas razones, y al juzgar solamente por ellas, lo tomaríamos por obra de algun acalorado republicano: ¿Sería que el hombre

altamente monárquico, no tuviese entera fe en sus principios, ó que sus convicciones políticas descansasen sobre una base vacilante? Sería que sus ideas, sin cambiar en el fondo, tomasen un matiz diferente segun el cauce por donde corrian, como aquellas aguas que sin alterarse aparecen sucesivamente del color que reflejan? Creemos que no. Quevedo no adulaba á los pueblos, como no habia adulado á los reyes. A pesar de aquellos arranques, era el mismo hombre político, y defendia el mismo sistema. Lo que tal vez origina algun tanto de confusion en sus ideas es el respeto que profesaba á las de los autores clásicos que leía. Preocupóle quizas la lectura de Tácito, y al proponérselo como dechado, se le pegó con la energía de la frase algun tanto de la amargura de su corazon, y de su severidad republicana. Así es que para elogiar la conducta de Marco Bruto, cuando al estallar la guerra civil, se alistó en las banderas de Pompeyo su enemigo personal y matador de su padre, esclama: *Si se juntara á César, fuera buen hijo y mal ciudadano; juntándose á Pompeyo, fué buen ciudadano y dos veces buen hijo... Marco Bruto siguió al que mató á su padre, y dejó al que pretendia acabar con su madre Roma.* Quevedo se dejó arrastrar en estos y otros pasages de la inspiracion de escritores que creían perdida la libertad por el mero cambio de las instituciones. Horrorizados los historiadores del cuadro que se ofrecia á su vista, apelaban á los tiempos antiguos, y achacaban al nuevo régimen lo que era culpa de los hombres, del refinamiento de la civilizacion, y molicie de las costumbres. Los romanos habian degenerado ántes que su gobierno se transformase. La fundacion del imperio no mató la virtud romana, la encontró muerta. Quevedo sabia esto, sabia muy bien que la libertad de Roma no habia perecido por la espada de César. La verdadera libertad, la que es conveniente á los pueblos, solo queda ahogada con el despotismo ó la tiranía; y César no fué déspota ni tirano, *pues los más y*

mejores del mismo pueblo romano le favorecieron en las guerras civiles, y juzgaron benemérito de la corona y dignidad suprema... Tomar para sí solo el dominio, que la multitud de senadores posee en confusión apasionada, no es introducir dominio; sino mudarle de la discordia de muchos á la unidad de príncipe. No es esto quitar la libertad á los pueblos; sino desembarazarla; pues más sujeto está el pueblo á un senado electivo, que á un príncipe hereditario. Las leyes sacrosantas mejor se hallan servidas de uno que las ejecuta, que de muchos que las interpretan Tirano es el príncipe que obedece al apetito, y no á la razón; y por las mismas culpas son tiranos los senados en las repúblicas, y tiranos multiplicados. Vese pues claramente que nuestro autor consideraba la tiranía en el mal uso, no en el origen ó en las formas del poder supremo.

Quevedo en este y otros lugares, con las valientes pinceladas que caracterizan su estilo, hace la apología de César, ¿por qué pues se comprometió á hacer tambien el panegírico de su asesino? En una época en que no se especulaba con el talento, en que los escritores no andaban preguntando por el gusto del público, ni se sometían á la obediencia de un caprichoso editor, en que tan solo escogían los asuntos por la predilección que sentían hácia ellos, curioso sería investigar qué razón pudo inducir á Quevedo á preferir, entre tantas vidas de varones ilustres que nos legó la pluma elegante de Plutarco, cabalmente una que había de ponerle un poco en contradicción consigo mismo, y causarle bastante embarazo para sincerar á su héroe de la fea nota de ingratitud, que envileció su principal hazaña bajo cualquier aspecto se la mire. Cuando el quitar la vida á César, tan atroz y cobardemente como lo hicieron los conjurados, fuese un acto de heroísmo, de ningún modo era lícito á Marco Bruto aspirar á ser héroe. Las mercedes que de César había aceptado le incapacitaban para tal dignidad. Si tanto le

dolia ver á Roma aclamando á César, ¿ por qué no se habia suicidado ántes como el fanático Caton, para salvar así su gratitud y su afectado civismo? Admitir en el infortunio la clemencia del vencedor, no desdeñar la mano que le honraba y engrandecía, encaramarse en hombros de la fortuna por su valimiento, llegar á ser su segundo, su favorito, su amigo; y asesinarle despues, y asesinarle cuando con el nombre de hijo le llamaba á su socorro, ¿ es esta la virtud republicana? Nosotros nos atrevemos á decir que nuestro autor equivocó á su héroe, como lo habia equivocado Lucano. De este aloménos sabemos que el motivo fueron sus opiniones republicanas. Si en la Farsalia hubiese tomado por héroe á César en vez de Pompeyo, tendríamos un poema sin duda mejor, porque hubiera encontrado mas recursos épicos en el carácter y en los hechos de aquel valiente capitan y esclarecido príncipe; puesto que ahora á pesar de los esfuerzos para obscurecerle, á pesar de las vehementes declamaciones para encomiar á su rival, la figura de César es la que destaca mas elevada y espléndida y magestuosa; porque César es el verdadero héroe de la epopeya, como lo fué de la historia.

Considerando á Quevedo como escritor político, parece no debemos prescindir de tomar en cuenta los notables rasgos que de este género abundan en algunas de sus obras jocosas, como por ejemplo en *el Entremetido*, *la Dueña y el Soplón*, en *Tira la piedra y esconde la mano*, especie de folleto ministerial á favor del Conde-Duque, y principalmente en *La Fortuna con seso*, obra de rara invencion, en que describe de un modo fantástico y original la situacion política de Europa y los caracteres peculiares de sus varias naciones y gobiernos. Sin embargo, los pasaremos por alto en gracia de la brevedad, apuntando solamente una observacion para confirmar uno de nuestros anteriores asertos. Los que juzgan con el crítico mencionado que el genio de Quevedo se inclinaba naturalmente al género satírico

y festivo, y que solo por un esfuerzo de su voluntad se habia dedicado á tratar seriamente cuestiones mas austeras y trascendentales, ¿cómo es que no han advertido la suma facilidad con que en medio de sus donaires y chistosas ocurrencias cambia de tono, y abre camino á una serie de reflexiones mas ó ménos profundas, siendo así que rarísimas veces en sus tratados serios desciende al tono alegre y burlesco al cual se le juzga tan propenso? Cómo es que pudo olvidar su instinto en las burlas, y casi nunca su formalidad en las veras? Será que se violentase para aparecer hombre sesudo el que á ménos pensar, cuando iba vestido de arlequin, dejaba asomar por entre los harapos su traje de filósofo? Será que de vez en cuando se pusiese una máscara ceñuda y sombría, cansado de presentarse con su propio semblante risueño y mofador? No: sus facciones se contraían naturalmente; así es que pudo aparecer con tan distinta fisonomía. Quevedo tenia talento como tenia ingenio, poseía un gran caudal de doctrina como de imaginacion, y su espíritu sin afectacion ni fatiga, salia por un impulso igual á espaciarse y remontarse en atmósferas diferentes.

Hemos examinado algun tanto á Quevedo bajo el aspecto político, á fuer de escritores imparciales. No hemos indagado sus opiniones para confrontarlas con las nuestras, encomiándolas en lo que estuviesen conformes, y censurándolas en lo que disintiesen. Las hemos espuesto, y no calificado. Nuestro trabajo es incompleto; pero está dicho ya, no es mas que un llamamiento á los literatos españoles para que en la piedra de toque de una crítica sagaz, filosófica y elevada, manifiesten los quilates del escritor que bajo todos aspectos es una joya preciosa de la literatura española. Nos alegráremos en el alma de haber contribuído con nuestra humilde voz á la realizacion de tan laudable proyecto.

TOMAS AGUILÓ.

DIA DE DIFUNTOS.

He aquí una fiesta severa á un tiempo y consoladora, abundante en todo género de sentimientos, fomentada así por la luz de la fe como por el blando calor de los mas tiernos afectos, una de aquellas fiestas que el cristianismo únicamente ha sabido instituir, generales en su objeto y celebracion; pero de tal modo aplicables á la situacion y al carácter de cada hombre segun el aspecto bajo que se miren, que no parecen sino expresamente inventadas para cada fiel en particular. Así que no pudiera definirse si es un deber sagrado que se cumple, ó una necesidad del corazon la que se satisface; tal es la libertad que á este se deja de desahogar, en medio del himno de dolor ó de gozo universal, sus propias voces y gemidos y los sentimientos individuales que le agitan. ¿Quereis humillaros y engrandeceros, temblar y esperar, llorar y consolaros, reunir en un mismo punto lo pasado y venidero, la vida y la muerte, el tiempo y la eternidad? Volved la vista á uno de esos trofeos de la muerte dominados por un Crucifijo, y humillaos ante aquel polvo, ante aquel cráneo hueco do se alojaba el pensamiento, ante aquellas órbitas vacías que tienen aun un mirar tan expresivo; engrandeceos ante el destino del alma, que en prision tan frágil y en tan corta peregrinacion supo merecer ó desmerecer tanto, esperad en el padre cuya sangre baña á sus hijos, y temblad ante el juez que levanta á los muertos de su ataud para que le respondan acerca de sus iniquidades; el Gólgota y el valle de Josafat están entre sí muy cerca, meceos en los re-

cuerdos de lo pasado, llorad sobre lo presente, leed en los destinos futuros, y orad, orad sobre todo..... ¿Os parece corta ó frívola esta tarea para llenar y emplear bien un día, *el día de difuntos*?

No serémos nosotros quienes hablemos del fúnebre y solemne aspecto que presentan en este día los templos con los altares tapizados de negro é iluminados por blandones amarillos, y con el símbolo de nuestra fragilidad y el de nuestra esperanza reproducidos en todas partes; ni hablaremos de la piedad y concurso de los fieles que se arremolinaban en derredor de una sepultura para oír el responso del sacerdote, ó fijos en un mismo puesto y humedecidos tal vez sus ojos con el recuerdo de un padre ó de un esposo, veían sucederse una misa á otra, olvidados al parecer este día de sus necesidades y quehaceres materiales; se nos responderia tal vez que como buenos poetas miramos las cosas, no como son, sino como debian ser, y olvidamos todos los incidentes que pudieran deslucir el cuadro; y alguno nos dijera que de nada de esto se ha apercibido, y por su ejemplo acaso nos probaria que no son tan naturales como pretendemos en el corazon del hombre estos sentimientos de piedad y de ternura. Nosotros reconociendo la parte de triste verdad que pueda haber en estas áridas reflexiones, y convencidos por otra parte de que los sentimientos no pueden probarse como los principios, dejamos aparte estas pruebas de hecho, pues creemos que la Religion no es ménos santa cuando carezca de fieles, ni ménos augustos sus misterios aun cuando les falien adoradores, así como no es el sol ménos brillante porque se sequen las aguas que le reflejan. No insistamos pues en poéticas descripciones de las solemnidades y del concurso, que pudieran hacer creer á los fieles que las consideramos como cosas de espectáculo, ó que contamos para algun fin terreno á los que entran en los templos, que hacemos una poesía ó un artículo de oposicion; no es nuestro intento hablar política.

literalmente de la Religion, sino religiosamente y por lo que es en sí misma.

Para juzgar de esta institucion en favor de los difuntos en toda su belleza y profunda filosofía, es menester considerarla en sí misma tal como la consignó y trasmitió la Iglesia en los cánones que la establecieron y en los cantos fúnebres que le ha consagrado. Si nos remontamos al origen de esta creencia sobre la utilidad de orar por los difuntos, arguyendo por la uniformidad con que se ha profesado en todas las épocas y en todos los pueblos, dirémos que es consecuencia inmediata de la inmortalidad del alma, y como tal trasmitada por la tradicion primitiva, ó escrita por el dedo de Dios en el corazon de todos los hombres. La inmortalidad perpetúa los afectos entre los vivos y los finados; y los afectos no pueden concebirse sino por algun mutuo comercio por misterioso que sea, por algun provecho y beneficio que podamos causar á las personas amadas; la ternura y solicitud humana se duelen de estrellarse en el sepulcro. Los socorros y las honras que se prestaban en cada pueblo á los muertos se diferenciaban segun era diferente el destino que á las almas se atribuía. Los que pensaban que los difuntos resucitaban con su misma vida mortal en los campos Eliseos, deponian manjares sobre su tumba, ó los alimentaban con el humo de los sacrificios: los que creían en la trasmigracion pedian con holocaustos que el alma errante pasara á una mejor existencia, ó aplicaban á los labios del moribundo un cuerpo noble, para que se trasegara á él su espíritu: los salvages con sus costumbres patriarcales creen ver cernerse sobre ellos las almas de sus padres, y no se atreven á remover los huesos del sitio donde murieron, como si los huesos sintieran dejar su patria todavía: los judíos en fin mas ilustrados por la revelacion creían en las buenas obras y en las limosnas, y deponian sobre los sepuleros pan y vino, como Tobías, para que comieran la viuda y el huérfano, y oraran en cambio por el difunto.. Y nótese que en todas las cos-

tumbres, por groseras que fuesen, habia algo siempre de misterioso, algo que escedia al órden de los sentidos, pues los que veían los cuerpos disolverse dentro de la tumba é intactos sobre ella los alimentos, mal podrian creer que se sustentaran con estos ó que vivieran las almas dentro aquel nicho; pero sentian vagamente el contacto de los muertos con los vivos, y creían en una comunicacion sobrenatural y portentosa de que no sabian darse cuenta, y era que un instinto natural, una tradicion primitiva luchaba con sus hábitos y costumbres degradadas; era que sus ojos carnales no podian ya descifrar aquel dogma escrito en el fondo de su alma con caracteres desconocidos.

Un hecho general en toda la antigüedad son los sacrificios ó expiaciones (*piacula*) por los difuntos. Ahora bien, el nombre de sacrificios envuelve en sí dos ideas: la de culpa en aquel por quien se hace, y la de clemencia ó *exorabilidad* en aquel á quien se hace. He aquí en su gérmen el dogma cristiano; pero solo el cristianismo que reveló al mundo la teoría de la redencion y de las penas, que supo conciliar la clemencia con la justicia, el perdon con la expiacion, ha podido dar con una sola palabra la solucion de este misterio, para que no se abrieran á todos los crímenes las puertas del cielo, ni se cerraran á todas las oraciones; hablamos del purgatorio.

No es de este lugar entablar una discusion teológica sobre este interesantísimo dogma: basta á nuestro intento el hacer notar con cuánta naturalidad se desprende de los mas claros principios y de los sentimientos mas universales, y concilia las verdades todas: bástanos señalarle como base y regla de las ideas acerca del destino de los difuntos, y del provecho de las oraciones y sufragios, para no incurrir en una indiferencia atroz, ó en la persuasion de una impotencia desconsoladora, ni tampoco en una sensibilidad osada y mal entendida que creyera revocar los fallos del Eterno. Es imposible leer y mucho ménos oír cantar con todos sus accesorios de luto y magestad

el oficio de difuntos, este concierto formado por los himnos de David y por los gemidos de Job, sin sentirse uno penetrado á un tiempo de ternura y de respeto, y exhalarse tambien en alabanzas y suspiros. Este sublime oficio estaba formado ya á principios del siglo IX, pero solo se empleaba para sufragios particulares, hasta que á últimos del X, san Odilon, abad de Cluni, instituyó en todos los monasterios de su congregacion la fiesta de la Conmemoracion de los difuntos en 2 de noviembre, cuya devocion aprobada por los Papas se estendió bien pronto en todo el Occidente. El concilio de Trento, confirmando el dogma de la utilidad de las oraciones y buenas obras en favor de los difuntos, santificó tambien la fiesta que lo recuerda. A la supuesta reforma, á esta voz de hierro que con pretesto de podar el árbol cortó de él las mas bellas flores, pertenecia el negar aquel beneficio á los muertos, y á los vivos aquel consuelo; los protestantes no oran por sus difuntos, no comprenden lo que comprendieron los paganos: pero no, la iglesia anglicana, si no admite el purgatorio, admite las oraciones, y prefiere pasar por inconsecuente á privarse de tan dulce y santa costumbre. Chateaubriand dice muy bien, que este dogma es una compensacion en cierto modo del pecado original, pues como en este se trasmitió la culpa, se trasmiten en el del purgatorio la espiacion y las buenas obras.

Ademas de sus inmensos bienes espirituales y de la sublimidad de su objeto, la costumbre de rogar por los muertos despierta en nosotros un tierno recuerdo de nuestros padres y amigos, nos inspira respeto á sus últimas voluntades, contribuye á la union de las familias, reuniendo sus miembros dispersos en torno del sepulero de su padre, y renovando en la memoria hechos y lecciones que interesan á su porvenir y á su felicidad. Este resultado, que apénas es ya sensible en las ciudades y capitales, donde se estinguen con la religion los sentimientos de humanidad y el espíritu de familia, subsiste toda-

vía en todo su vigor en las aldeas y pueblos de las campiñas. Es tan dulce la facultad de aliviar á las personas amadas y de estender nuestros cuidados y celo mas allá del sepulcro, es tan grato poder utilizar las lágrimas que por ellos derramamos, tan sublime el poder que nos es dado á pesar de la muerte, y tanto el bien que podemos hacer á sus almas en comparacion del poco que es dado hacer á sus cuerpos en los cortos dias de su peregrinacion, que no dudamos asegurar, que esta creencia rara vez se olvida ó menosprecia, y que las tumbas siempre son los últimos altares que se abandonan. Y aun cuando la fe se estinguiera, puede decirse en este punto como en casi todos los que tienen su raiz en el corazon del hombre, que no desaparecería sino para que la supersticion se presentara á llenar su vacío. Cuando las almas cesaran de implorar oraciones desde el fondo del purgatorio cristiano, reaparecerian los manes gentílicos para espantar los sueños de sus deudos, ó para responder sobre los arcanos del destino evocados desde su tumba, cuando cese la severa cruz de dominar los sepulcros, entónces se los cubrirá de guirnaldas y de flores, y á las oraciones y responsos sucederán, como se va ensayando, los discursos y las elegías. Y entónces por digno cielo de aquel culto, ó se restablecerán los profanos Eliseos, dando entrada en él á todos los crímenes y debilidades siempre que las corone una pequeña auréola de gloria, ó apagando la luz divina que alumbraba los espacios, se conservará solo una espúrea inmortalidad, la inmortalidad del caos, en que las almas vaguen desatentadas, sin Dios, y sin mas compañía que el lejano eco de los elogios y suspiros de acá bajo.

JOSÉ MARÍA QUADRADO.

EL VACIO.

Nec circumfuso pendebat in aëre tellus
Ponderibus librata suis. . . .

(OVID. Metam. 1.)

So deep the silence, and so strong the blast,
As nature dy'd, when she had groan'd her last.

(YOUNG The last day.)

Fuese ilusión de ardiente fantasía
Que su delirio juzga un vaticinio,
Fuese el pavor de aquella profecía
Que anuncia al universo el estermínio;

Soñé que habia un ángel despojado
De su túnica de aire á nuestro mundo,
Cual hace el vencedor que despiadado
Desnuda á su enemigo moribundo.

Para escaso alimento de la vida,
Dejara algunos átomos á solas
Entorno de la tierra, parecida
A un tiburón sacado de las olas.

Cercano al occidente el sol brillaba,
Mas su luz no bruñía el ancho cielo,
Ni leve nubecilla recamaba
De plata ó de carmín su opaco velo.

Los montes que á lo léjos se estendian
Su franja azul en verde convirtieron:
Sus cumbres que entre nieblas se perdian
Al punto destocadas parecieron.

Mostrábanse los árboles lejanos
Con recortadas formas y matices,
Y estaban tan inmóviles los cercanos
Como selva bordada en los tapices.

Remotos edificios, que denantes
Alcanzaba la vista á duras penas,
Dejaban ver mas claros sus semblantes,
Como al secarse un rio las arenas.

Mas todo su contorno era tan duro,
Que lastimaba á guisa de un abrojo:
Los objetos hundidos en lo obscuro
Distinguir no podia ningun ojo.

Canoro ruiseñor con su gorgceo
La floresta alegraba; de repente
Sorprendióle en tan plácido recreo
De astuta sierpe el vaho pestilente,

Y en la invisible red aprisionado,
Cual si tirase de él robusta hebra,
Sus alas sacudia, y mal su grado
Se entregaba al rencor de la culebra.

El vehículo empero de su muerte
Cesó por dicha en tan amargo trance,
Y escapó el ruiseñor. ¡extraña suerte!
Del mágico reptil al fiero alcance:

Su nueva libertad cantar propuso
Y de nuevo alegrar aquel distrito,
Movió su pico... se escuchó... y confuso
Creyó su voz perdida en tal conflicto.

Por demas daba aliento á su garganta,
Sus pruebas por demas repite ó trunca,
El profundo silencio no quebranta,
Ni un trino, ni un chillido oía nunca.

Entónces quiso huir, y para el vuelo
Sus alas desplegó, y al dar un salto,
Tan desplomado vino al hondo suelo,
Como erizo que vuelca de lo alto.

Y corria, y corria, y de unos sauces
 Volar no pudo á las bajas ramas,
 Y vióse de la sierpe entre las fauces
 Antes que oyese allí rumor de escamas.

Ya trasponia el sol su disco ardiente,
 Y la sombra, al bajar por la montaña,
 Semejaba anchísimo torrente
 Que á sumergir venia la campaña.

Jamas fuera de dia tan distinta,
 Ni de noche ¡tan fúnebre la sombra;
 Era como un raudal de negra tinta
 Que manchaba de flores una alfombra.

La luz y las tinieblas dividian
 El espacioso campo en que reinaban,
 Y sus lindes allí no confundian,
 Ni entrámbas mutuamente se templaban.

Mas, la sombra crecia en tal momento,
 Como en casco de nave que se arrea
 Se estiende sobre el leño amarillento
 El baño de alquitran y obscura brea.

Y al ocultar el sol su faz radiante,
 Sobrecojió la tierra de improvisó
 Completa lobreguez: ni un solo instante
 La detuvo el crepúsculo indeciso.

En vano el suave azul que el pecho alegre
 Buscaba con afan la vista inquieta
 En la celeste hóveda, tan negra
 Como templo colgado de bayeta.

En su fondo brillaban las estrellas,
 Como flores de plata en negro paño,
 Y brillaban mas vivas y mas bellas,
 Que no ántes de suceso tan extraño.

Pero á pesar de luz tan brilladora,
 Dañaban cual los ojos de las bienas,
 Porque era ya la noche sin aurora
 Aquella en que lucian tan serenas.

Debajo un cenador de hojosas vides,
 En rientes grupos hombres y mugeres
 Del amor celebraban los ardides,
 Cantaban de la vida los placeres.

Cubria el pavimento de la estancia
 Un inmenso feston de cien colores,
 Y mezclaban los vinos su fragancia
 Al perfume esquisito de las flores.

Mas estas de repente sus matices
 Mostraron sin tersura y sin aroma,
 Cual si hubiese tronchado sus raices
 El diente roëdor de la carcoma.

Repletos del festin se levantaron
 Los hombres en tropel, y sus mancebas
 A guisa de bacantes ensayaron
 Para un baile procaz figuras nuevas.

Cien músicos soplaban á porfia
 De canoro metal un instrumento,
 Soplaban, y un susurro de armonía
 No llegaba al oído mas atento.

Bajaron las tinieblas, y ancha hoguera
 Relumbró con escasas llamaradas,
 Y se apagó, sin que ántes consumiera
 Su corona de ramas chamuscadas.

Pero al fulgor de aquella luz siniestra,
 Pudo verse una horrible pantomina,
 Los grotescos visages de la orquesta,
 Y un baile sin compas que daba grima.

Y parejas de amantes que se hablaban
 Sin que la voz saliese de sus pechos:
 Con azorados ojos se miraban,
 Y abrazos se cambiaban mas estrechos;

Y en su ardiente embriaguez, en su locura,
 Cada beso una sílaba suplía,
 Sin observar que en vez del aura pura
 La cólera de Dios les envolvía.

Aterrados lanzaban los leones
 Sus rugidos, espanto del desierto;
 Mas no tronaba en cóncavas regiones
 Su bronca voz: el eco había muerto.

Huyendo de un chakal fragoso llano
 Dos huitres como gamos recorrían,
 Corriendo aleteaban, y era en vano,
 Pues sus alas de peso les servían.

Sin verse entre la sombra reunidos
 Morar pudieran lobos y corderos,
 Que no avisaran á unos los balidos,
 Ni temblaran su aullido los postreros.

Ni el sabueso de olfato delicado,
 Que la pista jamás dejó perdida,
 Despertara la liebre que á su lado
 Dormiese entre la yerba recogida.

Viento en popa vogaba hermosa nave,
 Y súbito sus velas se aplanaron,
 Cual se doblan las alas en un ave
 Que las flechas del hombre atravesaron.

Y en medio de la mar quedó enclavada,
 Cual roca que en un lago se derrumba;
 Y era la mar aquella no azulada,
 Negra y lisa cual mármol de una tumba.

Temblando la miraban los marinos,
 Para quienes no fueran mas horribles
 Ni el amago de hirvientes remolinos,
 Ni el peligro de escollos invisibles.

Un sordo cañonazo dispararon,
 Y el humo como tela cenicienta
 Cayó en la mar: entónces invocaron
 Cual genio salvador á la tormenta.

Mas no habia en el cielo ya uracanes
 Como en la mar espumas ya no habia;
 Negado estaba el puerto á sus afanes:
 Para ellos la esperanza no existia.

Bien pronto consumidas estuvieron
 Las postreras moléculas de vida,
 Y con bascas terribles perecieron
 Las bestias que vagaban sin guarida.

Y los hombres sus bocas espantosas
 Abrieron como perros fatigados;
 Y congojas sufrían horrorosas
 Como enfermos del vómito asaltados.

Horrible fuera verles jadeantes,
 Horrible ver sus ansias, su despecho,
 Tan cruel como el de huérfanos infantes
 De una estatua chupando el seco pecho.

Algunos los cabellos se mesaban,
 Mientras otros con rudo fingimiento
 La boca de su amiga allí besaban,
 Para robarla un soplo de su aliento.

Nunca el placer mas vivo y descuidado
 Se trocara en desdicha tan extrema:
 El rey mas ambicioso hubiera dado
 Por un átomo de aire su diadema.

Era la tierra un lecho de tormento,
 En que al rigor divino entónces plugo
 Al hombre hacer sufrir suplicio lento
 Sin quejidos, sin sangre y sin verdugo.

Oh! en vano el mortal luchará entonce
 Con destino tan crudo, tan impío!
 El pabellon del cielo era de bronce:
 Y la tierra giraba en el vacío.=T. AGUILÓ.

DOS NUBES.

Juntas las miró el sol de la mañana
 Meciéndose en las alas de los vientos
 Voladores;
 De un mismo beso las tiñó de grana,
 Prestando á entrámbas vagos movimientos
 Y colores.

Juntas, como dos ángeles que vuelan
 A buscar el aroma de las rosas
 De este suelo,
 En pos del sol cuyos ardores velan,
 Retozaron un dia vaporosas
 Por el cielo.

Ora cual dos amantes enlazadas.
 Que truecan mutuamente casto beso
 De ternura;
 Tan pronto por las auras separadas
 Celosas de que gocen tal esceso
 De ventura.

Ora tersas y blancas cual la nieve
 Que á engalanar descende en copos bellos
 A la rosa,
 Ya transparentes cual la gasa leve
 Que el aura riza al par de los cabellos
 De una hermosa,

El cielo cual dos cisnes recorrieron
 Que á gozar van en el oculto nido
 Sus amores,

Y los rayos del sol juntas bebieron
 Sirviendo juntas de dosel pulido
 A las flores.

Sobre el azul del cielo destacaban,
 Cual de dos huris los nevados chales,
 Siempre hermanas,

Y en sus rápidos giros se ayudaban...
 ¿Cuándo dos nubes vieron los mortales
 Mas galanas?

Mas pasaron tambien! Ellas del cielo
 Flotaron por el éter cristalino
 Todo un dia:

Ellas sirvieron de dosel al suelo;
 Mas desgajólo al fin de su camino
 Brisa impía.

El sol al ocultarse tras los montes
 Quizas las dirigia un beso tierno,
 Y afligido

Veló su faz, y en otros horizontes
 En su busca llevó su disco eterno.....
 No las vido!

¿Qué fué de ellas, Señor? Cual el sonoro
 Quejido que al moverla arranca el viento
 De una lira;

Cual de un infante los ensueños de oro,
 Puros cual el rosado y dulce aliento
 Que respira,

Se perdieron del aire entre las olas,
 Que sus contornos vagos desgastaron
 Al mecerías,

O cayendo en vapor en las corolas
 De las pintadas flores se engastaron
 Como perlas?

Qué fué de ellas? Ay me! no mas lo sabe
 Quien el húmedo aliento de los lagos

Torna en nubes,
 Tú que escuchas el cántico del ave
 Y el santo incienso entre mil giros vagos
 A ti subes.

Qué fué de ellas? No sé. Mas, se perdieron?
 Sospecharlo siquiera fuera impío,
 Dios potente!
 Sepa que no son ya lo que ántes fueron,
 Y acate tu saber y poderio
 Toda frente.

Matizadas guirnaldas de vapores,
 Alas ligeras que subís al cielo,
 Nubes bellas,
 Oh! quién pudiera exento de dolores,
 Seguido de otro pecho en nuestro vuelo,
 Ir con ellas!

Juntas nacieron las dos gayas nubes,
 Y juntas tras un día de existencia
 Disipáronse:
 Quizas entre mil grupos de querubes
 En el trono del Dios de omnipotencia
 Engastáronse.

Dichosas ellas! Cual esquife errante,
 Cual flor que en olas de luciente plata
 Lleva el rio,
 Así voy, solitario caminante,
 Sin que halle un pecho que amoroso lata
 Junto al mio.

Solo voy, sin sentir junto á mí el roce
 De un labio amante que mi ardor mitigue
 Con su aliento;
 Ni tengo en el placer con quien lo goce,
 Ni en la horrasca una ala que me abrigue
 Contra el viento.

Dios de bondad! ¿porqué así en el camino
 De la vida tan solo me dejasteis
 Y desnudo?
 Cómo podré luchar contra mí sino,

Si á sus dardos arteros me entregasteis
Sin escudo?

Busqué el amor, mas no le hallé en la tierra;
La amistad, mas su fuego no igualaba

Mis ardores:

Contra mí mismo entónces hice guerra,
Guerra tenaz y amarga, que enconaba
Mis dolores.

Preguntaba á los séres, y do quiera
Aves, flores y nubes siempre vía

Hermanadas:

Ni uno hallé que no hubiese compañera,
Y maldije — ¡perdon! — mi suerte impía
Cien vegadas.

Por fin pregunté á Dios: ¿cómo, insensato,
Pude en mi frente no sentir su aliento

Perfumado?

Cómo pude olvidar, cual hijo ingrato,
Que á sostenerme estabais siempre atento,
Padre amado?

Pregunté á Dios, y Dios: Yo al hombre —dijo—
Hice rey, y á sus plantas tendí el mundo
Por alfombra;

Y porque le amo como padre á un hijo,
Doquier le escudo con amor profundo
Con mi sombra.

El hombre, el ave, el aura, la flor bella,
Nada respira solo, y solo muere

En torno mio;

Solo un sér hay cuya maldita huella
Se estampa sola, y seca cuanto hiere,
Y este sér infeliz es el impío!

JOAQUIN RUBIÓ Y ORS.

CRONICA RELIGIOSA.

No estrañen nuestros lectores si una y otra y hasta por tercera vez nos ocupamos de la cuestion religiosa de Toledo, porque ademas de ser esta iglesia la primada de las Españas, y la que por lo mismo debe dar el tono á todas las demas iglesias, esperamos que la religiosidad de nuestros lectores nos permitirá ocuparnos tanto de una cuestion de suyo tan vidriosa, y que en tan congojosas ansias ha mantenido á los fieles de la vasta diócesis toledana. Recordamos haber dicho en nuestra última reseña que el Sr. Golfanguer, quien regía en clase de vicario capitular aquel arzobispado, con jurisdiccion si no evidentemente ilegítima, á lo ménos altamente disputada, lo que para el caso es lo mismo, saboreando delicias donde otros solo encuentran sinsabores, queria continuar apacentando una grey indócil hasta cierto punto á la voz del Pastor á quien miraba con desvío y con cierta desdeñosa prevencion: los ánimos estaban demasiado conmovidos y harto en zozobra las conciencias, para que no se pudiese temer un estallido entre el cabildo metropolitano y el Sr. Golfanguer; pero este felizmente ha previsto el caso, resignando su jurisdiccion en manos del cabildo, ya que este al despojarse de ella para investir á uno de sus miembros lo habia hecho de mal grado, y solo por inspiraciones del ministro Alonso. El gobierno, que ha tenido que tomar cartas en un asunto que de cada día se mostraba mas serio, ha querido oír la voz de algunos prelados y á la vista tenemos el dictámen que con esta ocasion tuvo que estender el Sr. obispo de Canarias, habiéndose ántes puesto de acuerdo con los SS. obispos el de Pamplona y el de Coria, dictámen que, sea dicho como de paso, honra la afamada pluma del Ilmo. Sr. Romo. Es de ver la maestría con que S. I. aborda la cuestion del nombramiento de vicarios capitulares en obispos electos contra lo prohibido en *la bulà de Bonifacio VIII, en el cànnon del concilio general de Leon, en el breve de Clemente XI, de Pio VII, y la declaracion de 1.º de marzo de 1841.* S. I. hace cargos tan graves como merecidos al cabildo por haber elegido al Sr. Vallejo para que gobernara la diócesis durante la vacante, faltando á todo lo dispuesto en los sagrados cánones. Sea como fuere,

opina el sabio obispo de Canarias que el cabildo acuda á los piés de S. S. para subsanar las faltas que haya podido cometer así en el nombramiento del Sr. Vallejo, como despues en el del Sr. Golfanguer; no obstante para que reasuma por ahora la jurisdiccion y continúe gobernando una iglesia que para decoro y dignidad del cuerpo metropolitano y tranquilidad de todos los fieles debiera haber siempre gobernado. Nosotros nos alegramos en el Señor del sesgo favorable que va tomando la cuestion religiosa de Toledo; felicitamos al Sr. Golfanguer por haber comprendido su deber y haberse descargado de un peso que le hubiera al fin abrumado; y felicitamos tambien al gobierno porque se ha dejado guiar por la voz de los obispos á quienes únicamente Jesucristo ha confiado el régimen de su iglesia segun palabras de S. Pablo.

Con la siniestra intencion de perpetuar los males que afligen á la desgraciada iglesia de España, ha habido quien haya asegurado que no el gobierno, y sí las exageradas pretensiones de la corte de Roma dilataban de un día á otro el tan anhelado concordato; pero el Padre comun del cristianismo para dar una muestra del cariño con que mira á esta porcion de su rebaño, y de que no se dilatará por su parte ni un solo momento el eslabonar las interrumpidas relaciones con su querida iglesia hispana, acaba de enviar las bulas al señor Alcántara Navarro, confirmandole en el nombramiento de comisario de Cruzada que en su persona ha hecho el gobierno. Así mismo podemos asegurar que el indulto cuadragesimal que solo venía concediendo Su Santidad por un año, le ha concedido ahora por dos. Felices nosotros el día en que podrémos anunciar á nuestros lectores la tan deseada avenencia entre la España y la SEDE APOSTOLICA, que ha agotado el tesoro de sus gracias en beneficio de esta nacion, que entre sus timbres lleva el de católica con que siempre se ha envanecido. Dado que la religion no sea mas que una rueda administrativa que deba jugar en la máquina del estado, ¿cómo es que el gobierno aparenta mirar con indiferencia á esta rueda que debe poner en movimiento á todas las demas? En vano se promulgarán leyes para robustecer el poder y cerrar el cráter de las revoluciones, que estas leyes serán ineficaces y no surtirán ni uno ni otro efecto, si el sentimiento religioso no domina los demas sentimientos del corazón, y en España felizmente el sentimiento religioso no es otro que el católico; y ahogar es á este sentimiento, que tanta vida y jugo comunica á la sociedad, cortar las relaciones filiales con el centro de la unidad católica, el Pontífice romano.

Cuando nos mecíamos en la lisonjera confianza de que todos los prelados que ha respetado la guadaña de la muerte se habian ya res-

tituido á sus diócesis, y volvian á empuñar el háculo pastoral que un gobierno nada católico les arrebatara, acabamos de leer con estrañeza y hasta con pesar la esposicion que el cabildo de Balaguer elevó á S. M., ó mejor dicho, puso en sus regias manos, pidiendo el regreso de su obispo el de Urgel, que tuvo que buscar asilo contra injustas persecuciones en el suelo amigo y hospitalario de Francia. Sea de una vez el gobierno de S. M. bastante justo para volver á abrir las puertas de la patria á virtuosos prelados, que si dan en estranjerias tierras un testimonio vivo de sus virtudes y de la santidad de la causa porque padecen, le dan tambien de nuestras miserias y de la estrechez de corazon de los que aquí mandan. No tema el gobierno nimiamente medroso que esos dignos sucesores de los apóstoles vuelvan al seno de sus diócesis para soplar sobre las mal apagadas teas de la discordia; si es cierto que no permitirán que las potestades de la tierra alarguen la mano al incensario que solo pueden ellos balancear, tampoco ellos la estenderán al cetro, y el imperio armonizando con el sacerdocio repararán de consuno los pasados quebrantos é infortunios de nuestra desgraciada nacion.

Y ahora que hablamos de España, cruza por nuestra mente el recuerdo de aquellos dias en que este país, ahora tan abatido, daba la ley á los demas países del mundo: nuestra habla era entónces aprendida con afan, nuestros clásicos adornaban los estantes de las mejores bibliotecas, nuestras bajeles cubrian los mares, nuestras armas se coronaban con gloriosas victorias, como la de san Quintin, y las flotas nos traían de nuestras posesiones ultramarinas sumas enormes de dinero; ahora somos reyes destronados: aquel trono que un tiempo nunca el sol cesaba de alumbrar está poco ménos que asentado sobre el cráter de un volcan; en las vastas posesiones que tenia en América la robusta monarquía se han levantado nuevas repúblicas, y estas repúblicas vírgenes todavía quieren asegurar el nuevo orden de cosas, siguiendo una senda diametralmente opuesta á aquella por la que caminó el piadoso Carlos III: este monarca de una plumada estinguio á todos los jesuitas de sus vastos estados, y los gobiernos republicanos de América, dechado de gobiernos libres, llaman á toda prisa á los P.P. de la Compañía para confiarles, no solo ya la direccion de la juventud, sino el cuidado de pueblos enteros. Nuestros lectores recordarán que en el número 2º del tomo I les dimos la noticia de que algunos jesuitas españoles, entre los que se contaba al jóven mallorquin P. Amorós, se habian embarcado con direccion á Nueva Granada; nosotros en su viage los hemos acompañado con los votos de nuestro corazon, y

por una carta fechada en SANTA FE DE BOGOTA en 28 del pasado junio hemos sabido que los ilustres adalides de la Religion habian llegado á su destino , no siendo bastantes las tinieblas de la noche para que el pueblo dejara de recibirlos en medio de una ovacion que la modestia y humildad de los hijos de Ignacio procuraba huir. Estos pobres sacerdotes sin mas armas que un cayado , un breviario y un Crucifijo; sin otro trage que una pobre sotana, entraron en la capital de la república de Colombia, al alegre repique de las campanas, al compas de las armoniosas sonatas de la música militar y al resplandor de vistosas luminarias con que aquellos habitantes quisieron festejar á esos ángeles de paz, que Dios en su misericordia les ha enviado. Apenas llegados á la casa que les estaba destinada ya hallaron al Sr. arzobispo que los estaba aguardando, y quien los recibió con las muestras de un cariño verdaderamente paternal. Con tanto agasajo como han sido acogidos los jesuítas en América , han sido mal recibidos en *Verviers* (Bélgica). Pero esto ¿qué prueba contra el instituto de los jesuítas? Prueba solo que la Compañía de Jesus, como la Religion de Jesus, boyante en unas partes, *va de vencida* y corre al parecer riesgo de ser sumergida en otras; prueba que debe seguir la misma suerte que en todos tiempos ha cabido á la virtud, perseguida en unos lugares, mientras que es aplaudida en otros; pero los dignos secuaces de la cruz ni se envanecen con el triunfo, ni se abaten en la adversidad: cuando se lucha por la Religion siempre se sale airoso en la demanda, pues ó se ciñe el laurel de la victoria, ó se alcanza la palma del martirio.

Lazos de afinidad desgraciadamente algo aflojados estrechan todavía á la nacion española con la de Portugal, lo que hace que nosotros miremos con interes los asuntos de la iglesia lusitana, trabajada tambien como la nuestra por las revoluciones, y en la que tantos estragos hay que llorar. Los males que afligen á la iglesia de Portugal no arrancan de ayer; tienen su funesta raíz en el siglo pasado: el azote de que Dios se valió para probar á su heredad fué el marques de Pombal, cuya brutal tiranía ha dejado muy atras á la de cuantos emperadores romanos legaron á la historia un nombre escrito con sangre. Desde la gobernacion altamente despótica de Pombal, cortos han sido los dias de paz de que ha gozado la iglesia lusitana: no han faltado es verdad soberanos piadosos, como Dña. María, que la han amparado con su proteccion. pero los momentos de descanso han sido cortos, y harto pronto ha vuelto á sonar la hora del combate. Así las cosas, cuando entre el emperador del Brasil D. Pedro y su hermano D. Miguel se suscitó una cuestion dinástica que se fió al trance de las armas, la victoria coronó las de

D. Pedro, y Dña. María de la Gloria subió al trono portugués. Pero cuando solamente el cetro debiera haber pasado de las manos de Dn. Miguel á las de su augusta sobrina, no produciendo en la religion otro cambio que la simple variacion de nombres en las oraciones de la misa, se levantó en la iglesia lusitana una tan deshecha tempestad, de cuyos estragos no ha podido todavía repararse, y fué tan acerba la persecucion que la acrisoló, que delante de ella palidece la que ha sufrido la iglesia hispana. Ocho años, desde 1834 á 1842, ha estado la iglesia de Portugal poco ménos que divorciada de la gran comunión católica: obispos dignos de este nombre, que habian recibido sus credenciales de aquel que cuenta por ovejas hasta á los mismos pastores, fueron arrojados de sus sillas, viniendo á sentarse otros manifiestamente intrusos y que llevaron á ellas los crímenes que manchaban su conducta moral; el gobierno se lanzó sobre los bienes eclesiásticos, como si fueran campo de conquista, los sacerdotes que no quisieron pisotear los sagrados cánones fueron sepultados en oscuros calabozos, si es que no entregados á los puñales de asesinos; en fin una de aquellas sangrientas persecuciones que en la cuna del cristianismo enviaron á millares los mártires al cielo, se ha reproducido en nuestros dias, y casi á nuestra propia vista; si no nos ha estremecido tanto como debiera, es porque los negocios de casa absorvian de tal modo la atencion, que apenas nos curábamos de lo que se hacia en la del vecino. Con la venida del Sr. Capaccini á Lisboa, era de esperar se remediarian todos los males que aquejan á aquella iglesia; pero dos años van que SU SANTIDAD tiene un representante suyo cerca de S. M. *Fidelisima*, y todavía permanecen arrancados de sus sillas cuatro obispos, las diócesis de Aveiro y Peruhel están intrusamente gobernadas, los curas legítimos no pueden volver á entrar en sus parroquias, siendo sus virtudes óbice, cuando debieran servir de recomendacion para que fueran atendidas sus súplicas. Lo mas triste aun es, que el gobierno portugués quiere que el Supremo Pontífice confirme con su bendicion apostólica tantas nulidades como se han cometido; pero á pesar de los sacrificios que está dispuesto á hacer S. S. en beneficio de la paz, no creemos que llegue nunca á sellar con el anillo del Pescador tantos escándalos; si lo hiciera sin embargo, nosotros que creyéramos oír en la voz de GREGORIO XVI la voz de PEDRO, inclináramos humildes la frente, pues no se nos oculta cuánto es el poder que ha sido confiado á aquel á quien ha sido dicho: *Todo cuanto atares en la tierra será atado en los cielos; y todo cuanto desatares quedará desatado.* Y á propósito de Portugal, no podemos ménos de acusar á nuestros lectores la llegada á Lisboa el dia 27 del último agosto del nuevo nun-

cio monseñor di Pietro, quien ha ido á reemplazar en la legacion al cardenal Capaccini; este digno representante de SU SANTIDAD se ha restituido á la capital del cristianismo no sin ántes recibir en su tránsito por Lóndres vivas muestras de aprecio, y hasta lisonjeros aplausos por sus vastos conocimientos en las ciencias físico-matemáticas y principalmente en la astronomía.

Todo católico ha de recoger con interes las noticias del Gefe del cristianismo, como todo buen hijo procura con avidéz saber de su padre ausente; así es que con el mayor gozo de nuestro corazon debemos decir á nuestros lectores, que el gran sacerdote que aquí en la tierra representa al mismo Jesucristo, y que tiene en su diestra las llaves del reino de los cielos, goza de una salud muy robusta, habiendo desde su residencia en Castell-Gandolfo dado un paseo por algunos pueblos comarcanos de Roma en los primeros dias del corriente mes, recogiendo por doquiera muestras de profundo respeto y veneracion, que han quedado recompensadas dignamente con las de aprecio y tierno cariño por parte del Padre comun de los fieles. El dia 2 se dirigió á Genzano, y despues de haber recibido en la colegiata la bendicion con el Smo. Sacramento, pasó acompañado de los eminentísimos cardenales Ostini y Mattey al convento de los P. P. capuchinos á cuya mesa se dignó asistir. Entónces sí que nuestro humilde pontífice podia poner en su boca aquel dictado con que para humillar el orgullo del patriarca de Constantinopla se bautizó el santo papa GREGORIO EL GRANDE, y con que despues se han llamado sus sucesores: *Siervo de los siervos de Dios*. Atenta S. S. al mérito y virtudes de sus colaboradores en el ministerio episcopal, y queriendo recompensar dignamente á los ilustres adalides que con santo denuedo han peleado las batallas del Señor, recibió con entrañables muestras de afecto en su palacio apostólico del Quirinal al Rmo. Sr. de Droste, arzobispo de Colonia, cuyos padecimientos por la fe son tan conocidos, y de los que tanto ha hablado con alabanza del confesor toda la prensa religiosa de Europa. El papa habia mandado poner al pié de la escalera una silla de manos, y que fuesen los conductores los que hacen este servicio cerca de su augusta persona en las grandes ceremonias; pero la humildad del venerable arzobispo declinó ese obsequio, y encorvado bajo el peso de los años subió la escalera apoyado solamente en el brazo de su guia. Apénas llegado al salon de la audiencia salió el SANTO PADRE á recibirle, y bañados sus ojos en lágrimas le estrechó contra su corazon. El respetable anciano queria echarse á sus piés; pero S. S. no lo permitió, mandóle sentar á su lado, y despues de

media hora de conferencia salió á despedirle hasta la puerta de la sala. Esta es la honrosa acogida con que son recibidos por el soberano pontífice cuantos obispos han besado las cadenas y alargado sus manos á las esposas, ántes que poner á los piés de la autoridad civil, con mengua de su elevado carácter, el báculo y el anillo.

A pesar de que el *Constitucional*, diario que se publica en la ciudad donde esto escribimos, tributa un voto de gracias á la junta directiva del Instituto Balear á cuyo cargo está el edificio de Montesion, por haber confiado la custodia de los restos del Beato Alfonso Rodríguez, hermano coajutor temporal de la Compañía de Jesus, á uno de sus hermanos, para que este respetable sacerdote despertase la devoción á tan santo compatriota que dormía en el corazón de estos fieles; la *Fe* también levanta hoy su humilde voz para rendir el mismo tributo de gratitud al cuerpo literario que tan religioso se ha mostrado vengando del olvido los huesos del venerable Alfonso. El día 30 de octubre la Religión nos recuerda las esclarecidas virtudes del ilustre hijo de Loyola, y en este año en la iglesia de los jesuitas, henchida de un numeroso gentío, se le celebró una solemnísimá fiesta, en la que nada se echó de ménos. Justos son los honores con que hemos recordado la memoria de Alfonso, pues si nació bajo el cielo de Segovia, aquí en Mallorca, en los silenciosos y ahora despoblados claustros de Montesion se santificó y mereció ser ceñido con la auréola de los bienaventurados. Destinado por sus superiores á la portería, sin mas que abrir y cerrar las puertas del colegio de Palma, y recibir y devolver recados, mereció ser regalado con altos favores del cielo, y ahora ser elevado á los altares. Alfonso fué tan obediente y dócil á la voz de sus superiores, como el ciego que se deja conducir por el lazarillo que le guía. Honremos pues á quien interpone tan poderosamente su valimiento en favor nuestro, á quien se acuerda con cariño de esta risueña isla en la que moró por espacio de mas de 45 años, y cuyo nombre ya estaria injerto en el catálogo de los santos, á no haber sobrevenido los males con que en estos últimos años Dios ha probado á la iglesia española.

Desde nuestra última reseña han muerto en la paz del Señor el cardenal Grimaldi, y varios otros prelados que estaban al frente de las misiones. También en España han bajado al sepulcro en este último mes dos personajes que han dejado á nuestra historia eclesiástica un nombre algo feo: el Sr. don Manuel La-Rica obispo electo de Cuenca y gobernador del arzobispado de Zaragoza, y su digno secretario D. Policarpo Romea. Mientras su gobernacion en Zaragoza, el Sr. La-Rica vejó sin piedad las conciencias de los fieles, provocó las iras del po-

der sobre los eclesiásticos que desconocieron su jurisdicción, y llenó de pesadumbres, hasta precipitarle en el sepulcro al virtuoso Sr. Frances, quien desde extranjeras playas miraba con entrañas de padre y ojos de pastor á su cara grey devastada por el cisma. Sin embargo nosotros, que al tiempo que combatimos al error amamos al hombre, deseamos vivamente que las almas de estos dos sacerdotes hayan encontrado misericordia delante de Dios, cuya justicia una lágrima sola de sincero arrepentimiento puede aplacar. Ya que nos ocupamos de necrología, no podemos olvidar al Pro. Dn. Francisco Zaforteza canónigo de esta santa iglesia de Mallorca, fallecido repentinamente en la noche del 16 de los corrientes, cuya caridad inagotable amparaba al huérfano, abrigaba al desnudo y era el pan del hambriento. A la edad de 42 años, cuando todavía al parecer tenia larga vida delante de sí, la muerte de un golpe le arrancó de entre nosotros. Cuando nadie podia temer tan arrebatada muerte, solo él, que sentia que su vida se iba extinguendo, se despedia para el viage de la eternidad; en el mismo dia de su fallecimiento habia llevado dos veces á los piés de su confesor los escrúpulos de una conciencia nunca satisfecha. Los pobres han honrado con abundantes lágrimas la memoria del canónigo Zaforteza, y estas lágrimas serán la elocuente oracion que coronará siempre los funerales de los bienhechores de la humanidad.

CRONICA POLITICA.



Preñado de ruidosos acontecimientos ha venido el mes que hoy cierra; y si nuestros lectores quieren tomarse el trabajo de traerlo á la memoria, recordarán que desde cuatro años ha sido siempre señalado con algun acontecimiento importante el mes de octubre. En octubre del año 40, la reina madre resignó en las manos del ministerio un poder que la revolucion habia ya envilecido, y con el llanto maternal en los ojos se arrancó de los brazos de sus tiernas hijas; algunos gallardos militares que quisieron borrar la afrenta que con este escándalo habia caido sobre la nacion, en octubre del año 41 fueron arcabuceados, despertando del sueño, en que se mecian, á la vista de los cadalsos. El nuevo regente que apenas hubo trocado en cetro

la espada, cuando las capitales que mas incienso habian quemado delante su chica humanidad le odiaron de muerte, fuése poco despues de esta época del año 42, para desvanecer su mal humor y solazarse con algunos ratos de desahogo, á contemplar desde los balcones de Sarriá las cobardes bombas con que el castillo de Monjuic arrasaba la infortunada Barceloua; y finalmente era el mes de octubre del año pasado cuando ondeaba con mayores esperanzas de triunfo la manchada bandera de la junta central en los muros de Barcelona y Zaragoza. Memorable tambien hubiera sido, sangrientamente memorable, el mes de octubre del año 44, si la Providencia, salvando las vidas de tres ilustres adalides del orden, no hubiera librado á la nacion de una noche de calamidad y de miseria. Antes empero de hablar de estas intentonas revolucionarias que felizmente han fracasado, sigamos el hilo de los acontecimientos así como se han ido sucediendo en el curso de este mes, no tan calma y sosegadamente como hubiera sido de desear.

El dia 10 era el señalado en la convocatoria para la abertura de las cortes, y S. M. al alegre estampido del cañon salió á las doce de la mañana de su regia morada con direccion al palacio del senado, donde fué recibida con todas las muestras de profundo respeto por la comision que habia sido sorteada entre los 128 diputados que se hallaban reunidos en la capital de la monarquía. El presidente del congreso despues de haber besado la mano de S. M. tuvo la honra de entregarle el discurso de apertura que los diarios de esta capital han publicado, dispensándonos con ello de reproducirle en las páginas de nuestra revista. Notable es en los gobiernos representativos el discurso con que la corona abre las cortes; sirve de programa al ministerio, y una vez apoyado por los cuerpos colegisladores, da nuevas fuerzas al gabinete; pero recibido con desfavorable prevencion, suele á veces preparar ó una disolucion parlamentaria, ó una dimision ministerial. Escrito con buenas dotes de lenguaje está el discurso regio con que se han abierto las cortes del año 1844, que por lo que hemos oído decir se debe á la elocuente pluma del Sr. Martinez de la Rosa; pero hubiéramos deseado oir de los labios de S. M. el estado en que están nuestras relaciones con Roma, falta que no sabemos como haya podido cometerla el autor del discurso. ; Cosa estraña! no poner el gobierno ni siquiera una palabra de consuelo para el catolicismo español en los candorosos labios de S. M. Católica. Mucho hubiéramos deseado que, sin comprometer el sigilo diplomático, el aventajado literato hubiera intercalado una palabra de esperanza que hubiera caído

sobre muchos corazones, como una gota de rocío sobre la marchita flor. Verdad es que interpelado S. E. sobre el estado de los negocios eclesiásticos, ha soltado algunas palabras que indican que el ministerio no mira con glacial indiferencia una cuestión que tan vivamente interesa la religiosidad del país; verdad es que al tiempo en que estas líneas escribimos habrán llegado ya al Sr. Tarrancon las bulas de vicergerente de la Nonciatura apostólica, encargo con que acaba de ser honrado por S. S.; esto sí ciertamente alienta el pecho, en nada empero atenúa la falta cometida por el ministro.

Mientras la Reina en su cumple años hablaba á sus pueblos, y decía que *cansados de alteraciones y trastornos, desean con ansia disfrutar de tranquilidad y sosiego bajo el imperio de las leyes y á la sombra tutelar del trono*; desde las nieblas del Támesis hablaba también el Duque de la Victoria á los españoles en su célebre manifiesto que ya han visto nuestros lectores, y en que al tiempo que confiesa que su regencia ha espirado ya, ofrece su espada para el caso en que peligren las instituciones. El partido progresista ha aceptado esta espada, y desde el 10 de octubre ya tiene caudillo; el general Espartero acaudillará las filas progresistas. Sin embargo ó nos hacemos mucha ilusión, ó creemos imposible una avenencia completa entre los hombres que en su desgracia acompañaron al Duque de la Victoria y los que le abandonaron al rigor de su suerte; no poca generosidad se necesitara para que los ayacuchos y progresistas independientes olvidasen antiguos agravios, y estrechasen cordialmente su mano. Esperamos que la estrella del Duque de la Victoria, eclipsada ya, no volverá nunca á brillar; en todo caso reflejara sobre un campo sembrado de ruinas y anegado en sangre.

Como nos lo temíamos, la division ha penetrado en el congreso, y no una oposicion absolutista que era la que turbaba el sueño del ministerio, sino una oposicion constitucional es la que dilatará mas de lo que debiera la reforma del código del año 57 segun la mente del gobierno. Diputados de nota como Isturiz, Pastor Díaz, el antiguo colaborador en el *Correo Nacional*, Concha y otros hacen la guerra al ministerio; sin embargo tan pronto como han visto que la revolucion no se contentaba ya con pavonearse en los parlamentos, sino que chillaba en las plazas, sacrificando en las aras de la patria ó bien sea convicciones, ó bien piques y rencillas particulares, se han puesto de parte del ministerio, y el general Concha en un arranque verdaderamente monárquico ha ofrecido su espada á los piés del trono, la espada que persiguió á Espartero hasta el *Malabar*, que ha

sido aceptada con palabras muy lisonjeras para S. E. por el presidente del gabinete. Tres víctimas debían caer en un mismo día bajo el alevé puñal, Narvaez en Madrid, Breton en Zaragoza, y Meer en Barcelona, al tiempo que Ametller penetrase por el campo de Tarragona. La intentona revolucionaria ha abortado; los hilos de la conspiración están en las manos del gobierno; cuatro reos en Barcelona han satisfecho con sus vidas á la vindicta pública: pero lo decimos con voz muy alta, la fuente de los motines no está cegada; todavía nosotros ahora con mayor justicia que el taimado Olózaga podemos poner en nuestros labios la deprecación tantas veces repetida: *Dios salve al país; Dios salve á la Reina.*

JOSÉ VIDAL Y PONT.

VARIEDADES.

Acosado el hombre de una sed de felicidad que en ninguna fuente puede apagar, naturalmente levanta los ojos al cielo, esperando que desde allí bajará cual rocío vivificador el consuelo que ha de alentarle durante su trabajosa peregrinación sobre la tierra. Así es que el cristianismo que lee en los pliegues más recónditos del corazón humano, y que nos alumbra cual faro salvador en los precipicios contra los que corremos riesgo de estrellarnos, nos ha deparado en sus santos unos poderosos valedores que nos aligeran la carga de la vida, y enjugan con blanda y cariñosa mano las lágrimas que continuamente brotan de nuestros ojos. Y ved ahí la razón que mueve al alma cristiana á postrarse con confianza al pié de los altares é implorar la intercesión de los justos que nos han precedido en la carrera de la vida, quienes han sentido las mismas necesidades que nosotros, y ahora ceñidos de aureola inmortal hacen valer con Dios sus virtudes en favor de cuantos todavía sostenemos las fatigas de una lucha abrumadora, y que necesitamos de una mano que nos apoye en el combate. Uno de estos intercesores que el cristiano en momentos de tribulación invoca con mayor confianza es el que aquí en la tierra hizo las veces de padre de Jesús y fué esposo de la Virgen santísima, el patriarca san José. De modo que tanto en el modesto oratorio de aldea, como en la catedral de magestuosas naves y de elevadas y caprichosas bóvedas hay

dedicada una capilla cuyos muros están casi siempre cubiertos del *ex-voto* al amigo que la Providencia nos ha enviado, y que por sus altas virtudes mereció calentar en su seno al Hijo de Dios, y alimentarle con los sudores de su rostro y con el trabajo que hasta encalleció sus manos. La humilde vara de José que un día sostuvo sus pasos ahora es en su diestra un cetro de poder; y mucha privanza debe gozar con Jesus quien mereció tenerle á la cabecera de su lecho y que le enjugara el sudor de la agonía. Muchos cristianos han penetrado en el templo para deponer á los piés de san José las cuítas de su corazón, y su rostro ántes surcado por el dolor pronto se ha visto bañado con apacible gozo. Por esto nosotros apreciamos vivamente todo trabajo encaminado á promover mas y mas la devoción á tan esclarecido Patriarca; así es que recomendamos la *Novena meditada de san José* (1) que acaba de publicar el *P. Rafael José Ferriol capuchino esclaustrado*. El alma piadosa encontrará en esta novena meditada con sencillez y unción de lenguaje pábulo con que alimentarse. El opúsculo que acaba de regalarnos este apreciable sacerdote es tanto mas recomendable, cuanto un trabajo de esta clase estaba todavía por hacerse, pues si teníamos algunos libritos con que poder celebrar la novena del Santo, carecíamos de uno enriquecido con meditaciones. Nosotros nos felicitamos de que las prensas del impresor Trias hayan sudado dos veces este año, para la gloria del santo Patriarca, la primera con el *Mes de Marzo*, y la otra con la novena que recomendamos. = V.

(1) Véndese en librería de Estévan Trias plaza de Cort.



LA RELIGION Y EL SIGLO.

ARTÍCULO QUINTO.

Hay especialmente para los hombres pensadores que se consagran al estudio de lo pasado con aplicacion á las necesidades de lo presente, y que consultan la esperiencia como piedra de toque de las teorías, una situacion amarga y desconsoladora en que toda luz de verdad humana desaparece, en que muere el corazon no solo á toda esperanza, sino, lo que es peor mil veces, á toda fe de mejora, no ya desesperando de lo que desea, sino ignorando lo que ha de desear: y en esta situacion, el filósofo perdido el norte de su camino, y confundiendo toda idea de bien y de mal respecto de las sociedades, se detiene y se concentra en sí mismo, y condena su pensamiento á la esterilidad y su brazo á la inaccion, como el que envuelto junto con otras personas en una profunda oscuridad, no se atreve á dar un paso, ni á hacer movimiento alguno, temeroso de dañarse á sí propio, ó de herir á los demás. Y este escepticismo que en religion y en moral nace comunmente de la corrupcion ó aridez del corazon, en historia y en política conquista por el contrario á los estudiosos é imparciales por efecto de su misma buena fé y de sus deseos de acertar. Someten á la prueba de la esperiencia los sistemas que en su espíritu concibieron, ú hojean la historia de los que en su juicio debieran resucitar; y allí donde esperaban hallar orden, moralidad, ventura, no encuentran sino corrupcion, anarquía y miseria; ven las instituciones que degeneran, los colosos que examinados de cerca se

achican, los bienes de hoy convertirse en males para mañana, la humanidad en fin clavada desde su caída en el lecho del dolor, no alcanzando con el curso de los siglos sino cambiar de enfermedades. Si la historia pública y clásica, digámo-lo así, con el esplendor de la gloria y el estrépito de los grandes hechos disimula las miserias y gemidos de una sociedad, si ensordece á ellos la ciencia filosófica para adaptarla y hacerla servir de prueba á un sistema; una crónica candorosa, un hecho aislado, una queja amarga que ha atravesado la distancia de los tiempos, ó una vergonzosa revelacion consignada en mugriento papel vienen á desvanecer nuestras ilusiones, descubriéndonos profundas llagas en una generacion que creíamos poco antes tan dichosa y robusta. Mientras nos saboreamos en la contemplacion y preconizacion de sus glorias y prosperidades, un suspiro salido á deshora de su tumba nos arranca de nuestros sueños, mostrándonos la dura realidad por medio de tan inflexibles como irrecusables testimonios, disipa las esperanzas del porvenir al mismo tiempo que los dorados recuerdos de lo pasado cuya renovacion invocábamos; y gracias si no destruye nuestra fe en los principios é instituciones que mirábamos como elementos necesarios de bien y engendrados infalibles de ventura.

Desengañémonos; en todos tiempos y lugares, bajo todas las instituciones imaginables, dominando cualesquiera principios, siempre han existido y existirán males terribles y generales: creer ó intentar otra cosa es desconocer la condicion de la humanidad y la humillante sentencia que sobre ella pesa. Jamás ha reinado puro y sin amalgama el bien ni el mal; las mas deshechas tempestades han sido á veces el preludio indispensable de épocas de regeneracion y bonanza, y en los dias de prosperidad acaso se formó el gusano que ha acabado con la lozana vida del tronco que le abrigaba. El mayor número de las instituciones y de los estados mueren como los hom-

bres no tanto por violencia, como por enfermedad y por efecto de los gérmenes de disolución que fueron en su cuerpo introduciéndose; y aun los que vemos perecer por la espada de un conquistador ó bajo la segur de las revoluciones, casi nunca son á nuestros ojos en sí, aunque lo sean en sus individuos, víctimas inocentes, sino culpables cuyo castigo ó espiación confia la Providencia á instrumentos mas culpables todavia, destinánolos, segun sus miras inefables y segun los méritos de aquellos, ora á muerte perpétua, ora á segunda y mas brillante vida despues de pasados por el crisol de la adversidad. Tal es la ley fundada en la esencia misma de las cosas: todo lo que es humano muere, y solo muere porque es corruptible.

Y qué! se nos dirá: preconizadores de la fé, venis á proclamar el escepticismo! venis á arrebatár la suavidad á nuestros recuerdos, su brillantez á nuestras esperanzas, toda idea de bien y felicidad á nuestro sediento corazón! Sí, preconizadores de la fé hemos probado primero su existencia como un instinto y una necesidad en todo hombre y en cualquiera de sus estados intelectuales, ora fuese legitima, ora errónea y desfigurada; pero ya es tiempo de deslindar la fé de la superstición, como el que, probada la necesidad y universalidad del sentimiento religioso, busca entre tantas religiones los caracteres de la verdadera, sin cuya segunda investigacion de nada serviria la primera sino para lanzarle en una confusion peor acaso que las tinieblas de la incredulidad. No pasaríamos á quitar el apoyo del cual pende vuestra fe, si no tuviéramos un punto mas elevado y seguro en que colocarla; venimos á arrancarla de los hombres y de las instituciones humanas para fijarla en Dios y en sus leyes eternas, á mostrar la vanidad de esas glorias de los conquistadores, de esas cavilaciones de los políticos, de esos edificios que el Señor no edifica y de esos muros que no custodia, venimos á destrozar tantos ídolos de barro obra de nuestras propias manos, á los cuales se fian y atribuyen la

conservacion y ventura de las sociedades. Las generaciones todas han idolatrado sucesivamente en sus principios incompletos, en sus formas políticas ó en sus instituciones sociales, sin escarmentar á vista de la mortalidad de cuanto les precedió; y la nuestra idolatra aun en las varias y encontradas opiniones en que anda fraccionada, desde los admiradores entusiastas de la edad media hasta los apóstoles de la perfectibilidad indefinida. Siempre los estacionarios han hecho inseparable de la ruina de lo existente la muerte y aniquilamiento de los pueblos; siempre los innovadores han prometido á estos con sus nuevos específicos haber hallado la panacea de los males; y unos y otros se han engañado en sus temores y en sus esperanzas: las leyes se multiplican, las sociedades se trasforman, los males y los bienes siguen templándose y casi equilibrándose unos con otros, y las naciones ora envejecen rapidamente á pesar de los tónicos que se les propinan, ora triunfan robustas del cúmulo de dolencias que debiera abrumarlas. Toda conquista, revolucion, sistema, mejora ó adelanto positivo son tan incapaces por sí de crear una sociedad ó de asegurarle un bienestar sólido, general y verdadero, como cualquier operacion química de infundir espíritu á la materia: unas y otras no alcanzarán mas que á descomponer, reunir, sutilizar, organizar, dar formas mas ó menos perfectas pero siempre inertes: para vivificar se necesita el alma, se necesita la religion.

Las conquistas oprimen y no unen, matan y no convierten, las revoluciones solo destruyen, las leyes se eluden, las instituciones se falsean, las riquezas corrompen: cualquiera sea el equilibrio de poderes, siempre habrá opresores y oprimidos; sea cual fuere el repartimiento de goces y bienes, habrá monopolio de un lado, envidia del otro: invéntese por fin el freno que se quiera contra el desborde de pasiones ó la lucha de intereses, siempre habrá una cosa mas fuerte que todos los diques y mas ingeniosa que todas las precauciones: la libertad

humana. Dirigirla y no encadenarla es el único medio de contener sus abusos, y esto solo puede hacerlo una fuerza espiritual llámesele como se quiera, conciencia, moralidad, religion. ¿Dónde está, se nos preguntará, este siglo de oro que la religion ha traído al mundo, y este suelo bienaventurado que ha convertido en paraiso? Dónde está, preguntaremos, el siglo y el suelo donde ha reinado sin mancilla y como señora absoluta la religion? Siglos ha habido que se han llamado religiosos relativamente á los que les han sucedido, en que la religion á mas de ser el principio social, como es y lo será siempre, era ademas principio de gobierno; y si merecen una justa admiracion como reaccion del desprecio en que los sumió el filosofismo, y si es preciso conocer toda la miseria y fatalidad de aquellos tiempos, para agradecer debidamente al catolicismo cuanto dulcificó su suerte, muy lejos estamos de presentarlos por tipo de su imperio saludable. Florezca enhorabuena la religion; siempre hervirán debajo las pasiones, y se sublevará la libertad humana, que no existiria si debiera necesariamente someterse á la voz de aquella; y cuanto mayor sea el predominio religioso, con tanta mas diligencia se encubrirán bajo su manto los bastardos intereses y malas propensiones: pero no con los abusos, con las miserias, con los atentados de aquellos siglos es como debiera arguirsenos contra la religion; debiera mostrársenos que la religion los santificaba ó siquiera consentia; debiera mostrársenos que sin la religion hubieran sido aquellas generaciones mas justas y felices. ¿No es injusticia hacer cargos á la ley de los mismos excesos que condena? no es locura repudiar un consuelo porque no alcanza á ser remedio total? Quién ha declamado jamas seriamente contra las ideas de justicia y poder, porque existen soberanías tiránicas ó tribunales corrompidos? La religion para obrar en la tierra necesita tomar cuerpo y formas sensibles que no participan de la incorruptibilidad é inmortalidad de su espíritu; y cuando los abu-

sos gangrenan un miembro , aquel miembro muere , sin menguar por esto el alma ni contaminarse. Nada existe de cuanto ha dado pretesto á tantas declamaciones contra la religion , y ella sobrevive ; prueba que aquello era necesario , humano , pasajero , esto divino é inmortal. Y nótese de paso la doble conducta de sus enemigos : cuando se trata de minar su influjo , de destruirla en su parte temporal y visible , única que está en su mano , protestan que nada de ello pertenece á la religion , que solo dirigen sus tiros á las añadiduras de los hombres para que aparezca en toda su pureza y hermosura la obra de Dios ; pero ¿ se trata de inculparla y acriminarla ? no hay institucion ni creyente apenas de cuyos vicios no la hagan responsable y cómplice. En el primer caso aniquilándola á fuerza de abstraerla , fingen no verla en ningun punto para hierirla mas á salvo ; en el segundo en todas partes fingen verla para abarcar en su seno las miserias y desgracias del universo.

Pero si la religion ha dejado de ser principio de gobierno tal vez por beneficio de la Providencia , y si por ahora , segun las consideraciones espuestas en nuestro artículo anterior , le conviene separarse de la política tirando una línea divisoria entre la Iglesia y el Estado , no debe , ni puede aunque quisiera , abdicar su influjo y su tutela sobre las sociedades ; tal es la fuerza y calor vivífico que por su esencia lleva. Error frecuente es en estos tiempos confundir los intereses políticos y los sociales , cuya consecuencia menos peligrosa es dar á aquellos una exajerada importancia , ó encerrar á estos en el estrecho círculo de los primeros , perdiendo el tiempo en cuestiones estériles y ridículas si no pasan del gabinete de unos cuantos filósofos , terribles y sangrientas si en ellas toman voz los pueblos. Solo por este error puede esplicarse la continua suspicacia de los gobiernos , los impertinentes temores de una dictadura sacerdotal , y el imbécil prurito de poner la religion fuera de circulacion , digámoslo asi , de limitarla á una idea especulativa

ó á ritos esternos, de hacerla retirar en el fondo de los templos aunque con pompa y *bien asistida*, como decia memorablemente un periódico de la situacion. Ay del dia en que esto sucediera, y en que dejara de presidir en los tribunales, de intervenir en los contratos, de regular las obligaciones mútuas, de circular por las calles, de anidarse en los hogares, de velar sobre los sepulcros, de acompañaros desde la cuna hasta el lecho de muerte! Insensatos! y no veis que la religion seria entónces una supersticion ó una farsa, y los templos un teatro donde iriais á orar por la mañana como vais al otro á solazaros por la noche?

De aquí nace que sea con dañado fin, sea con necio aturdimiento, no alcanzan á escluir del gobierno temporal á la religion sin menguar tambien su vida moral en la sociedad, que para segregarla de las leyes se la arranca de las costumbres, y só color de procurarle descanso y retiro se la condena á inaccion y encierro, ó se la *depura* hasta el punto de aniquilarla. Si á medida que se espiritualiza la religion, se espiritualizara tambien al hombre, y en especial á la clase mas ignorante y grosera que segun vosotros necesita mas directamente de su accion y de sus consuelos, ó si estos se limitaran á la otra vida, y no aliviarian con inmediatos auxilios la carga de la presente, se comprenderia mejor este sistema de aislarla, de reducir su esfera, de privarla de su ubiquidad, digámoslo así, y de su ascendiente sobre los sentidos; pero cuando sus ventajas en el dia mas ponderadas, las únicas tal vez que la moderna filosofia le concede, son cabalmente las de moralizar al pueblo y aliviar ó siquiera resignarle á su triste suerte material, ¿no es una contradiccion el reducirla á la esterilidad bajo este aspecto? Antiguamente, es decir ayer, la religion sellaba y consagraba en cierto modo todos los grandes acontecimientos de la vida; fórmulas religiosas cuya sublimidad ó delicadeza no se reparaba por harto comunes, acompañaban los duelos y los para-

bienes, las relaciones sociales de amistad, urbanidad é intereses, y los escritos todos desde la ley suprema hasta la mas sencilla carta; el símbolo religioso se ofrecia por todas partes á la vista, y sensibilizaba la accion universal del sentimiento, y donde quiera pecara el hombre, allí se le presentaba como un remordimiento visible; donde quiera llorara, se le ofrecia como inesperado consolador levantando su alma al cielo: el culto religioso en fin, no cabiendo en los templos, rebosaba por las calles y plazas manifestándose en devotas procesiones ó en populares solemnidades, y hasta dando pretesto á todo público solaz ó diversion. Prescindiremos de la poesia que en sí respiraban estas costumbres, y de las ventajas espirituales que de ellas dimanaban: mas aun bajo el punto de vista de los filósofos que las han desacreditado, y de los gobernantes que las han abolido, no vemos qué bienes haya traído su desaparicion, ni qué inconvenientes podia acarrear el que, supuesto que la religion sea la ley moral del pueblo, esta ley se hallara fija en cada esquina; que siendo el bálsamo de sus males, se hallara aprontado donde quiera sin necesidad de buscarlo; que una voz perenne le recordara sus deberes y sus esperanzas, y recibiera infiltrada en sus alimentos y hasta aspirara con su ambiente la sustancia vivificadora, en vez de tomarla á modo de medicina. Sin duda los pueblos agradecerian mas esta saludable coaccion, tan distante de la violencia como del indiferentismo, por medio de la cual se les infundia sin percibirlo el espíritu religioso, que la funesta independencia en que se los deja entregados á los elementos del mal, á la tiranía de las pasiones ó á la amargura de sus privaciones, sin remedio ni contrapeso. Antes al hombre se le inclinaba al bien, ahora se le permite; antes venia á buscarle la religion rodeándole con sus beneficios, y constituyendo el fondo de sus ideas que casi siempre al traves de sus vicios aparecia; ahora él debe buscarla hasta cierto punto, sujeto á todas las eventualidades é incon-

venientes de educacion , relaciones , posicion y carácter , que á veces le colocan á tanta distancia moral del influjo religioso, como lo está físicamente el salvaje en medio de sus bosques. Asi la religion va pareciendo en los creyentes un resultado de este concurso favorable de circunstancias, un accidente ó particularidad del carácter, una propension de temperamento, una aficion ó pasion cuando no un cálculo; y de aquí á mirar los templos como unos *meros establecimientos de oracion*, el clero como una carrera, la Iglesia como simple rueda del Estado, no hay sino un paso y bien corto. Y entónces convertida de vínculo social en sentimiento individual, de nada serviria á nuestros publicistas tenerla de reserva para grandes ocasiones ó casos desesperados, semejante á aquellas viejas enseñas, paladion tradicional de las naciones, que enarboladas en los momentos críticos despues de ocio prolongado, salen á presenciar la ruina y muerte del degenerado pueblo que en mejores tiempos guiaban cada año á la victoria.

¿Qué significan tantos elogios académicos ú oficiales dispensados al catolicismo en especulativa, y tantas cortapisas y restricciones opuestas en la práctica á su desarrollo? tanto hablar del espíritu moralizador y pacífico de sus doctrinas, y tanta alarma y suspicacia contra sus propagadores? ponderar los beneficios de sus instituciones, y condenarlas á desaparecer? reconocerle como conservador de las ciencias y civilizador de los pueblos, y escluirle de la enseñanza, ó alomenos desacreditar y neutralizar la suya? encargarle la tutela de la sociedad, y trabar su accion benéfica, envidiándole y temiendo como tiránico su ascendiente sobre los corazones? en una palabra, qué significan tantas recomendaciones y encomios á la religion, y tanto miedo y espanto y hostilidad á la Iglesia que no es sino esta religion misma erigida en sociedad y organizada para obrar? Significa que para la mayor parte de los publicistas no es la religion mas que un nombre vago, una abstraccion, una

teoría; que sin hacerse cargo del indivisible enlace de sus preceptos, los reducirían con gusto á uno solo: *obedece!* ¿Quereis que seamos explícitos? significa que se lucha entre el odio viviente aun hácia la religion, y la necesidad de ella harto experimentada.

Pero ni la religion por su esencia puede sujetarse á esta especie de entredicho y aislamiento, ni deben consentirlo los hombres religiosos y mucho menos sus ministros: renuncien enhorabuena á la proteccion de los gobiernos, pero jamas al crédito y amor de los pueblos. No les pedimos solo firmeza y brio para defender contra toda agresion y fuerza el recinto de los templos ó el santuario de sus conciencias, si que tambien ardiente celo y proselitismo para conquistar á la religion los corazones y entendimientos, y no solo con oraciones y votos y armas espirituales, sino con medios activos, con cuantos medios humanos ella permite. Estiendan su imperio dulcemente invasor sobre cuanto sirve á los usos y necesidades de la vida, sobre cuanto ilustra, embellece ó recrea, sobre todo lo grandioso, útil ó agradable; no haya direccion alguna que pueda tomar la actividad y la curiosidad humana dentro de su permitida esfera, que no se hallen al frente de ella para regularizar y aprovechar aquel movimiento; no haya don alguno ó hechura de Dios, maravilla de la naturaleza ó invencion del hombre, que no sirva de instrumento en sus manos para propagar la divina gloria. No se desdeñen de ataviar con humanos laureles á la hija de los cielos si deslumbrando los ojos carnales de muchos consiguen por este medio atraerlos á ella; aparezcan inteligentes ante los idólatras de la inteligencia, activos y fomentadores ante los hombres del positivismo, profundos conocedores del corazon para los que sufren ó ansían: acomóndense en fin á las lícitas si bien caprichosas exigencias del siglo, como acostumbran los misioneros con las de los salvajes para ganarlos á Dios, y empleen alternativamente y segun los casos la dulzura y la firmeza que caracterizan á todo celoso y pru-

dente enfermero. Y como es tan grave la dolencia de la generacion actual, que el alma está casi aletargada, y apenas siente ya mas que los dolores materiales, es preciso tambien acudir al remedio de estos y acallarlos en lo posible, para que así pueda oír mejor discurrir acerca de sus intereses espirituales: es preciso que la religion se encarne, por decirlo así, en beneficios sensibles, y que si con una mano señala al hombre la segunda patria que le espera en el cielo, con la otra le sostenga en el camino, y aparte las espinas de esta senda terrenal por la que va marchando. Esta mision, tanto mas fácil cuanto deriva de la esencia de la religion misma, y como tal se ha ejercitado aun cuando la reclamaban ménos al parecer las circunstancias y el carácter de la época, vale por todos los volúmenes y discursos, y á ella está reservado tal vez un éxito decisivo: contra el yelo del indiferentismo la llama de la caridad. Dios es caridad, Dios se revela por el amor, y por el amor es como otra vez podrán subyugarse los corazones. Es necesario pelear con obras; el mundo está cansado de palabras.

Y así lo han reconocido en efecto, no digo ya los hombres pensadores y conocedores de su siglo, sino las mismas gentes de corazon recto y sencillo. Las personas piadosas como por un profundo instinto ó mas bien inspiracion del cielo, descendiendo un poco de su contemplacion, ó aliandola con una perpétua milicia de caridad sobre la tierra, se mezclan entre el bullicio del mundo para esparcir por él centellas del sagrado fuego guardado debajo del santuario, y verter bálsamo y consuelos en los cuerpos con el objeto de filtrarse así mejor hasta el interior de las almas. La filantropía filosófica habia en cierto modo desafiado á la religion á aliviar la suerte material de los pueblos; la habia tratado de embaucadora, de madastra de los cuerpos, de insensible á las lágrimas terrenas: y esta acusacion era tanto mas peligrosa en unos tiempos en que cuanto perdió la fé y el entusiasmo, lo ha ganado el egoismo y el amor

al bienestar y á los intereses llamados positivos. La religion debió recoger y recogió el guante; y de aquí esta multitud de establecimientos de caridad, de hospitales y casas de asilo, de asociaciones piadosas cuyo número iguala casi al de los males y desgracias de todo género que pueden afligir al hombre en su dolorosa peregrinacion, tantas obras en fin y empresas de verdadera filantropía tendidas como una inmensa red por casi toda la Europa para conquistar hombres á Dios, y prender en los dulces lazos de la caridad á cuantos una vez se acercaron á sus aguas para refrigerarse. Y luego despues de aliviar y sanar los cuerpos, han penetrado hasta el corazon donde está la llaga mas profunda; y haciéndose cargo de la ambicion insaciable, del inmenso afan é inquietud de deseos y del lastimoso descontento que devora á los hijos de este siglo, han dado instruccion al que la pedia, han investigado con ellos los tesoros de la ciencia y los arcanos de la naturaleza; los deseos que han podido satisfacer los han satisfecho, á aquellos á que no alcanza la mano del hombre han señalado al cielo por término y cumplimiento. He aquí una cátedra, un libro, una apología práctica que habla bien alto; he aquí un método corto, sublime en el que lo enseña, dulce para el enseñado y seguro en sus resultados. Está tan decaída y escarmentada la razon humana; tan incierto y oscurecido el entendimiento, que no aguarda sino un movimiento del corazon para decidirse y seguirle: gánense los corazones y se subyugarán los entendimientos. Hojead la historia de las conversiones de nuestros dias: ¿dónde se han verificado sino en el fondo de los templos, á vista de las imponentes solemnidades ó suaves consuelos de la religion, en el lecho de dolor de los hospitales, en las grandes aflicciones de espíritu ó de cuerpo consoladas por ángeles de caridad, que á falta de otra prueba bastarian por sí solos para hacer creer en el cielo? Qué otra mas enérgica pudiera presentarse en favor de un Dios bueno, de otro mundo de recompen-

sas, y de una doctrina que tales portentos y sacrificios inspira?

Y al paso que esto presencia la civilizada Europa, un mismo impulso de caridad arranca de ella á hombres generosos para traer á pueblos bárbaros junto con la luz de la fe iguales beneficios al traves de los mares y de los desiertos. La era de los misioneros no menos admirable que la de los mártires, no se ha cerrado todavía, ni se cerrará, mientras quede un islote donde no se haya plantado la cruz, un salvaje que no conozca á su Redentor; y nuestro siglo indiferente y egoísta es testigo ocular de estos prodigios de celo y abnegacion, que si por acaso no creyó exagerados por el entusiasmo de otros tiempos, alomenos en el actual estado de cosas reputara como imposible.

Qué digo! todo fiel nace ahora misionero; y sus trabajos y esfuerzos en medio de una sociedad escéptica y descontentadiza solo se diferencian de los del animoso sacerdote en medio de sus rudos neófitos, lo que se diferencian los cuidados paternales de la educacion, de los últimos consuelos prodigados á una ancianidad decrepita y abatida. El grande en su palacio, el artesano en su taller, el sabio en su retiro, el literato en la atmósfera de gloria que le rodea, todos á su modo pueden ser apóstoles de palabra, de obra, ó cuando menos con el ejemplo, y hacer que en su peculiar esfera penetren los rayos de la religion; y cuando se piensa en la singular importancia, por decirlo así, y gran mision que ha sido atribuida al individuo en este tiempo, en el poderoso ascendiente que puede emplear en defensa de la mas hermosa y santa de las causas, casi bendice uno el rigor de las presentes circunstancias engendradoras, al mismo tiempo que de azares y peligros, de grandes hechos y de sentimientos generosos; y se deplora menos la desaparicion de tantos monumentos materiales, que recordaban á Dios, ya que parece destinado á reemplazarlos el hombre mismo, eclipsando las obras todas del arte con lo *bello* de sus virtudes y lo *sublime* de su caridad. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Autos Sacramentales

DE CALDERON.

LAD. ¿Y qué son Autos?

VILL. Comedias

A honor y gloria del PAN

Que tan devota celebra

Esta coronada villa,

Porque su alabanza sea

Confusion de la herejía

Y gloria de la Fe nuestra.

LOPE DE VEGA. *Loa entre un villano y una labradora.*

Ningun escritor de primer orden ha experimentado tanto el flujo y reflujo de la crítica como Calderon de la Barca. Ninguno ha sido tan hiperbolicamente ensalzado por la generacion contemporánea, para ser tan duramente escarnecido por la venidera. Cervantes apellidó á Lope de Vega *el mónstruo de la naturaleza*; nosotros, apropiando á Calderon el título de una comedia que escribió, podriamos llamarle *el mónstruo de la fortuna*. Su fama póstuma sufrió de lleno los vaivenes de la opinion pública, y el periodo que abarca esa fama pertenece tambien á la vida de los autores. Aclamado Calderon como el astro mas brillante de una esfera tachonada de luminosas estrellas, apenas pasó un siglo sin que se viese envuelto en la sombra de un eclipse total; y su teatro calificado por voto unánime de coleccion de modelos inimitables, fué reputado despues como una serie de ingeniosos delirios, de extrañas producciones de una fantasia desarreglada, de lamentables aberraciones del entendimiento humano. Aunque el clasicismo frances penetrase en Inglaterra, el admirable Shakespeare con-

servó gran parte de su prestigio entre los literatos ingleses, como lo conservaba íntegro en las masas populares, pero desde que Huerta rompió su última lanza en favor de la escuela dramática española, Calderon fué destronado completamente. Negáronle su voto los criticos, borráronle de sus repertorios los actores, faltáronle los aplausos del público, y su nombre se iba haciendo tan desconocido como lo era su sepulcro. Cerraron para él los teatros, á la manera que sus tomos de comedias estaban cerrados para los nuevos dramaturgos; y sus obras en vez de inspirar á los poetas vinieron á ser como una antigualla que recogian el curioso y el erudito.

Una crítica, mas filosófica en su fondo y mas generosa en sus tendencias, ha manifestado cuan estrechas eran las miras de aquella que, preocupada por modelos de belleza especial, armaba su diestra del compas y la escuadra para buscar en los variados productos de la imaginacion las proporciones de un tipo determinado. ¿Es acaso menos bella una catedral bizantina ó un palacio arábigo, por no tener la sencillez del edificio griego, ó la elegancia misma de un monumento romano? Pues si la arquitectura ha encontrado tipos de belleza diferentes ¿por qué no habia de hallarlos tambien la literatura? Investigar, descubrir y comprehender ese dechado ideal de que las obras de ingenio son tan solo mas ó menos perfectas imitaciones, era lo primero que debia hacer la crítica para fundar sus juicios sobre sólido cimiento. Una escuela dramática que contaba á centenares sus escritores aventajados, y á millares las obras marcadas con su sello que fueron el encanto de una nacion civilizada por el espacio de un siglo, y que á falta de otra gloria podia alabarse de haber sido el mas fecundo de todos los sistemas literarios, por cierto que no tendria un tipo enteramente ageno de verdad y de belleza. Reconocida la analogía de ese tipo con el carácter de la sociedad para la cual fué concebido, y observado en las producciones de aquella escuela

un vivo reflejo de las ideas, costumbres y sentimientos de su época, nuestros dramáticos antiguos han logrado que fuese rehabilitada su memoria, y Calderon como jefe de ellos vuelve á ocupar el puesto que le pertenecía. El buen concepto de que actualmente goza está enlazado con el entusiasmo primitivo, y los encomios han hecho enmudecer al sarcasmo, como este hizo callar á la admiracion. La crítica moderna desmintiendo á la del siglo pasado, proclama á Calderon dramático eminente, genio extraordinario, poeta europeo; y revocando un fallo pronunciado ya como solemne y decisivo, ha vuelto á ceñirle la corona de inmortalidad de que con tanta ligereza se le habia despojado.

Ni el espacio de un siglo consolidó bastante la obra del entusiasmo para impedir su ruína, ni el espacio de otro siglo fué estorbo á que se reedificase el derruido monumento: ¿será esta fábrica de mas duracion que la primera? Para que así sea, necesario es que esté apoyada en convicciones literarias nacidas de profundo y razonado estudio, y no en opiniones prohibidas por la moda, cuyo dominio es siempre caprichoso y pasajero. Por de pronto observamos que no un exámen mas filosófico de nuestras *comedias famosas* hizo tomar en España diverso giro á las ideas de crítica teatral, sino que el ascendiente de una crítica importada del extranjero precedió al nuevo exámen de nuestros dramáticos antiguos. No fueron las bellezas de estos las que hicieron pasar como culpa venial la falta de las tres decantadas unidades; sino que adoptado el principio de libertad por los literatos que empezaban á descollar, y aplaudidos sus efectos por el público, reconocieron algunos que seria contradiccion palpable dejar que permaneciesen olvidados los escritores de una escuela que tantos puntos de contacto tenia con la dominante. Es decir que Calderon y los suyos no han resucitado por su propia virtud, sino por la ajena. Si alomenos ahora que gozan de nueva vida fuesen estu-

diados con detencion, y su lectura sirviese de algo mas que de pasatiempo! Pero los juicios inexactos aunque laudatorios, que publican á veces escritores nacionales y extranjeros, demuestran que el estudio de Calderon no es tan profundo ni tan comun como á primera vista aparece. Los elogios vagos no prueban mas que una idea vaga. Ese encomio de cualidades que no son las características de Calderon si bien no carecia de ellas, esa repeticion de unos mismos temas como si fuesen los únicos de su gloria, esas citas entusiastas pero rutinarias; no son mas bien un tributo á la moda que un homenaje al mérito del grande escritor? Cuando las voces de aplauso no son mas que ecos unas de otras, mas bien forman ruido que fama verdadera.

Pocos son los autores que hayan marcado todas sus obras con un sello tan característico y propio como el que ahora nos ocupa: ninguna de ellas necesita su firma para ser reconocida al momento. Calderon tiene una manera tan peculiar, sus bellezas y defectos son de tal orden, que han podido ser imitados con habilidad, pero no completamente falsificados por sus mas diestros competidores. Ese ayre de familia que es fácil advertir hasta en sus dramas de índole mas opuesta, ha persuadido á no pocos que, leyendo con atencion los mas sobresalientes y vulgarizados, alcanzarian una suficiente idea del conjunto que forma su voluminoso teatro. Pero como este se divide en varios géneros cuyo objeto es diferente si bien sus formas y estilo algo parecidos, conviene clasificarlos y estudiarlos por separado para tener de cada uno exacto conocimiento. Calderon observando á la sociedad, ó idealizando sus mas nobles y poéticos sentimientos algunas veces hasta la exageracion, creó y popularizó la comedia de intriga, haciendo alarde de un ingenio maravilloso en la cortesía del lenguaje, en la sutileza de los conceptos y en la complicacion y artificio de la trama, hasta dejar probado el tema que en el titulo se habia propuesto. Es verdad que conduce á sus lectores por

las encrucijadas y revueltas de un laberinto, pero sus veredas están sembradas de tantas flores! es tan agradable la suspensión con que se espera ver si el autor logra desatar, ó tan solo consigue romper el lazo que va apretando con nuevos nudos! Otras veces le prestaban sus asuntos la historia y la mitología, ó bien sus sobrenaturales acaecimientos las leyendas piadosas ó caballerescas que en su tiempo estaban en voga; pero entonces ni se hacia esclavo de la fábula ni de la tradicion; costumbres, caracteres, colorido, todo era puramente obra suya: lances y personajes le pertenecian como si los hubiese creado; y sin contentarse con dialogar los hechos referidos, los refundia, adornaba y enlazaba á su manera, vaciando á la vez el testo ageno y la invencion propia en el molde preparado de antemano en su fantasía. Si los numerosos dramas que comprenden estas dos clases fueron tal vez los que promovieron la celebridad de Calderon, sin duda los que actualmente contribuyen mas á estenderla é inmortalizarla son las comedias en que valiéndose de recursos fantásticos ó naturales, se propuso resolver algun problema psicológico y desdobló con mano maestra los pliegues del corazon humano, las admirables concepciones en que con tanta novedad como ingenio desenvolvió un argumento de elevada y anstera filosofia, ó bien aquellas en que poniendo en juego culpables ó enérgicas pasiones rayó hasta en lo mas sublime de la tragedia. Dejadas empero aparte esas divisiones para quien mas dignamente pueda apreciar las dotes y lunares que á cada una caracterizan, nosotros daremos únicamente y de paso una ligera ojeada á sus Autos sacramentales, parte de su teatro análoga al objeto de esta revista, por ser el monumento literario mas notable que ha fabricado el ingenio español bajo la severa inspeccion, para el fomento, y á vivos impulsos de la fe.

Sabido es que el arte dramático nacido bajo los auspicios de la religion gentílica, tributó sus primeros ensayos al obse-

quío de las divinidades del Olimpo. En su sencillez primitiva, en sus mas reducidas formas, el drama no fué, por decirlo así, mas que un himno dialogado entre supuestos personajes y el coro: ensanchados luego sus límites, adaptado á nueva clase de argumentos, y perfeccionado á medida que adelantaba la civilizacion, fué perdiendo el carácter de culto religioso; y lo que habia sido creado en honor de los dioses, descendió á mera diversion y pasatiempo de los hombres. Mas, como este ramo de la literatura es el que refleja con mayor viveza los hábitos y sentimientos de la sociedad donde se cultiva, el drama de los antiguos no podia carecer del espíritu de sus creencias ni de la atractiva lubricidad de sus costumbres. Alléguense á esto las multiplicadas seducciones que convertido en espectáculo público ofrecia al encantamiento de los sentidos y á la fragilidad del corazon; y nada extraño se hará que los primeros padres de la Iglesia, ministros de una religion tan pura en sus dogmas como austera en su moral, declamasen con tanta vehemencia para retraer á los fieles de una diversion enteramente pagana, y que la asistencia á los teatros de los gentiles fuese mirada casi como un acto positivo de apostasia. Este anatema que pesaba sobre las representaciones dramáticas, cuando la antigua literatura tocaba ya á sus horas de agonía, hubiera sido un obstáculo para que volviesen á dominar en una época en que la influencia del cristianismo era el primer elemento y la fuerza vital de sus sociedades, si la religion misma que lo habia impuesto no se hubiese cuidado tambien de levantarlo. El renacimiento del drama se debe mas bien á un impulso de piedad que á los esfuerzos del genio. Si por un fenómeno extraordinario y casi imposible el talento de un nuevo Sófocles ó de un segundo Plauto se hubiese empeñado entonces en reproducir las inspiraciones de Melpomene ó de Talía, sus tentativas no hubieran tenido mas que un éxito obscuro, aislado é infecundo, al paso que unos pobres clérigos sin mas

ingenio que el de un juglar, sin mas poesía que la de rastreras coplas, infundieron vida y popularidad á las groseras composiciones en que encerraban el gérmen del drama moderno, revistiendo de sus mas sencillas formas algun pasage del nuevo ó del antiguo testamento. Desprendido asi de su origen primitivo, purificado de su elemento pagano, cristianizado en el fondo, y adoptando el nombre de *misterios y moralidades*, el drama de la edad media vino á ser, si se nos permite esta expresion, un nuevo rito que la Iglesia añadió á su liturgia para solemnizar tal cual vez sus dias mas festivos. Acomodándose á las necesidades de sus hijos, no desechó este medio de instruir su ignorancia, de alimentar su devocion, de santificar sus regocijos, y de presidir á sus mas bulliciosas reuniones. Extraños tiempos aquellos en que el solaz y esparcimiento de los pueblos podia ser, y era en efecto, un acto de piedad! Y para que no se crea que exageramos considerando aquellas representaciones escénicas como un accesorio del culto exterior, atiendan nuestros lectores á que no deben juzgarlas por la idea que actualmente se forma de esta clase de diversiones, pues que entónces no tenian aun el carácter puramente seglar á que ahora están reducidas. Téngase presente que sirviendo amenudo para mayor lucimiento de festividades eclesiásticas, la imaginacion subyugada por el uso pasaba naturalmente de los medios al fin sin notar la discrepancia que ahora salta á la vista. La ciega y ardiente fe que animaba á los pueblos podia dar á ciertas acciones indiferentes un valor que ahora no se concibe, y su fervor suplía las impropiedades en el orden religioso como su rudeza aceptaba las impropiedades en el órden literario. Además aquellas humildes composiciones conservaban en parte un aspecto doctrinal, siendo como eran toscas y materiales esplicaciones de los misterios, de la historia ó de las parábolas del cristianismo; los actores se asociaban á titulo de piadosas cofradías, no siendo cosa insólita y repugnante ver á algun clérigo

que recitase sus papeles y se revistiese de sus disfraces; y en fin los tablados se levantaban no solamente en los vestíbulos y claustros de los monasterios y á la sombra de los santuarios, sino hasta sobre el pavimento mismo de las catedrales más suntuosas, como en 1487 se verificó en la de Zaragoza, ejecutándose ante los Reyes Católicos un auto del Nacimiento.

A propósito de lo que vamos diciendo, nuestra historia particular nos subministra un hecho que consignamos aquí con el mayor gusto por ser tan curioso como auténtico, si bien de fecha muy posterior á la época de que hablamos. Con funciones religiosas y populares regocijos celebraban cada año nuestros progenitores la festividad del santo Ángel, custodio especial de Mallorca. La decadencia que desde últimos del siglo XV experimentaban las artes y el comercio de la isla, secándose casi las fuentes de su riqueza y mermando su población, obligó por fin al Grande y General Consejo á cercenar los gastos municipales; y alegando abusos que por cierto no faltarian, suprimió parte de los festejos y las representaciones que de tiempo inmemorial se acostumbraban y atraían un concurso inmenso de las aldeas vecinas. Tan resentido quedó el pueblo y principalmente la parte forense, que sobreviniendo algunos años de esterilidad, su misma desazón les hizo atribuir esta desgracia á castigo del cielo por haber cesado lo que comunmente se respetaba como una práctica piadosa. Estremo era que rayaba en superstición y que solo hacían escusable la sencillez é ignorancia de aquellos tiempos, pero el Consejo no juzgó prudente despreciar tales murmuraciones, y conviniendo en que *les dites representacions son cosa pia é d'invocació dels angels, é que no's deuen leixar los antichs usatges*, á pesar de los ahogos en que se veía la universidad, en 9 enero de 1556 acordó que las fiestas se hiciesen como antiguamente, y designó para su coste 150 libras cantidad mayor de la que antes se espendía.

No por largo tiempo fué caracter exclusivo del drama el espíritu religioso que le infundiera el primer soplo de su segunda vida. Incapaces de tratar los asuntos sagrados con la dignidad y decoro que necesitan, sus rústicos autores principiaron por ingerir en ellos donaires y truhanadas, que siendo aplaudidas hicieron idear otra clase de argumentos donde podían acomodarse con mas profusion. Y pronto los *misterios y moralidades* se vieron rodeados de *farsas y entremeses*, nuevos hermanos que entraban en la familia como hijos del mismo ingenio sino del mismo sentimiento. Para prueba del modo con que fué cultivado en España ese ramo que brotara casi al pie del tronco, nos han quedado las piezas dramáticas que componen la primera época del teatro nacional, mientras que solo escasas noticias tenemos de aquellas que dependían de la raiz, y formaban por decirlo así la continuacion del tronco mismo. Abierto un nuevo cauce á la imaginacion, reforzado el ingenio con el estudio de los clásicos antiguos y mas civilizadas las costumbres, apareció la verdadera comedia para reflejarlas en cuadros mas caprichosos y alhagueños; pero el espíritu religioso se apoderó tambien de esa ampliacion del drama primitivo, formando de las vidas y milagros de los santos un género misto que participaba del entretenimiento de la comedia y del objeto moral de las composiciones místicas á que se habia dado el nombre de autos. Asombra por cierto la muchedumbre de piezas de este género que invadió nuestra escena: Agustín de Rojas afirma que *no quedó poeta en Sevilla que no hiciese la comedia de algun santo*; y segun los manuscritos que hemos visto en la biblioteca del duque de Osuna, congeturamos que el número de las inéditas y de autores desconocidos, sobrepuja al de las publicadas por nuestros mas insignes poetas. Pocas de ellas hay entre unas y otras que sean recomendables por su desempeño literario, y menos las conducentes al alto fin que sus autores se proponían, pero siempre son un testimonio

irretraguible de lo mucho que influia el espíritu religioso en la imaginación de los españoles hasta en el desarrollo del género dramático.

Lope de Vega, *el Fénix de los ingenios*, que haciendo salir de su niñez á la comedia la presentó al público adulta ya, vestida de ricas galas y coronada con las flores de la mas seductora poesía, fué tambien el que dió nuevo giro y animacion y vida á las representaciones, que por celebrarse especialmente en la fiesta y octava del Córpus, habian adquirido el nombre de autos sacramentales. Cuatrocientos de esos cortos dramas le atribuye la fama, pero paréceno: probable que su laboriosidad sin tregua, que su facilidad sin ejemplo, que su fecundidad que podríamos calificar de milagrosa, darian márgen á que se exagerase el número de sus producciones destinadas á la escena. Doce de sus autos son los que únicamente hemos visto mas, cuánta poesía hay encerrada en su linda versificación! Cómo nos han hecho lamentar la desaparicion de sus hermanos! Qué de tesoros nos ha robado la negligencia de nuestros mayores! Y que ahora se impriman, se vulgaricen, se quieran eternizar tantas sandeces! Si los limites de este artículo no fuesen tan estrechos, enriqueceríamos estas páginas con fragmentos de tanta suavidad y ternura, de tan meliflua armonia, de tanta robustez y nervio, que no conocemos otros de nuestra literatura sagrada con que compararlos. Milton mismo se envaneciera de los pensamientos tan enérgicos y sublimes, tan verdaderamente orgullosos que presta Lope á la *soberbia* en el auto titulado *La siega*. Diríase que las ideas de Lope se atreven á competir en elevacion y grandeza con el orgullo del ángel caído.

En sus numerosas comedias trazó Lope bosquejos admirables de los sentimientos humanos en los varios lances de la vida privada; el infortunio y la gloria, las ruidosas hazañas, las grandes agitaciones de la vida pública sirvieron de asunto á la tragicomedia: pero comprendió que el hombre sentia una

otra especie de emociones que constituyen una vida mas íntima, mas desconocida y no menos poética, y se aventuró á sacar de ellas el principal interes de algunos de sus autos. Habia estudiado como poeta el corazon en el orden de la naturaleza, y como poeta cristiano le estudió tambien en el orden de la gracia. Tomando sus alegorías de las costumbres pastoriles tan favorecidas por las sagradas letras, de los afectos mas tiernos del amor divino, de los transportes mas vivos de la caridad, de esas relaciones misteriosas del alma con Dios, de esas alegrías y sequedades espirituales, de esa vida sobrenatural, de esa sociedad inefable revelada é inspirada por el cristianismo, formó unas églogas tan bellas como si las alas de su ingenio hubiesen vagado siempre en las regiones de la teología ascética. Al leer aquellos regalados conceptos que fluyen como un arroyo de leche y miel y que tantas reminiscencias traen del *Cantar de los cantares*, casi nos parece que el nombre del gran poeta cómico es un error de imprenta y que en su puesto deberia hallarse el del estático Juan de la Cruz. Qué lastima que estas hermosas flores tengan algunas hojas marchitas y sin olor! Qué lástima tener que tropezar de vez en cuando con frases prosaicas, con pensamientos pueriles, con meros juegos de palabras indignos de un principiante! Mas ¿quién para su atención sobre esos lunares propios de la época, si reconoce y saborea las bellezas privativas de Lope de Vega?

Quando la muerte arrebatá á uno de esos genios privilegiados que justifican el orgullo de las naciones, de esos hombres excepcionales cuya existencia se asemeja á la de un fenómeno, y que por intervalos irregulares aparecen en la tierra como los cometas en la parte visible de los cielos, raras veces deja de suceder en el puesto que ocupaban un vacío que ninguno se atreve á llenar. El genio, este don esclusivo de la Providencia, es gracia esencialmente gratisdata, ni forma herencia, ni suele tener sucesores inmediatos. Pero esta vez no fué así. Un sol

brillaba en el ocaso, y otro sol amanecía en el oriente: Lope descendía al sepulcro, y la gloria de Calderon empezaba á irradiar su luz en los teatros de España. Pero si este se le aventajaba en algunas cualidades, en otras le quedó muy inferior. Calderon tenia la cabeza mas dramática, pero el corazon menos sensible. Su mano, mas hábil para trazar el diseño del cuadro, no lo era tanto para darle el suave colorido y los hermosos toques de su predecesor. Ah! si Calderon á su destreza incalificable para formar un nudo hubiese reunido la esquisita sensibilidad del alma de Lope! Calderon no debe de haber llorado en su vida, pues casi nunca sabe hacer llorar á sus lectores. Siempre se le admira, rara vez enternece. Siempre arrastra la fantasía, pocas veces refresca el corazon.

Los autos sacramentales de Calderon no forman el principal título de su gloria; pero en su vida le grangearon tal reputacion, que en este género eclipsó hasta los recuerdos del mismo Lope. Si esto fué justicia ó fortuna no nos atañe el decidirlo. En efecto estas sagradas composiciones ganaron en combinacion y artificio dramático lo que habia ganado la comedia de capa y espada, y en profundidad de intencion lo que ennoblecia las comedias heróicas ó filosóficas del mismo autor. Mayor ligazon en las escenas dirigiéndose todas al blanco propuesto, mayor precision en los dialogos concretándolos únicamente al progreso de la accion, mayor atrevimiento en las concepciones, mayor finura y novedad en los incidentes dramáticos, todo esto son ventajas que no sabemos si compensan la carencia de poesia que tal hechizo prestaba á los autos anteriores. A los de Calderon les falta la parte lírica, hasta el lirismo de mal gusto con que algunas veces inficionaba sus comedias de grande espectáculo, les falta sabor bíblico, porque si bien están empedrados de textos y alusiones escriturarias, estos pasages no son ecos inspirados al poeta sino citas buscadas por el espositor. ¿Qué es pues lo que les hizo adqui-

rir una primacía no disputada? Por qué arrancaban tantos aplausos del público? Por qué agotaban las hipérboles de sus encomiadores? Qué era lo que les daba tan alto precio á los ojos de todos, que hacia que Carlos II los remitiese cada año á sus hermanas, juzgándolos dignos presentes de un monarca español á la reina de Francia y á la emperatriz de Alemania? Para atraerse tan vivas simpatias de la corte y de los pueblos, de los sabios y del vulgo, necesario era que estos dramas encerrasen una idea grande, poderosa y universal. Y era así: Calderon estrechó en ellos la mas idolatrada de las convicciones, el mas fuerte de los sentimientos de la nacion. La fe de los españoles reflejábese allí ciega y sumisa, orgullosa de su ceguedad, triunfante por su humilde sumision, íntegra é inmaculada sin estraviarse jamas en los laberintos del exámen, ni rozarse con los escollos de la duda. ¿Qué otra cosa eran estas funciones sino una protesta solemne y popular con que el poeta y los espectadores proclamaban de concierto su inviolable adhesion á los antiguos dogmas del cristianismo? Calderon presentaba en ellas bajo el velo de diferentes alegorías las dos verdades fundamentales de esta religion, la caida del hombre y su redencion divina; y el auditorio quedaba asombrado al ver que el sutil ingenio del poeta habia descubierto un símbolo de estas verdades no solo en las parábolas del evangelio y en los cuadros históricos de la Escritura, sino hasta en los usos de la vida social, en los sucesos contemporáneos y en las mismas fábulas de la mitología. La gloria del augusto Sacramento á cuyo obsequio estaban consagrados aquellos regocijos, la gloria de la escelsa Virgen declarada libre de la trasmision de la primer culpa á cuyo misterio aludian frecuentes pasages de aquellos dramas, bastaban para dar vivo interes á unas artificiosas escenas en que el incomparable versificador, el metafísico ingenioso, el teólogo erudito ocupaban el puesto que debia el poeta. Necesario es comprehender y participar del espíritu de

su época, para comprender y participar del entusiasmo que escitaban los autos de Calderon. Flojo ó enmohecido ahora el resorte de la fe, las impresiones no son las mismas. Los defectos de estilo y las diferencias de gusto se sobreponen como un velo que no nos permite apreciar debidamente las formas de aquel monumento.

Ninguna imaginacion ha producido creaciones mas ideales y fantásticas que esos dramas, cuyos interlocutores son seres sobrenaturales y meras abstracciones de cualidades metafísicas, tales como las divisiones de los tiempos, las facultades del alma y los atributos de la divinidad. Las pasiones humanas, las instituciones religiosas están allí personificadas, y los nombres y los hechos históricos no se introducen mas que como figuras alegóricas, como encarnaciones de algun argumento especial. El tiempo y el espacio se repliegan á vista del espectador, sin que el primero necesite el órden de sucesion, ni el segundo imponga distancia á sus términos. Y no se crea por el título que llevan algunos autos que estos sean comedias puramente bíblicas, no, el autor se apodera de sucesos históricos no por lo que significaron, los presenta como en sucesivo panorama para aducir su misteriosa consecuencia, y sus personajes reales alternando con seres abstractos hablan solamente el lenguaje que sirve para interpretar aquellos mismos sucesos. Así esta amalgama del sentido literal y figurado, como el terreno ideal en que están generalmente colocadas esas alegorias, fatigarian ahora la atencion de los lectores, como se cansaria su vista si se les obligase á estar por mucho tiempo mirando á lo alto. La identidad de los asuntos y la semejanza de los medios hacen que su conjunto se parezca á un ingenioso kaleidoscopio, donde siempre se observa la misma forma y los mismos colores aunque diversamente distribuidos. Además su estilo les perjudica muchísimo: es admirable la habilidad con que su diestro autor versifica y diserta bajo el yugo del asonante mas indo-

de sus enemigos, que, si no nos engañamos, es uno de los mas fecundos en consideraciones como lo será tal vez en resultados. De nuevo pues aquellas selvas vírgenes resonarán con los acentos del misionero; de nuevo posesionado el hijo de Loyola de su natural herencia, hallará aun removida la tumba de sus antecesores, ó dispersas las ramas de su cabaña; podrá acaso saludar el ara ó la cruz que plantaron, y entre los ancianos de aquellas tribus encontrará vagas memorias de Dios, del Evangelio y de los buenos *padres negros* (así los llamaban), como los antiguos pueblos que se acordaban de un estado mejor. ¿Recordais, todos los que habeis leído las cartas de aquellos misioneros, tan interesantes para el sabio como para el niño, para el lector piadoso y cristiano como para el curioso y superficial, ¿recordais aquellas solitarias jornadas del sacerdote apoyado en su báculo, aquellas candorosas aclamaciones de los neófitos, aquellos templos improvisados bajo magníficos árboles, aquellas enseñanzas del catecismo en que el dogma, el dogmatizador y los dogmatizados todo era sublime á fuerza de sencillez, aquellas canoas que cruzaban los rios seguidas de una multitud de indios á nado atraidos por la música del europeo, aquellas admirables tribus y organizacion del Paraguay á la cual no ha llegado ningun utopista desde Platon hasta Fourier? Todo esto puede y va á renovarse en nuestros dias, en dias de tanta duda y egoismo. Una voz de alegría y de triunfo se habrá estendido por aquellas ardientes é incultas soledades, cuando ha venido á resonar en nuestro corazon, árido tambien en esperanzas y asolado por el soplo abrasador de este siglo.

Pero ¿podríamos contemplar á dónde van aquellos hombres virtuosos é intrépidos sin pensar de dónde partieron? ¡Ah! ¿por qué la luz de la verdad ha de ser como la del sol, que no puede alumbrar unos paises sin dejar á los otros en densas tinieblas? Por qué ha de ser como el corazon humano, que no se goza en una adquisicion sin tener que llorar una

pérdida? El ministro evangélico que empezó su carrera en nuestros templos, en nuestros colegios, en medio de nuestra civilizada y fastuosa sociedad, va á concluir la bajo un techo de palmas educando neófitos: la vieja Europa, digamos mejor, la España, arroja de su seno como inútiles ó perniciosos á aquellos hombres, echándolos á modo de espuma sobre las costas de la jóven América que los recoge con ansia como civilizadores de sus pueblos. La emancipada, la libre América pide con afán y restablece el instituto que su metrópoli le quitó 75 años ha, cuando aun era colonia; la nueva y oscilante república resucita lo que estinguió la robusta y católica monarquía. Sin aquella total estincion tal vez no se hubiera roto el lazo entre las antiguas colonias y la metrópoli; tal vez mas rica y poderosa esta, y mas pacíficas aquellas, hubieran conciliado mejor la grandeza y proteccion de la una con los derechos y libertad de las otras. Pero si las repúblicas americanas aprecian todavia una libertad nacida por cierto de la sublevacion y prolongada en la anarquía, no echen al menos en olvido esta leccion dada á costa de España; y cuando traten de colonizar y civilizar á otros pueblos, no quiten harto pronto los puntales bajo pretesto de que está ya sólido el edificio; pues ademas de haber ingratitud en arrojar como de sobra á los hombres intrépidos cuyos servicios se explotaron, y que fueron los batidores de la civilizacion, podrian equivocarse acerca de su mayor ó menor necesidad, y arrepentirse ya muy tarde.

¡Pobres salvages! Vosotros no comprenderiais que esos religiosos que llegan hasta el fondo de vuestras selvas para instruiros y consolaros, tengan que vencer obstáculos mayores mil veces que la anchura de los mares, las asperezas del terreno y los rigores de la estacion, y que estos obstáculos vengan de parte de sus compatriotas mismos, de parte del mismo gobierno que os enseñan á respetar. Si vuestros abuelos los vieron arrancarse de sus nacientes iglesias en dia aciago, si habeis

perdido casi la memoria de ellos y de sus beneficios, no acuséis su celo ni su intrepidez; porque el tiempo que no estuvieron entre vosotros era porque no existían, y cuando posteriormente fué refloreciendo su tronco, ha habido una mano enemiga que se entretenía en cortar las ramas que brotaban para que no llegase á vosotros su sombra. Vosotros preguntaréis qué crimen habian cometido aquellas gentes á quienes sus virtudes hicieron parecer ángeles y sus penalidades reos deportados; es que cuando os hablaban por primera vez del rey de España, y os pedían para él vuestros homenajes y obediencia, pensaban en hacerse reyes ellos mismos; es que al poner en vuestras manos la cruz de amor y caridad colocaban en ellas una tea incendiaria, y formaban una conjuración al enseñaros el catecismo; es que buscaban una corona en las soledades, oro en las chozas, celebridad y fama en la desconocida tumba que cubria un árbol sin señal alguna. Lástima que esas pasiones, que en nuestra sociedad no escasean, no se hayan desarrollado del mismo modo, y resultado al menos en beneficio vuestro. Vosotros no lo creereis; y sin embargo todos los gobiernos en aquella época lo creyeron, y lo creen muchos todavía; consolaos empero, pues tampoco faltan en Europa entonces y ahora incrédulos en este punto, á más de que el criterio del salvaje vale más que las pasiones y la prevención del hombre culto.

No somos nosotros quienes lo decimos; el gobierno de Nueva Granada es quien así se espresa en el decreto de que tratamos: «á la espulsion de los Jesuitas siguió la decadencia progresiva de las misiones, sin que bastase á atajarla el celo de los demás misioneros. Y añade luego la razon de que nadie pueda suplirles:» porque aquel instituto es el más apto para convertir los salvajes al cristianismo y elevarlos á la civilización, porque está formado á propósito para la profesion de misioneros, y posee en más alto grado que ningun otro conoci-

mientos en las ciencias exactas y naturales, por el crédito en fin que gozan de misioneros, y por el afecto que en el país se les conserva." ¡ Oh! si pudieran contarse las almas que se robaron al cielo, los hombres que se robaron á la cultura, ó si mejor os place, los inmensos terrenos que se quitaron al cultivo, y los réditos sustraídos al erario con la funesta estincion de aquellos religiosos, que al mismo tiempo enseñaban á los salvages los destinos del cielo y las artes y comodidades de la vida, les anunciaban un Dios y les ponian bajo la proteccion de un rey..! ¿y quién no hubiera aceptado el rey de semejantes vasallos? Para continuar la obra que dejaron interrumpida, no bastaban ejércitos que rinden pero no convierten, viageros sábios y observadores que se instruyen pero no enseñan, ni hombres aun de caridad, cuyos esfuerzos individuales sin apoyo ni disciplina debian ser inútiles para la tierra ya que no para el cielo; porque solo la Compañía, milicia, universidad é instituto de beneficencia podia dar á sus individuos la intrepidez y disciplina de soldados, los conocimientos para utilizar sus viages en pro de las ciencias, y la caridad para emprenderlos en beneficio de las almas. La historia comparada de nuestras antiguas colonias americanas con la de la metrópoli, seria obra curiosa al par que instructiva: entónces se veria como desde 1767 fué abriéndose brecha á la union de aquellos miembros con su cabeza, y como se le dió por fin el golpe de gracia por los años de 1812; se veria á qué hombres, á qué principios debe agradecer la España la pérdida de sus Américas..... pero, no: mejor es queden en silencio delitos que la ley no alcanza á castigar, y que solo escitarian una estéril indignacion; carguen los culpables con sus remordimientos y con el juicio de la posteridad.

Séanos pues lícito creer en los altos destinos, amar el nombre y defender la memoria de un instituto que naciendo armado ya, por decirlo así, como la diosa de la sabiduría,

supo apropiarse á todas las necesidades, y mantenerse en inalterable primavera durante tres siglos que tan rápidas y diversas fases recorrieron; de un instituto, español de origen, que asoció su existencia al esplendor de nuestras ciencias y literatura, á la grandeza de nuestro imperio, á todos los ejemplos de patriotismo y abnegacion; de un instituto tan profundamente arraigado en España que nunca pudo ser arrancado sin connover la sociedad y atropellar la justicia, la primera vez por medios inauditamente violentos y por el proceder *inquisitorial* de los ministros de Carlos III, la última oyéndose aun el estruendo de los puñales y el clamor de sacrilegos asesinos. No ignoramos que el nombre de jesuitas es como el de Jesus, *blanco de contradiccion y piedra de escándalo* para muchos; que libre de toda sombra de las imputaciones que á otras órdenes religiosas achaca la maledicencia, es por esto mismo tanto mas aborrecido; que su admirable organizacion, su poderoso influjo es objeto de sospechas é ingénuo espanto para algunos hombres tímidos ó preocupados. Y al notar ese espanto no podemos menos de sonreirnos como del de un niño que teme fantasmas, á quien no hay mas sino tomarle por la mano, y llevarle derecho al objeto que lo causa. ¿Qué podriais temer, decid? que no se adaptaran bastante á las necesidades del siglo los que no solo supieron en todos tiempos conocerlas, sino aun anticiparse á ellas? que hicieran retrogradar la ilustracion con su enseñanza los que fueron siempre los primeros en acoger en su seno todos los adelantos en cualquier ramo de ciencia, si ya no los hicieron por sí mismos? O temeis todavia que se hicieran dueños de la máquina del estado con tantas ruedas y contrapesos como le habeis puesto, ó que fueran peligrosos colocados como confesores al lado de un rey constitucional? Soñais todavia con los Nitards y los Telliers? Temeis en fin aquel instituto como un poder oculto y misterioso, como un club permanente que mina sordamente los gobiernos? Pero esta táctica

de acusaciones es vieja por fortuna: los hereges y fanáticos del siglo XVI llamaron ya á los jesuitas fanáticos y hereges; los filósofos y jacobinos del XVIII los tacharon de enemigos de reyes y regicidas; y vosotros, vosotros los acusáis de clubistas y conspiradores!

De estas prevenciones como de tantas otras apelamos nosotros á la juventud, á la juventud á quien pertenece el porvenir, á quien tocó el ser educada por unos hombres que tuvieron en patrimonio la enseñanza de dos siglos enteros, á quien toca por fin rescindir el testamento de errores y odios que pretendiera legarle gran parte de la generacion que pasa. ¿Qué sabe esta, nacida en un tiempo en que era de real orden el odio á los jesuitas, nutrida en las universidades que pretendian en vano suplir el vacío que ellos dejaron? ¿qué sabe, repetimos, del celo, de la dulzura, de la ciencia de aquellos directores de la juventud? Pero vosotros que vais creciendo y tomando puesto en la sociedad, politicos, literatos, abogados, médicos, padres de familia, ¿quién hay de vosotros que no haya recibido de los jesuitas el gérmen de ciencia que mas tarde os ha dado utilidad y gloria? que no junte en su memoria el nombre de los jesuitas á las primeras satisfacciones y destellos del ingenio, á los combates y triunfos de la emulacion juvenil? No ha sido tan escasa vuestra infancia en dulzuras, ni vuestra educacion en copiosos frutos, que hayais de sentir el que disfruten vuestros hijos de otra semejante bajo los mismos directores. Y si de autoridades y ejemplos contemporáneos teneis necesidad, ved á la Francia que á sabiendas los acoge en su seno, que los deja en completa libertad, regateándolos solo el nombre, y admira en Ravignan, miembro de la Compañía, á uno de sus mas elocuentes oradores: oid la voz de trueno de O'Connell que los invoca á toda prisa como para consumar la salvacion de Irlanda, y tal vez la conversion de Inglaterra: ved los ilustres novicios que llaman á las puertas

de la Compañía, el cardenal Odescalchi en Italia, y el judío Ratisbonne en Francia, el uno resplandeciente con todo el brillo de las dignidades de la tierra y de sus propias virtudes, el otro con la auréola de la gracia divina manifestada en su milagrosa conversión: ved el Austria y la Suiza que les confían sus escuelas: ved por fin las repúblicas de América que les encargan la educación, no ya de niños, sino de futuros pueblos. No os parezca que nosotros por civilizados tenemos menor necesidad de jesuitas y misioneros; la vejez, lo mismo que la infancia, necesita de apoyo y de consuelo; y si los salvajes son niños en orden á la vida de los pueblos, nosotros ya bien viejos, estamos bien cascados.

JOSÉ MARÍA QUADRADO.



CÁNTIGAS

DE SILVIO PÉLLICE.

Idegarde.

— **P**orqué tus miradas, Camilo mio, se fijan siempre en el castillo del soberbio Irnando?

— Mucho le amaba, ó esposa; y en estos dias de nieves y tormentas se me renueva incesantemente la memoria de nuestra dulce infancia, cuando con beneplácito de su padre y del mio, ó bien á escondidas, saliendo de nuestras casas, nos reuníamos junto á la corriente helada del Péllice, y por largo rato acá y acullá nos empujábamos mutuamente, riendo, punzándonos y luchando y cayendo sobre el yelo, volviendo por fin á casa aturdidos y retozones con la frente amenudo ensangrentada ó contusa. Y si en el rostro de alguno de los dos aparecia visible la señal de la caída, «has llorado?» le preguntaba el padre: «no» gritaba el herido, y el anciano entónces le cogia en brazos y le besaba, elogiando su aficion á los riesgos y su alegre desprecio ácia el mal que solo afecta la carne y nada puede sobre el espíritu de un valiente. Un dia como hoy caia en gruesos copos la nieve de diciembre, y sastrayéndonos entrambos á la vista de los padres y de los siervos, bajamos cada cual nuestra cuesta y nos juntamos en los yelós predilectos. Resbalamonos y enloquecimos lo bastante, y condensando la nieve en duras pelotas, á porfia las tirábamos al aire ó en los precipicios ó á un blanco distante, dando agudos chillidos de gozo repetidos por agudos ecos, hasta que rendidos menos por el cansancio que por el hambre, nos abrazamos, y cada cual subió á su hogar ansiando la cena. De vez en cuando volvíamos el rostro para mirarnos, y cuando por harta distancia no alcanzábamos á vernos, nos saludábamos todavía con afectuosos y prolongados gritos que oídos en ambos castillos, hacian levantar á mi madre y asomarse trémula al balcon de la torre, dudando si eran voces aquellas de júbilo ó de dolor. Ay! en voces de dolor cabalmente oigo aquella tarde convertirse los gritos de mi amigo repitiendo desesperado: «el lobo! el

lobo!» Trasudo de horror al oír esto, imaginando el riesgo de mi querido; vuelvo á bajar precipitado de la colina, atravieso el río helado, y trepo afanoso por la opuesta pendiente, gritando; «Irriendo! Irriendo mio!» Había este subido á un olmo, y baja ligero hácia mí; pero el lobo que se alejaba tuerce el paso y se lanza contra nosotros, que subiendo de nuevo al árbol permanecemos sitiados largo tiempo, mientras la fiera rondaba tenaz al rededor. Oh! cuán tiernamente sobre aquel olmo me estrechaba á su seno mi dulce amigo, reprendiendo mi temeridad, y decía no haber gritado con otro objeto que el de que yo huyese, y evitase el deplorable encuentro que él tuvo. «Y tú, insensato, continuaba, en vez de hacerlo, has arriesgado vanamente tus días para socorrer á tu amigo, ó morir con él presa de aquellas horrendas fauces.» Lloraba al decir esto, y lloraba yo besando sus húmedas mejillas, y era profunda, deliciosa para ambos aquella emoción: cuánto amor recíproco no sentíamos! cómo arrancaban del corazón las protestas de dar con gusto la vida uno por el otro! Vemos por fin desde el olmo bajar aquí y allí por las cuestas antorchas encendidas: eran el padre de Irriendo y el mio que salían con sus siervos en busca de sus perdidos niños. Huyó el lobo de las luces, y nosotros saltamos gozosos del árbol hospitalario, y brincando sobre la nieve, salimos al encuentro de nuestros padres, refiriendo con parlero afán yo el miedo que tuve de perder á mi adorado amigo, y él mi temeridad prueba de un amor generoso. Qué noche de júbilo aquella! cuánto elogio daban los padres á nuestro fraternal afecto! cómo se envanecía Irriendo de mi compañía, y yo de la suya! Así pasaron los dulces días de la niñez sembrados de mil incidentes que patentizaban nuestra mútua y generosa amistad. Y este vínculo tan estrecho de dos almas purísimas... debía romperlo el tiempo!

De esta suerte se lamenta el caballero, é Ildegarde la del negro cabello y de esbelto y magestuoso talle, «O amado esposo, le dice: perdona mi pregunta: ¿no has sido acaso culpable de orgullo? Has aventurado noblemente algun paso para una reconciliación que Dios y los ángeles bendecirían?»

— Todavía no ha trascurrido, amada mia, una luna entera desde nuestras bodas, y conoces mal el corazón de tu Camilo. No se cubra por esto de rubor tu hermoso rostro; no, muger, no te reprendo; conocerás con el tiempo qué imperio ejercen en este corazón los afectos. Si lo probé? si inmole más de diez veces mi orgullo para reconquistar aquel amigo? Pero en valde; no es el que ántes era, domínale un espíritu de maligna soberbia, y... mira si me ahogan estas palabras! me desprecia.

Al oír esto, el rubor de Ildegarde trocóse en palidez, pareciéndole monstruoso el que fuera objeto de desprecio para quien quiera un hombre tan célebre por sus caballerosos hechos como el virtuoso Camilo. Abrazábale, lanzando miradas ora al castillo de Irnando con gentil desden, ora con apasionado encanto á su querido esposo, queriendo decir con ellas: «si otro se atreve á despreciarte, recompénsate el aprecio que te profesó.»

De diversos modos cantan en sus himnos los trovadores de Italia la causa de la enemistad entre aquellos dos generosos campeones. Aplauden los unos á Irnando, que pasando desde mancebo á la Alemania consagró su espada á uno de los reyes contendientes; los otros á Camilo que se declaró por el otro aspirante, aunque ilegítimo, al regio trono. Esperaron Camilo é Irnando atraerse recíprocamente al partido que habia cada cual abrazado; y uno de los dos no se sabe cual, vió naufragar su virtud.

El furor de partido indujo al principio á uno y otro á creer efectivamente degradado al amigo antes tan querido. Parecia á Irnando bastante manifiesta la iniquidad de las ciegas pretensiones del adversario, y no podia suponer miras houradas en persona alguna que las apoyara; y al par la infamia de la otra causa se presentaba á Camilo como evidente á todo el mundo.

En cualquiera de los dos se estinguiese primero la caridad de hermano, y sea que existiese ó no otro gérmen de rencor, vióseles en el campo encrudecer como leones. Pero los lauces de la guerra y las vicisitudes de la fortuna daban ocasion á entrambos para ejercitar sublimes virtudes: y obligados cien veces Irnando y Camilo á admirarse mutuamente, decian entre sí: Aunque malvado, mi amigo es siempre un héroe.

Pasaron ya aquellos años de sangre, apagáronse ya muchas ilusiones en sus agitados y belicosos espíritus, aun en la flor de su edad, y sin embargo la reconciliacion no ha estrechado aun sus generosas manos.

Tambien á Irnando hacia feliz una esposa, madre ya de muchos hijos; Elina era su dulce nombre; hábala dotado el cielo de ardiente corazon y de claro pero entusiasta entendimiento. No fueron sus auras nativas las del Piamonte que respira; su sangre era romana, y su padre enemigo siempre de los rebeldes, sucumbió con gloria en el campo de batalla. Elina no puede suponer que Irnando aborrezca injustamente á Camilo; no conoce á este, pero figurásele indigno é irreconciliable, alimentando rencores y perfidias, y nunca dice una palabra para calmar á su marido al oírle enfurecerse contra el vecino.

Locas singularidades del corazon humano! Irnando, si bien mas

fiero que Camilo, y propenso á la suspicacia, no tenia instantes mas gratos que aquellos en que recordando su dulce infancia, se le ocurría esta ó aquella noble espresion ó acto del amigo tan aborrecido ya. En aquellos instantes, y eran frecuentes, sobreia su alma á la idea de la suavidad y ventura que á los dos resultaria de la renovacion de su amistad; mas apenas notaba semejante deseo, se esforzaba en exasperarse, en acusarse á sí propio de sobrada indulgencia, y en imponerse perseverancia en su rencor y desprecio.

Tantos caballeros habia visto apostatar vilmente de sus principios; los unos servidores del buen príncipe, unirse luego pérfidos á su contrario, los otros, idólatras antes del audaz pretendiente, insultarlo despues de abatido su poder! Y amenudo se ponderaba el torpe descaro de semejantes trasformaciones en las cuales se desdeñaban de incurrir las almas elevadas, que temiendo parecer apóstatas, se obstinaban feroces en sus juradas decisiones por mas que fuesen desacertadas. Siempre que Irnando mira desde sus rocas el castillo de Camilo, y vá recordando cuan á menudo en aquellas salas, en aquella plataforma, en aquellos muros, en aquella yerma esplanada, por aquella pendiente ó en aquel valle, habia desahogado con su querido amigo puros gozos y puros afanes, irrítese de repente, y restregando su frente con la mano: Fuera recuerdos insensatos! dicese á sí mismo: oprobio es honrar con un suspiro aquellos falaces dias en que tan digno de afecto se me presentaba aquel miserable.

Menos arrebatado por la altivez habia pedido Camilo á varias damas y barones conciliadora mediacion; y unas y otros hallaron á Irnando sordo á sus instancias. Pero á la dulce Ildegarde apesadumbra mucho aquella fiera discordia, temiendo siempre que prorumpen sus iras en abierta guerra.

— Frios intercesores, ó esposo mio, serian acaso estas damas y barones que me refieres. Oh! cuán digno hubiera sido de tí el presentarte tu mismo con amable confianza á ese iracundo!

— Qué dices, esposa? Yo que no soy el culpable, yo suplicante á sus pies como un cobarde!

— O querido mio, pudiera tu esposa aconsejarte una cobardia? No te quiero, no, suplicante en su presencia, sino animado por decorosa tranquilidad. Segun sueles retratarme á ese ofendido baron, seria incapaz de ultrajar al que pidiese hospitalidad dentro de sus muros.

Duda Camilo algunos dias si seguirá el santo consejo; por último responde á su consorte: No, amiga, no puedo humillarme á tanto, mas no pierdo por esto la esperanza de reconciliarnos. Hasta aquí nun-

ca envié directamente al orgulloso un mensajero con honorífica embajada; acaso desdeña á intercesores estraños; mas viendo delante de sí á un escudero mio, y oyendo de mi parte palabras de amistad, se conmovió, y no querrá ser menos generoso que yo.

Cumple Camilo la deseada prueba, y aguarda la vuelta del enviado, pasando sin sosiego de una á otra sala, y pareciéndole escésiva toda dilacion.

— Se desdeñará el furioso de dar oidos á mi escudero? y si sospechase en este acto un traidor intento ó vil lisonja de espíritu acobardado, y contestase con el atroz insulto de violar con prision ó muerte la persona de mi heraldo? Malvado! Ay si tal sucediera! A gran mansedumbre bajó este corazon; pero á una señal, veriasle subir de nuevo á un odio mayor que el tuyo, mas terrible, eterno. Qué digo? en aquella alma embriagada de gigantesco orgullo no cabe tan baja villanía, y yo soy un espíritu mezquino solo con imaginar tan torpe accion. Se habrá enternecido, abrumará por largo rato de obsequios y de dulcísimas preguntas á mi enviado, acaso querrá venir aquí con él, ó desembarazarse antes de cuidados momentáneos. Solo á medias supe ser magnánimo: yo mismo, como me aconsejaba mi esposa, yo y no un escudero debia presentarme á él. Oh! á mi vista cierto que cuando no hubiera necesitado de palabras, habríase echado á mis brazos, y sin vanas y dolorosas esplicaciones, nos hubiéramos llamado como antes *amigos*.

Así entretiene sus ansias, y para ocultar su turbacion á su amada esposa, evitaba su dulce encuentro. Paséase á largos pasos, ó se agita un instante en el sillón, y se levanta luego con afán mezclado de ira y amor, ora asomándose á una y otra ventana, ora saliendo fuera de su negra y claveteada puerta, sin curarse del perro que se le acerca, y menea respetuoso la cola, y baja el hocico, y espera ser acariciado por la mano de su dueño.

Parécele al fin desde las almenas de la plataforma descubrir al escudero. Él es, él es. La sangre del caballero se alborota toda, y no puede contenerse, atraviesa el puente, baja apresurado la cuesta, estímáale á salir al encuentro del otro un desenfrenado anhelo de oírle.

— Porqué tan despacio? le grita. Precipita su paso el fiel escudero? y dice: Señor, apenas introducido en la habitacion de vuestro enemigo...

Al oír llamarle de este modo, tórnase pálido Camilo, y prosigue el otro: Apenas introducido, le espuse vuestros sentimientos.

— Y en qué términos?

— En los que me dictasteis. «Caballero, le dije, mi señor despues de vacilante lucha consigo mismo, cede á la necesidad de recordaros

su amistad, y de derretir en cuanto está de su parte el yelo que tristes azares interpusieron entre su corazón y el vuestro.» Quería continuar, y el soberbio sonriendo amargamente exclamó: «No yelo, sino horrenda sangre se ha interpuesto entre ambos corazones.» Proseguí con todo esponiendo tus decorosos sentimientos. En los primeros instantes parecía dominado por una emoción mas fuerte que su cólera, por mas que fingiese sonreír aun, y ostentase vibrarme miradas de desden y amenaza; esperaba sin duda de mis labios palabras de mayor humildad, mas no llegaron; en mi frente y voz guardé rendimiento pero dignidad, y soñó que yo le escarnecía. «Audaces son tus ojos, ó jóven, exclamó; bájalos.» — Y porqué? respondí: no conoce el miedo un enviado de Camilo. — ¿Te envió á insultarme el temerario? replicó bramando; á poner á cobarde prueba mi paciencia? á tentar si quiero contaminar mi iunaculada fama poniendo mi espada en contacto con tu vil pellejo, ó marcándolo con azotes? Vete, necio mercader de vituperios y golpes; dí á tu señor que el que se arrepiente de sus traiciones, que el que desea reconquistar la amistad de un noble honrado, no busca rodeos, y dice generosamente: *era de infamia el camino que seguí*.» A tan indignas palabras me inflamé de cólera en defensa de vuestro honor: «el camino de la infamia, grité, ni lo pisará mi señor, ni lo pisó jamas.» Interrumpió mi exclamacion, y con un torrente de fulminante y desbocada elocuencia recordó toda la desventurada historia del trono combatido, que segun él fué una trama de ilustres malvados que se arrastraban á los pies del vulgo, torpemente convenidos en engañarlo y despojarlo; y vos... me estremezco de repetirlo.

— Y bien! yo?

— Un vil participante en la infamia y en las ganancias...

— No lo dijo. No lo dijo.

— Lo juro.

— Y no truncaste en su misma garganta estas inicuas palabras?

— Las trunqué desmintiéndolas; y se vió obligado á sonrojarse y á replicar: «No digo que fuese partícipe en las ganancias, sino que lo parecia, y que para lavarse de semejante mancha no bastan circunloquios. Abjure solemnemente, y pruebe que su corazón, si bien insensato, era almenos puro; pruebe que ha abominado las perfidias de los enemigos del rey, que ha execrado los crímenes que aflijen ahora el imperio.» Bajaza me pareció oponer modestos acentos á tanta arrogancia. Os lo confieso, señor; apénas sé lo que le dije; no le insulté, pero ciertamente llovian de mis labios palabras de fuego contra los detractores, y enlacé tales alabanzas de vos, que le impresionaron y obli-

garon á aplaudir. « Vete, buen siervo, me dijo, aprecio tu ardimiento, mas no la hipocresía de tu señor. »

— Cielo ! hipocresía dijo ? no te engañó el oído ?

— Lo dijo, os lo juro.

A estas palabras el caballero torció con rabia sus manos, y con una mezcla de placer y estremecimiento, rompió en mil pedazos un anillo regalo de Irnando, y no sin palidecer puso el pie sobre ellos, y los pisoteó entre el polvo.

— Todo acabó ! esclama, y lloraba iracundo, y no respondia al mensajero, ni oia siquiera sus palabras.

Hubiérase precipitado á mover guerra á Irnando, mas el cielo no lo permitió. Tuvo que acudir Camilo á la defensa de una hermana que gime viuda con sus niños en las yermas montañas de Monferrato, sitiada por ambiciosos barones.

Queda entretanto sola Ildegarde, y al par que eleva votos al cielo por la salud, por el triunfo y por la vuelta de su esposo, teme sin embargo que al regresar de la campaña de Monferrato, rompa la guerra contra el señor del vecino castillo.

Mirando aquel castillo un dia, ocurre á su espíritu una idea : ¡ Y si yo misma me presentase allá, y mi noble confianza venciese los corazones de la altiva romana y del feroz baron !

Hay ciertos caracteres suaves, y tal era el de Ildegarde, que son con todo animosísimos, y que formado un generoso designio por arduo que parezca, vacilan poco y obran. A la mañana siguiente despues de oida la misa en el doméstico oratorio, y levantado su femenil espíritu al Espíritu que rige los mundos y dá fuerza á los átomos, Ildegarde tranquila se pone en marcha montada en su blanco palafren sin mas comitiva que una doncella y dos criados.

Al llegar al pie de los altos muros del castillo de Irnando, sintió momentáneos latidos, y asaltóle el recuerdo de las perfidias, ay ! harto frecuentes entónces entre los barones. Pensó qual seria el desesperado dolor de Camilo, si cegado por el odio el caballero á quien iba á visitar, desmintiese aquel dia la inviolada prez de leal hasta entónces obtenida. Volvió los ojos á la doncella, y la vió pálida cual ella misma; miró á los dos criados, y estaban pálidos tambien, y se atrevieron á decir interrogando : Hay que retroceder ?

— Necios ! dijo, y sonrió, y se metió dentro.

Entretanto en una vasta sala del castillo la bellísima romana tiraba el blando lino de su rueca dorada y esmaltada de pedrerías, humedeciéndolo entre las yemas de sus dos blancos dedos, y luego con gra-

cia angelical imprimía movimiento al huso de marfil, y con acento que niega el cielo á labios formados junto á los Alpes, cantaba romances caballerescos.

Sentados cerca de Elina, y como ella hermosos, un niño y una niña fijaban en su madre con viveza las enamoradas pupilas sombreadas por luengos y negros párpados, y repetían cada postrer palabra de las estrofas maternas con la cantinela armoniosa de un eco. Y á este eco se juntaba la grave voz de su padre que preparaba un arco para la caza, y amenudo olvidaba el arco contemplando fascinado á su muger é hijos, y suspendido por su canto.

Llevaban las auras al oído de Ildegarde la melodía del cántico fervoroso. Apeóse, y sonriendo, aunque palpitándole el corazón, manifestó su nombre á los pages.

Cuál fué la sorpresa de Irnando! Negó alguna vez audiencia y obsequio á una dama. Sea quien quiera Ildegarde, le sale al encuentro con reverente cortesía, y la presenta á Elina, que levantándose y dejando la dorada rueca, le indica que se sienta.

—Mi gentil vecina, empieza diciendo Ildegarde, tiempo há que deseaba ver tu dulce semblante y manifestarte un deseo mio.

—Cuál? pregunta Elina.

—El de obtener tu amistad, y consolarme contigo de mis penas.

—Y qué! eres tú infeliz? cómo...?

En su imaginacion harto precipitada, presumen ya Elina y el caballero que huye aquella por temor de la vuelta de Camilo, que siendo á sus ojos un monstruo para con los demas, no puede ménos de serlo para con su desventurada consorte. Acércanse entrambos á Ildegarde, é Irnando le dice: No os faltará mi espada, si necesitais defensa.

Pero ¡cómo les sorprende el tono con que prosigue la apacible muger! —No hay debajo del sol, ó buena Elina, muger mas querida de su esposo. Tambien yo, cuando hilo cantando, y mi señor está en el castillo, le miro frecuentemente á mi lado, y acompaña mi voz con la suya; y muchas veces ladran ya en el patio los perros atrahillados dispuestos para la caza, y se manifiesta propicio á ella el cielo salpicado de ligeras nubes, y él sin embargo permanece conmigo, y consiente en dar treguas al jabalí hasta el siguiente dia. El tedio para entrambos es desconocido, ó si alguna vez nos oprime, nunca es cuando laten uno junto al otro nuestros enamorados corazones. Oh! y hasta qué punto crecerá en él y en mí el encanto de nuestra solitaria vida, cuando, si el cielo piadoso no se niega á tan dulce esperanza, uno ó mas hijos como estos florecerán á nuestro lado!

Interrúmpese Ildegarde, y por tierno ímpetu de una alma amante conmovida, ó por delicado artificio, ó por una mezcla de artificio y de ímpetu, toma á los dos niños uno á la derecha y otro á la izquierda, y los acaricia con alternados besos y placer maternal, de suerte que la madre verdadera y el padre gozan enternecidos, y sienten aumentarse su amistad hácia la esposa de Camilo, cuanto mas afable se muestra ella con sus pequeñuelos.

— Oh! cómo se te parece esta niña en belleza, ó vecina mia.

Y diciendo esto Ildegarde, posa el labio largo rato sobre la rosada y regordeta mejilla de la inocente; y luego pasa amablemente la mano sobre la rizada cabellera del niño, y la palpa, y atrayéndolo hácia sí por el copete y besándole, le dice:

— ¿Sabes que en tí veo á tu padre en los dias de su infancia segun me lo pintó un fiel retratista? rizado el rubio cabello, ancha la frente, vivos y amables los ojos...

Y pronunciando Ildegarde estas palabras, sagaz ó involuntariamente levantaba una tímida mirada hácia el caballero, que se perturbaba recordando á Camilo. Entonces no busca ya rodeos la reconciliadora, y dice ingenuamente cuan funestos pesares le ocasiona la discordia de Camilo é Irnando.

— O digna Elina! y aun cuando por el indomable orgullo de uno de los dos no cesase esta discordia ¿no podremos nosotras ser amigas? no podremos lamentar nuestra mala fortuna, y amar á nuestros esposos, y no participar de ninguno de sus odios que ultraje la justicia?

— Sí, prorumpe Elina del fondo del alma, y las dos se abrazan.

Salta Irnando arrebatado por aquel espectáculo, por aquellos acentos: quisiera disculparse, quisiera probar á Ildegarde que no es culpa suya el odio que entre él y Camilo se ha suscitado. Hombre incomprendible! cuando lanza contra Camilo acusaciones de indecibles desdenes é ingraticudes, la amarga queja con que de ellas habla no parece nacer del odio sino de un celoso amor. No puede perdonar á aquel á quien tanto amaba haberse hecho el ídolo de otras gentes, haber podido olvidar por sus enemigos á un hermano tan entrañable cual era Irnando desde la niñez.

No se escapa esta observacion á la discreta huésped, y con lenta é insinuante elocuencia que subyuga mas y mas las almas de los oyentes, pinta á Camilo en aquellos tiempos pasados como un generoso fautor, equivocado tal vez, pero siempre generoso, de una bandera deslumbradora, y que creia inmolarlo todo á la virtud hasta las mas suaves delicias de la amistad; y añade de que modo sin embargo vivia aun

esta amistad en Camilo, y cuánto suspiraba por los días de paz en que Iruando aplacado pudiera de nuevo corresponder á su amor; refiere además que al volver á las márgenes del Péllice nativo, ansiaba él reconciliarse con Iruando, y se valia en valde de intercesores, que le envió su propio escudero, y fué rechazado; cuenta las fascinadas y tristes miradas de Camilo al castillo de su primer amigo, á ese ó aquel árbol, á aquel valle, á aquella colina, á las olas del torrente donde nadaban juntos, y á los yelos donde por largo rato se lanzaban empujones, riendo, punzándose y luchando y deslizándose sobre los témpanos, hasta volver á casa alegres y retozones con la frente á menudo contusa ó ensangrentada.

— Ah! qué hiciste, esposo mio? esclama la ardiente romana: otro, muy otro te lo habias figurado, y le aborrecias; yo le aborrecia tambien cual me lo pintabas. Pero el monstruo que se presentaba á nuestros fasciuados ojos no era, no, esta alma tierna para quien son tan preciosos todos los recuerdos de la infancia, que te ama siempre, y á quien no amaria tanto Ildegarde si fuese un malvado.

— Será cierto? balbucea Iruando, é inúndanse de suave llanto sus mejillas. Me ama todavía? No era por mofa que me envió aquellos frios intercesores que tan mal peroraban, y aquel harto celoso mensajero que me exasperaba con su osadía? Y que mas quise yo que ser amado del que yo amaba? Juraba aborrecerlo, y no podia! Pero ¡y si tu benignidad, ó Ildegarde, te indujese en error! si al par que conserva de mí alguna tierna memoria, y casi me ama en los tiempos pasados, me detestase tal cual soy al presente, y se atreviese hasta á llamarme aliado de traidores! Si culpase de mal aconsejada tu venida á mi castillo, y prorumpiese su enconado corazón: no puedo amar á Iruando, no puedo amarle ya!

Disipa Ildegarde estas dolorosas dudas, recordando una y otra expresion de Camilo acerca de renovar la amistad antigua.

— Yo era pues el soberbio! esclama el caballero: debo espiar mi injusticia. Mi amigo peligra en la guerra léjos de mí; vuelo á ausiliarle con mis lanzas.

Reune sus vasallos, y despues de abrazar á la palpitante Elina, á Ildegarde y á sus tiernos hijos. monta á caballo y parte.

Durante muchos días consolábanse á porfía las dos vecinas, alimentábanse de esperanza y mutuamente se visitaban, aguardando la vuelta de los barones ó algun mensaje que les trajese nuevas suyas. Ocultan entrambas su turbacion, y solo cuando está sentada cada una en la soledad de su propio castillo, cuenta los días y llora angustiada. Dice

la una: «Oh! si nunca hubiese conocido á Ildegarde! Tal vez ella es la causa funesta de que haya perecido mi señor.» La otra repite á Dios: «Salvad á mi Camilo, ó si habeis decretado arrebatármelo, sígale yo pronto, ah! y no queden por causa mia viuda Elina y huérfanos sus hijos.»

Cede por fin al poder de su dolor la desconsolada muger de Irnando, y una tarde despues de subir con su amiga al alto acostumbrado, desde donde se descubria mas largo pedazo del polvoso camino, y no apareciendo en él ni los caballeros ni mensaje alguno, prorumpe en desesperado llanto abrazando á sus niños, y rechazando el ósculo de Ildegarde.

—Ve, desventurada, déjame: arrebataste el padre á mis hijos; me arrebataste á mí el que todo lo era para mi corazon, aquel por quien habia abandonado sin pesar el dulce pais de mis abuelos. Sin él no puedo vivir: qué suerte se reserva á estas abandonadas criaturas, muerto el padre por la espada, la madre por el dolor? Beneficio era, beneficio del cielo la enemistad de Irnando contra tu fatal consorte. Maldito sea el instante, en que inspirada por infernal consejero viniste plácentera á labrar mi ruína! Maldito el nombre que te di de hermana!

A tan furibunda exclamacion, gime Ildegarde, y en vano desea hallar palabras para aplacar á su desesperada amiga, en vano intenta reiterar los abrazos. Cada vez mas duramente repelida, y abrumada de amargas reconvenciones, respeta el dolor de Elina, y en pos de ella baja la cuesta tristemente, á modo de sierva que reprendida llora y no se atreve á responder. Párase de vez en cuando, y confiada aplica el oido, y mira por el valle pareciéndole oir voces; mas, ah! son voces aquellas del labrador que vuelve con sus bueyes de los campos arados, siguiéndole en amable compañía su anciana madre encorvada bajo un haz de yerba, y su robusta consorte llevando con elegante ligereza un peso mayor de rudos sarmientos.

Trascurrieron dias, y volvian las dos al alto acostumbrado, pero Elina siempre agitada, se retiraba puesto el sol, delirando de cólera y de dolor; siempre la seguia Ildegarde maltratada y con todo afectuosa.

Oyen lejanos gritos, y lanzan entrambas por el valle segun costumbre, ávidas miradas de temor y de esperanza entre latidos de amor: aguza el perro las vellosas orejas, y da un singular y agudo ladrido, y se precipita por la pradera abajo, saltando anchos cercados, árduos fosos y quebradas peñas; por intervalos desaparece y vuelve á aparecer: calla, ladra y no se detiene un instante.

—Será cierto? Ellos son, ellos son sin duda, exclaman á porfia con febril trasporte las dos anhelantes mugeres. Pero ¿y si faltase al escuadron que está de vuelta uno de los gefes ó los dos acaso? O du-

da espantosa! ó desventuradas! quién nos asegura que no?

Diciendo esto, redoblan afanosas el paso, y llegadas á la llanura, oyen las sonoras y veloces pisadas de uno ó dos corceles... oh! si fuesen dos, si fuesen los de los dos caballeros. Una densa nube de polvo no dejaba distinguir bien los objetos. Ah! sí: cabalmente Irnando y Camilo se adelantaban á sus comitivas con el ansia de ver á sus queridas esposas. Feliz certidumbre! Suena por el aire su saludo, sus voces son á no dudarlo. Helos aquí, saltan del arzon. Qué de abrazos! qué de inefables momentos! y despues que cada una ha estrechado contra el seno á su consorte, y le ha cubierto á su satisfaccion de lágrimas y besos, échanse gozosas las dos amigas una en brazos de otra.

— Mi dolor me hacia injusta, ó Ildegarde; perdóname.

Ildegarde interrumpe las palabras de su hermana, poniendo labios sobre labios, y entrambas se bañan en lágrimas. Entretanto Irnando toma en brazos á los niños, y les hace y recibe caricias, y se complace en entregarlos á Camilo, y en contemplar la nueva ternura de su amigo.

Mientras suben la cuesta, todo se vuelve confuso bishiseo, y esclamar y alternar espresiones de amor y cortesía, y prorumpir locamente en risa y en llanto, y mezclar preguntas, respuestas y narraciones, é interrumpir la frase empezada para intercalar otra... de suerte que nadie de ellos entiende cosa alguna.

Entran en el castillo de Irnando, y sentados en el gran salon, y sacadas las profundas copas por pages y doncellas, y escanciado de las hospitalarias botellas el hermoso licor rebullendo aun con rosada espuma, y terminado el sonoro choque de las copas del festivo brándis, y fortalecido el corazon, levantan entónces á porfia su voz varonil los barones, y vuelven á coger el hilo de la narracion mas seguido é inteligible.

— Ah! Ildegarde; qué buen genio te inspiró, impeliéndote en momento tan oportuno á reañudar entre Irnando y yo el amado vínculo que neciamente habia yo roto!

— Yo fui el necio, yo el feroz, interrumpe el otro á Camilo. Y este le pone la mano sobre los labios continuando:

— Oh! qué buen genio te inspiró, Ildegarde. Perdido estaba yo, á no ser por el poder redentor de la amistad. Desbaraté al principio al bandido sitiador, pero el miserable reunió nuevas tropas, y encerrándome en el castillo de mi hermana, me escarnecia y desafiaba todos los dias. En vano hacia salidas diarias contra el malvado; ay de mí! nada podian los esfuerzos de mi valor sobre el número siempre creciente de enemigos. Faltábanos ya los víveres, faltábanos las armas, y la desaparicion de toda esperanza y el tormento raivo del hambre

incitaba ya á nuestros guerreros á la revuelta ó á la desercion: propagóse al fin un grito universal, *rindámonos, rindámonos*. A todos prometia la vida el bandido excepto á mi hermana, á sus hijos y á mí. Entre amenazador y suplicante arengaba yo á los pérfidos que querian abrir las puertas del castillo: «suspended hasta mañana la traicion, hasta mañana siquiera.» Estas palabras mías despertaron en el corazon de los mas un resto de compasion y respeto: «hasta mañana, dijeron; y si Dios antes del alba no ha obrado algun portento para salvaros, fuerza será pensar en salvarnos á nosotros.» «Qué espantosa noche aquella, y qué fugaces horas! qué horrible era el sonido del bronce que las señalaba! Qué angustiosa proximidad del alba! qué pálidos y mudos los semblantes de mi hermana y de sus niños! qué contraste ofrecian con la dignidad y ánimo con que nos preparábamos al aprestado suplicio! Yo decia en mi interior: «Ah! porqué no supe toda mi vida conservar la amistad de Irnando?» De improviso oimos levantarse un estrépito fuera de los muros: qué será?... un combate! ó prodigio! y con quién? «La mano de Dios! la mano de Dios!» gritan mis tropas, póstranse á mis pies arrepentidas, renuevan el juramento de fidelidad; les persuado á hacer una vigorosa salida, y largas horas nos cebamos en la matanza de los enemigos.

Interrumpe aquí Irnando la relacion de Camilo: Ah! si no me hubieses obligado á admirar tanto valor é impetuosidad, iban á derrotarme los sitiadores. Muchos de los míos se entregaban á la fuga, yo mismo volvía ya las espaldas desesperado, cuando tu acometida desbarató al ejército enemigo, y te debí mi salvacion.

Elogianse mutuamente los caballeros recordando las hazañas uno de otro, hasta que esclama Elina: A Ildegarde se deben las alabanzas todas; postraos ante ella, y besad su mano. Y se postran los caballeros y besan la mano de Ildegarde, y le piden perdón del pasado encono; y ella les impone por penitencia una fiesta anual en uno y otro castillo que deba llamarse *fiesta de la amistad*, y en la cual sea obligacion de los trovadores cantar cuántas calumniosas sospechas engendra el furor de partido. cómo atizan el odio los rodeos de mentidos intercesores, y cuan escelente conciliadora es la muger prudente.

— Y á mí por mis injustas iras ¿qué penitencia me impones? pregunta Elina plegando las manos en actitud humilde, y doblando la rodilla.

— O querida, dice Ildegarde, que el primer hijo que des á luz lleve el nombre de mi Camilo; y si yo tengo hijos, séame dado llamarlos Irnando ó Elina.

Melodías hebraicas

TRADUCCION DE LORD BYRON. (1)

Llanto de los Desterrados.

Llorad por los que lloran desterrados
Orillas de los ríos de Babel :
Sus altares son sitios desolados,
Su patria un sueño cruel.

Llorad, que rota su harpa tan sonora
Del llanto de Judá no suena en pos :
Donde Dios habitaba, habita ahora
Una gente sin Dios.

¿Y en dónde lavarán sus piés sangrientos
Los hijos de Israel sin patria ya ?
¿Cuándo alzarán de nuevo sus acentos
Los himnos de Judá ?

Y nos dará pacer la melodía
De los dulces cantares de Sion,
A cuya voz celeste de alegría
Saltaba el corazón ?

Tribus de errantes piés , de inquieto pecho
Que agovian la fatiga y el pesar,
¿Cómo podreis vagando sin provecho
El reposo encontrar ?

La paloma torcaz su nido obtiene,
Su guarida el raposo astuto y cruel ;
Los hombres tienen patria y solo tiene
Una tumba Israél.

(1) Véase la pág. 107 de este tomo.

Lamento de Herodes.

Oh Mariamne! ahora triste
 Por tí pena el corazón
 Por quien la sangre vertiste
 Bajo el hierro de un sayon.

La venganza se ha perdido
 Entre agonías sin cuento;
 A la rabia ha sucedido
 El mas cruel remordimiento.

Oh Mariamne! dónde estás?
 Dó estás, perdido tesoro?
 Ah! que oír no puedes mas
 La amargura de mi lloro.

Si atendieses á mi duelo,
 Tu perdon yo alcanzaria,
 Por mas que inflexible el cielo
 Desoyese la voz mia.

Y ella ha muerto! ¿porqué así
 Los que tal delirio vieron
 Mi celoso frenesí
 A obedecer se atrevieron?

A mi cólera inclemente
 Solo despecho he debido,
 Pues cuelga sobre mi frente
 El acero que la ha herido.

O mi amor, cadáver frio
 Te ha vuelto mi cruda ira,
 Y en vano agora sombrío
 Por tí mi pecho suspira.

Suspira en vano por tí
 Que solitaria en tu vuelo

Mi alma abandonas aquí,
Como indigna de consuelo.

Ido se ha la que tan bella
Mi diadema compartia:
En la tumba está, y con ella
Sepultóse mi alegría.

Yo mismo arranqué demente
De Judá al tallo la flor
Que para mí solamente
En sus hojas tuvo olor.

Mío es el crimen, y mío
Ese infierno que á despecho
De su horroroso vacío
Está llenando mi pecho.

Bien merezco que me abrumen,
Que me hostiguen mas y mas
Torturas que me consumen
Sin consumirse jamas.

TOMAS AGUILÓ.



Las Navas de Tolosa. (1)

ROMANCE.

I.

— Decidme los ballesteros,
 Los mis guias de vanguardia,
 Si las torres que allá veo
 Son torres de Calatrava:
 Que si lo son, en catar
 Sus almenas y albacaras
 Placerme-hé, cual si viera
 Mi mejor castillo de Austria.

— De Calatrava la fuerte
 Torres son las que catabais,
 Reconquistadas con sangre,
 Y con sangre sustentadas.

— Decidme, los ballesteros,
 Pues nacisteis en España,
 De las trompas que allá suenan
 Si conoceis la tonada.

— Señor, castellanos somos,
 La marcha no es castellana.

— ¿Cuyos son, pues, los decires,
 Las voces y las cantatas?

— Señor, en la fiel Castilla
 No oímos jamas tal habla.

— ¿Cuyas las barras que ondean
 En los pendones pintadas?

— Esos pendones, Señor,
 Todo español los acata:
 Armas son del Rey Don Pedro,
 Son las barras catalanas.

— Picad, picad, los mis buenos,
 Los mis guias de vanguardia;
 Que al catar esos pendones,

(1) Este precioso romance de nuestro amigo es que tan ventajosamente se imitan no solo las palabras sino el sabor y espíritu de los romances caballerescos, es un episodio de aquella gloriosa y propiamente épica batalla, dialogado entre el duque d' Austria que vino desde sus tierras para asistir á ella, si bien llegó tarde, y el rey de Aragon D. Pedro II que concurrió á la jornada con sus tropas auxiliares catalanas y aragonesas.

Todo soy congoja y ansia.
 Picad: que si los infieles
 Han vencido en la batalla;
 ¡Ay de Navarra y Castilla!
 ¡Ay de Aragon! ¡ay de España!
 ¿Qué es, decidme, ballesteros,
 La hueste que acá cabalga?

—Señor, es el Rey D. Pedro
 Y la hueste de su guarda.

—Paso, paso, los mis guias,
 Dejad que á su encuentro vaya:
 No debo yo estarme quedo,
 Cuando él á mí se adelanta.
 Trompetas, tocad: ca nunca
 Se dirá que un duque de Austria
 Fué meaos cumplido en corte
 Que buen caballero en armas.

II.

—Rey Don Pedro, Rey Don Pedro,
 (El cielo os guarde y asista)
 ¿Qué es de los moros, decid;
 Qué es de ese Rey de Castilla?
 Quién venció? ¡válgame Dios
 Y la su madre bendita!
 ¿Porqué vos tornais, decid,
 Decidme, de esta partida?
 Ca dende que ví las barras
 Que á vuestros pendones pintan,
 El ánima traigo en bascas
 Y en ansia y duda sumida.

—Duque, el buen duque Leopoldo,
 (El cielo os dé gracia y vida)
 Los moros vencidos son:
 Muertos son los que no huían.
 En las Navas los hallamos
 En muchedumbre infinita:
 Los ojos hierro tan solo
 Vían del valle á la cima.
 Cuantos eran Dios lo sabe;

Las tiendas sin fin y ricas,
 Y en medio la del rey moro
 De rojo color teñida.
 Mas nosotros al Señor
 Vuelta el ánima contrita,
 Y á la su madre invocando,
 Cerramos con la morisma.
 No le valió á Amuminim
 Su grande caballeria,
 Ni la hueste de sus negros
 Armados con luengas picas.
 Solo le valió una yegua
 Veloz y recia, si chica:
 Nada les valió á los otros
 Desde el valle hasta la cima.
 Tres dias duró el alcance,
 Y la matanza tres dias.....
 Duque, el buen duque Leopoldo,
 Vuestra llegada es tardía.
 —Quitad allá, mi pariente;
 No mas pláticas fingidas:
 Que cierto non habeis, no,
 Vos de vencedor la guisa.
 La celada traeis rota,
 Sangrienta la cota fina,
 A bollada la calveta,
 Y el faldar rajado en tiras.
 ¿Porqué vais sin avambrazo
 En el siniestro? ¿qué herida
 Es aquesta que ocultades,
 Que del adarga vos priva?
 Pues el troton ¡Dios me valga!
 ¿En qué gran caballeriza
 Se refociló, que así
 Sangriento va hasta la brida?
 Catad, catad, Rey Don Pedro,
 Que está su testera hendida;
 Bien templadas son las bardas,
 Pues no las trae partidas.
 Rey Don Pedro, bien por Dios

De vencedor habeis guisa.

—La guisa que agora traigo
Es de victoria reñida.

Tremenda fue la batalla,
; El buen San Jorge me asista!
Fieros sonaban los golpes,
Rudos hachazos llovian.

Nuestras valientes espadas
Segaron en la morisma;
Y en las Navas de Tolosa
Cogió el infierno mies rica.

Tres dias dimos alcance,
Y las astas desaparecidas
Tres dias nos dieron leña:
Aun pueden darla tres dias.

—Rey Don Pedro, Rey Don Pedro,
Vencido os ha la morisma....

No me querais conhortar
Con esa razon fugida.

—No vos quiera conhortar,
Ni nos venció la morisma:
Buen cristiano sois, ca os pesa
De esta llegada tardía.

—Callédes, por Dios, el Rey;
Catárais que comitiva
Os acompaña, y no urdierais
Esa batalla vencida.

Heridos los escuderos
Son, y de la gran fatiga
Sus trotones ni á la espuela
Obedecen ni á la brida.

—El alma gozosa traen,
Las armas en sangre tintas:
Miradles, buen duque, el alma;
No les cateis las heridas.

La sangre que al bueno cubre
Hónrale, no le mancilla:
Mal caballero es quien sale
Limpio y pulcro de la liza.
Las armas de los infieles

No lo son de cortesía;
 Y el Señor ; loádo sea !
 Esfuerzo da á la morisma:
 Ca de su esfuerzo en nos nace
 Gana de lidiar mas viva;
 Y cuanto es bueno el infiel,
 A ser mejores obliga
 A los buenos caballeros,
 Y sus victorias sublima,
 Que la prez de la victoria
 Honra mas á quien mas lidia.
 Y pues por nuestros pecados
 Dios los moros acá envia,
 Ménos serán en la cuenta
 Cuantas sean las heridas.

Allegáos los Moncadas,
 Hijos de prosapia antigua;
 ¿ Mudos estáis , los Cardonas?
 Bien calla quien tan bien lidia.
 Acá vos, el de Pallars,
 Los de Urgel y los Zatrillas;
 No os quedeis atras, Cabreras,
 Noble casa esclarecida.
 Acá vos, mis arzobispos,
 Con toda la clerecía :
 Narradle al duque los trances,
 Y las hazañas habidas.
 La tienda de Amuminim,
 De rojo color teñida,
 Amostrad, el buen Romeo,
 Amostradla, Don Garcia.
 Vos, Don Guillen de Anglesola,
 Traed la enseña maldita,
 Que á Dios gracias arranqué
 De dó la plantó el califa.
 Yo hago voto al Redentor
 Y voto á Santa María
 De donarla al Padre santo
 Y á aquella iglesia bendita;
 Y mándovos, Don Guillen,

Vos que non habeis heridas,
Que os vais con la enseña á Roma,
Dó está de Pedro la silla.

Duque, cierta es la victoria,
Vuestra llegada tardía:
No vos pese, ca bien cumple
Quien de tan lejos arriba.
Y pues por la fe de Cristo
Dejasteis las vuestras villas,
El buen Jesus ¡ así sea!
Os lo contará allá arriba.
No mostreis la faz aceda;
Alzadla, duque, tranquila:
Bien por Dios os honra el fuego
Que en los vuestros ojos brilla.
Grande enemigo de infieles.

Y paladin sin mancilla
Debeis de ser, ca así os duele
No ser con ellos en liza.
No así me mireis, que cuido
Que en mí mirais la morisma;
Ni esteis mudo á quien os tiende,
Buen duque, una mano amiga.

—Rey. Don Pedro, Rey Don Pedro,
Una merced os pedia.

—Digades la merced, duque,
Que ya me tarda en cumplilla.

—Rey Don Pedro, Rey cristiano,
Así el cielo vos asista,
Que me tomeis por hermano,
Hermano en caballeria.

—Duque, el buen duque Leopoldo,
Vuestra demanda es tardía:
Hermano tengo ya en armas
Que el Conde Foix apellidan.
Mas tengo para vos, duque,
Mi lealtad y mi estima,
Y palacios muy preciados
En Barcelona la rica.

CRONICA RELIGIOSA.

Puesto que tantas veces nos hemos lamentado de que el actual ministerio no haya correspondido á las esperanzas que en él libramos á su advenimiento al poder, exigen la imparcialidad y la gratitud que encabecemos nuestra crónica tributándole un voto de gracias por haber tendido una mirada de compasion sobre tantos niños que estaban hambrientos de una esmerada y religiosa educacion, y no habia quien se la administrase. Nuestros lectores recordarán que en el núm. 5 del tomo I de esta revista les dimos la consoladora noticia de que los Padres de la Escuela Pia pronto podrian abrir las puertas de sus colegios á cuantos quieran vestir la humilde sotana de Calasanz para consumir sus años en la enseñanza de la niñez desvalida. Felizmente podemos ya anunciar que el proyecto de ley fué presentado al Congreso por el señor ministro de Gracia y Justicia, y que á estas horas habrá sido ya votado unánimemente por ambos cuerpos colegisladores, reponiendo á los esculapios bajo el pie en que estaban antes del año 34, es decir, antes de que la revolucion aplicase la podadera al árbol. Y en esto, preciso es no olvidarlo, mas que la religion gana aun la sociedad. Lo que se siembra en la infancia se recoge en la edad madura, y si entre los arrebatos de la juventud se olvidan los rudimentos religiosos en que procuraron imbuir nuestro espíritu cuidadosos padres ó sabios preceptores, viene un dia en que vuelven las pasiones á entrar en su carril, y recuerda la memoria aquellos rudimentos que comunican calor al corazon en los yelos de la ancianidad. Por esto los santos é ilustres españoles Ignacio de Loyola y José de Calasanz fundaron dos institutos encaminados á la educacion é instruccion de la juventud; y de los dos, hé aquí el uno sobreviviendo al general naufragio en que han sucumbido las órdenes religiosas, y el otro, i bien no existente de hecho y perseguido con tanto afán, cada dia se vé mas bien conceptuado en la opinion, y arraigado en el corazon de los hombres rectos y pensadores, á despecho de los groseros insultos con que la prensa se desata contra unos sacerdotes cuya desgracia debiera alomenos respetar. Pero si la Compañía atraviesa dias aciagos en algunas naciones de Europa, en las repúblicas del Nuevo Mundo sus individuos ganan por momentos en aprecio. Segun carta de 15 de setiembre último fechada en Santa Fé de Bogotá, los diez y ocho Jesuitas españoles

que marcharon allende los mares á plantar la humilde cruz del Redentor son colmados de obsequios por aquellos sencillos habitantes, que á su paso se ponen de rodillas para recibir su bendicion. Uno de aquellos intrépidos imitadores del gran Javier, el virtuoso P. Tellez, ha logrado ya, como aquel, bajo los ardores del trópico ofrecer su vida en holocausto en las aras de la caridad

Uno de los ilustres caudillos que en nuestros dias pelean con mas gloria las batallas del Señor, es á no dudarlo el conde de Montalembert, á quien estaba reservado el honor de vengar en las cámaras francesas la memoria de los institutos religiosos, despreciada cuando no infamada por esta generacion superficial, que parándose ante la corteza de las cosas, no se siente con fuerzas para calar hasta su fondo, y distinguir lo que hay en ellas de realidad y de calumnia ó exajeracion. Ora obedeciese el ilustre par de Francia á un escrúpulo de su conciencia, ora fuese para que llegada la ocasion pudiera defender la santa causa de la religion con mayores bríos todavía, se dirigió al ilustrísimo señor obispo de Langres, consultándole *acerca de la parte que en la actualidad deben tomar los seglares en las cuestiones relativas á las libertades de la Iglesia*. A la vista tenemos la razonada carta con que respondió á la consulta el sabio prelado, en la que brillan los mejores consejos basados todos sobre la doctrina y tradicion constante de la Iglesia. Desde el lego y filósofo platónico San Justino, hasta el venerable anciano Chateaubriand, en todos los siglos, no tanto en los apacibles dias de paz como en las horrascosas noches de guerra, nunca han faltado simples fieles que con sus plumas han procurado consolar á la religion de las heridas que otros hijos díscolos abrian en su seno con tiros mojados en la hiel de la incredulidad. Se dice que no tenemos mision; cierto, no tenemos mision para llevar la voz en un concilio, ni para anticipar nuestro juicio en una cuestion bien sea de dogma, de moral ó de disciplina, al juicio severo de la Iglesia; en esto no cabe duda, el simple fiel por aventajado que sea en talento y esclarecido en virtudes, no es mas que un humilde discípulo. Pero si no tenemos la mision de los apóstoles, tenemos la de cristianos, que todos, segun la medida de gracias recibidas, debemos trabajar *en la propagacion del reino de Dios, en la edificacion de nuestros hermanos y en la defensa de la casa del Señor*. En nuestra España no han sido los últimos los seglares en acudir á la defensa de nuestras creencias ultrajadas en estos tiempos: seglar es el que en 1837 en la agitada Barcelona levantó en la prensa el estandarte de la *Religion*, entonces mas que ahora signo de persecucion y oprobio; seglares muchos

de los que en la corte y en las capitales de provincia han salido con mejor éxito á la palestra en pro del catolicismo, seculares en fin los elocuentes oradores que en la tribuna de las Cortes han defendido y están defendiendo con brio así los sanos principios como los nobles sentimientos religiosos. Y esta conducta no es solo lícita sino en ciertas circunstancias obligatoria; porque callar pudiendo hablar, es, segun la espresion del mencionado obispo, incurrir en una complicidad *terrible delante de los hombres, y mucho mas terrible delante de Dios.*

Creemos que nuestros lectores esperan ya con ansia que les hablemos de Roma donde tiene levantado su humilde trono el sucesor de san Pedro, el inmortal Gregorio XVI, que gobierna la Iglesia universal con aquella prudencia que debe caracterizar á un digno vicario de Jesucristo. Con el mayor gozo de nuestro corazon podemos asegurar que de cada dia se acerca mas y mas la protestante Inglaterra á la católica Roma, y que pronto se eslabonarán las relaciones tantos siglos interrumpidas entre el gabinete de san James y la silla apostólica. Las únicas garantías que pide S. S. para entrar en relaciones con el gobierno de la reina Victoria, es la abolicion de las leyes penales contra los católicos: dado ese paso pronto veríamos al nuncio del papa en la corte de Henrique VIII. ¿Cuándo lo verán nuestros ojos en la corte católica de Isabel II, y podremos por su medio estar en continuas relaciones con el padre comun de los fieles? apresure el cielo tan hermoso dia, y podamos nosotros anunciar á nuestros suscriptores la nueva mil veces feliz de que se ha celebrado ya el concordato, objeto de los fervientes votos de cuantos creen que la iglesia hispana miembro de la Iglesia universal languidece desde que está como divorciada de la iglesia romana. El Sr. Castillo y Ayensa que es el representante que tiene nuestro gobierno en Roma, se ha restituido á Madrid, sobre cuyo regreso hacen los periódicos diferentes comentarios, cada uno segun la opinion política que representa. Nosotros creemos que cuando de la embajada no se sacare otro fruto que dar á conocer los buenos deseos que animan á S. S., ya seria bastante, pues de esta manera el gobierno español, si es que de veras desea el concordato, asentará las bases razonables de un nuevo arreglo.

Antes de cerrar nuestra reseña, debemos un grato homenaje á los dignos diputados que en la actual legislatura han defendido en nuestros parlamentos los intereses sagrados de la religion harto tiempo olvidados. En la misma tribuna donde tantas veces se han vomitado insultos contra la cabeza del catolicismo, se le ha rendido ahora un tributo de respeto; esto si que es un verdadero progreso, porque progreso hay

en volver atrás el camino andado cuando ese nos llevaba á un horroso precipicio. Hubiéramos con todo deseado del gabinete actual que al plantear las bases para una nueva contribucion con que asistir á la decente manutencion del Clero y decoroso mantenimiento del culto, lo hiciera sobre la propiedad territorial; así se hubiera mostrado mas consecuente con los compromisos con que cargara cuando era oposicion, y no hubiera tenido que arrostrar la dimision de algunos diputados, tan dignos campeones del trono como enemigos de la revolucion.

La estrechez de nuestras páginas no nos permite enumerar una por una las conversiones con que en estos últimos meses Dios ha querido consolar á su Iglesia. No solo son ya los protestantes que hastiados de la aridez de sus doctrinas abrazan las creencias católicas, sino que los judios y hasta los drusos vienen á acogerse á la sombra tutelar de la religion de Jesucristo. El célebre Dr. Pusey ha declarado que se retirará de la *Iglesia establecida* y hasta de la Universidad de Oxford, antes que firmar el estatuto propuesto para la convocacion de 15 de febrero, en el cual se exige una sumision absoluta á la letra y espíritu de los artículos de fé de la iglesia anglicana. Nosotros abrimos el corazon á un rayo de esperanza, y nos lisonjamos en que derretidos los hielos del invierno podremos saludar con alborozo el hermoso sol de primavera.

J. V. y P.

BIBLIOGRAFÍA.

LOS JESUÍTAS ó *análisis documentado de la Compañía por las autoridades mas competentes.*—Madrid.—Sociedad literaria—1845.

¿Es maquinacion irreligiosa, ó mera especulacion, la que bajo un título de tantas pretensiones ha encubierto un libelo ó prontuario de injurias, que ni siquiera tiene el mérito de la compilacion, copiado de tantos como circularon en la primera estincion de la Compañía? Lo ignoramos: conocemos sí, que esta obra propagada por la curiosidad, por la imparcialidad del título, y por su baratura sobre todo, está destinada á ejercer sobre el que no tenga profundo conocimiento de la historia y de los hombres, una influencia tanto mas perniciosa, cuanto mas respetables parecen las autoridades á quienes atribuyen aquellas furibundas diatribas. Pero el que sepa la alarma que en unos escitó al principio la Compañía, como una novedad, cuando tan recientes estaban las novedades de Lutero, el celo y envidia de los otros, el encarnizamiento de las disputas teológicas, el furor de muchos parlamentos franceses en que predominaba el calvinismo, la persecucion que

sufrieron en Francia à la entrada de Henrique IV seguida á los pocos años de una brillante reparacion; el que sepa que están adulterados muchos textos y truncadas muchas citas, entre otras la de San Francisco de Borja; el que sepa á donde alcanza, hasta en los hombres mas caracterizados, el espíritu de partido, de orden ó sistema, no se escandalizará de unas filípicas cuyos autores, unos las abominarian en la actualidad, otros figurarian tal vez en las filas de los incrédulos. No hay nombre al fin por respetable que sea que no pierda toda su autoridad al frente de tan apasionados testimonios.

Pero muchos de estos llegan á heréticos, muchos con pretesto de herir á los Jesuitas alcanzan al corazon de la misma Iglesia: y ya que el gobierno cree de su deber callar, no deben callar por mas tiempo las autoridades eclesiásticas para poner un dique al cinismo de la prensa que se desborda en esa y otras producciones de igual ralea. El filósofo, el literato las desprecian, pero el cristiano si no teme por sí, teme por los demas que beben el veneno por grosero que sea. Manchen enhorabuena ciertos hombres de funesto agüero nuestra moribunda literatura con sus sandeces, como mancharon la política con soeces personalidades, pero guárdense de manchar el sagrado de la religion, ó ahogue sus graznidos la voz de los pastores cuya fuerza moral aun es mucha por fortuna.

Para los que se interesen en formar una idea exacta é imparcial de la Compañía por medio de la comparacion, no para el autor de la susodicha *Historia* en quien sería mucha candidez suponer deseos ni aun pretensiones de imparcialidad, insertamos la siguiente nota de algunas de las obras escritas en Francia en 1843 y 44 á favor de los Jesuitas, siquiera para que se vea que hallan aun abogados, y que no estamos solos en la brecha.

Historia verdadera de las doctrinas y actos de la Compañía por M. Leclerc d'Aubigny. = *Historia de san Ignacio de Loyola y de la Compañía conforme los monumentos originales, por el P. Bartoli jesuita.* = *Historia religiosa, política y literaria de la Compañía de Jesus compuesta sobre documentos inéditos y auténticos por J. Creteineau-Joly.* = *Los Jesuitas y sus enemigos.* = *Los Jesuitas por un solitario.* = *La verdad sobre los Jesuitas y su doctrina.* = *Algunas palabras sobre los Jesuitas por un miembro de la universidad: respuestas á los señores: Michelet, Quinet y á varios articulistas.* = *Los Jesuitas por un jesuita 1.ª y 2.ª parte.* = *De la existencia y del instituto de los Jesuitas por el P. Ravignan de la Compañía.* = *Constituciones de los jesuitas con las declaraciones.* (1)

(1) El que deseara adquirir alguna de estas obras, puede mandarla traer de Francia por conducto del editor de esta revista.

Examinar las causas y consecuencias de la revolucion en España, y particularmente en Barcelona, proponer los medios de curar sus males y trabajar en favor de los intereses españoles, y referir brevemente lo ocurrido en el regreso de la Reina Madre á quien vá dedicada la citada obra, tal es el objeto de ella, que los antecedentes de su autor, tan poco conocido en el mundo político, en ese mundo de revueltas, intrigas y farándula, como generalmente respetado en su patria por su honradez y firmeza de principios, la posicion en que se ha hallado, y las muestras de imparcialidad y alto criterio consignadas en lo que lleva publicado, nos hacen esperar llenará cumplidamente. A la vista tenemos la primera entrega que abraza una rápida y animada reseña de los sucesos ocurridos desde la revolucion francesa hasta la primera venida de María Cristina; y á no palparlo, jamas hubiéramos creído que tanto interes y rejuvenecimiento pudiera comunicarse á hechos tan rancios y conocidos, ni que así se conciliara con la brevedad una idea exacta de las cosas, y una serie de pensamientos y observaciones, nuevas y profundas muchas de ellas, y sensatas y verdaderas todas. Mucho nos hace esperar la lectura de esta primera entrega para las otras sucesivas, cuyo interés irá en aumento conforme se acerque á la historia contemporánea y á las sangrientas crisis de que ha sido testigo el autor, muy á propósito, como conocedor de sus resortes, para señalar su remedio.

En vano se querrá adivinar el partido político del señor Illa; en su reseña no hemos visto mas que una apreciacion razonada de los hechos, tan amarga á veces para los unos como para los otros. «Para mí, dice en su prólogo, el trono es una institucion respetable á la que no puede tocarse sin desquiciar el órden social, así como la Religion es la primera necesidad de los pueblos. Salvados esos dos cardinales principios, la verdadera política aconseja ser muy cautos en hacer innovaciones tanto por lo que mira á adelantar como á retroceder.»

El estilo es el que debia ser en esta clase de obra, claro y conciso. «Mis lectores, ha dicho con una mezcla de rara modestia y de noble orgullo, deberán persuadirse de que no soy un literato sino un fabricante.» Deje enhorabuena á los que, segun su feliz espresion, «se paran mas en la moldura de la guarnicion que en el mérito intrínseco del cuadro.» Estamos tan hartos de frases y discursos, y tan hambrientos de verdades! =Q.

(1) Sale por cuadernos de 108 pág. y se suscribe en la librería de Trias á 4 rs. vn. el cuaderno al mismo precio que en Barcelona.

EL INFIERNO Y LA NADA.



I.

Hay en todos los idiomas una palabra que abrasa los labios, al par que hiela el corazón: palabra de un sentido tan inmenso como vulgarizado, y tan formidable como misterioso: todos la han oído, todos la pronuncian, y no todos han meditado siquiera algunos instantes sobre ella. A la mayor parte de los hombres les repugna que su imaginación repose en tan pavoroso objeto, como repugnaría al fatigado y soñoliento viajero hacer descansar su cabeza sobre los puntiagudos hierros de una carda. Esta palabra que retumba como el trueno, y cuyo sentido amenaza como el rayo, es *Infierno*.

II.

No todas las épocas notables por el esplendor é integridad de la fe lo han sido igualmente por el esplendor y pureza de las costumbres. Tiempos han corrido en que las creencias sin mancilla y una inmoralidad escandalosa se albergaban en el seno de un mismo individuo, como á veces duermen abrazadas en un mismo lecho una vírgen inocente y una descocada ramera. Y esto no era efecto de calculada hipocresía. El corazón, seducido por el atractivo del placer, ó instigado por dañinas pasiones, era el único que se sublevaba contra las severas leyes cuyo origen divino reconocía el entendimiento, y cuya terrible

sancion no se atrevia á poner en duda. Infringia los preceptos que aceptaba, y se esponia á ciegas al suplicio que tanto temia. Sabemos todos que el hombre tiene entre sus miserias la de ser inconsecuente; pero poner en contradiccion tan abierta las acciones con los principios, rayaba en locura: así es que no se comprende la vida desmoralizada de un cristiano fiel, de un creyente verdadero, si no se la toma por un estado de embriaguez permanente. No se puede creer en el infierno, sin que se tema al infierno. Creer en un precipicio insondable y correr hácia él con los ojos vendados, con pasos firmes y con la sonrisa en los labios, es aceptar libremente una muerte instantánea; mas ¿cómo comprender la libre aceptación de una *muerte eterna*? La razon humana no ha podido resistir por mas tiempo á esta lógica tan obvia como terrible, y al fin ha conocido que era preciso optar entre la negacion de los principios ó la aceptación de sus consecuencias. No podia permanecer por mas tiempo neutral entre la ley y el corazon, entre las prohibiciones de la moral cristiana y las exigencias de las pasiones rebeladas, y por esto en vez de esforzarse para reducir á estas á la debida obediencia, les ha ofrecido sus auxilios: la razon humana se ha sublevado tambien, se ha proclamado independiente, se ha emancipado de la razon superior, y mofando las tradiciones de todos los siglos y de todos los pueblos, ha tergiversado la ley divina, y ha negado su formidable sancion. A la profética amenaza el *infierno*, ha contrapuesto el filosófico sarcasmo la *nada*.

III.

En otros tiempos la palabra *infierno* soltada al acaso desgarraba los oidos del hombre, como el inesperado chillido de una ave agorera, como el súbito estampido de una descarga fatal. Estas pocas sílabas estaban dotadas de una fuerza mágica: evocaban un espectro cuyo brazo desarmaba al vengativo, como

el de un esgrimidor mas diestro y sereno , y cuyo pié hacia tropezar al ambicioso en medio de su proyectado camino : evocaban un fantasma espantoso que aparecía súbitamente en medio de las bulliciosas orgías , derramaba zumo de agenjos en la copa de los festines , y dejaba tras sí un vapor sulfúreo que se impregnaba en los aromas de la voluptuosidad. El infierno era para el malvado una pesadilla que no desvanecía el albor de la madrugada , ni los rayos mas violentos del sol de medio dia. Era el grito de cólera con que el señor amendrentaba al esclavo rebelde , era el látigo que le enseñaba desde léjos para contener ó evitar sus desmanes. Cuando resonaba esta fatídica palabra , un estremecimiento nervioso recorria los miembros del culpable , y si el amor á los deleites alejaba todavía al arrepentimiento , no habia otro recurso que el de fingirse sordo y aletargarse en una estúpida indolencia , ó el de entregarse á los horrores de una lucha sin esperanza , con el solo objeto de aplazar por algunos dias su inevitable castigo ó su inseguro perdon. Ese estado de apatía intermitente ó de sistemática desesperacion no podia carecer de angustias mas ó ménos acerbas : la filosofia irreligiosa , para desdicha del culpable , ha venido á ser su libertadora. Ha convertido en irreflexiva seguridad sus inquietudes saludables , y ha confeccionado con almíbar el narcótico amargo que ántes para adormecerse bebía. Para no ajar sus ilusiones de la vida , le ha embaucado con una ilusion sobre la muerte ; y para no apartarle de su camino de flores , le ha dicho que es un engaño tradicional , una falaz apariencia la perspectiva que en su estremidad columbra. Le ha dicho que prosiga impávido , porque en el término de su carrera no hay mas que un sepulcro , y mas allá... la nada.

IV.

Una asercion tan nociva como temeraria ha producido un vértigo espantoso. Dictada por una malicia insondable ó por

una compasion absurda ha sido acogida con insensato palmateo. La humanidad embrutecida por las malas pasiones la ha repetido cual si fuese el himno de su triunfo, y á ser verdadera seria solamente el manifiesto de su degradacion. Ha saludado como á derogacion de un fallo contingente, especial y evitable, la promulgacion de un anatema definitivo, ineluctable y universal. Proclamar el fin de la existencia en el fin de la vida, no es solamente calmar el sobresalto de las conciencias perturbadas, es ahogar tambien la semilla de los sentimientos generosos en los pechos inocentes. No es solamente salvar de todos los temores, es tambien matar todas las esperanzas. No es solamente subsanar todas las pérdidas del vencido, es negar tambien todos sus honores y condecoraciones al vencedor. Es un sistema de nivelacion horrible que arrebatá á Dios las balanzas de su justicia distributiva. Si se creyó que suprimiendo el artículo del infierno se aniquilaba este objeto de la creencia católica: si se creyó que el pasar la pluma sobre el decreto bastaba para derogar la sentencia inapelable de un tribunal supremo, debíase considerar que la audaz tentativa llevaba inmiscuida la revocacion de nuestro derecho á las mas alhagüenas y magnificas promesas. Si no hay dolor infinito, no hay gozo infinito. El Paraíso y el Infierno son ideas correlativas como las de bien y mal, como las de recompensa y castigo. El sentido comun entre las tinieblas de la idolatría inventó el Tártaro y los Campos Eliseos, porque no hubiera comprendido el uno sin el otro de ámbos extremos. Si sustituís la *nada* al infierno, tambien al Paraíso lo reemplazais con la *nada*.

V.

¡Nada! eso es todo lo que la filosofia ha podido ofrecer al hombre para despues de sus efimeros dias, pasados en una tierra sembrada de abrojos y regada de lágrimas. Al desasirse de

los brazos de la tradición y de la fe ha tenido que instituir un dogma negativo, porque se reconocía sin bastante fuerza, y sin la autoridad competente para crearlo positivo. No le era dado refundir el Tártaro gentílico, ni transformar el infierno cristiano: no estaba en su mano reproducir los Campos Elíseos, ni prometer indistintamente la gloria de los santos; y encerrándose en el estrecho círculo de la vida ha esparcido la nada en torno de sus linderos. Ha tratado á Virgilio y á Dante, á Homero y á Milton de poetas igualmente fantásticos, y ha enunciado una doctrina que no pudiese inspirar á poeta alguno. Osada para abrir un hueco inmenso en el destino de la humanidad, se confiesa incapaz de llenarlo, y aun ha creído favorecerla dejándolo vacío. En cambio ha dirigido todos sus esfuerzos á trasplantar en la tierra el paraíso de Mahoma: este es su ensueño favorito; mas aun cuando fuese posible realizar tan ilusorios proyectos, nunca lo sería añadir á este paraíso la cualidad de eterno, ni siquiera la de durable. No creyendo en la felicidad del cielo, se ha desvivido, y era justo, para aclimatarse en la tierra, y cree recompensadas sus tareas, si el árbol en vez de dar frutos llega á producir algunas flores enfermizas y pasajeras. El desarrollo de las ciencias, los progresos de la industria, el refinamiento del lujo son los auxiliares de la filosofía. Pero en vano deslumbran los ojos con el gigantesco aparato de la civilización moderna: en vano seducen los oídos con las magníficas promesas de perfeccionamiento indefinido: en vano subyugan la mente con el fastuoso alarde de un inmenso poderío: las esperanzas de ser eterna con que la fe había amantado al hombre ¿no merecen para ser trocadas algo mas que el brillante oropel encerrado en la palabra *positivismo*? Ha de ser la humanidad nuevo Esaú que venda por un plato de lentejas las bendiciones vinculadas á un sinnúmero de siglos? Puede trocarse con la calma de la indiferencia la eternidad del ser por la eternidad de la nada?

La metempsícosis importada á Grecia desde el Egipto sería un sistema preferible al de la filosofía materialista, porque era mas consolador, y porque era ménos indigno de la nobleza del sér humano. Lo primero, porque el hombre no desechaba toda esperanza llamando á las puertas del sepulcro: presumia revivir puesto que contaba renacer por medio de sucesivas generaciones, y en su imaginacion multiplicaba los años de su vida por la duracion de los seres á que su alma transmigrase. No podia aspirar á la eternidad de Dios, y contaba como suya la perpetuidad del tiempo. Al contemplar su oscuro porvenir desmayaba su vista ántes de llegar al horizonte; y equiparaba su existencia posible con la existencia futura del mundo, del sol, de la creacion entera. En tan poética hipótesis solo faltaria que el alma transportase consigo todas sus ideas y recuerdos para soldar de este modo su fraccionada existencia. Lo segundo, porque un sér tan admirable y elevado como es el que siente, piensa y ama, no se hacia súbitamente de peor condicion que la materia inerte, la cual se corrompe, se disuelve, se transforma; pero no queda aniquilada. En el alma que trasmigrase, no concebiríamos esta esencia simple, incorruptible é inmaterial, esta emanacion divina que se alberga en el seno del hombre, sino que la imaginariamos un sér indescribible, idóneo para ejercer las mas altas funciones de la racionalidad, pero sujeto á graduales transformaciones hasta parar en humilde agente de un misterioso mecanismo. Creeríamos que el alma, recorriendo la escala de los seres organizados la bajaba lentamente, que perdía algo de su virtud esencial en cada nueva incorporacion, y que pasando de la razon al instinto, del instinto á la sensacion, de la sensacion al movimiento, del movimiento á la nutricion, degeneraba gradualmente de su alteza primitiva hasta hacerse susceptible de su total ano-

nadamiento. No se concibe sin una grande catástrofe, el que un rey se vea trasladado súbitamente de su espléndido trono á una cárcel hedionda y oscura para morir de inanición; al paso que apénas causaría sorpresa el que se viese metido en la misma cárcel y condenado al mismo suplicio un hombre que despues de haber ceñido la real diadema, hubiese descendido poco á poco por todas las clases de la sociedad, hasta parar en mendigo, rufian y vagamundo. Ademas en el sistema de Pitágoras y sus discípulos, el hombre no señalaba á su arbitrio, ni conocia de antemano á qué especie de ser debia trasmigrar su alma, de modo que en esta incertidumbre podia esperar ó temer que la eleccion providencial le otorgaria una recompensa ó le infligiria un castigo segun el valor de sus acciones morales. Así esta hipótesis encerraba una idea, aunque mezquina de la justicia de Dios, que en vano la filosofia trata de reemplazar con la justicia de los hombres. Error por error valia mas la metempsícosis que la nada.

VII.

¿Y quién podrá sondear el abismo de la nada? Cómo asomar la cabeza sin desvanecerse á esta sima sin bordes y sin fondo, sin ruido y sin color, sin luz y sin aire? Qué es la nada? Qué es el no ser? Y un destino tan incomprensible habria de estar reservado al hombre que es y medita sobre su ser, que se concentra en sí mismo, y existe á sabiendas; y conoce el valor infinito de la existencia? La imaginacion de la edad media encontró pinceladas bastante sombrías y vigorosas para describir el infierno. El tiempo le prestó la noche, el espacio profundas cavernas, los elementos el fuego, el alma sus remordimientos, el cuerpo sus enfermedades, los labios sus blasfemias y los ojos sus lágrimas de hiel. El plomo que se derrite y el acero que se ensangrienta, el azufre que hiede y el humo que sofoca, el reptil que emponzoña y la fiera que despedaza,

el tirano y el verdugo, el incendio y la tempestad, cuanto de mas atroz ha inventado la barbarie del hombre, cuanto de mas espantoso presentan los fenómenos de la naturaleza, todo, todo excepto la muerte, todo concurrió como objeto de comparacion para formar un imponente comentario á la enérgica frase del Evangelio: *ubi erit fletus et stridor dentium*. Mas ¿cómo describir la nada? A cuál objeto comparar la negacion de todo objeto? La nada es la oscuridad, el silencio, la desnudez, la soledad absolutas. La nada es la privacion completa, y lo que tiene de mas horroroso el infierno es tambien la privacion. Condenar la humanidad al no ser es condenar á los hombres todos á una especie de infierno. Decís que la doctrina del cristianismo es sobrado cruel, ¿acaso la vuestra es mas consoladora? No quereis un rey que sitiando una ciudad rebelde la amenaza con hacer justicia de los culpables, y mostrais un guerrero airado, jurando pasar á cuchillo á todos los habitantes de la ciudad que le resiste. No admitís el ajusticiamiento y aceptais el esterminio.

VIII.

Cual presuntuoso jóven que rechaza la tutela de sus ayos, la filosofia del siglo pasado se desentendió de las máximas tradicionales y religiosas de los otros siglos sus predecesores, y ocupó con arriesgadas teorías el hueco que dejaban en ella los experimentos. Segura de que no se le podia demostrar por medio de ecuaciones algebraicas, ni atestiguar con observaciones físicas la existencia del infierno, se creyó bastante autorizada para negarla. No exhibió pruebas porque era la parte que negaba, ni reconoció las del adversario, porque, pretendiendo substituir la evidencia á la fé, le preguntaba cómo ó de qué manera sus argumentos impresionan á los sentidos. La supresion del infierno llevaba implícita la mortalidad, la aniquilacion

del alma. ¿Quién fué el primero que descubrió ser la nada el último destino del hombre? quién fué el Colón temerario de esa region de tinieblas? No dudo que, á guisa de oráculo bienhechor, debió de pronunciar con enfática commiseracion, que descubria una verdad oculta desde muchos siglos por la malicia de los sacerdotes y la supersticion de los pueblos; però tambien es verosímil que no debió de conocer entonces lo trascendental y amargo del supuesto descubrimiento. El día en que se enunciaba teoría semejante, aquellos que le prestaron oido, que sintieron vacilar su fe, que apostataron con el entendimiento, debian rasgarse los vestidos y cubrirse de ceniza. A su vista abdicaba la humanidad el título de hija predilecta de Dios. La que se creía heredera de la eternidad, se confesaba hija espúrea y sin mas dote que la *nada*.

IX.

El filosófico sistema que supone la destruccion del ente que piensa y raciocina, ó supone material su naturaleza para hacerle susceptible de una transformacion que equivale á su anonadamiento, no solo rebaja sobremanera y envilece la especie humana, sino que tiende á llenarla de consternacion y espanto. Si semejante doctrina no horroriza á sus partidarios, es porque ellos no se han parado á profundizarla: admitiéronla por despecho y la sustentan por orgullo. La certidumbre de convertirse en la nada sería no ménos espantosa que el riesgo de caer en el infierno. Por demas se objetaria, que siendo imposible unir la idea de sufrimiento á la posterioridad de existencia, terror pánico é infundado sería el que amedentrarse al hombre íntimamente persuadido de que nada tenia que temer para despues de sus dias. Verdad es que lo que ha terminado su existencia no puede ser el sugeto de padecimiento alguno, ni lo que carece de entidad real ó imaginaria puede ser este padecimiento obje-

tivo; pero el hombre no vive únicamente de la actualidad: sus dolores y alegrías no son siempre sensaciones de lo presente: mientras posea la facultad de asestar sus pensamientos al porvenir la idea de su futura condicion podrá ser la tortura continua de su espíritu. La *nada* que no podria obrar sobre el hombre despues de su muerte, sería bastante poderosa para atormentarle durante la vida. Es probable que el ajusticiado no siente la cuchilla que siega su cuello, ó la bala que desmenuza su cérebro; y sin embargo ¿le faltan veinte y cuatro horas de angustias y angustias muy acerbas? No se invoque el ejemplo de los suicidas que se tienden espontáneamente sobre las losas de un sepulcro, porque las creen el lecho de su reposo: ¿á qué causa serviría de apoyo el testimonio de los que deliran? Además, no todos los que se deshacen de la vida, piensan deshacerse tambien de la existencia. Ni aun el suicidio á sangre fria, si puede usarse esta espresion, prueba el convencimiento de encontrar la nada en el reino de la muerte. Recórrase la estadística de esa enfermedad horrible que gangrena las sociedades modernas, y se verá que de la mayor parte de suicidas, unos por un lamentable estravío de ideas han consumado su crimen despues de prepararse con fervientes prácticas religiosas, y otros por una ceguedad inconcebible han realizado sus funestos designios pocos momentos despues de aseverar por escrito sus creencias en la misericordia de Dios y en la esperanza de otra vida. ¿Qué prueba esto sino que hasta en las situaciones mas desesperadas repugna al hombre la idea de reducirse á la nada? Podríase decir que lo que fué un error de la antigüedad respecto á las ciencias físicas, es una verdad en el sistema psicológico. No es la naturaleza, es el hombre el que tiene horror al vacío.

X.

¿Pues qué sería de la humanidad condenada á tener siempre delante de sus ojos la perspectiva de la nada? Qué sería

del hombre obligado á leer continuamente una sentencia irremisible que le condonase de una vez á acabar pronto, acabar del todo, y acabar para siempre? Quién, al aperebirse de que se marchitan las ilusiones de su juventud, no ha vuelto la vista hácia atrás, y miriendo de una ojeada el cúmulo de sus dias no ha exclamado tristemente: «he vivido ya la mitad de mi vida: solo me queda un espacio poco mas ó ménos largo que ese que busco, y no veo, que ese que he recorrido como por encanto: mi tiempo futuro se desvanecerá á guisa de ensueño como el pasado.» ¿Qué desesperada agonía si entónces tuviese que añadir: «y despues no seré?» Casi siempre se dice *gozaré*; algunas veces *he gozado*, rarisimas *estoy gozando*: ¿pues no fuera cosa horrible verse uno forzado á aplazar los goces, y de hora en hora ver estrecharse el círculo harto pequeño en que estos mismos goces debían caber? Siendo la vida un campo sembrado de piedras en que se tropieza, y de espinas que ensangrientan los piés, podrá quedar satisfecho el hombre llevándose de camino tal cual rosa que se marchita y deshoja al caer entre sus manos? Y qué resta de las alegrías pasadas sino un deseo mas intenso de experimentarlas de nuevo? Un placer es aliciente de otro placer, y el hombre estaria inconsolable si considerase que repentinamente habia de romperse esta cadena, sin que Dios mismo tuviese bastante poder para soldarla. Aun el que se cree bienaventurado en la tierra, el que ha tenido por esclava á la fortuna, y trepa hasta la cumbre de las dichas, ó se sumerge blandamente en un lago de placeres, jamas pudiera consentir en la necesidad de separarse de ellos para reposar inerte en el seno de la nada. El fastidio de los que el mundo cree soberanamente felices, de esos fenómenos de la civilizacion moderna, no proviene de que su voluntad no apetezca ya los deleites, proviene sí de que estos gastados en demasía no sirven ya al capricho de la voluntad. Es que falta la imaginacion ó el poder para variarlos enteramente. ¿Qué tormento no sería para

el que disfruta pensar que la inventiva humana descubrirá nuevos placeres, y que otros hombres recogerán la cosecha que empezaba á verdear sobre la tierra, que sus compañeros de orgía, que los ídolos de su corazón dejándole en olvido gozarán las delicias de la existencia, mientras que él ni siquiera existirá en el infierno para envidiar y apetecer en vano los deleites que han de sobrevivirle? Y si tal destino fuera amargo para los que gozan, ¿qué sería para el sinnúmero de infelices que solamente comen pan y amasado con lágrimas, que solamente beben agua y acibarada con hiel? Para aquellos que enroquecen llamando á la felicidad sin que esta ni por un momento atraviese el umbral de sus puertas, que no conocen los placeres sino por la envidia que les causan los ajenos, que no reciben de la vida mas bienes que el de una esperanza crédula, intermitente y deleznable? No tendrían una especie de razón para volverse irritados á Dios y decirle blasfemando: «¿Para qué, Señor, nos sacasteis de la nada si á la nada debíais volvernos? Qué significan ese lento suplicio que no es expiación, y esos repetidos trabajos que no obtienen recompensa? Para esto, Señor, nos criasteis, para divertirnos mirándonos correr tras un fantasma que huye, hasta cansarnos y caer de brazos en el abismo de la nada?» Sí, la nada es horrible para el dichoso y para el desgraciado, para el que ríe y para el que llora. Si semejante destino de suyo no fuese incompatible con la dignidad esencial del espíritu humano, podría serlo únicamente del idiota.

XI.

Hay en el interior del hombre un deseo invencible de estender su vida mas allá de los límites que le determinan el tiempo y el espacio. Su natural instinto adopta los medios que le sugiere la inteligencia, y esta realiza prodigios para satisfacer aquel deseo. No bastan al hombre su época y su patria, nece-

sita impresiones de otros siglos y de otros países: necesita vivir de lo pasado y de lo remoto: necesita mezclar auras de lejanos climas en el ambiente que respira. El bruto no puede aspirar á mas que á la vida que depende de la nutricion, y todo su instinto se limita á conservarla; pero la vida del hombre no es únicamente la de su organismo, y como no se concreta á lo que impresiona directamente los sentidos, sus instintos se dirigen á estenderla cuanto sea posible. Los recuerdos de la memoria, las imágenes de la fantasía, las nociones del entendimiento, los afectos del corazon alimentan esta vida; cuya esfera se ensancha gradualmente, á medida que el hombre pasa de la barbarie á un estado mas culto y propio de su dignidad. Este deseo eficaz y activo es el que ha creado ó descubierto las artes y las ciencias por medio de las cuales adivina el hombre los secretos que el tiempo oculta, y supera los obstáculos que el espacio opone. ¿Para qué tanto ahinco en resolver los problemas históricos, en indagar las vicisitudes de los imperios, en inquirir las ideas y costumbres de generaciones difuntas? Es que se intenta resucitar, por decirlo así, á los siglos pasados, no para substituirlos al presente, sino para conocerlos mas y mas, para sentirlos, para vivir en ellos á la par que en el nuestro. Este es el interes que escitan las ciencias históricas y sus auxiliares. ¿Para qué tantos esfuerzos en reunir, clasificar y describir cuantos objetos existen esparramados por la superficie del globo, en reproducirlos por medio de las artes imitativas, en presentarlos de mil maneras á cual mas sorprendente? Es que se intenta suplir con estos variados panoramas el don de *ubiquidad* que no puede alcanzar el hombre. Sin tales recursos su ayer no retrocediera mas que algunos años, y su imaginacion no abarcaria mas espacio que su vista. Pues si tanto ha podido el ingenio humano que, por decirlo así, ha llegado á formar artificialmente una existencia retroactiva: si ha podido hacer que la vida de tantos individuos arrancase desde los siglos pri-

mitivos, si la ha hundido tan profundamente en lo pasado y la ha hecho tan estensa en lo presente; ¿será posible que sea mera ilusion la esperanza de prolongarla en el porvenir? Tanta actividad, tanto anhelo, tantos prodigios han de tener fin en la nada?

XII.

Así como el hombre investiga lo pasado, tambien se empeña en conocer lo venidero, y como las conjeturas no bastan mas que para señalar livianamente sus cálculos, ha caido en los absurdos mas groseros queriendo satisfacer este deseo inherente á su naturaleza. Al hombre que ansía anticiparse al tiempo, que desenfaja desafortadamente sus ojos y dilata sus pupilas para ver mas allá del horizonte, que pretende leer el dia de mañana ántes que se escriba, decidle que su porvenir es solo de algunos años, y que ni siquiera será polvo cuando los otros pasen por sobre la faz de la tierra. Decídselo, filósofos, mas no esperéis que os dé las gracias de semejante noticia. ¿Ese instinto que lleva al hombre á escudriñar lo futuro, no indica que le está reservada una vida venidera? Ese instinto que se falsea con extravagantes aplicaciones, será enteramente falso en sí mismo? Será compatible con la nada? Lo ha dado la naturaleza al hombre para burlarle en todas las épocas y países, bajo todas las civilizaciones y creencias? Aun este siglo de ilustracion, en que apénas se concibe como es posible ser crédulo y supersticioso, tiene tambien oráculos y profetas á su manera. ¿No se forma hoy el horóscopo de las naciones, como se formaba un tiempo el de los príncipes? No se podria decir que los magnetizadores reemplazan á los arúspices de la antigüedad y á los nigrománticos de la edad media? Pues qué, ha de ser todo el porvenir del hombre el inconstante y perecedero que en otros tiempos se pretendia ver escrito ora en brillantes caracteres del cielo, ora en las menudas rayas de la mano?

XIII.

Pocos serán los hombres de carácter meditabundo, y amigos de discurrir acerca de toda clase de objetos que no hayan reflexionado tal cual vez sobre esa ley de movimiento que empuja las sociedades, y no se hayan preguntado con cierto estremecimiento de asombro: ¿cuáles son las transformaciones que espera la vida de la humanidad dentro de uno, de dos ó mas siglos? Se dice que estamos en una época de transición, aunque todas lo han sido igualmente, puesto que las sociedades representan inmensas caravanas; como cada individuo se parece á un peregrino. Deber es de aquellas como de este caminar siempre y no estacionarse en punto alguno. Las paradas solo han de servir para tomar aliento. Con todo, nunca se habia notado tanto esa marcha progresiva, porque nunca habia sido tan acelerada. Al comparar los adelantos de un siglo con los de otro siglo, al medir el espacio que se atraviesa ahora en una década, y el que se recorria antiguamente en un millar de años, no queda duda que la velocidad de movimiento en las sociedades crece de un modo maravilloso cual si la determinara una razon geométrica. Pues si cada época es un término de esta progresion, ¿qué será de las sociedades cuando su vida material é intelectual se halle elevada á nuevas potencias? En la altura á que hemos subido el espónente empieza á multiplicar ya cantidades asombrosas, y si como es de creer quedan todavía algunos siglos de existencia al mundo, la imaginacion mas robusta se ve obligada á plegar sus alas ante la perspectiva inconmesurable del porvenir. ¿Cómo concebir el grado de estension y riqueza á que deberian llegar las ciencias, las artes y la industria, si su desarrollo, que ahora ya nos tiene pasmados, está sujeto á la ley de progresion indicada? Una rápida ojeada sobre los últimos tiempos nos hace ver aumentado considerablemente el catálogo de las

ciencias, y cargado de nuevas ramas el tronco de las artes: vemos cruzados los mares por buques de vapor, alumbradas las ciudades populosas con átomos invisibles, cubierta la Europa con una red de caminos de hierro, y reproducidas en pocos momentos las comunicaciones más lejanas é importantes: vemos las manufacturas que parecen obedecer al pensamiento del fabricante; y el periodismo que á manera de irrupción incalificable invade todas las clases de la sociedad: ¿pues si tales son los descubrimientos de algunos lustros, cuáles serán los que están reservados solamente á las últimas décadas de este siglo? Y el otro? Y el otro? ¡Ah! la razón desfallece en este caos en que la ciegan á un tiempo las tinieblas y la luz; se pierde en un laberinto inextricable del cual es quizá la salida más obvia suponer que la humanidad se mueve al rededor de un círculo: que la progresión desigual de su marcha, ora es ascendente, ora descendente: y que las sociedades pasan alternativamente de la barbarie á la ilustración y de la ilustración á la barbarie. Mas tampoco este sistema carece de dificultades: Si lo aplicamos á las naciones europeas, foco actual de la cultura humana, ¿cómo pudiera su vida intelectual declinar lentamente y á la vez en todas ellas sin que pronto se apercibiesen de su imprevista decadencia, sin que naciese un genio privilegiado capaz de contenerla? O bien, ¿qué causas tan poderosas y desconocidas pudieran provocar una catástrofe tan grande, una revolución tan espantosa, que contrariando á todas las ideas recibidas, á todos los instintos arraigados, las impeliesen á retroceder en pocos años el curso andado en muchos siglos? Verdad es que consideraciones muy análogas podría haber formulado un filósofo de la corte de Augusto; y sin embargo á su floreciente civilización llegaron á suceder la selvaticidad é ignorancia de los primeros siglos feudales. Nunca como entonces la fuerza inteligente se habrá visto con una salvaguardia de fuerza material tan imponente y gigantesca; y sin embargo

el coloso de Roma fué vencido y pisoteado por unas hordas errantes é indisciplinadas. Mas ¿cómo verificarse un segundo acontecimiento de esta especie, existiendo la imprenta, esa lámpara incombustible que conservaría la luz en medio y apesar de la mas deshecha borrasca? Qué nuevo Omar agitaría una antorcha bastante abrasadora para incendiar de una vez todos los establecimientos tipográficos, todas las bibliotecas públicas, todas las privadas librerías? Cómo abrasarlas de tal manera que no renaciesen al instante de sus mismas cenizas? Alejandría está por todas partes. Esta objecion no tiene mas que una respuesta, y es que la Providencia conoce caminos ocultos, impenetrables á la imaginacion del hombre, y suele servirse de los medios mas impensados para realizar sus ulteriores designios. Dejar así la cuestion es abandonar la inteligencia mientras lucha con esas dudas que tan vivamente escitan su curiosidad: es haberse fatigado recorriendo á ciegas un largo trecho para encontrarse en el mismo punto de partida. ¿Quién pues tendrá ánimo bastante para renunciar á su futura existencia que sola puede darnos la solucion de tan interesante problema? Nos hallamos en una época de transicion como todas: un paso mas, y habrán cambiado las fases de las ciencias y de las artes, de la literatura y de la industria. ¿Cuáles serán estas? No lo sabemos: no es posible adivinarlo. Si consideramos las naciones bajo el aspecto político, y nos preguntamos ¿qué formas de gobierno dominarán en la Europa dentro de dos siglos? La conciencia nos responderá que no lo sabemos; solo sí sabemos que si es la república no será cual la de Aténas, si la oligarquía no será cual la de Venecia: que si permanece la monarquía no será cual la entendió Felipe II, y si se conservan las teorías representativas no serán idénticas á las que dominan en la actualidad. Pues ¿y el hombre ha de consentir á resolverse en la nada ántes que le sea dado congeturar siquiera el éxito de estas cuestiones que incesantemente agita? Horrible es sin du-

da que muchos tengan que presenciar las peripecias de esos dramas terrestres desde un palco incendiado; pero ¡que ni uno solo pudiese abrigar la esperanza de presenciarlas desde un sitio preferente!

XIV.

Pero al fin esta especie de problemas, irresolubles para las generaciones que viven, no lo son igualmente para las futuras. Cada una de las que aparecen sobre la tierra examina y estudia los acontecimientos á medida que se van realizando, y conoce lo que ántes era inapeable, aunque alimente las mismas dudas acerca del porvenir. Lo que era objeto de meditacion filosófica poco á poco se va trasformando en capítulo de historia, los sistemas hipotéticos se destruyen ó confirman por los hechos, y los hijos aprenden con la experiencia lo que sus padres no pudieron enseñarles por medio del vaticinio. Mas otras cuestiones no ménos arduas é interesantes se presentan al espíritu humano que en valde forcejea con la esperanza de resolverlas, ó se enorgullece con la presuncion de haberlas ya resuelto. Arcanos tiene la naturaleza que se escapan siempre á la penetracion del hombre en su estado de viador. Las lecciones del tiempo instruyen mucho; pero el tiempo es un maestro insuficiente para enseñarlo todo. Creemos haber leído en un escritor piadoso: *para conocer el mundo es menester salir del mundo*, y esta espresion que se limita á un sentido ascético y figurado, pudiera reproducirse aplicándole un sentido filosófico y literal. Si levanta el hombre su vista á los cielos, si la derrama sobre los objetos que le circuyen, ó revuelve hácia dentro sus pupilas para contemplarse á sí mismo, se le ocurren una multitud de preguntas cuyas respuestas no ofrecen otra garantía que la de ser mas ó ménos probables. Una reflexiva y atenta observacion ha descubierto muchísimos efectos de las misteriosas leyes que rigen al universo; pero la ima-

ginación del hombre es la que ha tenido que inventar científicas teorías para comprender y explicar la mayor parte de fenómenos que impresionan los sentidos. Ahora bien ¿cuál es el sabio tan íntimamente convencido de la certeza de las causas, como de la evidencia de los efectos? Qué Copernicano está enteramente seguro que de aquí á doscientos años otro nombre no habrá suplantado el de Copérnico como este se sobrepuso al de Tolomeo? Quién osará afirmar que Newton ó Spallanzani, que Bufon ó Linneo estarán perpetuamente sentados en sus cátedras? Quién podrá atribuir jamas á los sucesivos gefes de escuela una inamovibilidad que sus predecesores no habrán obtenido? Quién, si Dios mismo no baja á revelarlo, podrá decir con juramento: este sistema geológico ó astronómico, de ciencias médicas ó naturales es un sistema completo y definitivo? Resulta pues que mientras el hombre permanezca precario habitador de la tierra no obtendrá un conocimiento claro, intuitivo y universal acerca de muchas cuestiones que son el torcedor de su inteligencia y el estímulo mas eficaz de su imaginación. Las ciencias humanas reposan en gran parte sobre una especie de fe; pero la fe ha de ser alguna vez iluminada. El cristianismo no prescribe una fe eterna en las verdades eternas: prescribe una fe transitoria que será trocada con una intuición permanente. Condenar el hombre á la *nada* es condenar la humanidad á marchar todo su camino con los ojos cubiertos de un cendal mas ó menos trasparente, pero siempre cubiertos: es condenarla á desaparecer del universo ántes de haberlo completamente conocido: es condenarla á contentarse con la verosimilitud, despues de haber andado siglos de siglos buscando la verdad. ¡Pobre rey del mundo que se veria obligado á perder su corona ántes de tener conocido su palacio

XV.

¡ Hermoso al par que sublime espectáculo el de una noche estrellada ! Un delicioso arrobamiento se apodera del hombre que, sentado en solitaria roca, pasea su vista por la bóveda inmensa de los cielos. ¡ Qué indefinible sorpresa si por primera vez la contemplara cuando ya disfruta el uso completo de su razón ! Cada uno pues de estos luceros que, engastados en un fondo de záfiro, centellean como otros tantos diamantes heridos por el sol, es una cifra misteriosa que ha trazado la mano del Omnipotente: cifra gigantesca de un enigma tan grandioso como inútil, si su revelación estuviese para siempre jamás fuera del alcance de la inteligencia humana. Ese magnífico desorden con que los astros se ven esparramados por el bruñido azul de la esfera: esas manchas blanquecinas que semejan luminosas huellas de otros soles mas elevados: esas radiantes constelaciones que forman tan caprichosos grupos, no aparecen todas las noches sobre la cabeza del hombre únicamente para que este se entretenga en calcular desde la tierra los millones de leguas que distan entre sí, ó para que haga alarde de su ingenio hasta el punto de medir aproximadamente su volúmen y densidad. Algo mas tienen que revelarles todavía; y ¿ puede el hombre renunciar á conocer este algo mas? Si alguno hay que despues de haber levantado sus ojos á las estrellas persista en creer que la humanidad debe hundirse en la nada, es seguro que su corazón no ha sentido las poéticas y religiosas emociones que inspira el magnífico espectáculo de una noche estrellada.

XVI.

Si la vida encierra dentro sus confines todo el sér del hombre, la vida es el supremo bien de la humanidad. Por mas efímera, instable y desabrida que sea ella, lo fuera todo por-

que sería la existencia misma. Vivir una hora importaría mas que el goce de todos los placeres y riquezas, que la gloria de todos los honores y aplausos, que la soberanía de todos los imperios: para disfrutar una hora mas de vida, deberíanse arrostrar todas las amarguras de la indigencia, del sufrimiento y del oprobio. La filosofía cristiana no da tanto valor á la vida transitoria, porque tiene que compararla con la eterna; pero esa desesperante filosofía que coloca la nada en sus dos estremidades, tiene que atribuirle un valor infinito, porque solo puede compararla con la carencia de entidad. El globo terráqueo que con respecto al sistema astronómico es solamente un punto imperceptible, ¿no es por ventura una masa enorme considerado en relacion con un átomo de aire? Hay mayor distancia de la vida á la eternidad que del no sér á la vida? Y esta, tan vana, tan frágil, tan incierta, es posible que sea el único, el supremo bien de un sér inteligente que comprende sus miserias, y se lamenta de sus dolores? ¡O dignidad humana!

XVII.

Lo que llevamos dicho nos conduce á una observacion que tiene visos de paradoja. El suicidio no solamente es un crimen horrible, sino que es un hecho absurdo cualesquiera sean las convicciones de quien lo comete. Mas aun, el suicida que cree en la destruccion completa de sí mismo obra con mas insensatez y locura que otro de igual clase creyendo en la realidad del infierno. Mayor es el desatino del incrédulo que arroja ántes de tiempo el solo bien de que se juzga susceptible, que el desatino del cristiano que se anticipa espontáneamente á sufrir la acerbidad de los tormentos venideros. Prescindamos aquí de las consideraciones religiosas que prescriben la sumision á la voluntad divina, de las circunstancias especiales que aumentan la gravedad de la culpa y de la pena, y de la po-

sibilidad vitalicia de sustituir un destino eternamente dichoso á la inmutable suerte que el infeliz se asegura. El cristiano desesperado que atenta á sus dias, lo efectua persuadido de que mas tarde ó mas temprano su paradero será el mismo que escoge su alucinado alvedrío, y consiente en cercenar diez ó veinte años de su vida, porque esta segun sus creencias vale muy poco, y sabe por otra parte que ni diez ni veinte años han de acrecer la duracion de su castigo. La eternidad no es una cantidad aumentativa. Cain no habrá padecido nunca mas años que el Antecristo. La idea de años encierra la de tiempo, y el tiempo no es una fraccion de la eternidad. Pero el materialista que se despoja de su vida desperdicia un tesoro inmenso, porque arroja la sola moneda de que se juzga poseedor. ¿Qué importa que esa moneda esté mal acuñada, contenga impura liga, y haya perdido mucho de su valor estrínseco? El cristiano por no sufrir las penalidades que le abruma, puede llegar á obcecarse hasta despreciar los escasos placeres que restaban á su vida: el incrédulo hace mas... desprecia su misma existencia.

XVIII.

Compréndese muy bien que los réprobos apetezcan furiosamente su aniquilacion: la idea de tormento está de tal manera entrañada en la de su existencia, que llega á ser una de sus cualidades esenciales. Como no puede haber sufrimiento sin existencia, así tampoco podemos suponer su existencia sin sufrimiento. Los males empero de la vida humana son accidentales, y su accion es intermitente cuando no es pasagera. Los dolores físicos mas agudos, los padecimientos morales mas intensos relajan ó suspenden su violencia: si así no fuese pronto los primeros llevarian á la muerte, y los segundos á la enagenacion mental. Para desear pues ó aceptar la nada, es necesario contarse ya como uno de los precitos, y esto no sucede

sin un lamentable trastorno en el cérebro ó un atroz endurecimiento en el corazón.

XIX.

Héroes que derramáis vuestra sangre para escribir con ella vuestro nombre en la historia: Genios que os dejais devorar por el fuego de vuestras inspiraciones; Sabios que os sacrificáis gustosos para adivinar los secretos de la naturaleza, ó para ser los oráculos de la humanidad, si os reducís á la nada ¿qué es de vuestra anhelada recompensa? Si el hombre no existe mas que en la tierra ¿puede imaginarse ilusion mas absurda, premio mas mezquino, culto mas descabellado que la gloria póstuma? ¡Y el primer apóstol de la *nada* no debió de sentir siquiera ese vivo instinto de legar su nombre á la posteridad!

XX.

Si la *nada* es un error, el infierno es una verdad. No hay medio alguno. Tristes son las reflexiones de un cristiano delante un sepulcro: ¡este, murmura, es para algunos la puerta del infierno! Mas tristes todavía las de un incrédulo que, frunciendo el ceño y con semblante sombrío esclama: *toda fenece aquí*. Pero aun hay algo que horripila y asusta mas, y es el aire distraído, la glacial sonrisa y la calma de indiferencia con que un escéptico dice: ¡*A qué fatigarme en sondear los misterios que esto encierra! Ni los niego, ni los creo. Holguémonos por ahora, y allá veremos.....*

TOMAS AGUILÓ.

Del sentimiento en literatura.



Hay en el alma del hombre una facultad que la ennoblece, cierta tendencia al movimiento, algo de vago en fin é indefinible, que, como la cuerda de una lira en su estado de inercia, solo espera un acto, un suceso que la agite para vibrar suave ó fuertemente, y para hacer experimentar al alma un estremecimiento agradable ó doloroso segun fuere alegre ó triste, dulce ó penoso el acontecimiento exterior que lo produce. Y decimos exterior, no porque necesite el espíritu para sentir de objetos existentes fuera de nosotros mismos, de causas que lleguen hasta él por medio de los sentidos, sino porque en la profundidad, permitásenos la espresion, en que reside aquella facultad noble y divina, es todo escéntrico respecto de ella; de suerte que hasta las inspiraciones y el entusiasmo, las ideas y las pasiones, son con relacion á la misma lo que la luz respecto de la llama, una cosa exterior y secundaria... Y esta facultad es á la que llamamos *Sentimiento*.

El sentimiento es el atributivo que mas ennoblece y sublima el alma. A nuestro modo de ver el hombre que siente mucho y piensa poco puede llegar á ser mas grande que el que siente poco y piensa mucho. El primero es capaz de crear en el órden intelectual, y de sublimes esfuerzos en el moral; al paso que el otro jamas producirá grandes actos morales, y si algo hace en el órden intelectual es á fuerza de la laboriosi-

dad y paciencia del químico que forma un sér nuevo de los varios elementos dispersos que reúne y combina, y que por consiguiente en vez de crear compone. Si preguntamos á la historia quién le ha legado mas nombres famosos el sentimiento ó el talento independientes el uno del otro, nos contestará que el primero; si empero cuál de las dos facultades ha producido mas genios, nos dirá que ninguna. El hombre para remontarse á esta altura á que alcanzan muy pocos debe haber nacido con una alma grande capaz de sentir y de comprender mucho, de la misma manera que necesita el águila mucha fuerza y estensas alas para lanzarse de un vuelo y cernerse sobre las nubes.

Reduciendo la cuestion á una sola idea, á la que nos propusimos al arriesgar algunas reflexiones generales sobre este punto, si se nos preguntase: ¿á cuál de las dos facultades del alma ya indicadas debe mas flores la poesía, mas bellezas la literatura y en fin mas obras las demas artes liberales? no vacilaríamos en emitir nuestro voto en favor del sentimiento. Y prescindiendo por ahora de la música, pintura y escultura, porque cuanto se diga acerca este punto de la literatura es asimismo á ellas aplicable, la historia de las bellas letras decide esta cuestion en el sentido en que lo hemos hecho nosotros, mejor que pudieran hacerlo los racionios y argumentos que en su favor hacerse podrian. Examinemos los cantares de los pueblos primitivos; abramos la Biblia, los poemas gigantescos de la India y de la Iliada; el saber yace en todas esas obras casi sofocado por el sentimiento, perdido casi bajo el lujoso vestido de flores, incienso, perlas y colores con que el corazon lo viste. Demos ahora un paso mas, y salvando algunos eslabones de la dilatada carrera de los siglos, trasladémonos á esas sociedades que purificó la antorcha de Átila, ó á esas otras que no habian salido todavía de la larga infancia á que les condenara la selvatiquez de sus climas y su aislamiento espantoso,

y en los cantos de Osian, en los de Niebelunghen y Carditos en el Norte; y en los cantos guerreros de los soldados de Carlo Magno, en los libros de caballería y en las poesías de los trovadores en el Mediodía; y por último en las gazelas y cuentos de los árabes en el Oriente, veremos una nueva prueba de que los pueblos han sido poetas ántes que filósofos: que la lira ha precedido al libro escrito, de la misma manera que la religion ha precedido á la metafísica, la fe á la controversia, y que en fin basta sentir mucho para ser poeta. Por lo demas basta comparar esas literaturas de entusiasmo y expansion con las imitadoras y convencionales, para conocer cuál es la verdadera, para ver dónde está el arte, la belleza absoluta. La Eneida al lado de la Iliada, la oda de Herrera al lado del cántico de Moises son como una flor artificial al lado de la de los jardines: tiene el color y la belleza, pero le falta la fragancia.

En nuestros días, despues de la asombrosa revolucion que ha pasado por la literatura, despues del justo desagravio que se diera á la verdadera poesia, ahogada sin piedad por los cantores eruditos que lograron hacerse un renombre copiando, y las mas de las veces copiando mal, se ha generalizado la idea de que el sentimiento era el alma, el númen de las bellas artes, la verdadera musa ó misteriosa vírgen que da vida á las creaciones: de que para ser poeta, pintor, músico, era preciso sentir mucho, y como por desgracia en los tiempos que alcanzamos todo lo que se generaliza un poco, sean ideas literarias, sean creencias religiosas, sean opiniones políticas, pasa al dominio de la moda, se ha hecho de buen tono el sentimiento; todos han pretendido estar dotados de una sensibilidad exquisita, y luego dando un paso mas, ser poetas. Estraña y ridícula manía, contagio risible que ha atacado no tan solo á esos hombres mugeres que son el hazme-reir de la sociedad, especie de monos que se apoderan con ansias de la primera in-

vencion que asoma allende los Pirineos para cubrir con ella su nulidad, sino hasta á algunos jóvenes de talento, cuyas producciones hubieran pasado á la posteridad á no estar tan fuertemente impregnadas de ese sentimiento convencional y de moda.

En todas las épocas de imitacion literaria el sentimiento es por punto general amanerado, y por consiguiente su expresion está sujeta á ciertas ideas siempre repetidas, á ciertas palabras siempre las mismas, y hasta á situaciones semejantes, copiadas ó de las literaturas que les han servido de modelo ó del genio que ha brillado en ellas. Aun hay mas; en las mismas obras de un genio se advierten ciertos lunares que indican los momentos en que el sentimiento calló y en que el talento tomó á su cargo dar que escribir á la pluma, y que hubiera hecho dudar de él, á no ser por las felices inspiraciones que prueban hasta qué altura podia elevarse el que las sintió y expresó con tanta valentia. Petrarca, por ejemplo, entre sus innumerables y magníficos sonetos al númen de su vida, pues un amor como el de aquel poeta diviniza á la muger, tiene algunos á los cuales hace ridiculos y frios el sempiterno é insípido juego de las palabras *Laura, l'aura, Lauro* etc., y que en vez de probar como los demás cuanto amaba á la muger á quien inmortalizó, son un testimonio de cuan poco sentia su corazon en el instante en que los escribia.

Para convencerse de la verdad de nuestra proposicion basta haber ojeado por encima la mayor parte de las obras de la nueva escuela.

Desde que la sabia Alemania dió el primer hachazo al Ídolo de Grecia y Roma, no á ese númen de proporciones bellas y formas herculeas á quien incensaron Homero y Virgilio, Píndaro y Horacio, sino á esa estatua con manto á la romana y pelucon, á quien prestaron adoracion los poetas de los siglos XVII y XVIII, la Francia que está alerta para ver qué idea

nueva sale á luz en cualquier parte del universo para hacerla suya secundó al momento aquellos golpes para derribar tambien de sus altares al ídolo empolvado de su culta poesía, alzándose orgullosa con el título de regeneradora, que usurpaba á los sabios de la otra parte de los Alpes. Chateaubriand, no sé si porque como mas adelantado en ideas vió ántes que nadie la revolucion literaria que acababa de verificarse en Alemania, ó porque comprendió al propio tiempo que los sabios de aquella nacion lo ridículo de quemar incienso en nombre de Jesucristo y de la religion á Júpiter y á su Olimpo, fué el primero que con su *Genio del Cristianismo* (bello y magnífico edificio levantado en la entrada de este siglo que debia erigir en pos de él en monstruosa confusion catedrales bizantinas y góticas, Parténones, panteones y mezquitas) dió el grito de alarma, tímido sin embargo y ahogado al principio por una especie de remordimiento literario, pues el cantor de los Mártires, símbolo de las ideas de su autor en aquella época, tomaba parte con cierta repugnancia en aquella nueva cruzada necesaria, que aunque conforme á sus ideas religiosas y artísticas, le obligaba á destruir en gran parte la literatura del que llamaba entónces el *gran siglo*, y él como buen frances hubiera deseado poner la cruz en el altar principal, y dejar al propio tiempo en su pedestal á Júpiter, aunque hubiese sido en un rincon del nuevo templo. Mas Chateaubriand se las habia por desgracia con un pueblo que todo lo exagera y abulta á fuerza de querer pasar plaza de entusiasta, y que así como interpretó el grito revolucionario de abajo los tronos, por abajo los altares, tradujo aquel por á fuera todo freno literario. Chateaubriand con los alemanes predicaba una reforma, mas ese enjambre de *soi disants* artistas que pululan en Francia se apoderó de su idea apénas nacida, y la convirtió en sedicion. De ahí ese lujo de dramas sanguinarios y altamente desorganizadores que invadieron la escena, de poesías llorosas

con pretensiones de religiosas que llenaron las columnas de los periódicos, de esas novelas descabelladas llenas de espectros, de castillos sombríos, de lujosos torneos, de paladines misteriosos y damas enamoradas: parodia ridícula de las producciones de Walter Scott y de los libros de caballería, pues ni tenían la verdad de sentimiento y moralidad que en aquellas brilla, ni la buena fe y candor que respira en estos: y en fin de ahí esa multitud de libros escépticos y corrompidos, cubiertos con la máscara de la creencia, pues la religion, era una ley de la uueva escueja y la mayor parte de sus adeptos, si bien habian entrado en ella con las ideas volterianas, hacian alarde de una fe de que carecian para no ser tenidos por atrasados.

La España pagó tambien su tributo á esa especie de vértigo literario; mas por dicha cuando se dejaba arrastrar por él, la Francia volvia ya de su aturdimiento, y tuvo tiempo de remediar el mal ántes de que su curacion se hiciese mas difícil ya que no imposible. Cundió al propio tiempo la voz de que la Alemania poseía inmensos tesoros de poesía y de saber, y que era preciso desertar de la escuela francesa, toda amaneramiento y oropel, para ir á aprender en aquella, toda verdad y saber. Verdad es que con esto no subia de punto nuestra importancia literaria: que no era dar un gran paso cambiar de cátedra, ya que de todos modos debia hacer el humilde papel de discípula; pero en cambio la Alemania mas franca y ménos orgullosa, como mas sabia nos dijo: que no teníamos necesidad de ir á mendigar poesía y saber á ningun pueblo, puesto que ellos venian á buscarlo en el nuestro: que no teníamos mas que hacer que volver los ojos á los tiempos antiguos y desenterrar las obras de nuestros ingenios para aprender en ellos: que del estudio de nuestras costumbres, de nuestras tradiciones, de nuestro romance, y en fin de nuestro teatro debia nacer y naceria una literatura que, purificada por los as-

tros de la filosofía y de la religión, llenaría el mundo con sus resplandores, y la España dócil á sus consejos ha desertado de toda imitación estraña, entregándose con ardor al estudio de su arte nacional. Ciertó es también sin embargo que hasta ahora no ha dejado el humilde papel de discípula, pero no lo es ménos que teniendo un modelo fijo y no sujeto al capricho de la moda, cual lo era el que nos habia servido hasta hace poco, puede esperar la España, por poco que la favorezca el cielo, y que no abandonen sus hijos la verdadera senda del arte, pasar de la imitación á la originalidad y de discípula á maestra.

De lo dicho hasta aquí se desprende que la España, y nos es muy doloroso tener que confesarlo, no ha tenido poesía propia en estos postreros años, y que esa literatura de transición que hasta ahora brilló en ella, será como esos astros de luz prestada que no tienen crepúsculos, y cuya existencia queda olvidada al trasponerse. No ignoramos que se nos dirá que de muchísimos años acá no se habia observado en nuestra patria tanto movimiento literario; que nunca tal vez, incluso aun el siglo de oro de nuestra literatura, habian brillado en la Península tantos talentos precoces, tantos jóvenes poetas que se han lanzado con ardor á la carrera á que han sido llamados, algunos de los cuales llegarán quizás á ceñirse la corona esplendente á cuya conquista ¡caminan; mas ¿quién no ve las causas y lo efímero de ese malamente llamado movimiento literario? Las revoluciones políticas pueden estancarse en un reino, en una provincia, en una ciudad, pues les sirven de diques los mares, los rios, los muros y sobre todo los intereses; pero las que se verifican en las ideas son universales, ó cuando ménos se estienden á largas distancias cual los círculos concéntricos de una laguna á la que se arroja un cuerpo muy pesado. En cuanto á la muchedumbre de poetas que pululan en nuestro suelo, se esplica ya por lo que dije.

mos mas arriba ; que el sentimiento se ha hecho de moda , y por consiguiente el pasar plaza de artista ; ya tambien porque todos los jóvenes que se han conocido un poco de imaginacion y de talento han aspirado á una corona , cuya adquisicion han creido fácil , atendida la profusion con que las repartia la nueva escuela ganosa de prosélitos : sin reparar en que aquellas coronas eran tan fáciles de deshojar como su adquisicion fuera poco penosa. No negamos que entre tantos adeptos brillan algunos talentos privilegiados capaces de dar algún renombre en las letras al siglo en que vivimos ; pero creemos que si llega este caso será , no por lo que salvo muy pocas escepciones , han producido hasta ahora , sino por lo que pueden crear en adelante , sí , mas que de las exigencias del público , del deseo de hacerse una reputacion momentánea con poco estudio , y de las mentidas adulaciones de los que no ven en el arte mas que una diversion honesta , se dejan guiar por lo que su sentimiento y la razon les dicta : escriben tan solo en los momentos de inspiracion , y recorren con inalterable constancia esos abundantes mineros de poesía , de tradiciones que enriquecen la España de la edad media y de los siglos 16 y 17 de nuestra era.

Y en efecto , ¿ qué obra grande , qué creacion singular , qué tipo ha creado nuestra literatura en estos postreros años ? Qué monumento se ha elevado , qué templo se ha erigido en medio de tantas y tan magníficas ruinas , de entre las cuales apenas han brotado como arbustos de las grietas de un viejo paredon algunas flores bellas aunque humildes y sin fragancia , algunos altares desmantelados y sin incienso ? Ello es verdad que todo ese tiempo no habrá sido perdido para el arte , que la generacion que vendrá en pos de nosotros no deberá ocuparse mas que en reedificar , y que lo encontrará ya todo dispuesto y preparado para la obra que debe comenzar y á que otras generaciones han de dar cima ; pero no es ménos cierto

que llevarémos muy pocas ó ninguna piedra á aquel monumento, cuyo plan y cuya grandeza nos es dado apénas entrever á traves de las sombras del porvenir, y que los siglos futuros, por mas que sea muy triste el decirlo, cuando contemplen atónitos ó estudien afanosos aquel monumento, pasarán por alto nuestra época literaria ó cuando mas la estudiarán muy por encima, como una especie de loa ó prólogo que les ayude á comprender la obra que van á estudiar ó á admirar, ó como una fachada por medio de la cual puedan adivinar el carácter del edificio, cuyas bellas y gigantescas proporciones pasan á examinar y á medir.

Ni en dramas, ni en novelas, ni en poesía lírica ha producido la nueva escuela en España una obra que pueda valer á su autor un gran renombre, ni deba llamar la atención de las generaciones que han de nacer. Y no es ciertamente porque no hayan probado todas las sendas, porque no se haya osado á todos los géneros; sino porque el entusiasmo y el sentimiento han abandonado muchas veces al que escribia, ó mas bien porque este, asaz preocupado con los ejemplos que á la vista tenia, y seducido por la facilidad de hacerse un lugar entre las reputaciones modernas, se ocupaba tan solo en calcar sus ideas, sus pensamientos y las escenas que debia pintar sobre las de su modelo, y apénas se dignaba descender á su interior, para pedir al corazon sentimientos, y á los sentimientos lágrimas y palabras para espresarlos.

Digásenos sino ¿de dónde procede ese colorido informe que brilla por lo comun en las obras de nuestros escritores contemporáneos ó compatricios, cualesquiera que sea la diversidad de su talento ó carácter, sino de que todos ellos mas bien que se retratan en sus producciones, imprimen en ellas las creencias ó ideas de su época ó de su pais? Las obras que son hijas del sentimiento nos dan á conocer á sus autores mejor que los retratos mas acabados; puesto que estos últimos nos

explican ó ponen ante los ojos su fisonomía, su fealdad ó belleza física, su solo exterior, al paso que aquellas nos revelan su corazón y su mente, sus creencias é ideas, su modo de pensar y sentir, y en una palabra su genio. Cualquier hombre de mediano talento podría adivinar fácilmente despues de la lectura de sus obras el genio y los caracteres de Moises, Homero, Ossian, Dante, Shakpeare, Cervantes, Calderon, Milton etc.; miéntras que por el contrario ni los mismos Lavater y Gall hubieran conocido tal vez por sus retratos que los hombres á que pertenecian fueron tan grandes si la vez primera que los vieron no hubiesen leído sus nombres al pié de los mismos. No se dirá tal vez que muchas de nuestras producciones contemporáneas tienen al ménos el colorido, por decirlo así, de la época; que casi en todas ellas se nota esa mezcla de escepticismo y de religion, de vanidad, de agitacion y de tristeza que es el carácter de nuestro siglo: mas nosotros les contestaremos que Byron, Goethe, Hugo, Foscolo, Lamartine y Manzoni han escrito bajo su influencia, y que sin embargo, mas que el carácter general de nuestro siglo, se encuentra en las creaciones de esos ingenios su carácter peculiar y los sentimientos propios y particulares bajo cuya inspiracion escribian.

El sentimiento pues es lo que constituye la poesia; es esa semidiosa que los antiguos llamaron musa; esa llama divina á la que se ha dado el nombre de inspiracion. Sin ella puede componerse una oda, un poema, ó un drama, como quien hace una flor artificial, como quien teje una pieza de tela, como quien levanta las paredes de un palacio: sin ella se puede tambien llegar á dar á una obra toda la hermosura de formas de que es susceptible; mas esa belleza sin una alma que la vivifique es la de un cadáver. La poesia, como dijo un literato, es un sacerdocio, no una secta filosófica; siente y no discute, vivifica y no mata. Por eso se reputan mejor aquellas inspiraciones que salen de lo mas hondo del corazón, ó que han pesado sobre nuestro espíritu mas largo tiempo: por eso decimos que tal ó cual composicion es buena, porque nos ha hecho sentir mucho; por eso en fin así como ensancha la esfera de la imaginacion la fuerza del sentimiento así la perfeccion y originalidad de sus obras está en razon írecta á su intensidad.

JOAQUIN RUBIÓ Y ORS.

ASPIRACION.

¿Qué buscan los ojos con ansia y desvelo?
 ¿La rica natura, ó el arte brillante?
 ¿Delicias del mundo, visiones del cielo?
 ¿O soles, ó empiresos?..... Tan solo un semblante.
 ¿Qué busca el oído? ¿Concierto suave,
 Sublime ó amante, pausado ó veloz?
 ¿Murmullos, suspiros, los trinos del ave?
 Los cantos del ángel?... Tan solo una voz.

—

Y el alma, ¿á qué intenta salir de sí misma?
 ¿Qué falta á su esencia, qué agita su calma?
 ¿Do tiende en su vuelo, se funde, se abisma?
 Ni en Dios, ni en el polvo... Tan solo en otra alma.
 ¿Qué esperan los ojos del caro semblante?
 ¿Qué espera el oído del son vibrador?
 Y el alma ¿qué espera?..... ¡Oh Dios, Dios amante!
 Lo que de tus obras tú esperas..... amor.

—

Amor es tu imágen, amor no reposa
 Buscando en los hombres tu huella divina;
 Por esto estremece la voz amorosa,
 Y al rostro que amamos un sol ilumina.
 Mas ¡ay! si el reflejo nos ciega, oh Dios mio!
 Si el pájaro al árbol se adhiere tenaz!.....
 Si al idolo amamos, hay pena y vacío;
 Si amamos tu imágen, hartura y solaz.

—

¿Qué vale natura con cuanto atesora?
 Los astros, los mundos? Su rey es el hombre.
 ¿Qué valen del hombre la mente creadora,
 Su ciencia, sus obras, su fuerza y renombre?
 ¿Qué vale el renombre sino para amado?
 ¿Qué vale la ciencia sino para amar?
 Y el amor, ¿qué vale sin tí, oh increado,
 A quien todos vamos, cual rios al mar?

J. M. Q.

Atila.



Pesado es vuestro sueño, hijos del norte:
 Qué deidad vuestros miembros enervó?
 Cuando el acero de afilado corte
 Tanto tiempo en la vaina descansó?

«Pesado es vuestro sueño en demasía
 Desde en lechos dormís de blanda piel:
 El Huno en otros tiempos no tenía
 Mas cama que la espalda de un corcel.

«Arriba pues: las rubias cabelleras
 Húmedas de rocío sacudid:
 Armaos con las pieles de las fieras
 Y cual fieras cebaos en la lid.

«A vuestros potros que la guerra anhelan,
 Cual bella el baile, doble pienso dad;
 Las mazas que los muros desmantelan
 En los nervudos robles ensayad.

«Hoy la erizada maza del valiente
 Tendrá con que apagar su ardiente sed:
 De los cráneos saldrá la sangre hirviente
 Cual salta el agua de rasgada red.

«A mí, pues, los más bravos cuya lanza
 Devora á cada golpe un corazón;
 Los que cuelgan despues de la matanza
 Hecha sierra la espada en el arzon.

«Los valientes á mí: Dios está airado,
 Y soy el rayo de sus iras yo:
 Su azote soy, el mundo el condenado,
 Quien la mano atará que Odin armó?

«Sus, pues, hijos del norte; asid la fea,
 De roja llama vuestra diestra armad:
 Pronto la tierra un mar de fuego sea

Y un tizon no mas de él cada ciudad.

«Que el humo que mi antorcha arroje al cielo,
El horno del combate al atizar,
Mueva sus rojas sombras sobre el suelo
Gual serpiente en los aires al girar:

«A su sombra mis fuertes escuadrones
Al par cual sierpe inmensa marcharéis,
Y al lanzar en el horno mas naciones
Sierpes de humo que os cubran siempre habréis.

«La tierra es nuestra; sus vencidos reyes
No hallan ya quien acate su poder,
Y á nuestra vista sus cobardes greyes
Huyen despavoridas por do quier.

«La choza, el muro, el templo y el palacio
Devoraron mis iras á la par:

Que extraño que á los hombres falte espacio
Cuando á los dioses mismos falta altar.

«Ni un árbol quede do estampé mi huella,
Ni un muro, ni una choza de mí en pos,
Si á cada paso Odin borra una estrella,
Yo mato un pueblo, pues tambien soy Dios.

«Yo soy un Dios, y de otro Dios azote:
Como así pues un pueblo sin vigor
De sus muros al pié logra que agote
En vanas amenazas mi furor?

La muelle hija del Tíber nos resiste:
Roma está en pié: sus, pues, hijos de Odin;
Que hoy venga al suelo, y que la noche triste
Contemple muda su sangriento fin.

«Do alza su frente el ciego Capitolio
Esta noche mi tienda se alzará:
Do la Reina del mundo hubo su solio
Ancho pesebre mi corcel tendrá.

«Caiga su rojo manto hecho girones;
Romped su lanza, destrozad su arnes;
Aventad como pajas sus legiones
Y sea su ancho escudo mi paves.

«Harto en sus muros se seató la gloria;
Harto dió el mundo culto á su saber:
Harto arrastró su carro la victoria:

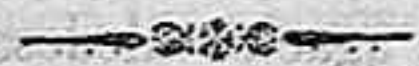
Harto duró su colosal poder.

«Mis saetas certeras en su vuelo
Las águilas de Roma alcanzarán:
Desplomadas vendrán cual piedra al suelo
Y cebarse ha en pisarlas mi alazan.

«Sus, pues, hijos del norte, á Roma, á Roma,
Id á tender mis pieles de leon
En ese alcázar que en el monte asoma,
De ese imperio inmortal digno floron.

«Yo en ellas muellemente recostado
Gozaré en ver del fuego al resplandor,
Cual cae por las llamas devorado
Que cual sierpes lo ciñen en redor.

«Roma es del mundo entero la cabeza
Y en su cabeza al mundo yo heriré:
Después en su cadáver con fiereza
No hallando á quien vencer me sentaré.»



Mientras en las tiendas del feroz caudillo
A quien prestó la muerte su guadaña
De las hogueras al siniestro brillo
De sus huestes aquel mueve la saña,
La reina de las geotes
Con plegarias y lágrimas ardientes
Con que baña los pies de sus altares,
Cual con cantos de amor en la floresta
A los del buho el ruiseñor contesta,
Responde así de muerte á los cantares.

Por qué en las calles de su pueblo inmenso
No se estreñan las densas oleadas,
Ni ciñe cual cámara el muro estenso
El polvo que levantan sus mesnadas?
Si del huno la clava
Llama á su puerta y su poder socava,
Como no eleva el cántico de guerra
A cuya voz venciera mil naciones.

Y contra él desplegando sus pendones
 No le borra á su viento de la tierra?
 Sus bravos que mil tronos apilaron
 Y entre sí tras las lides los partieron,
 Hombres de hierro que do quier pasaron
 Hondamente sus huellas imprimieron,
 Sus frentes orgullosas
 Porqué en vez de orear plumas lustrosas
 Mancha tibia ceniza penitente?
 Ese es el casco que opondrá al acero?
 Ese el arnes con que al combate fiero
 A luchar por su patria irá el valiente?
 ¡Ay! Roma tiembla: tiembla cual el aye
 En las garras del buitre prisionera:
 Cual se venga el Señor por Babel sabe
 Y tiembla porque á Dios torpe ofendiera.
 Por eso humilló en tierra
 Su lábaro do ató el dios de la guerra,
 Y su águila sin viento y sin pujanza
 Plegó sus alas, se agachó miedosa
 So la mano del huno poderosa
 Y puso en Dios tan solo su esperanza.
 ¡Ay! Roma tiembla, sí, no porque tema
 La clava y tea del feroz Atila;
 Tea que cual de Dios el rayo quema,
 Clava que escombros por do quier apila.
 Tiembla porque la arena
 Del circo, ora desierto, absorvió apena
 La sangre por los mártires vertida
 Que en honor de sus césares libara:
 Mas esa sangre ¡oh Dios! quién lo esperara?
 Hoy que la adora á Roma dará vida.
 «Justas tus iras son ¡ó rey del cielo!»
 Clama postrado ante la cruz divina
 Leon que encaneció de un siglo el hielo
 Y cuya calva frente el tiempo inclina;
 Y mugeres y ancianos
 Alzando á Dios las suplicantes manos
 Piden silencio á las célestes liras
 Para que llegue hasta él la voz del santo;

Y muchos que ignoraban que era llanto
Claman llorando: « ¡ Justas son tus iras ! »

« Tú eres el fuerte, ó Dios, tú en el espacio
Dispersaste los mundos con tu aliento:
Trono es no mas el sol de tu palacio
Que enciende ó mata de tu manto el viento.
Hablaste, y en tu enojo
Su tumba halló el Egipcio en el mar rojo
En cuyo abismo se asentó la muerte.
Por ti la impia Babel yace en el lodo!
Así oraba Leon, y el pueblo todo
Clamaba á Dios con él: « Vos sois el fuerte ! »

« Miró airado á Sođoma, y en la nube
Brilló un momento la voraz centella
Como la espada ardiente de un querube,
Pasó el viagero y la ciudad aquella
Qué vió al nacer el día
La buscó por la tarde y no existia:
En holocausto, oh Dios, mi vida toma,
Mas desvia de Roma tus enojos. »

Y Roma entera ante la cruz de hinojos
Clamaba con Leon: « Dios, salva á Roma ! »

« Harto, Señor, lavó la impia tierra
El bautismo de sangre que ha sufrido;
Asaz, oh Dios, el potro de la guerra
Rota la brida, el mundo ha recorrido!
Poned diques al río

Que amaga á Roma devastar impio!
Mellad ya de la muerte el dardo agudo!
Dónde fuera de vos hallar defensa ? »

Y del pueblo se alzó la voz inmensa
Clamando: « Amparo, oh Dios, sed nuestro escudo ! »

« Oh, no mas, justo Rey ! cese tu enojo:
Sobre las tiendas sopla del Alano,
Y el que aspiró á tu altar en su impio arroja
Se quebrará cual junco so tu mano.
De ese pueblo en tu saña
Alza para tu cruz fuerte peña;
Y tu cruz de los siglos vencedora
De polo á polo al estender sus brazos

Haz que junte á su sombra en dulces lazos
Los hijos de la noche y de la aurora!»

Así oraba Leon, el que á la silla
De Roma sus virtudes condujeron,
Y en la esperanza que en su frente brilla
Todos su salvacion mirar creyeron.

Como peon que arroja
Al par de enorme carga su congoja
Y con afan su pecho el aire aspira
Así aquel pueblo libre de recelos
Un prodigio esperando de los cielos
Mas que aire incienso al parecer respira.

«Tened fe en el Señor, hijos, os ruego,
Sigue, Leon, con inspirada frente:
Quien desvió de Nínive su fuego
Por amor de diez justos solamente,
Aplacará su saña

Por la sangre de mártires que baña
Los mármoles de Roma todavía.

Tened fe en el Señor: su omnipotencia
Es infinita al par de su clemencia
Y pruebas de ámbas os dará este día.»

Dice, y la cruz entre sus manos toma,
Y seguida tan solo por ancianos
En santa procesion salen de Roma
En su campo á encontrar á los Alanos.
Sus rayos refulgentes

Derrama el sol sobre las calvas frentes

Do rielan cual en yelmo que vacila.

Ay de la débil lueste! ni su huella

Quedaría en el polvo si sobre ella

Su negro palafren lanzara Atila,

Ay de ella! pero no: ay del guerrero
Que incendios y hambre y peste llevó al mundo!

Ay del que enrojció su corvo acero

Con sangre de inocentes, iracundo!

Dios que arroja el incendio sobre el prado.

La lluvia envía que su furia lagote,
 Y si hoy castiga al pecador airado
 Rompe despues clemente el rudo azote.

De su inmensa piedad siempre hasta el borde
 Lleno su vaso mirase en su mano:
 Por esto hasta para que desborde
 Que una lágrima en él vierta el humano.

Y esa lágrima Roma la ha vertido,
 Y Dios que la aceptó cual puro aroma,
 Como vapor en lluvia convertido,
 Convertida en perdon tornóla á Roma.

Por qué no lanza su caballo Atila
 Sobre la hueste que á su solo aliento
 Fuera cual monton de heno que hoy apila
 El segador y que hoy dispersa el viento?

Por qué late su pecho so la cota
 A cada voz del inspirado anciano,
 Cual tiembla la hoja seca á cada gota
 Que arroja en ella el nubarron lejano?

Leon le habla de Dios, y el huno impío
 Dobla la frente á tan augusto nombre:
 Le pondera sus iras, y sonrío
 Cae de hinojos á los piés de un hombre.

Truena por fia la voz del anatema,
 Y el que soñó con despoblar el cielo
 Para ocultar su faz que el dolor quema
 Mendiga un palmo del vencido suelo.

«Todo aquí bajo tiene su destino,
 Clama Leon en quien habla el Eterno,
 El del gigante sol marca el camino
 Dando al estío ardor, yelo al invierno.

«Dios ordenó á la nube que volase
 Y dócil comenzó su vida errante,
 Quiso que en ella el rayo se engendrased
 Y rayos mil surcáronla al instante.

«Dió armonía á las aves y cantaron;
 Voz de queja á los bosques y gimieron;
 Sordo acento á los mares y bramaron;
 A los rios murmullos y los dieron.

«El dijo á la luz: «sé» y el negro caos

Sus átomos vistió de luz dorada :

De la noche á las alas : « desplegaos : »

Y la noche voló de astros ornada.

« Nada se mueve aquí si él no la mueve :

Si tu tea quemó el prestóla fuego :

De su enojo que el llanto apaga en breve

Fuiste, ó Atila, el instrumento ciego,

« Tu mision se cumplió : tú de sus aras

Derribaste los dioses de vil barro :

Hoy Dios con quien impío te comparas

Te arrojará á su vez bajo tu carro.

« Tu mision se cumplió : tras el diluvio

De roja sangre que anegara el suelo,

Sobre el trigo que el sol tornó ya rubio

La paloma del arca paró el vuelo.

« Tu mision se cumplió : tu alzaste el monte

En cuya cumbre el lábaro divino

Brillando como el sol en su remonte

Del cielo al hombre marcara su camino.

« Depon la clava pues ; la tea apaga

Que tu marcha alumbró con torvo brillo.

Dios con tus iras á su vez te amaga,

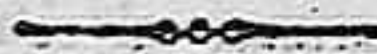
Y ay de ti si descarga su cuchillo !

« Roma es el dique que á tu marcha pone :

Ay si tu audacia traspasarlo quiere !

La ola que el linde en su furor traspone

Desecha en él en blanca espuma muere !



« Y Atila no pasó : del Capitolio

La cruz al ver alzarse que lo escuda,

Dijo á sus huestes : « No es aquel mi solio : »

Y á otro blanco asestó su flecha aguda.

« Cual eclipsado sol que se desploma

La tierra toda estremeció á su paso ;

Mas alzabase bello el sol de Roma

Arrastrando el de Atila hácia su ocaso.

« Quebró su azote Dios. Tras el diluyio
 De roja sangre que anegara el suelo
 Sobre el trigo que el sol tornara rubio
 La paloma de paz paró su vuelo.

« Del Gólgota la cruz alumbró el mundo
 Que abrió á su luz su atónita pupila
 Y el gérmen de la fe brotó fecundo
 En los surcos que abrió el corcel de Atila.

« Y hoy esa cruz de Atila vencedora
 De un polo al otro al estender sus brazos
 Ve juntarse á su sombra en dulces lazos
 Los hijos de la noche y de la aurora!

JOAQUIN RUBIÓ Y ORS.



MUSICA RELIGIOSA.

STABAT MATER DE ROSSINI.

Todas las Bellas artes tienden á elevar el alma, á mejorar y sublimar nuestro sér, y á realzar lo que principalmente manifiesta su inmortalidad y su origen divino, que es el sentimiento: pero la Música entre todas es la que mas cumple con este grande objeto, y la que por mas espiritual ocupa el primer rango. Los elementos de la armonía, es verdad, están desparcidos por la naturaleza: las olas tienen sus ritmos y sus acordes; el viento hinche de sonoridad los valles; las laderas envian á lo alto el himno de sus rumores; los rios y las florestas pueblan la soledad con sus murmurios; y sobre este gran concierto el sonido universal é inmensamente dulce de las esferas celestes se revela á los ojos que contemplan atónitos la concordancia eterna. Pero estos elementos, á ninguna regla humana ni á ninguna forma esterna sujetos, solo se dejan adivinar por lo mas delicado del alma, á la cual tampoco es dado mas que gozarlos y corresponderles. Por esto el pescador confia á las brisas marinas su cantinela larga, pausada y monótona; por esto el rudo pastor hace resonar los barrancos y las alturas con sus informes tonadas; por esto todos los pueblos del mundo conservan esos cantares tradicionales, que así llevan el sello del país como el de un sentimiento profundo é íntimo que remueve las generaciones, las sobrevive y enlaza. Las ideas, pues, de la Música, si de tales se pueden calificar sus melodías, no tienen como las de sus hermanas una base humana ni un punto de imitacion visible: y solo el asentimiento de millares de hombres en la bondad y en la belleza de un canto y el placer de todo un pueblo son las pruebas de que tambien á ella le asiste una Lógica, cuya comprension está negada á nuestro limitado entendimiento, bien cual otra de las cosas que no entran en el círculo de la esperiencia. Al ver como á ciertos cantos responde en nosotros un movimiento interior que se parece á la satisfaccion de una duda ó á la revelacion de una idea por mucho tiempo ignorada y presentida; como en otros despertamos de un letargo, y todo nuestro sér trabaja y pugna por rehacer en la me-

moria la época ó la vida pasada de que las frases melódicas vienen á ser un eco: bien podemos decir que las ideas musicales son la operación superior del alma, la primera de las que se refieren á la naturaleza humana, la postrera de las que no han de ejercerse ni comprenderse sino rotos los vínculos de la materia; la única que toca á esa alta esfera de la Verdad, de la Bondad y de la Belleza á que nuestra razón no ha de alcanzar nunca por sí sola: La lucha constante de la materia y del espíritu, el deseo de lo infinito que nos aqueja están profundamente expresados en esa misteriosa esencia de la forma intrínseca de la Música, y en esa vaguedad deliciosa que las mas de sus obras respiran, y cuyas impresiones burlan nuestro análisis; y aun faltando los mayores testimonios que lo confirman, la existencia de esta arte bastaria para demostrar que lo principal de nuestro ser no se anonada en el sepulcro. No hemos de mencionar aquí, ni la naturaleza de estas reflexiones lo consiente, cuanto sea su superioridad en la sola parte de dificultades y mecanismo.

Luego de criado el hombre, su porción inmateral gozó y ahondó el espíritu de la creación: si puso nombre á todos los animales de la tierra y á todas las aves del cielo, tambien debió de responder á la armonía de la obra del Altísimo, tambien debió de cantar al mismo tiempo que hablaba; y en este doble lenguaje de la materia y del espíritu, el alma que recordaba su anterior esencia, y se sujetaba á la única expresión concedida á su nueva morada debió de manifestar al Sumo Hacedor su admiración, su adoración y su agradecimiento. Pues la oración es la escala que une el cielo con la tierra, la primera plegaria que resonó en la mansion de la inocencia primitiva, si no fué un canto, no de otra manera hubo de subir á lo alto, que como un himno armonioso, complemento del coro inmenso con que las aguas, los árboles, las plantas y las lumbreras cantaban la Sabiduría infinita y la suprema Omnipotencia.

Así la Religion, fuente de toda luz, de toda verdad y de toda poesía, tambien lo fué la primera de las Bellas Artes; y los datos históricos mas antiguos de la sagrada Escritura demuestran como cobijado por la Religion, este Arte se cultivaba y tomaba incremento. Despues que Tubal hubo añadido al instrumento natural de la voz el artificial de la cítara, el culto del Dios único le dió forma y lo conservó, y en torno del Arca santa los címbalos, las trompetas, los salterios y harpas acompañaron los coros sagrados. Hasta la idolatría en que cayeron las mas de las razas de la familia humana, si esta mención puede permitírse nos, se sirvió de la Música para transmitir desde los

templos á la posteridad las reliquias de la antigua creencia en un solo Dios, de la relacion verdadera del origen del mundo y su gran catástrofe, reliquias tristemente desfiguradas por las supersticiones y por una ciencia errada. La Música reinó en los mitos y en las grandes ceremonias de la India, del Egipto y de la Fenicia; y la culta Grecia; no solo en sus primitivas funciones dramático-religiosas, sino tambien despues que Esquilo hubo creado la tragedia, confió á la Música narrar la falsa deidad de su destino inmutable, las grandezas de sus vanos dioses, y las desgracias de los héroes.

La Música, pues, no se separó del altar que habia sido la cuna del arte; y si al pié del lugar sagrado hacinaron los siglos sus recuerdos y sus tradiciones, los cantos de ella fueron los códigos que cuidaron de conservarlos y transmitirlos, y jamas, sino hasta los tiempos modernos vió menoscabada su importancia ni disputado por una rama nacida de su tronco, el puesto monumental, si así puede decirse, de donde habia presenciado é influido en la formación y en el perfeccionamiento de las sociedades. Y á la verdad, aun sin contar con los mayores medios y con la solemnidad con que se ejercia, bien mereció el género sagrado aquella supremacia: sus melodías eran los intérpretes de los sentimientos que agitaban á un pueblo entero, graves y solemnes como el asunto y el sitio á que se consagraban, expresion de la comun esperanza y del común deseo; y al paso que respiraban y esparcian la serenidad y la calma, don de los justos, velábase con el misterio del santuario que acrecentaba su interés, su efecto y su poesía.

¿Cómo la Iglesia no habia de acoger en su seno los cántares con que en los siglos remotos habia sido profetizada? Ella recogió solícita los trozos dispersos del harpa de Sion; y en aquellos dias en que la sociedad caminaba á su liundimiento, pueblos nuevos marchaban al impulso divino, y la humanidad se agitaba y se refundia: los sublimes dolores del rey Profeta invocaron la misericordia de Dios sobre los crímenes y los vicios envejecidos de los hombres, y dieron voz y palabras al arrepentimiento y á la penitencia. Mas ella tambien añadió al harpa sagrada nuevas cuerdas, y la enriqueció con los tonos con que la Ley del amor queria ser cantada; y los himnos á la Estrella de los mares, á los mártires, á los confesores y á las vírgenes hinchieron las bóvedas cristianas á la par de los Trenos de Jeremías, de los versiculos fúnebres de Job, y de la amenaza pavorosa del dia postero. La Iglesia salvó en aquel gran trastorno y barbarie el depósito de la civilizacion antigua; y purificandó por las manos venerables

de los Ambrosios y de los Gregorios la tradicion músical, volviola á su verdadero destino, realzó sus módos frigios, dorios y hebraicos, con el elemento armónico traído por los pueblos del Norte, y lo aplicó al culto divino. Desde entónces el canto llano ha sonado en las naves dulce y melancólicamente sévero, como la religion á cuyos oficios sirve, convidando á la meditacion y al recogimiento con su tintura y corte antiquísimos; á la manera con que las areadas, los plafonds y las ápsides pardas, rojas ó cenicientas de los santuarios, que repiten sus ecos profundos, están diciendo que á la mano de los siglos, deben aquella color que mueve á toda veneracion y humildad y enaltece el alma.

El que por otro medio no pudiese juzgar del carácter antiguo del canto eclesiástico, bien lo comprenderia solo por la sencillez que en él resplandece, por sus cortas frases, por su aire grandioso y por la serenidad y quietud de su movimiento: La Iglesia, en todo altamente filosófica, si esta calificacion humana conviene á los efectos de la fe; hizo bien en revestir de esa simplicidad grande, noble y tranquila sus cánticos sagrados: porque cierto ningun adorno ni compostura ni agitacion podian ser la espresion del sentimiento sublime, que sobreponiéndose á la esfera de las pasiones se goza en adorar á Dios y en cantar sus alabanzas. En la manifestacion del dolor aun ostentó de un modo mas poderoso esa fuerza de intuicion que parece serle propia: á la simplicidad agregó la repeticion de una frase, ó la llevó al extremo de la monotonía, á la manera con que el pesar embarga el ánima toda y la llena del objeto ó del afecto que la atormenta. Mas aun cuando esta sencillez y esta monotonía no residiesen en la naturaleza, y no formasen la intimidad y la intensidad de sus sentimientos é impresiones; la simplicidad sublime, viva y vigorosa de los libros sagrados, así en su parte poética como en la filosófica, las motivarian y patentizarian su conveniencia. No es para indicado aquí someramente que la simplicidad, si el espíritu de la verdad la anima, es mas profunda que el artificio mas deslumbrador; y mas difícil que la riqueza de los adornos.

Luego que el ingenio del hombre quiso reducir á un cuerpo de reglas ciertas lo que sola era parte de una iustitucion sagrada, averiguar sus leyes, arrancarlo del templo que hasta entónces le diera asilo, y entregarlo á la especulacion de los maestros, alteró aquella primera sencillez; y si bien de cuando en cuando algunos supieron beber en la verdadera fuente mística, la música religiosa ya no fué durante casi tres siglos sino recreacion de los sentidos, ostentacion de

mecanismo, frialdad de los recursos científicos y pintura para los ojos. No le faltaron, es cierto, causas poderosas á esa alteracion: la Música ante todas cosas habia de crear los medios materiales; y si el arquitecto tenia marcado el tipo de sus obras y la forma general de los detalles, si al poeta le era dable remontarse en alas de la inspiracion por medio de un lenguaje ya formado y culto y por una versificacion cada dia mas perfecta, ningun problema se presentaba resuelto al compositor, antes bien era forzoso y sobrado natural que consumiese el fuego de su imaginacion y sus fuerzas en las combinaciones de los sonidos. Y es muy para notarse que en tiempo del llamado *renacimiento* se ejecutase esa emancipacion y ese ingreso en el sendero de la ciencia; de los cuales á poco habia de nacer el género profano, que ha venido á disputar al sagrado la preponderancia, y á dar la ley al gusto.

Así ya de todo punto desconocido el espíritu simbólico de la Sagrada Escritura, espíritu que fué manantial fecundo de concepciones á las Bellas Artes modernas, como Homero lo habia sido á las de la Antigüedad; luego que ávidos de inspiracion y de sensaciones algunos genios osados probaron á introducir movimiento, facilidad, variedad é interés en los inmensos recursos de armonía acopiados á fuerza de trabajos portentosos y de una tenacidad admirable; se asieron á los detalles del testo bíblico mas que al sentimiento general, y naturalmente hubieron de llamar en su auxilio los elementos del género dramático, como el único que desde sus principios se dedicó á la expresion de las pasiones; al realce de los diálogos, y á la variedad y resalto de los conceptos.

Entre tanto despuntaba en Italia el astro, que pronto iluminó nuevos senderos, y vivificó con sus rayos el género dramático. En su curso espléndido ha visitado todos los paises, tocado todos los sistemas, brillado sobre todas las escuelas; y ahora que la ciencia y la inspiracion han venido á fundirse en aquel vasto genio, cuando la escena le aclama dominador, él depone ante el altar el fruto de su larga esperiencia, y aplicando al género sacro los elementos profanos que él más que nadie desarrolló, pone el sello á la concordia del misticismo, del espíritu religioso y de la sencillez con los mayores adelantos de la melodía; con los tesoros más ricos y admirables de la ciencia: restitucion, que así es debida á quien fué cuna del Arte y en todos tiempos su asilo, como natural y adecuado á las grandes cualidades de que la Providencia dotó al cisne de Pésaro.

Aquella fuerza y sublimidad de genio, que pusieron en sus manos el arpa terrible de los zelos y de la venganza y la lira patriótica de la

Grecia sucumbiendo al cautiverio, que le hicieron cantar las maravillas con que Dios señaló la salida de Israel del Egipto, y le revelaron la espresion del espíritu nacional y el himno de libertad de un pueblo sencillo y virtuoso; esa misma fuerza y sublimidad le han traído, despues de tantos triunfos, á beber la inspiracion en las fuentes del catolicismo, y arrancar á las palabras consagradas por la Iglesia todo el amor, todo el dolor, todo el terror que encierran. Si con el retoque del *Moises* y con la creacion de *Guillermo* aun se puso al frente de cuantos adelantos hicieron en el arte durante su silencio, con el *Stabat* se ha elevado al nivel de los antiguos maestros, cuyas obras religiosas han venido á ser tradicionales; y mas afortunado que ellos, ha podido aprovecharse de los progresos estéticos y críticos, y aun del cambio general del gusto en la literatura y Bellas Artes, de la restauracion de los principios de sentimiento, sencillez, verdad y pureza, á que el mundo debe las obras con que le enriqueció la edad media. Ademas, Rossini es quien comenzó la gran revolucion que ha conducido el género dramático al estado en que hoy lo vemos; Rossini ha sido durante tantos años el regulador del gusto de la Europa entera; y puesto que el influjo del género dramático es tal que todos los demas necesariamente han de resentirse de él y acomodarse en algo á sus modificaciones, Rossini mas que nadie ha podido con justo título introducir en la música religiosa esas melodías frescas, mas marcadas y mas perceptibles á toda clase de oyentes, en las cuales tal vez el rigor de los preceptos podria ver un resabio de los motivos profanos. Por esto, apénas ejecutado su *Stabat* en Paris, buscáronlo con afan cuantos cultivan en Europa este ramo del arte; y donde quiera que se repitió, un nuevo triunfo confirmó el inmenso y gloriosísimo que le habia coronado en la capital de Francia. Él fué materia de todas las conversaciones; él ocupó el talento de los primeros pianistas; y hasta los tribunales hubieron de entender en él, con el célebre pleito entablado por los dos editores que pretendian cada cual la propiedad esclusiva. Y sin embargo, no en las márgenes del Sena, ni en 1842 resonaron por primera vez la mayor parte de aquellas melodías religiosas, sino en Madrid y en 1853 cuando las dedicó al señor Varela, comisario de la Cruzada; bien que posteriormente retocó su obra, y la dejó perfecta, á la manera con que las modificaciones hechas en el *Moises* fueron el complemento de esta creacion enérgica y sublime.

Este aplauso universal y entusiasta prueba cuanto sea el poder de esta obra, que seduce hasta á los ménos preparados por su educacion

musical á gozar de su efecto. La música religiosa es la última que puede comprender el público habituado á la dramática; porque como sus melodías no se presentan sino con el carácter de armónicas, y ya la severidad del asunto, ya la práctica consagrada fuerzan á huir de las formas mas mundanas, y recurrir no pocas veces á las combinaciones científicas, el oído no ase fácilmente y de un golpe los cantables, sino que poco á poco aprende á gozar del conjunto, en el cual la memoria se acostumbra despues á deslindar las ideas. Y pues la costumbre es la que en general revela lo que en el primer exámen se ocultó á la observacion, ó pareció desnudo de valor, y como deseamos ardientemente que se habitúe al público á buscar y á gozar el mérito en varios géneros y particularmente en el sagrado; permitásenos cerrar estas consideraciones generales con un leve bosquejo de la obra de Rossini. Mas no intentamos ni somos capaces de dar la esplicacion técnica de su mecanismo, la cual, aun á poderla dar nosotros, sería contraria á nuestra manera de ver en el arte, solo agradable á pocos profesores, y sobremanera inútil á cuantos puedan examinar la partitura: queremos sí añadir nuestra voz, por obscura que sea, al aplauso tributado por la Europa al que ha abierto una nueva via al Arte Sacro, al mismo tiempo que lo ha repuesto en su antiguo rango; queremos contribuir á la propagacion y efectos de ese género que calma el ímpetu de las pasiones, temple las costumbres, purifica el alma y la eleva á una region de luz y de serenidad, solo trazando las impresiones mas notables que esta obra produce, é indicando la fuerza de sentimiento y filosofia que en sus partes resplandece.

Una gran sencillez respira aquella serie de piezas, si se las compara con la abundancia de formas de contrapunto que suelen ostentar las mas de las composiciones sagradas; y sin que esta sabia sobriedad en los recursos científicos raye de ninguna manera en pobreza ni aun se deje notar de los oyentes, el efecto se despliega imponente y mágico, la misma facilidad aparente y la espontaneidad de las partes acrecen el embeleso, ocultan el artificio, si es que en Rossini, como en todos los grandes maestros, el artificio no viene á ser genio, y hacen resaltar las palabras del himno de Inocencio III. Y decimos de intento *hacen resaltar*; porque no profesamos nosotros la opinion de que la música, y mucho ménos la sagrada, haya de sujetar la inspiracion y la melodía á los matices del verso, ni de andarse tras una imitacion material y servil de los mas leves accidentes que las palabras denotan. La música para nosotros es el complemento de toda poesia: donde el language de imitacion de esta acaba, el de espresion de aquella empieza;

no se sirve del verso sino como de un motivo para hacer mas sensibles sus cantos con la aplicacion; y le basta para espresar la impresion general de las situaciones y de los grandes cuadros de la naturaleza, el colorido y el carácter total del hecho, ya bajo el aspecto de la época, ya de la historia, ya de mayor ó menor elevacion, y ántes que todo ahondar la ternura, el dolor y la alteza de los afectos. Quien supo pintar los tristes efectos de las pasiones humanas, los ayes del dolor y de la melancolía, los gritos sufocados del terror y el doble desencadenamiento de los elementos naturales y del furor y ambicion humanos, tambien ahora ha interpretado dignamente esas estrofas que en un latin semi-bárbaro y con un ritmo original, sin adórnos y con sencillez grande, pintan un cuadro el mas patético para todo hombre, cuanto mas para todo cristiano, y ofrecen constantemente solas y aisladas y unidas las dos figuras del Hijo y de la Madre, como si las exclamaciones, las interrogaciones, las aspiraciones y los de-iquios del amor del poeta no fuesen sino el lamento de toda la creacion que asiste á tal soledad y á tal silencio.

Ya porque no todos los que han oido la obra de Rossini pueden juzgar del carácter de aquellas estancias, ya para marcar la distribucion que de ellas ha hecho el compositor, permitásenos que interpo-lemos en nuestras reflexiones su traduccion literal, en la que procuramos conservar la forma latina, aun á trueque de incurrir en algunas irregularidades. I.

<i>Stabat Mater dolorosa,</i>	Con dolor la Madre estaba,
<i>Juxta Crucem lacrymosa,</i>	Y al pié de la cruz lloraba,
<i>Dum pendeat Filius.</i>	Ya colgado el Hijo.

Esta introduccion es el trozo escelente de toda la obra, y miéntras exista un corazon capaz de sentir los acentos del dolor mas profundo y los efectos de la armonía mas pura, ella brillará entre las mejores joyas de la corona del gran maestro. ¿Quién puede negar toda su atencion á aquella entrada de los violoncellos y contrabajos que subiendo lentamente pasan su motivo á otros instrumentos hasta caer en aquel dolorosísimo acompañamiento de los violines, mitad ligado, mitad sincopado, como los sollozos y suspiros de una angustia comprimida, miéntras las trompas hacen oír un prolongado quejido? Cómo no estremecerse cuando en seguida, estrechándose un tanto el movimiento, rompe la gran masa instrumental el tremendo *fortissimo*, que semeja la esplosion del dolor de la naturaleza entera, y en el cual los bajos van descendiendo hasta perderse en aquellos gemidos apagados de los violines? Asi dispuesto el ánimo del oyente comienzan las vo-

ces de los bajos, á su vez entran en accion los tenores, tiple y contraltos, y el conjunto armónico y fugado va dilatándose con grandiosidad y misterio, hasta hacer lugar á las cuatro partes principales que entonan el *Stabat*. Este es el trozo mas patético de la introduccion: toda aquella melodía está velada por una armonía tan sensible, que jamas nuestra alma se agitó tan profundamente, ni tan á pesar nuestro se humedecieron nuestros ojos; y sobre todo, cuando en la segunda frase los tiple y contraltos esfuerzan el acento en la palabra *Dolorosa* y las notas se encuentran en movimiento inverso, la conmocion es tan colmada que nuestro cuerpo siente los espeluznos del horror, y el frio hiela momentaneamente los corazones. Parécenos entónces ver la Vírgen madre muda y anonadada por su pena infinita, mientras los espíritus del cielo y los elementos y las criaturas prorumpen en el lloro que á ella su inmensa desventura le niega. Al fin rebienta el *fortissimo*, y todos los cantores pronuncian con fuerza *Dum pendebat Filius*, como si lo horrible del crimen que contra su Criador acaban de cometer los hombres sobrepujase su mismo pesar, y no pudiese ser dicho sino con aquellos acentos marcados y enérgicos de ponderacion, de indignacion y de espanto. Vuelve á oirse el triste acompañamiento de los violines unido al tierno canto del tenor; una serie de modulaciones sabia y rica, en que las voces van alternando los matices y entrando por un *crescendo*, introduce una pausa instantanea y una variedad nada impropia en la marcha de la pieza; y cuando el ánimo levemente distraido aun recoge el postrero de aquellos acordes, ellos le reconducen al primer motivo y al canto de los violines que como desfalleciendo baja á producir el final. Suena este recordando el comienzo de la entrada; y despues de cambiar los tiple sus notas con los tenores, y de escucharse destacados, sueltos y unísonos los dos epitetos *Dolorosa* y *Lacrymosa*, la masa armónica va espirando en acentos truncados, los fagotes, los contrabajos y los violoncellos la acompañan por última vez en el remedo de la entrada y la sostienen en la cadencia, y los violines rematan *piano* cual últimos ecos de esa lamentacion penosa á que ellos dieron principio. Esta gran pieza, rica de instrumentacion y de sentimiento, procede con perfecta unidad en todos sus períodos; y aunque principalmente armónica y trabajada, se desenvuelve con tanta espontaneidad, y tan oportuna y naturalmente combina y altera el *cantabile*, la armonía y los efectos de claro-oscuro que mantiene constantemente suspenso y conmovido el ánimo, y se desliza y dura y pasa sin notarlo el que la escucha.

II.

*Cujus animam gementem,
Contristatam et dolentem,
Pertransivit gladius.*

*¡O quam tristis et afficta
Fuit illa benedicta
Mater Unigeniti!*

*Quæ mœrebat, et dolebat,
Et tremebat cum videbat
Nati pœnas inclyti.*

A su alma que gemía
De tristeza y de agonía
Traspasó el cuchillo.

¡Ó qué amargura infinita
Sintió esa Madre bendita
De aquel Unigénito!

Triste plañía y temblaba
A un tiempo cuando miraba
Del Hijo el tormento.

Con un movimiento muy marcado, pero lleno de balance y aun de cierta elegancia, comienza esta aria de tenor, cuyo primer motivo casi podría equivocarse con el de una pieza lírica, si la nobleza, la simplicidad y sobre todo la grandiosidad de su corte no probasen su destino. La primera frase se resuelve con una pureza y con una redondez que descubren el verdadero tipo de la melodía; al paso que sus apoyaturas y sus notas ligadas le dan un deleite y una simpatía irresistibles. Es en efecto la corriente de la inspiración *rossiniana* que fluye del manantial tersa, pura y fácil: parece verse un sonido que rueda con magestad y con gracia, y con ellas sube ó desciende, se dilata ó se encoge. Pero al terminar el período con los mismos sonos que constituyen una tercera frase, se despoja del leve destaco que pudo ofrecer en su comienzo, cobrando, merced al arpegio del acompañamiento, cierta estension y vaguedad tan deliciosa como delicada, reproduce la cadencia vestida de armonías mas sensibles, ya mucho mas lánguida y cayente y con mas sentida ternura. En la segunda estancia que compone un segundo tiempo, á la manera con que el poeta prorrumpe en aquella exclamación *O quam tristis*, el ritmo se altera un tanto, y rompiendo en tono diferente con un movimiento de bajos picado y brusco, prepara, cubre é interrumpe el canto sostenido que refiere la amargura de aquella pena. ¿Por ventura el enternecimiento no obra así con ímpetu brusco en los ánimos vigorosos, á quienes un gran dolor y un gran placer cuestan siempre un grande esfuerzo que no se manifiesta sino con vivas señales de reprimido? El canto al fin suena como una querrela dulce y casi apagada; mas cobrando fuerza por otro cambio de tono robusto é inesperado sube animado y alto á estallar en un *fuerte* como un cruel quejido. Continúa entonces el movimiento picado de los bajos, y el período se resuelve trayendo el motivo del primer tiempo. Los mismos sonidos que habian rematado el *ritornello* sirven ahora de dar forma á la cadencia final que

cierra esta aria á manera de *coda* magnífica. Elévase esta por semitonos estrechando el movimiento hasta un punto agudo que cual grito de dolor sofocado por el llanto dura, vibra y se ensancha: luego descien- de á la nota inmediata que repite por una apoyatura muy sensible; y finaliza muriendo *piano*, suave y desfalleciente. Es una de las piezas mas simpáticas de esta gran composicion, sellada con el verdadero ca- rácter melódico, vestida de una armonía limpia y entrañable, fácil y espontánea, grande y original como las mas de las emanaciones de aquella fuente en quien la profundidad y la abundancia compiten con la bondad y la pureza.

III.

<i>Quis est homo qui non fleret,</i>	¿Quién en llanto no rompiera
<i>Christi matrem si videret</i>	Si á la Madre de Dios viera
<i>In tanto supplicio?</i>	En tan cruel suplicio?
<i>Quis posset non contristari,</i>	¿Quien, quien no se contristara
<i>Piam matrem contemplari</i>	Si á la Madre contemplara
<i>Dolentem cum Filio?</i>	Penar con el Hijo?

Después de un buen *ritornello*, el primer soprano canta la primera de estas dos estancias por una melodía que rebosa languidez y ternura, y la cual marcando los hemistiquios de los versos latinos por medio de pausas bella y melódicamente llenadas por armonías sostenidas de los instrumentos de aire, tiene cierto tono de reconvencion y de admiracion que muy bien se aviene á la interrogacion dolorosa de las palabras. ¿Por qué las notas han de ser mas altas y el acento cargar en *Christi Matrem*? por qué tras esas preguntas interrumpidas la voz ha de desplegarse larga, alta y fuerte como dando rienda suelta á su conmiseracion en *In tanto supplicio*? De esta manera, haciendo destacar sin afectacion las dicciones en que parece concentrarse el sentido, el compositor adivina el sentimiento general de la estrofa y sin ningun esfuerzo y solo llevado de su inspiracion realza la espresion de aquel sentimiento con delicadas tintas, desenvuelve pausada y fácilmente el hilo brillante de su motivo y completa y redondea de todo punto sus contornos. A su vez y por un tono mas grave repite el contralto en la segunda estancia la misma idea, y luego tomando el ritmo de esta en un canto á duo, lo desenvuelven en una serie de imitaciones, ora insistiendo como maravillándose en las preguntas de los versos, ora lanzándose á los puntos agudos que se prolongan fuertes ó tiernos como indignándose increpando la dureza impía de los que á tal espectáculo pueden retener su llanto, siempre con una combinacion cuyo mecanismo el menor observador penetra, empero cuya delicadeza y efecto y,

si así podemos decirlo, delicias claramente dicen que el genio sabe verificar la sencillez de que le agrada revestirse. Ya en este tono las lágrimas brotan copiosas y no reprimidas; la voz femenina se presta á ese desahogo de la piedad y del sentimiento, y al paso que en cierta manera lo motiva, enternece mas y mas y acrecienta el efecto. Las hijas de Jerusalem eran las únicas que plañian y lloraban al Redentor entre aquel pueblo empedernido: María Magdalena y María Cleofas las únicas que *stabant* al pié de la cruz con la madre. Este desahogo asimismo suaviza en cierto modo la tristeza severa, que las voces expresan ya en las preguntas y respuestas con que á manera de exclamaciones se corresponden y cruzan, ya con su canto de terceras, ya con las notas altas y sostenidas que preceden al final como querellas entrecortadas.

IV.

*Pro peccatis suæ gentis
Vidit Jesum in tormentis,
Et flagellis subditum*

*Vidit suum dulcem natum
Morientem, desolatum,
Dum emisit spiritum.*

Por el humano pecado
Vió á Jesus atormentado
Y de azotes victima.

Al dulce Hijo vió en profundo
Desamparo y moribundo,
Y exhalar el ánima!

Con un movimiento sosegado y con acento lúgubre abre el fagot el prelude de esta aria, y sube á producir la disonancia en que los instrumentos de metal rompen estrepitosos y siniestros y la cual deja suspensa la frase: despues de una larga pausa la cierra un redoble de timbales reconduciendo al tono; repítese el mismo efecto aunque en diferente escala; y todas las masas se precipitan con decision á resolver y completar el penoso período. Hay en este corto trozo cierto misterio y grandiosidad que así roban la atencion y predisponen para el motivo, como de antemano revelan el terrible significado de los versos y los acentos robustos con que este será cantado. Original y aun extraño en su ritmo, mas profundo y sobremanera grave el primer período hace resonar la voz del bajo en notas fuertemente acentuadas que al principio muy bien pudieran tomarse por una serie de simples escalas. Mas cuando el oido hace el acorde con que al fin de cada una los instrumentos de cuerda pasan á otro relativo ó vuelven al primero, cuando próximo el período á su término la voz sube por otra escala, diciendo con vehemencia la palabra *Flagellis*, y del agudo se hunde repentinamente á los graves en *Subditum*, muy cerrado ha de estar á los rasgos del genio, el espíritu de quien de ello no siente horror y espanto, y si no reconoce allí un misterioso carácter del rezo:

y un sabor á la canturía antigua de la Iglesia. Mas en el segundo período, pasando al modo mayor, los violines templan la rudeza del anterior motivo que en parte el *pizzicato* de los bajos conserva y dándole un giro diverso producen un *cantabil* largo, sostenido y afectuosísimo, solo contrariado con los golpes secos de los instrumentos de metal al repetir el bajo la palabra *Flagellis*. A esta que bien podemos llamar dulce reconvencion y queja dolorosa sucede el lúgubre prelude que de nuevo trae el primer período para la segunda estrofa en que tambien resalta el tercer verso *Dum emisit spiritum*; vuelve el *cantabil* de los violines que al terminar la estancia, cubren con el ritmo del período anterior los suaves acentos de la flauta y de la voz que entonan con grande amor y no sin cierta languidez muy favorable *Vidit suum dulcem Natum*. Raro conjunto en que los acentos varoniles del bajo llegan á ablandarse en aquellos sonidos largos, ligados y patéticos, y confían sus anteriores escalas destacadas á los violines que las transforman en muelle acompañamiento y en un balance languido y dulce; bien que á poco, al pronunciar *Moriendo desolatum* recobra la voz su ritmo lúgubre y su energía, y con entrambos entra en la breve y vigorosa *stretta*. El efecto que de ese contraste resulta es el mas poderoso: la espresion del dolor y de la ternura en el varon es mas sentida y fuerte, y mueve mas que en la muger, en cuyo corazon Dios puso los afectos mas suaves, la blandura y la misericordia.

V.

Eja mater fons amoris

Me sentire vim doloris

Fac, ut tecum lugeam.

Fac, ut ardeat cor meum

In amando Christum Deum,

Ut sibi complaceam.

¡ Dadme, ó Madre, de amor fuente
Que tu angustia experimente
Llorar con tus lágrimas!

Haz que el ánima se encienda
De amor tanto que esta ofrenda
A Dios sea plácida.

Cual si la rápida pintura de los tormentos de Jesucristo, y las querellas de la pieza anterior arrancasen á todos los mortales la confesion de la culpa que los versos les imputaron; prorrumpe todo el coro sin acompañamiento en una plegaria ferviente, humilde y rendida, en cuya serie de modulaciones solo el genio de Rossini podia sostenerse sin menoscabo del interes y del sentimiento. Otra vez y con mas claridad hiere los oídos la canturía de la Iglesia, y quien escuche como los bajos van entonando la primera estrofa lenta y gravemente á manera de canto llano, por poco que se recoja en sí mismo se sentirá transportado en el interior de esas místicas catedrales que el espíritu de la edad media selló con el espíritu de la Fe católica. Allí tambien experimentara

cuanto sea el poder del mismo cuando se confia á notas largas y melódicas y á masas numerosas de cantores. En fin, al modo con que en los coros sagrados despues del intróito suele á veces levantarse la voz del capiscol grave y sonora á llenar los ámbitos del templo y á dar el tono; así el bajo, descendiendo y volviendo á subir por el diapason entona solo el *Fac ut ardeat cor meum* y se sostiene en un punto alto, durante el cual el coro le responde con una imitacion llena de suavidad y armonía, y así por un tono análogo reproduce aquel en el verso siguiente la misma entrada y el coro la misma respuesta. Entónces, cuando los últimos ecos de aquella masa armónica se han desvanecido en el aire, rompen los tenores y van entrando las demas voces en un cánon y marcando movimientos contrarios hasta empujar la masa á la resolucion total, siempre con nuevos matices, siempre con admirable reparticion del colorido entre los cantantes. A las súplicas amorosas con que de nuevo se desarrolla la misma idea y en las cuales descuellan los típles y contraltos sucede el fervor, ó mejor dicho, el grito unísono con que los bajos primero y luego los demas piden el amor de Dios á la Virgen en *Fac ut ardeat*, como una esplosion súbita y vehemente de los deseos que abrasan al corazon cristiano. Es este coro sin disputa la pieza mas religiosa y aun tal vez la de mas efecto. Entre las frases en que se divide media una larga pausa muy propia del carácter sagrado: aquel silencio elocuente parece un éstasis del alma, que en oracion íntima y muda exala el amor que ántes manifestó con la palabra, ó abismada en su adoracion escucha perderse en el espacio la voz de su plegaria y recoge sus fuerzas para repetirla con nuevo fervor. La solemne y profunda voz del bajo remata sola las frases en que sucesivamente han ido pasando las demas; así en las augustas ceremonias de la Iglesia un eco hondo repite en las bóvedas los últimos acentos del canto sacerdotal, cuando tambien aquellas pausas misteriosas y solemnes dan lugar á oirlo, convidan al recogimiento y fuerzan á rezar y á postrarse. En esta pieza campea asimismo la sabiduría del gran Maestro, y ella justifica como el genio olvidando las fórmulas de los sistemas y de la rutina, maneja y domina lo mas puro y sólido de la ciencia por la misma esperiencia é inspiracion con que sorprende lo mas espiritual y lo mas bello de las melodías.

VI.

*Sancta mater, istud agas,
Crucifixi fige plagas
Cordi meo valide.*

Esto, ó Madre, ruego que hagas
Del Crucifijo las llagas
En mi pecho clávalas.

Tui nati vulnerati,

Sus heridas y quebranto

*Tam dignati pro me pati
Pœnas mecum divide.*

*Fac me vere tecum flere,
Crucifixo condolere,
Donec ego vixero.*

*Juxta crucem tecum stare,
Te libenter sociare
In planctu desidero.*

*Virgo virginum præclara,
Mihi jam non sis amara:
Fac me tecum plangere.*

Pues por mí padeció tanto
Tú conmigo pártelas.

Haz que al Crucifijo llore
Yo contigo miétras more
Dentro mí el espíritu.

Contigo junto al Madero
Asistir y serte quiero
Del llanto partícipe.

¡Virgen mas que todas pura,
Cese por mí tu amargura,
Tu llorar concédeme!

A estas cinco estancias que son tal vez las que mas uniformidad y por ventura redundancia ofrecen como espresion de un mismo deseo y de un mismo sentimiento, Rossini las agrupó en un cuarteto, con lo cual, sin privarse de comunicar riqueza y variedad en los incidentes, las confundió en la pieza que por poner todas las voces en accion le brindaba con una repeticion de una misma idea ménos ocasionada á los efectos de la uniformidad y de la monotonía. El ritmo y el movimiento aparecen ya despejados en el breve prelude, y con sencillo acompañamiento y notable franqueza rompe el motivo cantado por el tenor en *Sancta Mater* y repetido por el contralto en el *Tu nati*. Esta melodía á su frescura, elegancia, animacion y originalidad reúne una afectuosidad y una ternura suave, y suplicante; y quizas esta misma gracia expansiva y esta facilidad suyas pudieran dar cabida á la calificacion de dramática, si su gran dulzura y la delicia de que nos inunda hiciera posible ningun reparo. Ni ¿quién podría oponerlo cuando con tanta magia y rendimiento suena su tercera frase? La suavidad de su contorno y su desarrollo completo y redondeado bastan para cautivar los corazones. Con igual sencillez é introduciendo alguna variedad y constituyendo un segundo motivo entra el bajo con una frase descendente y grave en la estancia *Fac me vere*, y el contralto le responde por una invitacion no ménos enérgica: notas secas é intermedias de pausas suceden á sus acentos, y tras una modulacion sabiamente preparada y dispuesta restituyen entrámbas voces á la pieza su primer ritmo, entonando concertadas el primer motivo en la estrofa *Juxta crucem*. Los mismos que ántes cerraban el prelude preparan en seguida otro incidente que viene á dar nueva variedad al conjunto y á formar una tercera idea. Las cuatro partes siempre con el mismo movimiento marcado por los bajos entonan *sotto voce* aquella modulacion *Virgo virginum*: la voz va creciendo á medida que suben

los magníficos acordes; y encontrada la armonía en que se apoyan tras una breve y acertada pausa prorumpen el tenor y el contralto en el primer motivo dominante, y el bajo y el tiple ejecutan las réplicas con que ántes el oboë llenaba los intervalos y unía las frases. Así á favor de tal disposicion y contestura esta idea por cuarta vez repetida aparece revestida con todo el efecto de la novedad mas poderosa y mas atractiva que ántes. Corónala una breve *coda* que no desdice de la ternura afectuosa del todo, y ostenta en su remate dos acordes de no menor suavidad y efecto. Si es de admirar la elegancia que todo este largo quarteto respira, no ménos se deja notar que sin perder casi jamas el mismo ritmo ni el mismo tiempo, casi sin variar de lo que constituye la base de su acompañamiento, no enjendre cansancio, ántes bien se haga gozar cual la pieza mas rica, mas simpática y elegante. En ella la sencillez no excluye la riqueza ni esta la unidad; y así como vence á las demas piezas en movimiento, comunica gran variedad á la marcha total de ellas por el lugar que ocupa despues del coro nocturno sin acompañamiento y ántes del aria severa en que el contralto dice estas estancias.

<i>Fac ut portem Christi mortem,</i>	De Cristo el finar conleve,
<i>Passionis fac consortem,</i>	De sus martirios ni un leve
<i>Et plagas recolere.</i>	Punto nunca olvideme!
<i>Fac me plagis vulnerari,</i>	Sea herido de su herida;
<i>Fac me cruce inebriari</i>	En la cruz y en la vertida
<i>Et amore filii.</i>	Sangre suya embriágueme.

El ritornelo se va desenvolviendo con lentitud, y con sus notas sostenidas abre dignamente la severa marcha de toda el aria. Comienza esta con un canto suave, noble y de sencillez estremada: su corte se oye al principio con cierta estrañeza; mas luego que su quieto balance se revela en el segundo inciso, tambien aparece la grandiosidad con que, si así podemos decirlo, dilata sus lineamentos. Ya suspenso el aire del motivo total, de repente la voz se sostiene en una nota regularmente alta durante algunas compases, y pasando en seguida á prolongarse en un punto grave, las trompas cantan empujando pausadamente y creciendo hácia la resolucion que en cierto modo estalla en otra nota aguda. Este sostenimiento en aquel sonido grave es de un efecto religiosísimo; como en él la voz cobra algo de misterioso, y la magestad, y la lentitud y el suave empuje de las trompas y demas armonía producen un conjunto por el cual aquel sonido se ofrece á la imaginacion cual un velo transparente que sobre lo demas se va tendiendo.

Sin contradecir ni á este efecto ni al carácter de todo aquel motivo, animase el segundo período *Fac me plagis* con un acompañamiento destacado en que alternan los fuertes del metal con los picados de la cuerda, y esta leve animacion, ó, si se quiere, agitacion, contrasta lúgubrememente con las réplicas doloridas del contralto, que con ellas canta toda la segunda estrofa hasta reconducir el primer motivo y aquel sonido misterioso. Es una pieza bellísima, noble, simpática, y de tan sosegada dulzura, que no de todos los ánimos será gozada; porque la grandeza y la energía mas fácilmente se comprenden que la simplicidad y la delicadeza. Pasando severa y quieta se desvanece sin ostentacion, y si no predispone los ánimos para la que sigue, alménos hace resaltar con fuerza su carácter enteramente opuesto.

VIII.

*Flammis ne urar succensus
Per te, Virgo, sim defensus
In die judicii.*

*Christe, cum sit hinc exire
Da per matrem me venire
Ad palmam victoriæ*

Del juicio en aquel dia
Defiéndeme, Vírgen pia,
De las llamas líbrame.

Cristo, del partir en la hora
A la palma vencedora
Por tu madre allégame.

Sobre estas palabras ha compuesto Rossini la grande aria coreada del primer soprano, digna rival de la introduccion. Los instrumentos de metal rompen el breve prelude estallando bruscamente y *fortissimo* con una misma nota: este son prolongado con el cual alterna, como desde una hondura, el murmurio de la cuerda difunde el espanto, y comunica cierta congoja y terror que suben de punto cuando aquel estrépito formidable rebienta en la plenitud de su fuerza en una desgarradora y sostenida disonancia, y cae tras esta como tras de un último esfuerzo. A esta aparente confusion sucede una calma siniestra: por un contraste súbito y enérgico el oido percibe apénas el sonido apagado y hondo de la trompa y del trombon, que dura entrecortado por los fúnebres redobles de los timbales, y por los golpes unísonos, pianos, bruscos y secos de toda la cuerda, cual eco lejano y dilatadísimo del fragor primero, de cuando en cuando interrumpido por ráfagas de *breves* que recuerdan está sonando aun en el espacio: ó como espresion del terror difundido sobre la faz de la tierra por el son de aquella trompeta anunciadora del juicio. Entónces principia un acompañamiento de los violines original, siniestro y adecuado al carácter del trozo anterior: la voz entra como lanzando una exclamacion en el *Flammis* por medio de una nota alta, larga y vibrante: y sin que dañe á la forma melódica la profundidad filosófica de aquel motivo, des-

pliega este sus frases con grandiosidad sublime, sube, baja, se redondea en amplias y vigorosas proporciones, y trae segunda vez el primer estrépito, al cual mezcla el coro sus clamores prorumpiendo *In die judicii*. Mas, como por entre la oscuridad de la tormenta asoma tal vez el azul del cielo, así la segunda estrofa *Christe* pasa al modo mayor, y al canto dulce y suplicante del soprano responde el coro *piano* por una réplica y con una armonía quieta, profunda é imponente, cual himno de temerosa esperanza dirigido al Dios de justicia que ha de juzgar en aquel día tremendo. Imponderable es el efecto de este contraste, de esta plegaria que entre tales amenazas y trastornos de la naturaleza parece una confesion de nuestra nada: y cierto no se podría alabar bastante si no fuese tan notorio ser esta una de las escelencias del genio universal de Rossini. Torna luego el fragor y el primer motivo y se produce el final tan breve como lleno y enérgico: aquel ascender como empujándose las notas dolorosas corresponde al temor y á la súplica antecedentes; aquel *tutti* sostenido y fuerte sobre el cual destaca agudamente la voz del soprano es propio de aquella *Palma vencedora* escelsa y no conquistada sino con el combate. En el conjunto de esta aria resplandece verdadera sublimidad, pues une á lo grande lo terrible, á lo entrañable el movimiento, y su magestad admira cuanto espanta: digna espresion de la tremenda magestad que velará en aquel día la cara de la misericordia de Cristo. Rossini puede contarla entre sus piezas mas originales, mas bellas, ricas y profundas: en nuestro sentir ella pasará á la posteridad como una de sus primeras concepciones, y una de las mas altas del ingenio humano: con ella el gran maestro ha dado otra prueba de que su genio le hace digno cantor de las imágenes de la Biblia, émulo y heredero del genio de Miguel Angel.

IX.

*Quando corpus morietur,
Fac ut animæ donetur
Paradisi gloria.*

Quando el cuerpo falleciere,
Haz que al ánima le espere
La celeste gloria.

El ánima rendida vuela al trono de su Criador en este cuarteto sin acompañamiento, cuya impresion no puede trazar la pluma sino apellidándolo himno estático, oracion ardiente, exhalacion de intensísimo afecto. Aquellos caimientos de voz, aquellas disonancias, aquellos movimientos encontrados y frases repetidas son otras tantas manifestaciones de ternura suavísima, de adoracion humilde, de suplicantes y amorosos deseos. Las voces se elevan en las palabras *Paradisi gloria*

con cierta amarga suavidad y vehemencia que bien demuestran cuánto nuestra parte inmortal apetece su natural morada, como si los acentos volasen á perderse en aquel piélago de delicias. Próximas al remate van pidiendo esas mismas palabras, como si no acertasen á dejar de saborear á su dulzura, ni á despedirse de aquel amoroso é inefable delirio. Estinguense al fin en algunos acordes variados y pianos, semejantes á los suspiros del alma que, terminada su oracion, se hunde en el seno de la humildad y espera resignada el momento en que Dios rompa los vínculos del cuerpo. Colmo de la armonía mas pura y sensible este cuarteto está formado de frases melódicas de gran facilidad y dulzura; de modo que no sabemos cómo calificarle mejor, si llamándolo melodía armónica, ó melodiosa armonía. Razon tuvo Rossini en acordarse de la no ménos bella pieza concertante con que el grande Hayden cantó esos mismos versos: y no dudamos se acordó de ella, porque si su cuarteto no lo atestiguara, Rossini hubiera desoído la voz de su genio. La originalidad no padece de que el genio se conforme en adoptar un carácter ya convenido y sancionado por los ejemplos mas ilustres, cuando aprovechándose de estos, asoma de repente con nuevos atavíos, y se remonta con sus propias fuerzas á nueva esfera.

Y si el género religioso es el que mayormente reclama en todas las Bellas Artes cierto carácter tradicional y típico, ¿por qué Rossini no habia de ceñirse á la forma armónica á cuya pureza y severidad la tradicion cristiana hace muchos siglos está confiando sus aspiraciones mas vehementes, sus actos mas amorosos y mas rendidos? Estos especiales y puros trozos armónicos son verdaderamente parte de la tradicion, y como tales nuestros tiempos han de recibirlos con respeto de los pasados, y con respeto pasarlos á los venideros; no los trabajos del contrapunto, no las melodías esclavas de la moda: ¿por ventura cuando se consuma en el altar el mayor de los misterios, entónces cuando el incienso ondea como un velo flotante en torno del Sacerdote, se juntaron jamas otros sonos musicales á las campanadas lentas y profundas que bajan zumbando á interrumpir el silencio solemne y á estremecer los ámbitos del templo? ¡Pluguiese al cielo que el vínculo de la tradicion no se hubiese quebrantado nunca! El transcurso de mas de siete siglos probó en la edad media que esta cadena misteriosa bastaba para enlazar épocas diversas y escitar en todas las centellas del genio, atravesando fuerte y esparciendo unidad y fuerza por la mayor barbarie y los mayores movimientos y vicisitudes de las naciones. Las obras cuya idea matriz se le debe subsisten para ates-

figurar como sin ningún servilismo, y concentrando toda su fe cristiana y sus sentimientos en ella trabajaron los artistas en el gradual desarrollo de las formas, y adivinaron la belleza que en aquella fe y en aquella tradición residían. Rafael nunca brilló tan puro y tan poético como mientras dió la última mano al desarrollo de los tipos tradicionales; y al proponerlos á las combinaciones calculadas del efecto, si creció á los ojos de las escuelas, fué descendiendo á los del entusiasmo, ó por mejor decir, del sentimiento estético, y desembarazando á los coloristas. La arquitectura dejó de ser arte monumental luego que los maestros quisieron ver en las reglas de Vitruvio la única forma verdadera, si ya no es cierto que también la ojival caminaba á su decadencia desde que permitió que durante los siglos XIV y XV sus formas esbeltísimas y de todo punto espirituales recibiesen primero mayor ornato, se alterasen poco á poco so color de mayor novedad y riqueza, y acabasen por ser manoseadas y del todo revueltas. ¿Por qué ya al principio de la ciencia los maestros se manifestaron esquivos, si no reñidos, con el tesoro de las tradiciones musicales que el altar guardaba? Breve es esta digresión para satisfacer cumplidamente á tal pregunta: algún día, si estamos destinados á verlo, enlazarémos en esta cuestión todas las Bellas Artes, esforzándonos por probar que en ellas, como en todo lo de la tierra, es la tradición el vínculo más poderoso y más fecundo.

¿El *Stabat* de Rossini fijará alguna forma tradicional en la historia del Arte? Mientras la posteridad falle, nosotros no podemos afirmar sino que de esta composición datará una nueva era, y que de ella ha de partir quien uniendo el ingenio á la ciencia aspire á cantar las ideas más grandes y los más elevados sentimientos. Mucho tememos empero que su introducción y su aria del primer soprano carezcan de rival en todo tiempo; aunque el conjunto de esta obra haya de encender más de una inspiración en los artistas futuros de juicio recto y de corazón grande y apasionado, que deseen con fe viva y largo estudio hermanar la pureza y la sencillez del pensamiento con la espontaneidad de los mayores recursos científicos. En este particular la maestría de Rossini, lejos de arredrar, traerá vida á los espíritus en que arde purificada de todo resabio de escuela la llama del arte. La energía, la grandeza y la suavidad de los profundos motivos del *Stabat* serán muestras duraderas de su ingenio: la combinación de los efectos, la variedad del conjunto, los contrastes tan diestramente alternados de las piezas entre sí, y el manejo espontáneo, vigoroso y sobrio de las masas dirán á las edades futuras su sabiduría, esa cien-

cia tan fácil con que en la paleta de su cerebro, perdónese la frase, reparte los colores, los toma de ella y los distribuye sin ostentación y con naturalidad la mas armónica. De este modo ha conciliado las dos escuelas antigua y moderna; pues si despliega á su antojo y con diestra mano todos los recursos de la instrumentación, también la pureza de los motivos destinados á las voces hubiera sido perfectamente sentida en aquellos tiempos en que la parte vocal no compartía con ninguna otra su predominio. ¿Quién tiene derecho á mirar con desvío el carácter mas abierto, mas dramático que en el corte rossiniano puede encontrarse? Se ha demostrado que la frase de los maestros anteriores sea la única conforme con la belleza y con el espíritu del género sacro? Ya que los maestros para el desarrollo de este tomaron del profano los principales elementos, y le atribuyeron poco á poco la preponderancia en el gusto, justo es que el inovador del dramático use de los esclarecidos títulos con que poquísimos, tal vez ninguno, han contado; ¿Qué será empleándolos Rossini tan en provecho del mismo género sacro, al cual enriquece de nuevas formas, con nuevo vigor y con verdadero sentimiento? Quejémonos mas bien de esos oratorios y cavatinas que suenan en nuestras misas, de esos aires de danza que rellenan los rosarios y los gozos, verdaderos laberintos, ovillejos y letrillas de la música, tristes testimonios de como el espíritu sencillo de la fe antigua se ha ido alterando y recargando con subdivisiones y accesorios vanos, tal vez supersticiosos y sin disputa nimios. No se extrañe la severidad de nuestro sentir, los males presentes lo motivan bastante, y cada dia que pasa clava mas adentro de nuestro ánimo estos principios. Esta severidad y esta convicción nos dicen que ni toda la riqueza del arte compensará jamas el rompimiento de la tradición, esto es, que nunca suplirá por el efecto de los cánticos primitivos de la Iglesia. Primeramente esos cantares, que ninguno de la generación presente ha visto componer, que ya oímos cuando nuestros padres nos llevaron á visitar el templo del Señor, que desde entonces todos los años, todos los meses han señalado las mayores solemnidades religiosas, que resonaron en la muerte de nuestros abuelos y de nuestros amigos, aquellos cantos han venido á convertirse en melodías populares y en cierto modo naturales, cuya poesía se deja gustar por todos los corazones, y las cuales hieren nuestro ánimo complexas con todos los accidentes de lugar y circunstancias preñadas de recuerdos y de sensaciones. Además, su sencillez que descubre su remoto origen es la principal causa de su poder y de su poesía: en ella se estrellan los esfuerzos del arte, y en vano el genio de Haydn, Mozart,

Rossini quisieran luchar con la tan entrañable del rezo de difuntos, ó con la canturia con que el devoto contempla los dolores de María.

Mas ya que el Arte se ha trazado, senda distinta, ábransele de par en par las puertas del templo, despójese de toda profanidad ante la rígida fe que las custodia, y lavándose en sus santas aguas entre el verdadero ingenio á deponer las palmas de la ciencia y del entusiasmo al pié del único altar ante el cual deba doblar la frente y la rodilla; entre á entonar los cánticos exentos de toda pasion terrena, coloreados y vivificados de un solo afecto: — el de adoracion y admiracion de Dios, centro el mejor y el verdadero de todo deseo y de toda sabiduria.

PABLO PIFERRER.

Barcelona marzo de 1844.

BIBLIOGRAFIA.

EL LIBRO DE LOS NIÑOS POR *D. JOAQUIN RUBIÓ Y ORS.*

No hay necesidad de examinar por menudo esta obrita, ni de trazar un leve bosquejo de ella para encargarse con mas eficacia á los padres de familia y á las maestras de niñas que cuiden de ponerla en manos de esas tiernas é impresionables criaturas cuya primera educacion les está confiada. Para toda recomendacion basta decir que en ella campean las principales dotes que exige naturalmente su título. Importancia y pureza en las máximas, amenidad y sencillez en el método, elegancia en el estilo y propiedad en el lenguaje. Como su autor nunca pierde de vista la clase de lectores á que se dirige, con la claridad de las ideas procura ponerse al nivel de su inteligencia, y con el atractivo de las formas escitar provechosamente su interes. Una serie de lecciones breves y sencillas, conteniendo las verdades religiosas y morales que deben ilustrar la mente y entrañarse en el corazon de una niña cristiana, no puede ser un tratado original; pero siempre será un libro muy útil, y actualmente necesario. Lástima al par que indignacion causa el ver que por negligencia de los padres las primeras páginas que lee de corrido una jóven son tal vez las de alguna novela, y sabe Dios qué novela es la que ha caido en sus manos! Aquellos pues que no miren con criminal indiferencia las semillas de mal ó de bien que la lectura depona en el espíritu ávido de impresiones de

compararse á una fruta esquisita por la bondad de su alimento y por la suavidad de su sabor.

MEMORIA CRÍTICA-LITERARIA SOBRE EL JUDÍO ERRANTE,
POR D. JOAQUIN RUBIÓ Y ORS.

Entre las causas que concurrieron á retardar el presente número de nuestra revista, una fué la necesidad de aguardar que concluyese la obra de Sue para examinarla detenida y concienzudamente. Terminó por fin la célebre novela, y otros motivos conocidos de nuestros lectores impidieron realizar el intento que de antemano estaba concebido. Nuestro periódico religioso y literario á la vez no debía permanecer mudo ante ese monstruoso parto de la imaginacion que tanta bulla ha metido en la república de las letras y tan fulminantes diatribas arroja hasta á lo mas sagrado de la creencia católica. De esta obligacion nos ha relevado un colaborador nuestro escribiendo por su cuenta una memoria cuyas opiniones aceptamos como si las incluyéramos en estas páginas. Nos abstenemos de elogiarla porque sería casi lo mismo que elogiar un artículo propio de la redaccion, y para recomendarla á nuestros lectores les diremos solamente que deben considerarla como un artículo de la *Fe* impreso por separado. =A.

INDICE GENERAL

DE MATERIAS.

LA RELIGION Y EL SIGLO. <i>Artículo I.</i> Lucha eterna del siglo con la religion: diversas fases que en el trascurso de los tiempos ha presentado, y la especial que ofrece en el nuestro. Naturaleza de la palabra <i>siglo</i> , y peligros de concretarla demasiado. Dificultad de definir nuestro siglo; multiplicidad de sus caracteres. Su cualidad dominante es la indolencia, y lo prueban sus mismos adelantos materiales y su inquietud febril. Espectacion, desengaño é indiferencia. Su remedio es la religion. <i>Por D. José María Quadrado</i>	5
ESTUDIOS LEGISLATIVOS Y ECONÓMICOS. <i>Artículo I.</i> Moderna importancia de la abogacía, y auxilio de conocimientos económicos que necesita esta carrera. Puntos de contacto entre la ciencia de la riqueza y la del derecho: cuestion de propiedad, lo que hay en ella de económico y de legislativo. Error de las leyes en entrometerse en materias económicas. Lujo, inutilidad de las leyes suntuarias. Fomento de poblacion, plaga del pauperismo. medios escogitados para atajarlo. Libertad en las permutas. Inconvenientes de que la legislacion proteja una industria en menoscabo de las otras; estancamiento del metálico, abuso del papel-moneda. Leyes contra los revendedores, leyes contra los extranjeros; funestos efectos que obraban. <i>Por D. José Vidal y Pont</i>	17
CONSIDERACIONES SOBRE LA SITUACION. Males sin causa conocida y sin esperanzas: desengaños experimentados sucesivamente en nuestra historia política. Interinidad de todo lo presente. Nueva especie de conservadores. Antecedentes del partido moderado, y cuál deba ser su mision. Su lenguaje con los absolutistas y con los progresistas. Impolítica de su conducta, falsedad de su posicion. Qué es lo que le pide; firmeza, consecuencia y conciliacion bajo un régimen ora absoluto, ora representativo. Indiferencia de las formas políticas para la felicidad de las naciones. Miras de un sistema grande y conciliador. <i>Por D. José María Quadrado</i>	26
ROSILDE. <i>Cántiga de Silvio-Pélico</i>	59
AL ANGEL CUSTODIO, poesía. <i>Por D. Tomas Aguiló</i>	51
CRÓNICA RELIGIOSA. <i>Por D. J. V. y P.</i>	55
CRÓNICA POLÍTICA. <i>Por D. J. M. Q.</i>	60
VARIEDADES. <i>Bibliografía católica de Paris,</i> revista crítica de	

- toda suerte de obras.....
- LA RELIGION Y EL SIGLO. Artículo II.** Modo de conducirse con un siglo indiferentista. Decadencia de la impiedad; descontento general y fermentacion de ambiciones. Influencia de la religion en la dicha ó resignacion de las generaciones pasadas, y sistema opuesto de los modernos tribunales. La libertad de nuestras acciones y la inmensidad de nuestros deseos: causas del malestar del género humano sobre la tierra si la religion no guia la una y satisface la otra. Reconocimiento unánime de estas verdades en teoría, y su falseamiento en la práctica. La *religion freno* de los políticos: la religion sentimiento de los poetas y filósofos: absurdos y funestos resultados de ámbos sistemas. Encadenamiento de las verdades religiosas. *Por D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.* 65
- EL NUEVO CLERO.** Carácter peculiar de esta institucion sobre todas las demas. Sus dos existencias, la material y la moral. Estado actual del clero. Miras de la Providencia sobre su abatimiento y aun sobre la misma persecucion. Nueva generacion de sacerdotes. Desinterés y pureza de su vocacion. Gloria y dificultades de su mision en estos tiempos. El nuevo clero y el antiguo; su posicion distinta. Deberes inmutables y deberes acomodaticios. Antigua representacion politica del clero: la institucion recomendaba al individuo, ahora este recomienda la institucion. Proteccion de los gobiernos, y dependencia en que tenían al clero. Aislamiento de la política que á este le conviene en la actualidad. Su ascendiente social, su instruccion. Bienes que al clero frances ha traído la persecucion, y los que traerá al nuestro. *Por D. J. M. QUADRADO.* 65
- SAN AGUSTIN.** Relacion histórica de su conversion. Fragmentos de sus *confesiones*. Calumnias de que ha sido objeto. *Por D. JOSÉ VIDAL Y PONT.* 81
- MELODÍAS HEBRAICAS DE LORD BYRON.** Advertencia preliminar.—*La hija de Jese.*—*Saúl.*—*Canto de Saúl en su última batalla.*—*La destruccion de Senaquerib.*—*La vision de Baltasar.*—*A Jerusalem destruida por Tito.*—*La gacela salvaje.*—*Orillas del Jordan.*—*Sol de los que no duermen.* *Por D. TOMAS AGUILÓ.* 99
- CRÓNICA RELIGIOSA.** *Por D. J. V. y P.* 107
- CRÓNICA POLÍTICA.** *Por D. J. V. y P.* 119
- LA RELIGION Y EL SIGLO. Artículo III.** Eclecticismo y racionalismo. Conjuracion universal de los errores contra el catolicismo, y lucha abierta y franca entre la razon y la fe. Racionalismo adoptado por los mismos apologistas de la religion, su oportunidad, y males que podria traer su escésivo uso. Cuestiones religiosas que quedan por resolver á la prudencia humana. Partido de los viejos, y partido de los jóvenes: modo que tienen entrámbos de conciliar la religion con el siglo, los unos condenando el siglo absolutamente, los otros aniquilando la religion so color de acomodarla á los tiempos. Mezcla de firme-

- za y dulzura necesaria en la actualidad. Conceptos equivocados sobre nuestro siglo: contradicción de sus pretensiones y deseos; y obstáculos que halla en todo camino el que quiera hacerla accesible. Inconvenientes é inutilidad de una protesta general contra su carácter y su marcha; peligros de desnaturalizar el cristianismo para someterle al espíritu del siglo. *Por* D. JOSÉ MARÍA QUADRADO..... 129
- EL CATOLICISMO EN SIRIA.** Cuestion de Oriente. Interes que despierta siempre este país. Poblacion católica de Siria; los maronitas; conventos. Intrigas de la Inglaterra. Proyectos de la Rusia. Las cruzadas: tentativas hechas desde entónces para el recobro de la Tierra Santa. Ventajas que presenta la Siria para erigirse en estado independiente, y probalidades de que se establezca allí un nuevo reino católico. Su emancipacion comparada á la de Grecia. Carácter que ofrecería en el siglo XIX esta restauracion en paralelo con la conquista de los cruzados. *Por* D. JOSÉ MARÍA QUADRADO..... 144
- ESTUDIOS LEGISLATIVOS Y ECONÓMICOS.** *Artículo II.* Sobre la utilidad y abuso de las clasificaciones en las ciencias. Moderno desvío de las reglas escolásticas. Division de clases en productoras é improductoras. Razones para colocar al clero en la clase productora. Insuficiencia de un clero asalariado. Desamortizacion eclesiástica en Inglaterra, Francia y España. El celibato del clero no es perjudicial bajo el aspecto económico, y reportá grandes ventajas bajo el aspecto religioso. Cuestion del diezmo. Resúmen. *Por* D. JOSÉ VIDAL Y PONT..... 155
- APUNTES** sobre un poema. Breve noticia de un poema inédito para mejor inteligencia del episodio siguiente. *Por* D. T. A..... 167
- GONZALO**, poesia. *Por* D. TOMAS AGUILÓ..... 169
- CRÓNICA RELIGIOSA.** *Por* D. J. V. Y P..... 185
- CRÓNICA POLÍTICA.** *Por* D. J. V. Y P..... 189
- LA RELIGION Y EL SIGLO.** *Artículo IV.* Coexistencia de los dos órdenes, político ó civil y espiritual ó religioso. Pareceres encontrados sobre si estos dos órdenes deben correr separados ó unidos, razones en que se apoyan, y distintos fines con que se sostiene una misma opinion. Las actuales circunstancias hacen propender por la separacion Influencia que debe ejercer la religion en la sociedad, pero ninguna en la politica. Complicacion de los intereses políticos, y divergencia que guardan á menudo con los religiosos. Inconvenientes que á la religion resultan de aliarse con alguna causa política y mas en estos tiempos. Reserva que aconseja á la religion la desconfianza que de ella muestra el estado y su desprendimiento de los dones de este. Abdicacion de todo cargo temporal, y su concentracion en la defensa de sus propios intereses. Motivos de creer que haya cesado la época de persecuciones violentas. Diferencia de religion en abstracto y de hombres religiosos, en cuyo derecho está realizar por medios políticos el triunfo de sus ideas.

Por D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.....	192
QUEVEDO COMO ESCRITOR POLÍTICO. Variedad de sus dotes literarias. Desden con que se miran sus obras serias. Su talento igual á su ingenio. El genio y el gusto. Superficialidad del periodismo literario en España. Falta de profundos estudios sobre Quevedo : condiciones que se requieren para ese trabajo. Imperio tiránico de la moda aun entre los escritores de mas nota. Ojeada literaria á la <i>Politica de Dios</i> . Diferencia capital de la ciencia política antigua y moderna. Los hombres y las instituciones. Objeto de la obra de Quevedo. Presenta á Jesucristo como dechado de reyes : inculca la necesidad de que el principe gobierne por sí mismo ; se opone fuertemente al gobierno de validos. Exámen literario de la <i>Vida de Marco Bruto</i> . Inconvenientes del nuevo estilo cortado y sentencioso. Influencia de Tácito en las ideas de Quevedo. Villana ingratitude de Marco Bruto : Quevedo y Lucano equivocaron á sus héroes. Mencion de algunas otras obras políticas del autor. Observacion que manifiesta la índole seria de su talento. Por D. TOMAS AGUILÓ.....	208
DIA DE DIFUNTOS. Variedad de impresiones que puede escitar este dia. Resultado de la creencia en la inmortalidad del alma son las honras que se tributan á los finados, diversidad de aquellas segun era diferente el destino que á las almas se atribuía. Asentimiento general de la antigüedad á la idea de expiacion. Dogma del purgatorio. Oficio de difuntos. Consuelos y virtudes sociales que produce la oracion para los finados. Por D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.....	229
EL VACÍO. Poesía. Por D. TOMAS AGUILÓ.....	235
DOS NUBES. Poesía. Por D. JOAQUIN RUBIÓ Y ORS.....	241
CRÓNICA RELIGIOSA. Por D. J. V. Y P.....	245
CRÓNICA POLÍTICA. Por D. J. V. Y P.	252
VARIEDADES. Novena al patriarca san José.....	255
LA RELIGION Y EL SIGLO. <i>Artículo V</i> . El estudio de la historia conduce al escepticismo en política. Errores de los que tienen demasiada fe en las instituciones humanas. El dictado de religiosos aplicado á ciertos siglos no es mas que relativo. Opuesta conducta de los enemigos de la religion. La religion, aunque separada de la política, debe influir sobre las sociedades. Universalidad de su influencia en épocas no remotas. Como en la actualidad se coharta esa influencia apesar de los elogios en especulativa. Necesidad de avivar el espíritu de proselitismo religioso acomodándolo á las lícitas exigencias del siglo. Beneficios materiales de la caridad. Deber de todos los fieles en trabajar para que triunfen y se propaguen las ideas religiosas. Por D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.....	257
AUTOS SACRAMENTALES DE CALDERON. Vaivenes de la crítica en sus juicios acerca de este autor. Medio ilegítimo que ha causado su rehabilitacion. Division de su teatro. Origen reli-	

- gioso del arte dramático entre los gentiles. Origen cristiano del drama moderno. Noticia de una antigua representacion en Mallorca. Parte que tomó el espíritu religioso en el desarrollo del arte dramático con las comedias de santos y los autos sacramentales. Autos de Lope. Las ternuras y sequedades de la vida espiritual, asunto ordinario de estas alegorías. Calderon le sucede y le eclipsa. Mejoras que introduce en la combinacion dramática. Su inferioridad en la parte lírica. La caída y la reparacion del hombre argumento de estos espectáculos, especie de protesta pública de la fe de los españoles. Idealismo de estas creaciones. Sutileza de sus conceptos; metafísica de su poesía; caracteres de su versificación. Indicación de un paralelo de estos autos con las comedias del mismo escritor. *Por D. TOMAS AGUILÓ*..... 270
- LOS JESUITAS EN AMÉRICA.** Decreto espedido por la república de Nueva Granada. Una mision en las selvas de América. Ridículo de las imputaciones hechas á los Jesuitas. Testimonio en su favor sacado del mismo decreto. Lo infundado de los temores que causan, y lo malicioso de las acusaciones que se les dirigen. Apelacion á la juventud ilustrada y á los ejemplos contemporáneos. *Por D. JOSÉ MARÍA QUADRADO*..... 285
- ILDEGARDE.** *Cántiga de Silvio Pellico*..... 293
- MELODÍAS HEBRAICAS DE LORD BYRON.** *Llanto de los desterrados. - Lamento de Heródes.* *Por D. T. A.*..... 306
- LAS NAVAS DE TOLOSA.** *Romance.* *Por D. PABLO PIFERRER*.... 309
- CRÓNICA RELIGIOSA.** *Por D. J. V. y P.*..... 315
- BIBLIOGRAFÍA.** Advertencias sobre la maligna publicacion titulada *los Jesuitas*: índice de algunas obras modernas que tratan imparcial y favorablemente de su instituto. Recomendacion de la *Reseña de sucesos contemporáneos* de D. Tomas Illa y Balaguer..... 319
- EL INFIERNO Y LA NADA.** *Reflexiones sueltas.* La palabra *infierno*. Rebeldía del entendimiento consecuencia de la del corazón. La nada admitida para disipar los terrores que producía el infierno: Disipa tambien las esperanzas del cielo: Reduce la dicha del hombre al positivismo de la tierra: Comparada con la metempsícosis. Qué es la nada? Es un sistema que degrada al hombre: que tiende á consternarle: igualmente inadmisibile para los infelices y desgraciados. Vida del hombre en lo pasado y lo lejano. Su anhelo de conocer el porvenir. Dudas acerca del porvenir de la civilizacion actual: Las ciencias naturales dudosas é incompletas. Contemplacion del cielo estrellado. Valor de la vida segun el sistema cristiano ó materialista. Locura del suicidio en los mismos casos. La nada solo apetecible para los réprobos. La gloria póstuma. Un cristiano, un incrédulo y un escéptico delante de un sepulcro. *Por D. TOMAS AGUILÓ*..... 321
- DEL SENTIMIENTO EN LITERATURA.** Definicion del sentimiento. Su preferencia sobre el talento. Prueba que ofrecen las

literaturas primitivas. La moderna revolucion literaria confirma esta opinion. La imitacion contraria al sentimiento. Nueva escuela nacida en Alemania propagada por Chateaubriand. Su exageracion y abuso. España discipula de la antigua y de la moderna escuela. Falta de literatura propia. Esperanzas de obtenerla. Las verdaderas producciones literarias forman el retrato intelectual y moral de su autor. <i>Por D. JOAQUIN RUBIÓ Y ORS...</i>	344
ASPIRACION. Poesía. <i>Por D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.....</i>	354
ATILA. Poesía. <i>Por D. JOAQUIN RUBIÓ Y ORS.....</i>	355
STABAT MATER. Observaciones artísticas y literarias sobre la música en general, sobre la música religiosa, análisis de la célebre partitura de Rossini, de sus medios musicales y de las impresiones que escita. <i>Por D. PABLO PIFERRER.....</i>	364
BIBLIOGRAFÍA. Recomendacion de dos obritas de D. Joaquin Rubió y Ors.....	386

